Nicolas Barreau

París es siempre una buena idea



ESPASA

Índice

Portada
Otros títulos del autor
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
El tigre azul
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR:

La sonrisa de las mujeres
Me encontrarás en el fin del mundo
Atardecer en París
La mujer de mi vida

Todo viaje esconde destinos secretos
que el viajero desconoce.

MARTIN BUBER

1

Rosalie adoraba el color azul. Había sido así desde que podía pensar. Y de eso hacía ya veintiocho años.

Aquel día, como hacía cada mañana cuando a las once abría su pequeña tienda de postales, levantó la mirada confiando en descubrir un pedacito azul en el cielo gris de París. Lo encontró y sonrió.

Uno de los primeros y más bonitos recuerdos que Rosalie Laurent tenía de su infancia era un cielo de agosto increíblemente azul sobre un mar color turquesa bañado de luz que parecía extenderse hasta el fin del mundo. Entonces ella tenía siete años y sus padres habían abandonado el caluroso París, con sus casas y sus calles empedradas, para dirigirse junto con su hija pequeña a la Costa Azul. Ese mismo año, cuando, tras ese luminoso verano en Les Issambres que no parecía querer tener fin, regresaron de nuevo a casa, la tía Paulette le regaló una caja de acuarelas. También de eso se acordaba perfectamente Rosalie. «¿Acuarelas? ¿No es un poquito exagerado, Paulette? —había preguntado Cathérine, y su delicada voz aguda había adquirido un evidente tono de reproche—. ¿Una caja de pinturas tan cara para una niña tan pequeña? No puede hacer nada con ella. Mejor la guardamos durante un tiempo, ¿no te parece, Rosalie?» Pero a Rosalie no le parecía bien renunciar al valioso regalo de su tía. Se puso hecha una fiera y abrazó la caja de pinturas como si estuviera defendiendo su propia vida. Al final, su madre suspiró nerviosa y permitió que la caprichosa niña de las largas trenzas castañas se saliera con la suya.

Aquella tarde Rosalie pasó varias horas pintando con total dedicación, pincel y acuarelas en mano, hoja tras hoja, hasta que el

cuaderno de pintura estuvo lleno y los tres botecitos de color azul que incluía la caja casi vacíos.

Tanto si se debía a esa primera mirada sobre el mar que se había grabado en la retina de la pequeña niña como una metáfora de la felicidad, o a su temprana y marcada voluntad de hacer las cosas de forma diferente de los demás, el caso era que el color azul fascinaba a Rosalie más que ningún otro. Descubrió con asombro toda la paleta de ese color, y su curiosidad infantil resultaba difícil de contener. «Y ¿cómo se llama éste?», preguntaba una y otra vez tirándole de la manga de la chaqueta (naturalmente, azul) a su padre, una persona muy bondadosa y paciente, y señalando con el dedo todo lo azul que encontraba. Se pasaba horas delante del espejo pensativa, con la frente arrugada, estudiando el color de sus ojos, que a simple vista parecían marrones, pero que cuando se observaban durante más tiempo y con detenimiento se apreciaba que eran de un profundo azul oscuro. Eso era, al menos, lo que le decía Émile, su padre, y Rosalie asentía con alivio.

Ya antes de saber leer y escribir correctamente, conocía los más diversos tonos de azul por su nombre. Desde el más claro, el delicado azul seda, el azul celeste, el azul grisáceo, el azul hielo, el azul plomizo o el cristalino azul aguamarina que hacía volar el espíritu, hasta el contundente, enérgico y brillante azur que casi dejaba sin aliento. Luego estaban el indomable azul ultramar, el más alegre azul aciano o el frío azul cobalto, el grisáceo azul petróleo, que encerraba dentro de sí los colores del mar, o el misterioso azul índigo, que casi rozaba el violeta, hasta un profundo azul zafiro, el azul medianoche o el casi negro azul noche, en el que el azul por fin desaparecía... Para Rosalie no existía ningún otro color tan rico, tan maravilloso y diverso como aquél. Aunque entonces jamás habría imaginado que algún día sería protagonista de una historia en la que un tigre azul iba a desempeñar un importante papel. Y aún menos podría haber adivinado que esa historia (y el secreto que escondía) transformaría su vida por completo.

¿Casualidad? ¿Destino? Se dice que la infancia es el suelo por el que avanzamos toda nuestra vida.

Más tarde Rosalie se preguntaría, a menudo, si no habría sido todo de otra manera si a ella no la hubiera fascinado tanto el color azul. Casi se estremecía al pensar con qué facilidad podría haber dejado pasar el momento más feliz de su existencia. A veces la vida es complicada e imprevisible pero, al final, sorprendentemente, todo tiene un sentido.

Cuando a los dieciocho años Rosalie anunció —su padre había muerto unos meses antes tras una larga pulmonía— que quería estudiar arte para ser pintora, del susto a su madre estuvo a punto de caérsele de las manos la quiche Lorraine que en ese momento llevaba hasta el comedor. «¡Santo cielo, hija, por favor, haz algo sensato!», exclamó maldiciendo para sus adentros a su hermana Paulette, que, como era evidente, era quien le había metido a la niña esas ideas en la cabeza.

Como es natural, jamás lo habría dicho en voz alta. Cathérine Laurent, que de nacimiento era una De Vallois (de lo que se sentía bastante orgullosa), era una dama de pies a cabeza. Por desgracia, la fortuna de la vieja familia nobiliaria se había reducido mucho en los últimos siglos, y la boda de Cathérine con el inteligente y adorable pero poco competitivo físico Émile Laurent, que acabó aterrizando en un instituto científico en vez de celebrar los esperados éxitos económicos, no mejoró mucho las cosas. Al final ya no quedaba dinero ni para disponer de un buen servicio..., a excepción de la asistenta filipina que apenas sabía francés y que acudía dos veces a la semana para limpiar y quitar el polvo a la vieja mansión parisina de altos techos decorados con estuco y suelos de parquet en espiga. A pesar de todo, Cathérine no tenía ninguna duda de que uno tenía que mantener sus principios. Cuando ya no quedaban principios, todo se iba a pique, opinaba.

Una de sus frases favoritas era «¡Una De Vallois no hace algo así!» y, naturalmente, eso fue lo que le dijo aquella tarde a su única hija, que por desgracia parecía querer seguir un camino muy diferente del que su madre tenía previsto para ella.

Suspirando, Cathérine dejó la fuente de porcelana blanca con la apetitosa quiche sobre la gran mesa ovalada, preparada sólo para

dos, y pensó una vez más que no conocía a nadie a quien le pegara tan poco el nombre de Rosalie.

Años atrás, durante el embarazo, había tenido ante sus ojos a una niña delicada, rubia como ella, discreta, tierna y, de algún modo..., encantadora. En cualquier caso, Rosalie no era nada de eso. Estaba claro que era inteligente, pero también muy obstinada. Tenía su propia cabeza y a veces podía guardar silencio durante horas, lo que no dejaba de sorprender a su madre. Cuando Rosalie se reía, se reía demasiado fuerte. Eso era poco elegante, incluso aunque hubiera quien asegurara que Rosalie tenía algo refrescante.

«Déjala, tiene un buen corazón», decía Émile cada vez que le daba un capricho a su hija. Como cuando, siendo una niña, arrastró en plena noche el colchón nuevo, con la carísima ropa de cama, hasta el balcón mojado para dormir al aire libre. *¡Porque quería ver cómo giraba la Tierra!* O cuando le preparó a su padre por su cumpleaños aquel horrible pastel azul con tanto colorante alimentario que parecía que uno iba a intoxicarse al primer mordisco. ¡Sólo porque tenía esa manía por el azul! Aquello era una exageración, había opinado Cathérine, pero a Émile, naturalmente, le pareció genial y aseguró que era el mejor pastel que había probado en su vida. «¡Tenéis que probarlo todos!», exclamó, y repartió la masa azul en los platos de los invitados. ¡Ay, el bueno de Émile! No podía negarle nada a su niña.

¡Y ahora esa nueva idea!

Cathérine frunció el ceño y observó a la esbelta muchacha, ya crecida, de rostro pálido y cejas oscuras, que ahora jugueteaba ensimismada con su larga y despeinada coleta color castaño. «¡Quítate esa idea de la cabeza, Rosalie! La pintura es una profesión poco lucrativa. Yo no puedo ni quiero apoyarte en algo así. ¿De qué vas a vivir en el futuro? ¿Crees que la gente está esperando ansiosamente tus cuadros?» La chica siguió jugueteando con su coleta y no respondió.

Si Rosalie hubiera sido una Rosalie *encantadora*, seguro que Cathérine Laurent, de soltera De Vallois, no se habría preocupado mucho por el futuro de su hija. Al fin y al cabo, todavía quedaban en París suficientes hombres con una buena posición, y en esos casos

daba igual si su mujer pintaba un poco o tenía caprichos. Pero Cathérine tenía la nada buena sensación de que su hija no pensaba en el estatus social. ¡Sabía Dios con quién acabaría al final!

—Me gustaría que hicieras algo razonable —dijo una vez más con firmeza—. Papá opinaría lo mismo. —Le puso a su hija un trozo de humeante quiche en el plato—. ¿Rosalie? ¿Me estás escuchando?

Ella levantó la mirada; sus oscuros ojos resultaban insondables.

—Sí, *maman*. Debo hacer algo razonable.

Y eso fue lo que hizo. Más o menos. Lo más razonable que pudo imaginar Rosalie fue, después de estudiar diseño gráfico durante un par de semestres, abrir una tienda de postales. Era una tienda diminuta en la rue du Dragon, una preciosa callecita con casas medievales en pleno corazón de Saint-Germain, a tiro de piedra de las iglesias de Saint-Germain-des-Prés y Saint-Sulpice. En ella había algunas *boutiques*, restaurantes, cafés, un hotel, una *boulangerie*, la zapatería favorita de Rosalie, y hasta Victor Hugo había vivido allí, según señalaba una placa en la casa del número 30. Cuando se tenía prisa se podía recorrer la rue du Dragon en pocos pasos para llegar al concurrido boulevard Saint-Germain o (en sentido contrario) a la algo más tranquila rue de Grenelle, que llevaba hasta los elegantes edificios y palacios del distrito gubernamental y en algún momento desembocaba en el Campo de Marte y la torre Eiffel. Aunque, naturalmente, también se podía pasear con tranquiladad por la pequeña calle, deteniéndose cada poco al descubrir en un escaparate algo bonito que esperaba que alguien tomara en sus manos o se lo probara. En esos casos se podía tardar bastante en llegar al final de la calle. Así fue como Rosalie descubrió el cartel de «SE ALQUILA» en la tiendecita de antigüedades ya vacía cuya propietaria había dejado el negocio hacía poco por motivos de edad.

En general, se ve mucho más cuando se anda despacio.

Rosalie se enamoró al instante del pequeño local. Un marco de madera azul celeste rodeaba el escaparate y también la puerta, a su derecha, sobre la que todavía colgaba la anticuada campanilla de

plata de la propietaria anterior. En el suelo de piedra blanco y negro la luz se descomponía en pequeños círculos. Aquel día de mayo, un cielo sin nubes cubría París, y a Rosalie le dio la sensación de que aquella pequeña tienda la estaba esperando justo a ella.

El alquiler no era precisamente bajo, pero parecía bastante razonable dada la buena localización, según le aseguró monsieur Picard, un corpulento hombre de cierta edad con poco pelo y unos astutos ojillos marrones. Además, encima de la tienda había otra habitación, a la que se accedía por una estrecha escalera de caracol de madera, que contaba con un pequeño baño y una diminuta cocina.

—¡Dispone usted, además, de una vivienda, jajaja! —bromeó monsieur Picard, y su pequeña barriga tembló con la risa—. ¿Qué tipo de negocio tiene usted en mente, mademoiselle? Espero que no se trate de nada ruidoso o que huela mucho..., al fin y al cabo, yo vivo en este edificio.

—Una *papeterie* —respondió Rosalie—. Papel de regalo, papel de carta, lápices y tarjetas para ocasiones especiales.

—¡Ajá! Bien, bien. ¡Bueno, entonces, buena suerte! —Monsieur Picard parecía algo desconcertado—. Los turistas siempre compran postales de la torre Eiffel, ¿no?

—¿Una *tienda de postales*? —exclamó su madre a través del teléfono con incredulidad—. *Mon Dieu!* Mi pobre niña, ¿quién escribe todavía postales hoy en día?

—Yo misma, por mencionar a alguien —respondió Rosalie, y a continuación colgó sin más.

Cuatro semanas más tarde estaba subida a una escalera, delante de su tienda, fijando un cartel de madera pintada sobre la puerta de entrada.

«LUNA LUNA» decía en grandes letras cursivas y, debajo, más pequeño: «LAS TARJETAS DE ROSALIE».

2

Si por Rosalie hubiera sido, la gente podría haber seguido escribiendo cartas y postales tranquilamente. La pequeña y a veces también gran felicidad que una carta escrita a mano provoca tanto en el que la recibe como en el que la escribe no puede compararse ni de lejos con un email o un SMS que enseguida se olvida y desaparece en el orco de las cosas sin importancia. Ese breve asombro cuando, de pronto, se descubre una carta personal en el buzón, la alegre expectación con la que se da la vuelta a una postal, con la que se abre con suavidad o se rasga con impaciencia un sobre. La posibilidad de sostener en las manos un trocito de la persona que ha pensado en ti, de estudiar su letra, de imaginar su voz, tal vez incluso de captar el olor del tabaco o de un perfume. Todo eso está increíblemente lleno de vida. Y, aunque hoy en día la gente cada vez escribe menos cartas de verdad porque supuestamente no tienen tiempo para hacerlo, Rosalie no conocía a nadie a quien no le habría gustado recibir una carta personal o una tarjeta escrita a mano. El uso de las redes sociales y demás posibilidades digitales tenía poco encanto, opinaba Rosalie. Serían muy efectivas, prácticas o rápidas..., pero encanto no tenían en absoluto.

Antes la apertura del buzón era, sin duda, bastante más excitante, pensó delante de los buzones del portal de su casa. Lo único que hoy en día encontraba uno dentro eran facturas, notificaciones de Hacienda y reclamaciones.

O subidas del alquiler.

Rosalie observó disgustada el escrito de su casero. Era la tercera subida del alquiler en cinco años. Lo había visto venir. En las últimas semanas, monsieur Picard se había mostrado

sorprendentemente amable cada vez que se cruzaban en el portal. Y al final siempre se despedía con un profundo suspiro, quejándose de lo cara que se estaba poniendo la vida en París. «¿Sabe usted lo que cuesta ya una *baguette*, mademoiselle Laurent? ¿O un *croissant*? ¿Sabe lo que le cobran a uno en la *boulangerie* por un *croissant*? ¡Es increíble! Me pregunto qué lleva un *croissant* así..., agua y harina, nada más, ¿no?» Se encogía de hombros con un gesto de desconcierto y miraba a Rosalie con una mezcla de indignación y desesperación antes de alejarse sin esperar una respuesta. Rosalie entraba en su tienda poniendo los ojos en blanco. ¡Claro que sabía lo que costaba un *croissant*! Se tomaba uno cada mañana..., para gran disgusto de René.

René Joubert era alto, moreno, muy deportista, y seguía una dieta saludable. Hacía tres años que era su novio y su entrenador personal. Aunque a veces Rosalie pensaba, suspirando, que eso era así pero en el orden inverso. René Joubert se tomaba muy en serio su profesión. Atendía sobre todo a mujeres de la alta sociedad parisina que querían mantener su figura, su condición física y su salud con la ayuda del apuesto entrenador diplomado de dulces ojos marrones y cuerpo bien trabajado. La agenda de René estaba siempre completa, aunque al parecer su campo de acción no se limitaba a la *haute-volée* de París. No dejaba escapar una sola ocasión de convencer a Rosalie de que llevara una vida sana e hiciera ejercicio («*Mens sana in corpore sano!*»), y de advertirle de los peligros que se escondían por todos lados en la comida. En su lista negra estaban (¡arriba del todo!) los *croissants* que a Rosalie tanto le gustaban («¡La harina blanca es veneno para el intestino! ¿Es que nunca has oído hablar del *wheatbelly*? ¿Sabes cuánta grasa contiene eso?»).

A Rosalie, que tenía su propia idea de lo que era una vida plena (y de ella no formaban parte necesariamente los entrenamientos con pesas, el muesli o las bebidas de soja), todo aquello no la impresionaba nada, y los esfuerzos aleccionadores de su novio siempre fracasaban de una forma estrepitosa. Rosalie no entendía, sencillamente, por qué debía comer «semillas». «Los cereales y las semillas son para el ganado. Yo no soy una vaca», solía decir

mientras untaba bien de mantequilla y mermelada un trozo de *croissant* y se lo metía en la boca.

René la miraba con cara de horror.

—Además, no hay nada que sepa mejor con el *café crème* que un *croissant* o una *baguette* recién horneada —añadía quitando algunas migas de la colcha de la cama—. Tienes que reconocerlo.

—Entonces, deberías suprimir el *café crème*: es mucho más sano tomar por las mañanas un *smoothie* de kiwi y espinacas —replicaba René, y Rosalie casi se atragantaba de la risa.

¡Era realmente lo más absurdo que había oído nunca! Una mañana sin café era como... Rosalie buscaba una comparación y, al final, siempre tenía que desistir... Era inimaginable, concluía para sus adentros.

Al principio, cuando acababa de conocer a René, una vez se dejó convencer para acompañarlo en su carrera matutina por los jardines de Luxemburgo.

—¡Vas a ver qué maravilla! —le dijo él—. ¡A las seis de la mañana, París es una ciudad completamente diferente!

Puede que tuviera razón, pero a Rosalie le gustaba mucho más el viejo y conocido París en el que por las noches se pintaba, se escribía, se leía, se discutía y se bebía vino tinto, para empezar el día siguiente con calma y a ser posible con una gran taza de café con leche en la cama. Y mientras René corría a su lado dando grandes saltos de gacela bajo los viejos castaños de Indias y se esforzaba por mantener una conversación fluida («¡Hay que correr siempre de forma que se pueda conversar sin problema!»), ella empezó a jadear ya a los cien metros, y al final el flato la obligó a detenerse.

—Los comienzos siempre son difíciles —le dijo su entrenador—. ¡No te rindas!

Como todos los enamorados que al principio se esfuerzan por conseguir una unión simbiótica con su pareja e intentan adoptar sus aficiones, Rosalie, ante la insistencia de René, volvió a hacer una prueba (si bien, esta vez sola y no a las seis de la mañana), pero después de que un viejo centenario la adelantara con paso tambaleante, el torso amenazadoramente inclinado hacia adelante y

los brazos bamboleantes, se despidió para siempre de la idea de hacer deporte.

—Creo que con mis paseos con *William Morris* tengo suficiente —anunció entre risas.

—*¿William Morris?* ¿Quién es ése? ¿Tengo que estar celoso? —preguntó René mosqueado (por entonces, René no había estado todavía en su tienda y no había oído hablar del artista William Morris. Aunque eso se podía disculpar; al fin y al cabo, ella tampoco conocía el nombre de todos los huesos y músculos de su cuerpo).

Rosalie le dio un beso y le explicó que *William Morris* era su perrito, al que —como propietaria de una papelería— había puesto el nombre del legendario pintor y arquitecto victoriano, entre otras cosas, porque había hecho los más maravillosos diseños de telas y papeles pintados.

William Morris —el perro— era un lhasa apso bastante más tranquilo y casi tan viejo como la tienda de postales. Durante el día estaba en su cestito junto a la entrada, por la noche dormía sobre una manta detrás de la puerta de la cocina y, a veces, cuando soñaba, movía las patas y golpeaba el marco de madera. Según le había explicado el hombre de la protectora de animales, los pequeños perros de esa raza son tan tranquilos porque antiguamente acompañaban a los silenciosos monjes tibetanos en sus peregrinaciones.

A René le gustó esa relación con el Tíbet, y *William Morris* también saludó moviendo con alegría el rabo al joven de hombros anchos y pies grandes cuando, después de cuatro semanas, Rosalie lo invitó por primera vez a su casa. Bueno..., *casa* no era quizá la palabra adecuada para aquella habitación llena de esquinas, encima de la tienda, en la que apenas había sitio para una cama, un sillón y un armario, además de la enorme mesa de dibujo que estaba bajo la ventana. Pero la habitación era muy acogedora, y lo mejor de todo lo había descubierto Rosalie después de su traslado: a través de una segunda ventanita que había en la parte trasera del edificio, se accedía a un tejado plano que en verano le servía a Rosalie de terraza. Viejas jardineras de piedra con plantas y un par de celosías algo deterioradas, por las que en verano trepaban clemátides

cubiertas de brillantes flores azules, protegían tanto aquel apartado rincón que apenas llamaba la atención.

Allí, al aire libre, preparó Rosalie la mesa para dos cuando René fue a su casa por primera vez. No era una gran cocinera, manejaba mucho mejor el pincel y el lápiz que el cucharón, pero sobre la mesa de madera desvencijada con el mantel blanco flameaban velas de varios tamaños, y había vino tinto, pastel de hígado de pato, jamón, uvas, un pequeño pastel de chocolate, corazones de aguacate en aceite, mantequilla salada, camembert, queso de cabra y... *baguette*.

—¡Oh, Dios mío! —René Suspiró con cierta decepción—. ¡Qué cosas tan poco sanas! ¡El *overkill*! Vas a acabar muy mal. En algún momento cambiará tu metabolismo y te pondrás tan gorda como mi tía Hortense.

Rosalie dio un largo trago de vino de su copa, se limpió la boca y lo señaló con el dedo.

—Te equivocas, querido —replicó—. Son cosas *exquisitas*. —Luego se puso de pie y se estiró el vestido con un rápido movimiento—. ¿Acaso estoy gorda? —preguntó, y empezó a bailar por el tejado, medio desnuda, con pasos elegantes y el pelo al viento.

René apenas tuvo tiempo de apurar su copa de vino.

—¡Eh, espera! —Riendo, corrió tras ella y al final la atrapó—. ¡No, estás perfecta! —murmuró, y sus manos acariciaron con ansia la espalda de Rosalie.

Después se quedaron en el tejado y se echaron juntos sobre una manta de lana hasta que la humedad de la mañana los sorprendió.

Ahora que estaba en el portal en penumbra, en el que siempre olía ligeramente a limpiador de naranja, y cerraba de nuevo el buzón, Rosalie recordó con cierta nostalgia aquella velada en el tejado.

En los últimos tres años habían aumentado las diferencias entre René y ella. Y, si antes buscaba y encontraba puntos en común, ahora veía con gran claridad todo lo que la separaba de su novio.

A Rosalie le encantaba desayunar en la cama; René no soportaba las sábanas llenas de migas. Ella era un ser nocturno; él, un madrugador. A ella le gustaba dar tranquilos paseos con su perrito; él se había comprado el último año una bicicleta de carreras con la que recorría como una flecha las calles y los parques de París. Cuando se trataba de viajar, a él ningún sitio le parecía suficientemente lejos, mientras que Rosalie no podía imaginar nada mejor que sentarse en una de las viejas placitas de las ciudades y los pueblos del sur de Europa y dejar volar el tiempo.

Sin embargo, lo que más lamentaba era que René jamás le escribiera una carta o una tarjeta, ni siquiera por su cumpleaños. «Si estoy aquí», decía cada vez que ella, el día de su cumpleaños, buscaba en vano una tarjeta de felicitación en la mesa del desayuno. O afirmaba: «Podemos hablar por teléfono», cuando se marchaba a uno de sus seminarios.

Al principio Rosalie le había escrito tarjetas y notas dibujadas por ella misma. Por su cumpleaños, cuando se rompió el pie y tuvo que estar una semana en el hospital, o simplemente cuando se ausentaba de casa para hacer alguna gestión, o cuando se acostaba tarde y él ya estaba dormido. «Hola, madrugador. Por favor, no hagas ruido y deja que tu pequeña noctámbula duerma un poco; ayer trabajé hasta tarde», le escribía, y dejaba junto a la cama una nota en la que había pintado una lechuza encima de un pincel.

Le iba dejando mensajes por todas partes: detrás del espejo, en la almohada, sobre la mesa, en sus zapatillas de deporte o en un bolsillo lateral de su bolsa de viaje, pero en algún momento, no sabía muy bien cuándo, había dejado de hacerlo.

Por suerte, cada uno tenía su propia casa y cierto grado de tolerancia, y René era una persona muy positiva y vital que no planteaba problemas especiales. A ella le parecía tan pacífico como su lhasa apso. Y si, a pesar de todo, alguna vez discutían (sobre cosas sin importancia), al final siempre acababan en la cama, donde dejaban zanjadas sus diferencias y desacuerdos en la suave oscuridad de la noche.

Cuando Rosalie pasaba la noche en casa de René, lo que no era frecuente porque a ella le gustaba estar cerca de su tienda y él vivía

en el distrito de la Bastille, para complacerlo solía tomarse un par de cucharadas de la pastosa papilla con frutas secas y nueces que él siempre le preparaba con gran entusiasmo y sin dejar de asegurar que algún día le acabaría gustando.

Entonces ella sonreía sin muchas ganas y decía: «Algún día, seguro», y en cuanto él se marchaba vaciaba el resto de muesli en el váter y, de camino a la tienda, se compraba un *croissant* recién salido del horno en la primera *boulangerie* que encontraba.

Todavía por la calle, cogía un pequeño trozo y se lo metía en la boca, feliz de que existiera algo tan sublime. Como era natural, no le contaba nada a René, y como su novio no se caracterizaba precisamente por su gran fantasía, seguro que se habría sorprendido mucho si hubiera descubierto la pequeña aventura de su novia con un *croissant*.

El *croissant* hizo volver a Rosalie de nuevo a monsieur Picard y su irritante subida del alquiler. Arrugó la frente y observó con preocupación la cifra de la notificación, que le pareció bastante amenazadora. Aunque Luna Luna contaba ya con una clientela fija y delante de la pequeña papelería, con su escaparate delicadamente decorado, siempre se detenían nuevos compradores y turistas que luego entraban, admiraban las tarjetas de regalo, los originales cuadernos y los pisapapeles, y no abandonaban nunca el local sin antes haber comprado algo, Rosalie no podía permitirse grandes gastos. Con postales y bonitos artículos de escritorio de todo tipo no se hacía hoy en día una gran fortuna, ni siquiera en el antiguo barrio literario de Saint-Germain.

A pesar de todo, Rosalie no se había arrepentido nunca de su decisión. Su madre, que había acabado entregándole un pequeño capital inicial como parte de su herencia, al final había suspirado con resignación y había dicho que en realidad su hija iba a hacer lo que quisiera y, en cualquier caso, era mejor tener una tienda, fuera del tipo que fuese, que ser una pintora en caída libre. Aunque sólo era *un poco* mejor.

Cathérine Laurent no podría aceptar nunca que su hija no tuviera una profesión sensata. O que al menos se hubiera casado con un hombre joven (o mejor algo mayor) y bien situado. (Ese entrenador bonachón con pies de gigante que era tan aburrido que casi daban ganas de llorar..., ¡sencillamente no podía ser!) Cathérine no iba nunca a la tienda de su hija, y a sus amigos y conocidos del distinguido séptimo *arrondissement* de París les decía que Rosalie dirigía un negocio de artículos de oficina...; eso al menos sonaba *algo* más serio.

Bueno, lo de *artículos de oficina* no se ajustaba mucho a la realidad, por no decir nada. Era inútil buscar archivadores, clasificadores, taladradoras de papel, papeleras, fundas de plástico transparentes, adhesivos, clips y carpetas portadocumentos en la encantadora papelería Luna Luna. Pero a Rosalie le parecía innecesario aclarar el error. Sonreía guardando silencio, y cada mañana se sentía feliz cuando bajaba a su tienda y subía la persiana metálica para dejar que entrara el sol.

Las paredes resplandecían en un delicado azul hortensia y, en el centro del local, había una vieja mesa de madera oscura en la que se exponían todos los tesoros: cajas forradas con papel de flores en las que se encontraban las más diversas tarjetas con sus sobres, o vasos de cerámica vidriada de tonos suaves que realizaba una artista del barrio y en los que había pequeños lápices decorados con diseños florales. Al lado, carpetas con láminas de rosas antiguas. Gomas de borrar con bonitos adornos y cuadernos de notas formaban montoncitos junto a carpetas de papel de carta y cajitas con lacre y sellos de madera.

En la estantería de tonos claros que estaba junto a la pared había rollos de delicado papel de regalo, pliegos de papel de carta y sobres ordenados por colores y tamaños. Cintas perfumadas que colgaban de grandes rollos ondeaban en un extremo de la pequeña mesa de madera blanda en la que estaba la caja registradora. Y, en la pared del fondo, pintada de azul, se veían azulejos con palomas blancas, uvas de tonos oscuros y hortensias azul pálido (viejos motivos que bajo una nueva capa de laca deslumbraban con un nuevo brillo) y un gran cuadro al óleo que había pintado la propia

Rosalie y que mostraba un bosque de cuento por el que corría una joven con un vestido color púrpura y el pelo rubio al viento. En el rincón, junto a la caja, había una vitrina cerrada con llave en la que se guardaban las plumas de valor y los abrecartas de plata.

El escaparate estaba decorado con portacartas de filigrana que de lejos recordaban a las multicolores colchas de *patchwork*. Detrás de unos corazones de hilo de plata ordenados en un cuadrado, tarjetas con los más diversos diseños formaban una alegre obra de arte. Justo al lado colgaban rollos de papel de regalo azul oscuro, turquesa y verde reseda con los magníficos diseños ornamentales de William Morris. Y abajo del todo se desplegaban en forma de abanico tarjetas con motivos florales o dibujos de mujeres que estaban en la playa o leían un libro. Entremedio había, sobre cajas forradas con papel de seda, pesados pisapapeles de cristal en cuyo interior estaban inmortalizados amuletos de colores, rosas prensadas, tallas de viejos veleros o también palabras y frases que uno no se cansaba nunca de leer. «*Paris*», decía en delicadas pinceladas marrones sobre un fondo color gamuza. «*L'amour*» o «*La beauté est partout...*» («La belleza está en todas partes...»).

Eso fue al menos lo que había dicho el escultor y pintor Auguste Rodin, y cuando Rosalie observaba su tienda se sentía feliz de contribuir a la riqueza y el esplendor que la vida proporciona.

Pero lo más especial de Luna Luna eran las tarjetas hechas a mano que estaban en los dos expositores giratorios que había a la derecha de la puerta y que apenas cabían en la pequeña papelería, a pesar de que tal vez acaparaban la mayor atención.

El hecho de que la pequeña tienda de la rue du Dragon hubiera sobrevivido todos aquellos años se debía, sobre todo, a la idea que había tenido Rosalie con las tarjetas de felicitación. Eran su especialidad, y enseguida se corrió la voz de que en la papelería Luna Luna se podían encontrar tarjetas hechas a mano para cualquier ocasión imaginable.

Por las tardes, después de cerrar, Rosalie se sentaba hasta altas horas de la noche a la gran mesa de su habitación encima del local y pintaba, con lápices y acuarelas, tarjetas especiales para todos los que todavía creían en la magia de las palabras escritas a mano. Eran

pequeñas y delicadas obras de arte en papel artesanal, de bordes rasgados, que contenían un dicho o una frase que luego le inspiraba un dibujo a Rosalie. «No me olvides», ponía, por ejemplo, en una tarjeta con letras trazadas con tinta china azul, y debajo se veía el dibujo de una pequeña mujer con dos maletas que le tendía al observador un ramo sobredimensionado de olorosas flores de nomeolvides. O: «El sol también brilla detrás de las nubes», decía en otra. Aquí se veía a una muchacha triste con un paraguas rojo, bajo un cielo gris, en una calle mojada por la lluvia, mientras en el borde superior de la tarjeta pequeños angelotes jugaban con el disco solar. «Al despertarme he deseado tenerte a mi lado», proclamaba otra tarjeta con un sencillo monigote sentado en una cama en medio de un prado y que soplaba una flor de diente de león cuyas partes se transformaban en diminutas letras que formaban la palabra *nostalgia*.

Las tarjetas de Rosalie, que recordaban un poco a los delicados dibujos de Raymond Peynet, se vendían por sí solas, y al cabo de un tiempo llegaron los primeros clientes con sus propias ideas y propuestas.

Como es natural, lo más frecuente eran los motivos habituales (cumpleaños, deseos de recuperación de una enfermedad, invitaciones, felicitaciones por el día de San Valentín, una boda o Navidad), pero también había siempre algún deseo especial.

Hijas que le deseaban algo a su madre, madres que deseaban algo a sus hijos, sobrinos que mostraban sus buenos deseos a sus tías, abuelas a sus nietos y novias a sus novios. Aunque la más imaginativa era siempre la gente que se había enamorado.

Hacía poco había entrado en la tienda un hombre no demasiado joven, con gafas de montura metálica y traje correcto, para hacer un encargo. Sacó con cuidado un papel de su cartera de cuero y lo dejó con timidez sobre la mesa.

—¿Cree que se le ocurrirá algo para esto?

Rosalie leyó la frase escrita en el papel y sonrió.

—¡Oh, sí! —contestó.

—¿Para pasado mañana?

—Ningún problema.

—Pero debe ser especialmente bonita.
—Puede estar tranquilo.

Aquella noche Rosalie se sentó frente a su mesa de trabajo, en la que a la luz de una vieja lámpara de metal negro se alineaban gruesos tarros de vidrio con lápices y pinceles de diferentes tamaños, y dibujó un hombre con un traje gris y una mujer con un vestido verde claro que, cogidos de la mano, flotaban en el aire sobre París llevados por cuatro palomas blancas con cintas azules en el pico.

Finalmente, cogió la plumilla para tinta china y escribió con letra cursiva en el borde inferior: «*Para la mujer con la que me gustaría volar*».

Rosalie no podría haber dicho cuántas de aquellas tarjetas únicas había hecho en los últimos años. Hasta entonces, todos los clientes habían salido satisfechos de su tienda, y ella esperaba que todos hubieran alcanzado sus deseos con la misma precisión con que las flechas de Cupido impactan en el corazón de los enamorados. Aunque con sus propios deseos la bella propietaria de la papelería no tenía tanta suerte.

Todos los años, el día de su cumpleaños, Rosalie iba con una tarjeta hecha por ella misma hasta la torre Eiffel para pedir un deseo. Subía los setecientos cuatro escalones que llevan hasta la segunda plataforma y, con el corazón saliéndosele del pecho (como ya se ha mencionado, no era precisamente una escaladora ambiciosa), dejaba volar por el aire la tarjeta con su deseo.

Era un pequeño ritual inocente del que ni siquiera René sabía nada. En realidad, Rosalie era una gran aficionada a los pequeños rituales. Los rituales le daban forma a la vida y ayudaban a ordenar

el caos de la existencia y a mantener la perspectiva. El primer café de la mañana. Un *croissant* de la *boulangerie*. El paseo diario con *William Morris*. Una pequeña *tarte au citron* todos los días impares de la semana. La copa de vino después de cerrar la tienda. La corona de nomeolvides cuando visitaba la tumba de su padre en abril.

Por la noche, mientras dibujaba, le gustaba escuchar siempre los mismos CD. A veces eran las roncas canciones de Georges Moustaki, a veces las alegres melodías de Coralie Clement. Últimamente su CD favorito era el del músico ruso Vladímir Vysotski. Escuchaba el sonido de las canciones ahora líricas, ahora viriles, cuya letra no entendía, mientras el músico provocaba imágenes en su cabeza y sus lápices volaban por el papel.

Cuando era más joven, Rosalie escribía un diario para plasmar las cosas que eran importantes para ella. Hacía mucho que lo había abandonado, pero desde la apertura de la tienda había adquirido la costumbre de anotar todos los días, antes de irse a dormir, los peores y mejores momentos de la jornada en un pequeño cuaderno azul. Sólo entonces daba el día por finalizado y podía dormir tranquila.

Sí, los rituales eran algo que proporcionaba estabilidad y algo de lo que uno podía alegrarse con confianza. Por eso se alegraba Rosalie cada año, el 12 de diciembre, cuando se encontraba en lo alto de la torre Eiffel y toda la ciudad se extendía a sus pies. No le daba ningún miedo la altura. Al revés; adoraba esa sensación de amplitud, de ver lejos, que hacía volar la imaginación. Y, cuando su tarjeta se alejaba por el aire, Rosalie cerraba los ojos por un momento y fantaseaba sobre cómo se haría realidad su deseo.

Aunque hasta entonces no se había cumplido nunca ninguno de ellos.

La primera vez que subió hasta allí con una tarjeta deseó que su querida tía Paulette se pusiera bien de nuevo. Entonces existía todavía la pequeña posibilidad de que una complicada operación

pudiera salvar la vista a Paulette, pero aunque la intervención salió bien, la tía al final se quedó ciega.

Otra vez deseó ganar el concurso de jóvenes ilustradores. Pero la ansiada distinción, el encargo de ilustrar un libro y el premio de más de diez mil euros fueron a parar a un joven artista larguirucho que sólo dibujaba palmeras y conejos y era el hijo de un rico editor de periódicos de París.

Cuando todavía no conocía a René y, después de un par de relaciones no muy satisfactorias, volvió a vivir sola, deseó encontrar al hombre de su vida, quien la llevaría una noche al Jules Verne (el restaurante que estaba situado en lo alto de la torre Eiffel y que ofrece las vistas más espectaculares sobre todo París) para hacerle allí, por encima de la resplandeciente ciudad, la pregunta de todas las preguntas.

Ese deseo tampoco se había cumplido. A cambio, Rosalie conoció a René, quien un día se la llevó literalmente por delante mientras corría, se disculpó mil veces y la condujo hasta el bistró más próximo para explicarle, frente a una *salade de pays*, que ella era lo más bonito que había visto jamás. Pero René la habría invitado antes a hacer *trekking* por el Kilimanjaro que a un restaurante carísimo, para él totalmente innecesario, en lo alto de la torre Eiffel («¡La torre Eiffel, por favor, Rosalie!»).

En otra ocasión deseó hacer las paces con su madre: un deseo ingenuo. También deseó una pequeña casa junto al mar: bueno, era un poco atrevido, pero por desear que no quedara...

El día de su último cumpleaños (cumplía treinta y tres, y una incómoda y fría lluvia caía sobre un París cubierto de adornos de Navidad), Rosalie salió a la calle con su grueso abrigo azul y subió a la torre Eiffel una vez más. Aquel día no había mucho movimiento; un par de patinadores se deslizaban por la pista de hielo que en invierno se instalaba siempre en la primera plataforma, y algunos japoneses provistos de capas para la lluvia no se cansaban de fotografiarse con el pulgar levantado y mostrando una amplia sonrisa.

Aquel año Rosalie tenía un deseo muy humilde.

En la tarjeta había dibujado un puente en cuya barandilla metálica colgaban cientos de pequeños candados. Un hombre pequeño y una mujer pequeña estaban delante y se besaban.

El puente era inequívocamente el pont des Arts, un puente peatonal que cruza el Sena y desde el que se tiene una vista maravillosa sobre la torre Eiffel y la Île de la Cité. En las tardes calurosas de verano siempre reina allí un gran ajetreo.

Rosalie adoraba ese estrecho y sencillo puente de hierro con el suelo de madera. A veces iba hasta allí, se sentaba en un banco y observaba los múltiples candados de la barandilla, cada uno de los cuales era la prueba de un amor que debía durar eternamente.

«El amor es eterno mientras dura»..., ¿quién había dicho esa frase?

Rosalie no sabía por qué, pero cada vez que se sentaba allí se emocionaba al ver esos pequeños candados llenos de esperanza que defendían tenazmente el amor como si fueran soldados de estaño.

Tal vez fuera una estupidez, pero su mayor deseo secreto era tener un candado de ésos.

«Quien me regale un candado así será el hombre adecuado», pensó mientras se inclinaba sobre la húmeda estructura de acero de la torre Eiffel y lanzaba su tarjeta a lo lejos bajo la lluvia.

Naturalmente, pensó en René.

Un claro día de invierno, a comienzos de diciembre, paseaba de la mano de su novio por el pont des Arts, y la barandilla cargada de candados brillaba al sol como el tesoro de Príamo.

—¡Mira qué bonito! —exclamó ella.

—Una pared de oro —dijo René con un inusitado sentido poético, y los dos se detuvieron un instante para estudiar las inscripciones de los candados—. Por desgracia, no es oro todo lo que reluce —añadió con una sonrisa irónica—. Me gustaría saber cuántos de estos que se han inmortalizado aquí siguen juntos.

A Rosalie no le habría gustado saberlo.

—Pero, de todas formas, ¿no es maravilloso que la gente se enamore y quiera manifestarlo a los demás? Bueno, a mí esos pequeños candados me emocionan de algún modo —replicó ella—. Es tan... romántico.

No dijo nada más, porque con los deseos de cumpleaños pasa como con los deseos que se piden al ver una estrella fugaz: no pueden expresarse en voz alta.

René la abrazó riendo.

—¡Vaya, vaya! ¿No me digas ahora que te ponen esos estúpidos candados? ¡Son una cursilada!

Rosalie sonrió apurada y pensó para sus adentros que también las cursiladas pueden ser a veces bastante sugestivas.

Dos semanas más tarde estaba, como todos los años, en lo alto de la torre Eiffel, mirando pensativa la tarjeta que, mojada por la lluvia, caía al suelo como una paloma muerta de un disparo. Se asustó cuando de pronto alguien le puso la mano en el hombro.

—*Eh, mademoiselle, qu'est-ce que vous faites là?* —tronó en sus oídos.

Rosalie se estremeció y del susto estuvo a punto de perder el equilibrio. Un hombre con un uniforme azul y gorra clavó sus poco amables ojos oscuros en los de ella.

—¡Eh! ¿Cómo se le ocurre darme ese susto? —respondió Rosalie indignada.

Sentía por un lado que la habían pillado in fraganti y, por otro, que habían interrumpido su ritual sagrado. Desde que el gobierno vigilaba las atracciones turísticas de la ciudad por miedo a los carteristas no se podía estar tranquilo ni siquiera un día lluvioso de diciembre. Era la peste.

—Bueno, ¿qué está haciendo? —repitió con dureza el hombre uniformado—. No está permitido tirar basura así, sin más.

—No era basura, era un deseo —contestó Rosalie irritada, y notó cómo se le calentaban las orejas.

—¡Encima no sea descarada, mademoiselle! —El policía se cruzó de brazos y se plantó, todo lo grande que era, delante de ella—. Sea lo que sea, va a bajar y lo va a recoger, ¿entendido? Y esta bolsa de patatas —señaló una bolsa de plástico arrugada y cubierta de gotitas de agua a los pies de Rosalie— también se la puede llevar.

Luego se quedó observando cómo la joven del abrigo azul descendía con desgana, escalón a escalón, por la construcción de acero.

Una vez abajo Rosalie, en un arrebato de curiosidad, rodeó la torre Eiffel buscando su tarjeta. Pero ésta parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra.

Habían pasado tres meses desde aquel incidente algo grotesco, del que, como era lógico, Rosalie no había contado nada a nadie. La fría lluvia de invierno dio paso a un enero tempestuoso y un febrero sorprendentemente soleado. Hacía tiempo que había sido su cumpleaños, el día de San Valentín llegó y pasó, y su deseo tampoco se cumplió en esa ocasión.

René le entregó orgulloso una caja con unas zapatillas de correr («¡Transpirables, superligeras, el Porsche de las zapatillas de correr, para mi cariñito en el día de San Valentín!»).

Tampoco en marzo se le ocurrió a nadie regalarle a Rosalie un pequeño candado dorado. Y ya había llegado abril.

Tantos deseos, tantas decepciones. El balance de los últimos años llevó a Rosalie a la conclusión de que tal vez había llegado el momento de renunciar al infantil ritual de cumpleaños y madurar. Si ese año no pasaba nada, no volvería a subir a la torre Eiffel.

El aire era suave y, poco a poco, se acercaba la primavera. «Y la primavera a veces concede deseos que el invierno no ha podido hacer realidad.»

Eso, al menos, era lo que escribía Rosalie en una de sus tarjetas cuando abajo, en la tienda, alguien llamó enérgicamente a la puerta.

3

Le Vésinet era una pequeña y encantadora ciudad situada a unos veinte kilómetros al oeste de París en una curva del Sena. Todavía hoy se podía sentir que esa localidad, perteneciente a la región de Île-de-France, había sido en tiempos pasados una zona de bosques que el rey solía utilizar para cazar. Los impresionistas se habían dirigido hasta allí para, en las magníficas orillas verdes del Sena, plasmar en sus lienzos la naturaleza todavía intacta, y algunos caminos estaban en la actualidad exactamente igual que en las pinturas de Manet o Monet.

Las viejas mansiones aristocráticas estaban protegidas por setos y muros de piedra; verdes praderas, parques y tranquilos lagos alegraban la vista, y cuando se avanzaba por las viejas alamedas y la luz caía a través de los altos árboles, muchos de los cuales tenían más de cien años, uno se sentía de forma involuntaria invadido por una gran paz. En otras palabras: Le Vésinet era el lugar perfecto cuando se quería estar tranquilo.

«A no ser —pensó Max Marchais furioso— que te persiga un editor que no te deja en paz.»

El famoso autor de libros infantiles estaba sentado a su escritorio mirando la mañana de primavera que resplandecía fuera, en su idílico jardín con una gran pradera, el viejo castaño, el pequeño cenador pintado de color verde oscuro y las hortensias, cuando sonó de nuevo el teléfono.

No había parado de sonar en toda la mañana, y Max Marchais sabía por qué. Cuando a ese Montsignac se le metía una cosa en la cabeza era como un terrier que no suelta la pantorrilla de su víctima: resultaba casi imposible quitárselo de encima. Llevaba una semana bombardeando a su escritor con cartas, emails y llamadas.

Max Marchais sonrió. Era evidente que su caso había pasado a ser un asunto del jefe. Y tenía que admitir que eso casi lo halagaba.

Primero se había puesto en contacto con él una tal mademoiselle Mirabeau, por lo visto, la editora jefe de Opale Jeunesse (el sello de literatura infantil de Éditions Opale), quien se ocupaba de las reimpresiones de sus libros infantiles de mayor éxito.

Mademoiselle Mirabeau, con su delicada voz de pajarito, había sido muy amable, pero también muy insistente. No había parado de asediarlo con nuevos intentos de convencerlo de que volviera a trabajar en un nuevo proyecto de literatura infantil.

En algún momento Max se había deshecho de ella con un no rotundo. ¿Qué parte de la palabra *no* era tan difícil de entender?

No, no tenía ganas de escribir un nuevo libro. No, ya no tenía nuevas ideas fantásticas. No, no estaba disponible. Y no, por suerte, ya no necesitaba ganar dinero. Tenía suficiente dinero. Hacía tiempo que ya no escribía libros infantiles, y desde que su mujer había fallecido cuatro años antes, Max Marchais se había alejado definitivamente de París y su vida social.

La muerte de Marguerite había sido tan trágica como inútil. Y se había producido sin previo aviso.

Iba tan tranquila en bicicleta por la calle, de camino al mercado, cuando de pronto se abrió la puerta de un coche aparcado y Marguerite cayó al suelo con tan mala suerte que se dio un golpe en la nuca. Aquel capricho del destino conmocionó y amargó a Max. La vida simplemente continuó. Pero más vacía.

Max paseaba a diario por las agradables calles y los parques de Le Vésinet, cuando hacía buen tiempo se sentaba en su silla de mimbre a la sombra del castaño y contemplaba el jardín que su mujer había cuidado con tanto amor. Ahora se ocupaba de él un jardinero.

El resto del tiempo Max solía sentarse frente a su escritorio y redactaba breves artículos para algún libro homenaje o revista especializada. O se acomodaba con un libro en uno de los dos sofás junto a la chimenea de la biblioteca, donde miles de libros alineados en estantes que llegaban hasta el techo creaban una atmósfera hogareña.

Con la edad, había disminuido su interés por la literatura contemporánea. Prefería volver a leer a los clásicos que ya lo habían entusiasmado de joven y que, bien visto, apenas podían compararse con lo que hoy las editoriales anunciaban como «sensación literaria». ¿Quién escribía en la actualidad como Hemingway, Victor Hugo, García Márquez, Sartre, Camus o Elsa Morante? ¿Quién tenía algo interesante que decir? ¿Algo con consistencia? La vida era cada vez más acelerada, más superficial..., y los libros, al parecer, también. Lo peor eran las novelas. Para su gusto, ya había demasiadas. El mercado estaba saturado de banalidades. Hoy en día cualquiera que dominara más o menos la lengua francesa creía tener que escribir, pensaba con desánimo. Era demasiado e insuficiente a la vez. El eterno retorno de lo mismo.

Nervioso, Max observó el teléfono que no paraba de sonar sobre su escritorio.

—¡Bah, cierra la boca, Montsignac! —gruñó.

Quizá se debiera también a él. Quizá simplemente se había cansado de empezar siempre de nuevo, y por eso volvía a lo auténtico. Quizá estaba en el mejor camino para convertirse en un viejo gruñón, como le había recriminado la semana anterior su asistenta, Marie-Hélène Bonnier, cuando él se quejó del tiempo, de la verborrea de un vecino y luego de la comida.

¡Qué importaba!

Últimamente, la espalda le estaba dando problemas otra vez. Eso lo ponía de mal humor. Max suspiró mientras intentaba encontrar una postura lo más cómoda posible en su sillón de escritorio. No debería haber cambiado de sitio la pesada maceta de boj del jardín, ¡un error fatal! Era para vomitar. Había que estar siempre atento para no coger frío o no lesionarse. Sus viejos amigos y conocidos también tenían sus achaques, que cada vez eran más difíciles de superar. O sencillamente se morían, y la soledad y la sensación de ser el único que quedaba ya eran cada vez más grandes.

Era verdaderamente aburrido. El que se inventó eso de la edad dorada debía de ser un completo idiota o un cínico. No era fácil hacerse viejo y seguir siendo amable. Sobre todo en los días malos.

El teléfono enmudeció y Max hizo un gesto de triunfo: «¡Gané!».

Miró afuera y posó la vista un instante sobre las hortensias, que destacaban en la parte posterior del jardín, delante de un viejo muro de piedra natural. Una ardilla salió de su escondrijo, cruzó la pradera a toda velocidad y desapareció entre los rosales. Las hortensias y las rosas eran las flores favoritas de su mujer, que también tenía nombre de flor. Marguerite sentía pasión por la jardinería.

Max observó la fotografía que tenía sobre el escritorio y que mostraba a una mujer de amables ojos azules y delicada sonrisa.

La echaba de menos. Todavía. Se habían conocido algo tarde, y la tranquila y equilibrada serenidad con que Marguerite se enfrentaba a la vida y que había mantenido hasta el final le habían hecho mucho bien... a él, que era un espíritu inquieto.

Se inclinó sobre sus anotaciones a mano, luego tecleó un par de frases en el ordenador. Aquél era un avance realmente increíble. No todo lo nuevo era malo, de ninguna manera. Hoy resultaba mucho más fácil escribir. Se podían hacer correcciones sin que se notara. Antes, en las redacciones de los periódicos se usaban sonoras máquinas de escribir cuyas letras se enganchaban una y otra vez. Con copias en papel carbón. No existía la posibilidad de imprimir tantas veces como se quisiera o simplemente hacer copias. Y, si uno se equivocaba, hacer una corrección era siempre bastante fatigoso.

Intentó concentrarse otra vez en su trabajo, un ensayo sobre el tema «El entretenimiento como fenómeno filosófico» que estaba redactando para una pequeña editorial de textos científicos. Max Marchais no había escrito siempre libros infantiles. Tras sus estudios había trabajado como periodista y había escrito algún que otro artículo para revistas científicas. Pero fue a través de sus libros infantiles como se hizo conocido..., bueno, famoso. ¡Él, que ni siquiera tenía niños! ¡Ironías del destino! Las historias del Conejo Nariz de Ciruela, las aventuras de la pequeña Hada de Hielo y los siete volúmenes del pequeño Caballero Bribón lo habían hecho más rico de lo que jamás podría haber imaginado. Pero poco después de la boda Marguerite estuvo a punto de no sobrevivir a un embarazo extrauterino..., y luego pasó lo que pasó. Max se sentía entonces

infinitamente agradecido por no haber perdido a su mujer. También habían vivido bien sin niños, Marguerite y él, y los años habían ido pasando.

Aquel año Max cumplía setenta. De joven le habría parecido imposible que eso fuera a pasarle a él. ¡Setenta! No le gustaba pensar en ello.

—Tiene que salir usted más, monsieur Marchais. Haga algo, vaya a París, visite algún café, quede con los amigos, pase una temporada en la casa de Trouville, invite a su hermana de Montpellier. No es bueno estar siempre encerrado aquí. Se va a volver un ser solitario. Todos tenemos que hablar con alguien..., creo yo.

A veces, Marie-Hélène lo volvía loco con sus largos reproches.

—Para eso ya la tengo a usted —respondía él.

—No, no, monsieur Marchais. Sabe usted perfectamente a qué me refiero. Cada vez se aísla usted más. Y cada vez está usted de peor humor. —Marie-Hélène estaba en la biblioteca limpiando el polvo—. Me siento como el ama de llaves de ese..., bueno, ¿cómo se llama?, ese hombre huraño que también estaba siempre encerrado en casa y su criada le contaba cosas...

—Marcel Proust —intervino Max con sequedad—. No exagere, Marie-Hélène, y no diga tantas tonterías. Yo estoy bien. Y me gusta mi vida tal como es.

—¿Ah, sí? —dijo Marie-Hélène empuñando el plumero como una lanza—. No le creo una sola palabra, monsieur Marchais. ¿Sabe lo que es usted? Un viejo solitario con una casa vacía.

Fue una frase muy dura. En una novela le habría gustado, pensó Max divertido.

Lo estúpido era que su ama de llaves había dado en el clavo.

Cuando, dos horas más tarde, empezó a sonar de nuevo el teléfono, Max cerró el ordenador de mal humor y apartó definitivamente sus anotaciones sobre el tema «entretenimiento». Luego cogió el auricular con decisión.

—Sí, por favor, lo escucho —dijo irritado.

—Aaaah, Marchais, qué bien que por fin lo encuentro. El pájaro había volado, jajaja. Llevo todo el día intentándolo.

—Lo sé. —Max puso los ojos en blanco.

Naturalmente, Montsignac, lo sabía. La voz del editor sonaba llena de gallos de tanta amabilidad.

—Mi querido y buen Marchais, ¿qué tal está usted? ¿Todo bien? ¿Le ha hablado ya nuestra encantadora mademoiselle Mirabeau de la pequeña conspiración que tenemos contra usted?

—Sí, ya me lo ha contado —gruñó—. Pero me temo que no vamos a llegar a un acuerdo.

—Pero, pero, Marchais, no sea tan pesimista, siempre hay un camino para el encuentro. ¿Por qué no quedamos la semana que viene en Les Éditeurs y lo hablamos todo con calma, sólo nosotros dos?

—Puede ahorrarse la molestia, Montsignac. Mi respuesta es no. Voy a cumplir setenta años, en algún momento hay que decir basta.

—Pamplinas; por favor, Marchais, no sea infantil. Setenta años..., ¿qué argumento es ése? Todavía no es usted viejo. Los setenta son los nuevos cincuenta. Conozco a muchos autores que empiezan a escribir a la edad que tiene usted ahora.

—Me alegro por ellos, hable con ellos entonces.

Montsignac consideró inútil seguir por ese camino. Simplemente siguió hablando.

—Precisamente *porque* va a cumplir usted setenta años debería volver a escribir un libro, mi querido Marchais. Piense en todos sus fans, piense en el gran número de niños a los que usted ha hecho felices con sus libros. ¿Sabe usted cuántos ejemplares del *Conejo Nariz de Ciruela* se venden todavía al mes? Sigue siendo usted el gran escritor de literatura infantil de este país. El Astrid Lindgren de Francia, por así decirlo. —Max oyó cómo se reía—. Aunque con la indiscutible ventaja de que usted va a cumplir setenta años y puede seguir escribiendo libros. —Empezó a entusiasmarse—. Un nuevo libro infantil que sacaremos para celebrar su cumpleaños: daremos en el clavo. Se lo digo, va a ser todo un éxito. Ya lo estoy viendo: la

prensa se nos echará encima. Lo veo: treinta licencias de traducción. Volveremos a estar en lo alto de la lista. ¡Será una fiesta!

Max Marchais casi pudo oír cómo el viejo Montsignac se frotaba las manos. El «viejo Montsignac»... Tuvo que sonreír aun sin querer mientras las profecías del eufórico editor zumbaban en su oído.

En realidad, Montsignac no era tan viejo. Estaba a mitad de los sesenta, más joven que él mismo. Pero el corpulento y apuesto hombre de pelo gris y camisas siempre blancas como la nieve que se tensaban peligrosamente en torno a su barriga cuando le daban los temidos ataques de furia siempre había parecido mayor de lo que era.

Conocía al editor de Éditions Opale desde hacía casi treinta años. Y aunque habían tenido agrias discusiones, Max valoraba a ese hombre vital, impaciente, colérico, tenaz, a menudo injusto, pero al final siempre bondadoso, que lo había asesorado durante tanto tiempo. Montsignac había contratado el primer libro de Max Marchais cuando todavía era un folio en blanco. Incluso había conseguido a uno de los mejores ilustradores de literatura infantil para la obra de un autor entonces completamente desconocido cuyo manuscrito había sido rechazado en varias editoriales.

Su osadía editorial, por la que Max lo admiraba tanto, había dado sus frutos. Las aventuras del conejo con nariz en forma de ciruela se convirtieron en un gran éxito y se vendieron en muchos países. El resto de sus libros también se habían publicado en Opale Jeunesse, y algunos eran considerados ya clásicos de la literatura infantil.

Cuando Marguerite murió, Montsignac había abandonado a toda prisa la Feria del Libro para acudir al entierro en Le Vésinet y estrecharle la mano a Max junto a la tumba.

—La vida continúa, Marchais, créame, la vida continúa —le había susurrado al oído mientras le pasaba el brazo por los hombros temblorosos.

Max Marchais no lo había olvidado.

—Dígame, Marchais... —La voz del editor había adquirido de pronto un tono desconfiado—. No irá a abandonarnos por otro, ¿no? ¿Tiene otra editorial? ¿Es eso? No nos haría algo así después de todo

lo que nosotros hemos hecho por usted, ¿verdad? —Respiró con dificultad.

—Pero, por favor, Montsignac, ¡qué piensa usted de mí!

—Bueno, entonces no veo ningún motivo por el que no podamos emprender este bonito proyecto juntos —dijo Montsignac aliviado.

—¿Qué proyecto? —replicó Max—. No recuerdo ningún proyecto.

—Venga, Marchais, no se haga tanto de rogar. ¡Hay algo por ahí! Lo presiento. Una pequeña historia que es pan comido para usted.

—Escuche, Montsignac, déjeme tranquilo de una vez. Soy un viejo malhumorado que ya no tiene ganas de nada.

—Pero eso ya lo ha dicho. ¡Bravo! ¿Sabe una cosa, Marchais? Me gusta usted, pero su autocompasión resulta insoportable. Ha llegado la hora de que se ponga manos a la obra. Salga afuera, amigo mío. Escriba. Deje que suceda algo nuevo. Que entre un poco de luz en su vida. Llevaba mucho tiempo escondido detrás de sus setos de boj.

—Muros de piedra natural —lo corrigió Max, y observó las hortensias que se alineaban junto al muro al fondo del jardín.

Era el segundo sermón en una semana. Evidentemente, el editor estaba compinchado con su ama de llaves.

—Hace una eternidad que no escribo un libro infantil —admitió Max después de una pausa.

—Créame, eso es como montar en bicicleta: nunca se olvida. ¿Hay algún otro motivo? —Era el Montsignac de siempre. No aceptaba un no.

Max suspiró.

—No tengo ninguna idea nueva, ése es el motivo.

El editor soltó una fuerte carcajada.

—¡Ésa ha sido buena! —dijo cuando se hubo calmado.

—De verdad, Montsignac, no tengo ninguna historia buena.

—¡Bueno, entonces búsquela, Marchais, búsquela! Estoy completamente seguro de que al final encontrará una historia fantástica. —Lo dijo como si bastara con ir a un armario y sacar una

historia como si fueran un par de calcetines viejos—. ¡Bueno, entonces el próximo viernes a la una en Les Éditeurs, sin falta!

En Les Éditeurs rara vez se perdían los turistas. Era un pequeño restaurante algo apartado detrás de la estación de metro de Odéon. En él se reunían los editores con sus autores y se mantenían conversaciones de negocios con los editores extranjeros que acudían al Salon du Livre. Uno podía sentarse, rodeado de libros, en cómodos sillones de cuero que estaban bajo un enorme reloj de estación, tomar una pequeña delicia de la carta o beber sólo un café o un *jus d'orange pressé*.

Monsieur Montsignac, que en las duras sillas de madera de otros cafés enseguida empezaba a revolverse intranquilo porque le resultaban demasiado incómodas, apreciaba el confort de las suaves butacas. Uno de los principales motivos por los que acudía a aquel pequeño restaurante siempre que tenía una cita de negocios.

Removió su café exprés, y sus ojos se posaron satisfechos en su autor, quien dos horas antes había entrado en el local con un traje azul y el pelo plateado cuidadosamente peinado hacia atrás. Hacía poco había adquirido un bastón de paseo (por supuesto, un elegante bastón con una cabeza de león plateada en el puño que, al parecer, necesitaba debido a su espalda), pero Montsignac tenía la impresión de que el bueno de Marchais a veces coqueteaba con su edad y quería dejarse convencer de todo.

Para eso era (todavía) un hombre de buen ver, pensó el editor. Sus vivos y claros ojos azules revelaban un espíritu despierto, aunque tras el fallecimiento de su mujer se había vuelto algo parco en palabras.

En cualquier caso, cuando Marchais se dejó caer en un sillón frente a él con una curiosa sonrisa, Montsignac supo enseguida que tenía buenas noticias.

—Muy bien, viejo pelmazo —dijo sin más preámbulo—. Tengo una historia.

—¿Por qué no me sorprende?

Y Montsignac sonrió satisfecho.

El editor no se sorprendió tampoco cuando apenas una semana más tarde Marchais le envió por email la nueva historia, casi antes de que se hubiera secado la tinta del contrato. A algunos autores sólo había que darles un pequeño empujón, luego echaban a andar por sí solos.

—Una historia estupenda. ¡Muy bonita! —le dijo por teléfono una vez que hubo leído el manuscrito y llamado enseguida al autor, que esta vez contestó tan rápido que parecía que estuviera sentado a su lado—. En esta ocasión se ha superado a sí mismo, viejo amigo.

Luego Montsignac tuvo que recurrir a sus artes de persuasión para convencer a Marchais de que para el nuevo libro era imprescindible cambiar de ilustrador.

—Pero ¿por qué? —gruñó Max obstinado—. ¿Por qué no puede hacerlo Éduard? Lo aprecio mucho, y siempre ha sido muy satisfactorio colaborar con él.

Montsignac suspiró para sus adentros. Los recargados dibujos de Éduard Griseau, que ya casi rozaba los ochenta y ahora se dedicaba a los grabados, no eran lo que hoy se esperaba en un libro infantil. Había que adaptarse a los tiempos. Así era como funcionaban las cosas.

—No, no, Marchais, tiene que ser algo más fresco. Tengo en mente una ilustradora con un estilo propio que me gusta mucho. No es muy conocida todavía, pero está llena de ideas. Nuevas. Originales. Es la ilustradora perfecta para su historia del tigre azul. Dibuja tarjetas.

—¿Tarjetas? —repitió Marchais con desconfianza—. Griseau es un *artista*. No querrá que una aficionada se ocupe del trabajo...

—No tenga tantos prejuicios, Marchais. Hay que ser más abierto. Se llama Rosalie Laurent y tiene una pequeña tienda de tarjetas en la rue du Dragon. ¿Por qué no se da usted una vuelta por allí y me dice qué le parece?

Y así fue como Max Marchais se encontró, unos días más tarde, ante la tienda de postales de Rosalie, golpeando impaciente la puerta de marco azul con su bastón de paseo.

4

Al principio Rosalie ni siquiera oyó los golpes. Estaba arriba, con el pelo revuelto, vaqueros y un jersey, sentada a su mesa dibujando, y de fondo Vladímir Vysotski cantaba la canción de *Odessa*, de la que ella sólo entendía las palabras *Odessa* y *Prinzessa*. Su pie se balanceaba al ritmo de la animada música.

Los lunes era el único día en que Luna Luna, como otros pequeños comercios de París, cerraba.

Por desgracia, el día no había empezado bien. El intento de disuadir con palabras amables a monsieur Picard de la subida del alquiler prevista había acabado en una discusión a gritos. Sencillamente no pudo callarse y al final llamó *usurero capitalista* a su casero.

—¡Eso no se lo voy a permitir, mademoiselle Laurent, eso no se lo voy a permitir! —gritó él, y sus ojillos brillaron de furia—. Son los precios de Saint-Germain. Si no le gustan, puede irse cuando quiera. ¡Estaré encantado de alquilarle el local a Orange, pagarán el doble, por si le interesa saberlo!

—¿Orange? ¿Qué es eso? Ah, ¿se refiere al operador de telefonía móvil? ¡No me lo puedo creer! ¿Va a convertir mi preciosa tienda en una *tienda de móviles*? ¡¿Es que no le da pena, o qué?! —le chilló Rosalie, y su corazón empezó a latir peligrosamente deprisa cuando, furiosa, bajó corriendo la escalera de piedra (monsieur Picard vivía en el tercer piso) y, ya en su casa, dio un portazo que retumbó por toda la escalera.

Luego se encendió con manos temblorosas un cigarrillo, y eso que hacía mucho que había dejado ya de fumar. Se acercó a la ventana y echó el humo al aire fresco de la mañana de París. El asunto era más serio de lo que pensaba. Al parecer, iba a tener que

pasar por el aro de entregarle a monsieur Picard el dinero que tanto le costaba ganar. Sólo esperaba seguir teniendo el suficiente para poder hacerlo. Era una pena que la tienda no fuera de su propiedad. Tenía que pensar algo. Ya se le ocurriría una solución.

Se preparó un café y volvió a su mesa de dibujo. La música y el trabajo hicieron que se tranquilizara. «Ya veremos, monsieur Picard —pensó cuando finalmente escribió con trazos firmes la frase de la nueva tarjeta—. No se va a deshacer de mí tan fácilmente.» Llamaron a la puerta, pero ella no lo oyó. Contemplaba satisfecha su obra.

«Y la primavera a veces concede deseos que el invierno no ha podido hacer realidad.»

—Esperemos que sea así —dijo casi para sus adentros.

Alguien volvió a llamar con fuerza a la puerta de la tienda. Esta vez, Rosalie sí lo oyó. Sorprendida, se detuvo y dejó el lápiz a un lado. No esperaba a nadie. La tienda estaba cerrada, el correo ya había llegado, y René tenía ocupado todo el día con sus clientas.

—¡Sí, ya voy! —gritó, mientras se sujetaba el pelo con un pasador y bajaba a toda prisa la estrecha escalera de caracol de madera que llevaba a la tienda.

William Morris, que estaba abajo en su cesta, levantó un poco la cabeza y luego la dejó caer otra vez sobre sus patitas blancas.

En la puerta había un hombre mayor con una gabardina azul oscuro y una bufanda con estampado de cachemira a juego que, impaciente, daba golpes en el cristal con su bastón.

Rosalie giró la llave, que estaba puesta en la puerta por dentro, y abrió.

—Eh, eh, monsieur, ¿qué ocurre? Va a romperme el cristal —dijo en tono poco amable—. ¿No sabe leer? Hoy está cerrada la tienda. —Señaló el cartel que colgaba en la puerta.

El hombre no creyó necesario disculparse. Levantó sus espesas cejas blancas y la observó con mirada crítica.

—¿Es *usted* Rosalie Laurent? —preguntó luego.

—Hoy no —respondió ella alterada, y se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja. ¿Qué era aquello? ¿Un interrogatorio?

—¿Cómo?

—Bah, nada. Olvídelo.

El hombre de la bufanda con estampado de cachemira parecía irritado. Era probable que oyera mal.

—Será mejor que vuelva mañana, monsieur —dijo ella, esta vez más alto—. ¡Hoy está *cerrado*!

—No tiene por qué gritar —replicó él ofendido—. Todavía oigo perfectamente.

—Me alegro —repuso ella—. Entonces, *au revoir*.

Rosalie cerró la puerta y ya se disponía a marcharse cuando volvió a oír un golpe en el cristal. Respiró hondo y se volvió.

—¿Sí? —dijo después de abrir de nuevo.

El hombre volvió a lanzarle una mirada inquisitiva.

—¿Es usted o no? —preguntó.

—Sí, soy yo —contestó ella. La cosa empezaba a ponerse interesante.

—Oh, muy bien —dijo él—. Entonces, ésta es la tienda correcta. ¿Puedo entrar? —Dio un paso hacia el interior de la tienda.

Rosalie retrocedió atónita.

—En realidad, hoy está cerrado —repitió.

—Sí, sí, ya me lo ha dicho. Pero ¿sabe?... —empezó a recorrer la tienda mirando a su alrededor—, he venido a París exclusivamente para ver si sus dibujos son los adecuados. —Siguió avanzando, y se golpeó con el canto de la gran mesa de madera que ocupaba el centro de la tienda, lo que hizo que uno de los vasos de cerámica con lápices se balanceara de forma peligrosa—. Esto es muy estrecho —observó en tono de reproche.

Rosalie sujetó el vaso de cerámica mientras él estiraba su enorme mano hacia una tarjeta de flores que había sobre la mesa.

—¿Lo ha pintado usted? —preguntó en tono severo.

—No —contestó ella alucinada.

Él guiñó los ojos.

—Menos mal. —Volvió a dejar la tarjeta en la mesa—. No sería adecuado.

—¡Ajá! —Rosalie no entendía una sola palabra. Era evidente que aquel hombre tan elegante no estaba bien de la cabeza—. Mis

tarjetas son las del expositor que está junto a la puerta. ¿Quiere usted encargar una felicitación? —intentó de nuevo.

Él la miró con un brillo divertido en sus ojos azules.

—¿Una *felicitación*? ¿Por qué dice eso? ¿Acaso estamos en Navidad?

Rosalie, molesta, guardó silencio. Cruzó los brazos y observó cómo el hombre se acercaba al expositor, sacaba una tarjeta tras otra, con el ceño fruncido, las sujetaba un instante delante de sus ojos y luego volvía a dejarlas en su sitio.

—No están mal —oyó que murmuraba el desconocido distraído —. Hum..., sí..., podría valer..., de hecho.

Ella carraspeó impaciente.

—Monsieur —dijo—. No tengo todo el día. Si quiere comprar una tarjeta, hágalo ya. O vuelva en otro momento.

—Pero, mademoiselle, yo no quiero comprar ninguna tarjeta. — El hombre le lanzó una mirada de sorpresa, echó hacia atrás la bolsa de piel marrón que llevaba en bandolera y retrocedió un paso—. En realidad, sólo quería preguntarle...

No fue más allá. Al retroceder había metido el bastón en la cesta de *William Morris* sin darse cuenta. Para ser más exactos, tampoco había visto a *William Morris*. El perro, que un segundo antes estaba tan tranquilo y quieto como un ovillo de lana en su cesta, aulló de dolor y empezó a ladrar como un loco..., y eso puso en marcha una reacción en cadena de consecuencias fatales.

William Morris ladró, el hombre se asustó, empujó el expositor de tarjetas, al cual se enganchó la cartera que llevaba en bandolera, perdió el bastón, y luego todo fue tan rápido que Rosalie ya no pudo hacer nada por detener el desastre que, como fichas de dominó y con un ruido estrepitoso, se cernió sobre ella y acabó con el hombre de la bufanda con estampado de cachemira tirado en el suelo cuan largo era, mientras, buscando todavía apoyo, se abrazaba al expositor ya vacío, que a su vez había volcado también el segundo expositor, lo que había hecho que todas las tarjetas salieran volando por los aires como si de una explosión se tratara y acabaran cayendo suavemente al suelo.

Por un instante reinó un silencio sepulcral. Hasta *William Morris* había dejado de ladrar del susto.

—¡Oh, Dios mío! —Rosalie se llevó las manos a la boca.

Un segundo después estaba agachada junto al hombre, en cuya frente había aterrizado una tarjeta de color azul celeste. «Todo beso es como un terremoto», decía en ella.

—¿Se ha hecho usted daño? —Rosalie retiró la tarjeta con cuidado y vio la cara de dolor del desconocido. Él abrió los ojos y gimió.

—Aaaah..., maldita sea..., mi espalda —dijo intentando incorporarse—. ¿Qué ha pasado? —Miró confundido la estructura metálica que se apoyaba en su pecho y todas las tarjetas que estaban en el suelo a su alrededor.

Rosalie lo observó preocupada y lo liberó del expositor vacío.

—¿No se acuerda? —¡Dios mío, esperaba que el viejo no tuviera un traumatismo craneoencefálico!—. Mi perro ha ladrado y usted ha tirado el expositor de tarjetas.

—Sí..., cierto. —Pareció reflexionar—. El perro..., ¿de dónde ha salido? ¡Ese chucho estúpido debe de haberme asustado!

—Y usted lo ha asustado a él. Le ha clavado su bastón en la pata.

—¿Yo he hecho eso? —Se incorporó entre gemidos y se tocó la nuca.

Rosalie asintió.

—Venga, lo ayudaré. ¿Cree que puede ponerse de pie?

Lo sujetó del brazo y, con su ayuda, él se levantó.

—¡Auuu! ¡Mierda, maldita sea! —Se llevó la mano a los riñones —. Deme mi bastón. ¡Mierda de espalda!

—¡Tome! —El hombre dio unos pasos, y Rosalie lo acompañó hasta el viejo sillón de cuero que estaba en un rincón junto a la caja —. Siéntese. ¿Quiere un vaso de agua?

El hombre se dejó caer con cuidado, estiró sus largas piernas e intentó sonreír un poco cuando ella le ofreció el vaso.

—¡Qué mala suerte! —dijo sacudiendo la cabeza—. En cualquier caso, Montsignac tenía razón: es usted la adecuada para *El tigre azul*.

—Eeeh..., ¿cómo? —Rosalie puso unos ojos como platos y se mordisqueó el labio inferior.

Estaba claro que el golpe había sido peor de lo que pensaba. El hombre parecía haber sufrido un daño serio. Lo que faltaba. Sintió que la invadía el pánico. No tenía seguro de responsabilidad civil para el perro. ¿Y si aquel hombre se quedaba perjudicado?

Rosalie era una gran maestra de la anticipación. Si ocurría algo, daba igual lo que fuera, en segundos imaginaba todo lo malo que *podría* pasar luego, hasta el peor de los finales. Todo transcurría como en una película, pero más deprisa.

Vio en su cabeza cómo aparecía en la tienda una caterva de familiares furiosos que dirigían sus dedos acusadores hacia la cesta donde el pequeño *William Morris* los miraba consciente de su culpabilidad. Oyó la voz nasal de monsieur Picard, el «ya-le-he-dicho-mil-veces-que-no-debía-tener-el-perro-en-la-tienda». Pero *William Morris* era como un corderito. Él no había hecho nada malo. Asustado, se había metido debajo de la mesa y la miraba con los ojos muy abiertos.

—Es curioso, pero me recuerda usted a alguien —dijo entonces el desconocido de la bufanda con estampado de cachemira—. ¿Le gustan los libros infantiles? —Se inclinó un poco hacia adelante y soltó un gemido.

Rosalie tragó saliva. Ese hombre estaba fatal, estaba claro.

—Escuche, monsieur, quédese sentado, ¿de acuerdo? No se mueva. Creo que será mejor que llamemos a un médico.

—No, no, estoy bien. —Hizo un gesto de rechazo con la mano —. No necesito ningún médico. —Se aflojó la bufanda y respiró profundamente.

Rosalie lo observó con atención. De pronto parecía muy normal. Aunque podía ser sólo en apariencia.

—¿Debo... debo llamar a alguien para que lo recoja?

Él negó de nuevo con la cabeza.

—No es necesario. Me tomaré una de esas estúpidas pastillas, enseguida me encontraré bien.

Rosalie pensó un instante. ¿«Una de esas estúpidas pastillas»? ¿A qué se refería? ¿Psicofármacos? Tal vez fuera mejor avisar a alguien.

—¿Vive usted cerca?

—No, no. Antes vivía en París... Pero de eso hace mucho tiempo. He venido en tren.

Rosalie tuvo una extraña sensación. Aquel hombre le había resultado peculiar desde el principio. Lo miró dubitativa. Siempre se oía hablar de enfermos mentales que se escapaban y luego se perdían por las calles buscando su viejo hogar.

—Dígame, monsieur..., ¿cómo se llama? Quiero decir..., ¿recuerda usted su nombre? —preguntó prudentemente.

Él pareció sorprenderse bastante. Luego se echó a reír.

—Escuche, mademoiselle, no es mi cabeza la que tiene problemas, sino mi espalda —le explicó con una sonrisa, y Rosalie notó cómo se sonrojaba—. Disculpe si no me he presentado todavía. —Alargó la mano, y ella la estrechó indecisa—. Max Marchais.

Rosalie lo miró aturdida y se puso aún un poquito más roja, si eso era posible.

—No puede ser —tartamudeó—. ¿Es usted Max Marchais? Quiero decir, ¿el *auténtico* Max Marchais? ¿El autor de libros infantiles? ¿El del Conejo Nariz de Ciruela y la pequeña Hada de Hielo?

—Exacto —dijo él, y sonrió—. ¿Le gustaría ilustrar mi nuevo libro infantil, mademoiselle Laurent?

Max Marchais había sido el héroe de su infancia. De niña, Rosalie había leído todos sus libros con entusiasmo. Le encantaba la historia de la pequeña Hada de Hielo, y casi se sabía de memoria las aventuras del Conejo Nariz de Ciruela. Siempre se llevaba los libros de vacaciones y por la noche a la cama, por lo que mostraban claros signos de un uso intenso (hojas rotas o dobladas y, sí, alguna que

otra mancha de chocolate), y todavía estaban en la estantería de su vieja habitación infantil. Pero que algún día conocería a Max Marchais en persona..., ¡con eso no había contado Rosalie ni en sueños! Y que algún día iba a poder ilustrar uno de sus libros..., eso..., sí, eso era casi un milagro.

A pesar de que ese primer encuentro con el famoso autor de libros infantiles había sido bastante turbulento, por no decir tempestuoso, el resto del día transcurrió de forma bastante agradable.

Max Marchais le habló de su editor, un tal Montsignac, que se había fijado en Rosalie porque su mujer, Gabrielle, había adquirido, en un productivo paseo de compras por Saint-Germain, no sólo un bonito bolso en Sequoia, en la rue du Vieux-Colombier, y tres pares de zapatos en Scarpa, en la rue du Dragon, sino también algunas de las tarjetas de Rosalie.

¡Aunque sin convertir toda la tienda en un caos!

Una vez olvidado el primer susto y aclarados todos los malentendidos, Rosalie recogió las tarjetas entre risas y ordenó el establecimiento.

Por desgracia, el inesperado visitante no pudo echarle una mano, como le habría gustado. Max Marchais no consiguió levantarse del sillón. Al final Rosalie no había llamado a ningún médico, pero sí a René.

—Lumbago —dijo éste con ojo clínico, y le recomendó que visitara a su amigo Vincent Morat, un quiropráctico que tenía su consulta a un par de calles de allí.

Poco después estaba allí el quejumbroso autor de libros infantiles, tumbado en una camilla de cuero. Las maniobras tan expertas como enérgicas de Vincent Morat hicieron crujir varias veces y de forma bastante sonora las vértebras de su articulación sacroilíaca antes de que Marchais abandonara la consulta asombrado y sin ningún dolor.

De pronto se sintió diez años más joven y se encaminó a buen paso, con su bastón, de vuelta a la rue du Dragon para invitar a la

propietaria de la pequeña tienda de tarjetas y a su novio a cenar. Era lo mínimo que podía hacer después de todo lo que había pasado. Y notó, para su sorpresa, que se alegraba de ello.

Tenía una buena sensación con respecto a esa Rosalie Laurent. Y, además, su dolor de espalda había desaparecido.

A eso se lo llamaba matar dos pájaros de un tiro.

Aquella noche Rosalie apenas pudo pegar ojo debido a la excitación. A su lado dormía plácidamente René, quien, tras una animada velada con dos botellas de vino tinto, un excelente *coq au vin* y una de las *crème brûlées* con más calorías que había probado en mucho tiempo, había caído en la cama como un tronco y ahora roncaba un poco. Tras la puerta de la cocina estaba, agotado, *William Morris*, que se había pasado el resto del día debajo de la mesa de la tienda contemplando el expositor de tarjetas con desconfianza, y ahora movía las patas en sueños.

Rosalie miró el techo de la habitación y sonrió.

Antes de que al final la venciera el agotamiento, sacó su cuaderno azul de debajo de la cama para hacer una anotación.

El peor momento del día:

Un hombre mayor y arisco entra en la tienda en mi día libre y tira los expositores de tarjetas.

El mejor momento del día:

¡El hombre mayor y arisco es MAX MARCHAIS! ¡Y yo, Rosalie Laurent, voy a ilustrar su nuevo libro!

5

Pocos días después, un primaveral día de abril, la historia del tigre azul entró en la vida de Rosalie Laurent y la cambió para siempre. Al final existe en cada vida una historia que se convierte en eje y centro de sustentación..., aunque la mayoría de las personas no lo aprecian de inmediato.

Cuando por la mañana Rosalie abrió la tienda y, como siempre, miró hacia arriba, un cielo de porcelana cubría la rue du Dragon, tan suave y fresco como sólo puede verse en París después de un chaparrón de abril. Los adoquines de la calle aún seguían mojados, en la acera dos pequeños pájaros se disputaban un trocito de pan, enfrente se alzaba el cierre metálico de una tienda, los olores de la mañana rondaban la nariz de Rosalie, y ella de pronto tuvo la sensación de que ése iba a ser uno de esos días en que comienza algo nuevo.

Desde la memorable visita de Max Marchais, seguía esperando el correo prometido. Todavía le costaba creer que fuera a ilustrar el nuevo libro de Marchais. Confiaba en no defraudar al famoso autor ni a su editor. En cualquier caso, pensaba darlo todo. Era su gran oportunidad. «Con ilustraciones de Rosalie Laurent.» Ya empezaba a sentir un orgullo irrefrenable. Su madre se quedaría boquiabierta. Y la tía Paulette... ¡Ay, pobre tía Paulette! ¡Qué pena que ya no pudiera ver!

Nadie sabía aún nada del encargo. Excepto René, naturalmente.

—¡Genial! —había dicho—. Vas a hacerte famosa.

Eso era algo que le gustaba de René: se alegraba cuando ella conseguía algo, y jamás habría sentido envidia. No era de los que siempre se comparan con los demás, y ése era (junto con todo el

deporte que hacía) el secreto de su equilibrio, aunque seguro que él nunca se había parado a pensar en ello.

Cuando aquella mañana Rosalie entró en el portal de su casa, el corazón le dio un salto de alegría. Ya de lejos vio el gran sobre blanco sobresaliendo en su buzón, y enseguida supo que era el manuscrito del escritor de literatura infantil.

¡Había días que eran tan perfectos que hasta el buzón sólo guardaba cosas buenas!

Rosalie apretó el sobre contra su pecho con el corazón desbocado. Estaba impaciente por leer la historia, y volvió a la tienda a toda prisa. Pero aquel sábado el buen tiempo había empujado temprano a la gente a la calle, y antes de que Rosalie pudiera abrir el sobre entró en la tienda una joven que quería comprar una pluma para su ahijado y se dejó aconsejar al detalle antes de marcharse, finalmente, con una pluma Waterman de color verde oscuro jaspeado.

La papelería estuvo muy animada durante todo el día. Los clientes entraban y salían, compraban tarjetas y papel de regalo, marcapáginas y pequeñas cajitas de música o chocolates con citas de poetas célebres. Algunos encargaron tarjetas especiales. La pequeña campanilla plateada que colgaba encima de la puerta no paraba de sonar, y Rosalie tuvo que dominar su impaciencia hasta que, al final de la tarde, se marchó su último y más joven cliente: un niño de diez años, pelirrojo y con pecas, que quería regalarle a su madre un pisapapeles por su cumpleaños y no lograba decidirse.

—¿Me llevo el del corazón de rosas? ¿O el del trébol? ¿O el del velero? —preguntaba una y otra vez, y sus ojos se posaban ansiosos en el pisapapeles con un viejo barco de tres palos—. ¿Qué le parece?, ¿le gustará el velero a *maman*? Es muy bonito, ¿verdad?

Rosalie tuvo que sonreír cuando, finalmente, se decidió por un corazón hecho de rosas.

—Una buena elección —dijo—. Con corazones y rosas siempre acertarás con las mujeres.

Por fin se hizo el silencio en la tienda. Rosalie cerró la puerta, bajó el cierre metálico y vació la caja registradora. Luego agarró el sobre blanco, que había estado todo el día encima de la mesa de

madera, y subió a su pequeño reino. Entró en la diminuta cocina, calentó agua y cogió del estante que había sobre el fregadero su taza favorita, una pieza única de la serie L'Oiseau Bleu de la fábrica de porcelana de Gien que había comprado en un mercadillo.

Se sentó en su cama francesa, que durante el día se convertía en un sofá gracias a un *granfoulard* de dibujos azules y blancos con varios cojines grandes y pequeños a juego, encendió la lámpara de pie y dio un trago a su *thé au citron*.

A su lado estaba el prometedor sobre blanco. Rosalie lo abrió muy despacio y sacó el manuscrito, que iba acompañado de una tarjeta de visita con unas líneas escritas a mano:

Querida mademoiselle Rosalie:

Me alegra mucho haberla conocido. Aquí tiene El tigre azul*. Estoy impaciente por saber qué le inspira y espero pronto sus sugerencias*.

Un saludo afectuoso,

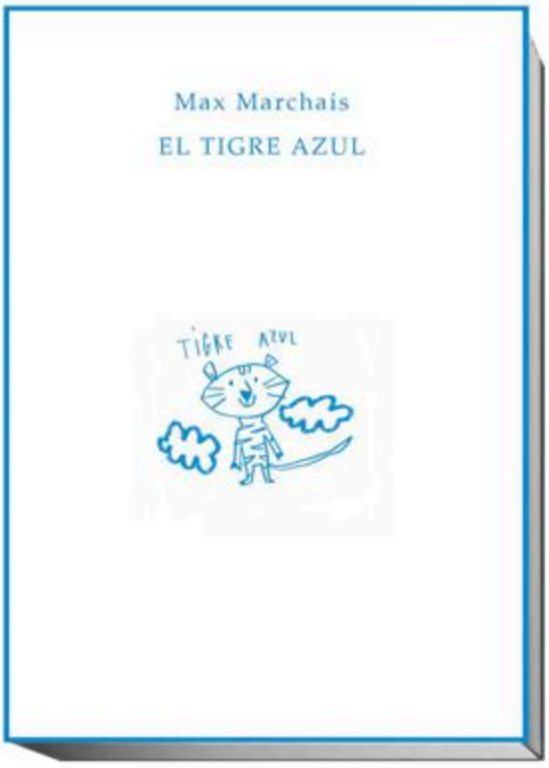
MAX MARCHAIS

P. D. Salude a William Morris *de mi parte; espero que se haya recuperado del susto*.

Rosalie sonrió. ¡Qué amable por su parte acordarse del perro! Y ese tratamiento..., «mademoiselle Rosalie». Tan anticuado. Aunque al mismo tiempo sonaba respetuoso y personal, pensó.

Colocó bien algunos cojines y se reclinó hacia atrás con el manuscrito sobre las rodillas.

Y, por fin, empezó a leer.


Max Marchais
EL TIGRE AZUL
TIGRE AZUL

Max Marchais

EL TIGRE AZUL



Cuando Héloïse cumplió ocho años sucedió algo muy muy extraño. Algo que resultaba difícil de creer y que, sin embargo, ocurrió así.

Héloïse era una niña alegre, de pelo rubio y ojos azules, nariz pecosa y boca grande, que, como la mayoría de las niñas, tenía una gran fantasía y a menudo imaginaba grandes aventuras.

Estaba convencida de que por las noches sus peluches hablaban entre sí, y de que en las campanillas del jardín vivían pequeños elfos que eran tan diminutos que el ojo humano no podía verlos. Estaba casi segura de que las alfombras podían volar, bastaba con conocer las palabras mágicas, y cuando uno se bañaba había que tener cuidado de salir del baño *antes* de quitar el tapón para que el voraz espíritu del agua no pudiera llevarlo por el desagüe.

Héloïse vivía con sus padres y su perrito *Babu* en una bonita casa blanca en las afueras de París, muy cerca del bois de Boulogne, que era un parque enorme, enorme, casi un bosque. Los domingos Héloïse solía ir allí con sus padres para hacer pícnic o montar en barca, pero su sitio favorito eran el parc de Bagatelle, un pequeño parque encantado con una rosaleda maravillosa. ¡Cómo olía! Héloïse siempre respiraba muy hondo cuando paseaban por él.



En el parc de Bagatelle había también un pequeño palacio. Era del color rosa más delicado que se pueda imaginar, y el papá de Héloïse le había contado que, hacía mucho tiempo, un joven conde lo había construido en sesenta y cuatro días para su reina.

Héloïse, a la que le habría gustado mucho ser una princesa, se quedó impresionada. «Cuando sea mayor, sólo me casaré con un hombre que también me construya a mí un palacio en sesenta y cuatro días», exclamó, y su padre se echó a reír y dijo que entonces sería mejor que se casara con un arquitecto.

Héloïse no conocía a ningún arquitecto, pero sí conocía a Maurice, un niño que vivía al final de la calle con su madre en una pequeña casa que estaba rodeada por un jardín asilvestrado con muchos manzanos.

Un día, Maurice estaba en la valla cuando Héloïse pasó dando saltos por la calle. «¿Quieres una manzana?», le preguntó mientras le mostraba una roja con una tímida sonrisa. Héloïse cogió la manzana y le dio un mordisco, luego se la devolvió al chico del pelo rubio revuelto para que él también le diera un mordisco.



Desde ese día fueron amigos y algo más que eso: Maurice le había prometido a Héloïse que, algún día, él le construiría un pequeño palacio como el del parc de Bagatelle, ¡sin problema! Hasta había cogido ya a escondidas algunos ladrillos de una obra y los había ocultado en un rincón del jardín, porque Maurice estaba, como ya podéis imaginar, enamorado de la niña de cabellos dorados que contaba historias tan maravillosas y le gustaba tanto reír. Si Héloïse hubiera querido la luna como lámpara para su habitación, Maurice se habría hecho astronauta para bajársela del cielo.



En la mañana de su octavo cumpleaños, Héloïse fue con su clase de excursión al bois de Boulogne. Como era su cumpleaños podía elegir adónde exactamente quería que fueran todos, y ella eligió, como era natural, el parc de Bagatelle. El sol lucía calentando el aire, y la maestra, madame Bélanger, les había dicho a los niños que debían llevarse sus cajas de colores y sus cuadernos de dibujo porque iban a pintar al aire libre. Mientras madame Bélanger se sentaba con su

libro de biología a la sombra de un árbol, los niños se sentaron en mantas o en la hierba y pintaron con afán pájaros, rosales, el pequeño palacio o uno de los elegantes pavos reales que, moviendo la cabeza, paseaban orgullosos por la pradera como si el parque entero les perteneciera.

Héloïse no lograba decidir qué quería pintar. Y, mientras los demás niños garabateaban en sus cuadernos, ella seguía tumbada en una manta mirando el cielo azul, por donde una gran nube se deslizaba despacio. Era como si un simpático tigre se paseara por el cielo, pensó Héloïse. Se sentó, sacó su caja de acuarelas de la bolsa de dibujo y mojó el pincel en el agua.

Dos horas más tarde, madame Bélanger dio unas palmadas y todos los niños debían mostrar sus dibujos a los demás. Cuando le llegó el turno a Héloïse, presentó muy orgullosa un bonito tigre de color azul índigo con rayas plateadas y ojos azul celeste. Se había esmerado mucho y le parecía que era uno de los mejores dibujos que había pintado nunca.



Algunos niños se dieron de codazos y empezaron a reírse.

—Jajaja, Héloïse, ¡¿qué has pintado?! —gritaron—. ¡Un tigre no es *azul*!

Ella se puso roja como un tomate.

—El mío, sí —repuso.

—Pero un tigre es amarillo y tiene rayas negras, eso lo sabe cualquiera —dijo Mathilde, que era la mejor de la clase y debía de saberlo.

—Pero mi tigre es... un tigre de las nubes, y ésos son siempre azules y tienen rayas plateadas, son así —replicó Héloïse, mientras empezaba a temblarle un poco el labio. ¡¿Cómo se le podía haber olvidado que los tigres eran amarillos?!

Madame Bélanger sonrió y levantó las cejas.

—Está bien —dijo—. Existen osos polares y osos pardos, pájaros de colores y zorros azules y leopardos de las nieves. Pero yo nunca he oído hablar de un tigre de las nubes azul.



—Pero... —dijo Héloïse apurada—, seguro que en algún sitio hay un tigre azul...

Los demás niños se dejaron caer de risa sobre la hierba.

—¡Sí, y elefantes rosa! ¡Y cebras verdes! ¡Vete al zoo, Héloïse! —gritaban.

—¡Ya está bien, niños, se acabó! —dijo madame Bélanger—. Aunque no existan los tigres azules, me parece un dibujo muy bonito, Héloïse.

Por la tarde, Héloïse celebró su fiesta de cumpleaños. Había una enorme tarta de chocolate, helado de frambuesa y limonada. Héloïse jugó en el jardín con sus amigos a hacer carreras de sacos, al escondite y a la pelota. Cuando ya les había dado las buenas noches a sus padres y se había ido a su habitación, se dio cuenta de que se había dejado en el parque la bolsa con sus cosas de pintura y el dibujo del tigre azul. ¡Era demasiado! Seguro que mamá la iba a regañar, porque la caja de acuarelas de veinticuatro colores era nueva.

Héloïse pensó un instante, luego salió por la ventana y cruzó el jardín, mientras sus padres seguían viendo la televisión en el cuarto de estar.

El sol estaba ya muy bajo cuando, poco después, llegó sin aliento a la entrada al parc de Bagatelle. Empujó con decisión la vieja puerta de hierro, que por suerte no estaba cerrada con llave y chirrió suavemente. Corrió dejando atrás el palacio rosa, los rosales y las pequeñas cascadas que caían por las rocas con un callado murmullo, y enseguida llegó a la pradera donde toda la clase había estado pintando por la mañana. Miró a su alrededor... ¡y allí estaba! Bajo el viejo árbol donde la profesora había estado leyendo se encontraba su bolsa de tela roja, y alguien había apoyado el cuaderno de dibujo en el tronco del árbol.

Pero el dibujo del tigre azul había desaparecido.

¿Se lo habría llevado alguien?

¿Lo habría arrastrado el viento?

Héloïse guiñó los ojos para ver mejor, y avanzó unos pasos en dirección al pabellón blanco que se alzaba en una pequeña colina ligero como una pajarera.

De pronto oyó una especie de suspiro que parecía provenir de la vieja gruta de piedra que había debajo del pabellón. También recibía el nombre de «gruta de los Cuatro Vientos». Por qué se llamaba así, nadie lo sabía, pero Héloïse, que se había escondido en ella muchas veces, estaba convencida de que se trataba de un lugar mágico.

Si uno se situaba en el centro de la bóveda de piedra, mirando hacia la cascada que caía detrás de la gruta hacia un lago con nenúfares, y susurraba un deseo, el viento se lo llevaba soplando hacia los cuatro puntos cardinales, y en algún momento ese deseo se hacía realidad, de eso estaba convencida Héloïse. Volvió a oír el suspiro, que esta vez sonó más bien como un triste gruñido. Se acercó con cuidado a la entrada de la gruta, que estaba bañada por la luz dorada de los últimos rayos del sol del atardecer.

—¡¿Hola?! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

Un crujido, un murmullo, unos golpes, y entonces apareció ante ella.



Un tigre azul con rayas plateadas. Era exactamente igual que el tigre de su dibujo.

Héloïse abrió mucho los ojos.

—¡Vaya! —murmuró un tanto asombrada.

—¿Por qué me miras así? —gruñó el tigre azul, y el susto le impidió a Héloïse darse cuenta de que el tigre, además, podía hablar.

—¿Eres tú el tigre azul? —preguntó por fin.

—¿Es que no lo ves? —respondió el animal—. Soy un tigre de las nubes. —Sus brillantes ojos azules lanzaron una mirada atrevida a Héloïse.

—¡Oh! —dijo ella—. Tendría que haberme dado cuenta. —Lo miró con gesto dubitativo—. ¿Son peligrosos los tigres de las nubes? —preguntó luego.

—Ni un poco —contestó el tigre azul, haciendo una mueca con la boca—. En cualquier caso, no para los niños.

Héloïse asintió aliviada.

—¿Puedo acariciarte? —preguntó—. Hoy es mi cumpleaños, para que lo sepas.

—Si es así, entonces hasta puedes montarte encima de mí —dijo el tigre azul—. Pero antes tienes que ayudarme. He sido tan estúpido que antes, en los rosales, se me ha clavado una espina en la pata.

Se acercó un poco, y Héloïse notó que arrastraba la pata derecha.

—¡Ay, qué dolor! —dijo ella, que también se había clavado alguna vez una espina en un pie—. Sé lo que es, duele mucho. Déjame ver, tigre.

El animal estiró la pata en la última luz del sol, y Héloïse, que veía muy bien, enseguida encontró la espina y se la sacó con un tirón decidido.

El tigre azul soltó un bramido de dolor, y Héloïse, asustada, retrocedió unos pasos.

—Perdona —dijo el tigre azul, y se chupó la herida.

—Tenemos que vendarla —opinó Héloïse—. ¡Espera, cogeremos esto! —Agarró la bolsa de dibujo y sacó un trapo blanco que tenía alguna mancha de color pero que, por lo demás, estaba muy limpio, y le vendó la pata al tigre azul—. Siento lo de las manchas de pintura —dijo—, pero es mejor que nada.

—Me gustan mucho las manchas de colores —gruñó el tigre azul—. Allí de donde yo vengo se dice que las manchas de colores son lo más bonito de la vida. —Observó satisfecho el trapo que envolvía su pata—. Y las piedras azul celeste, naturalmente..., las

que sólo se encuentran en el lago azul que hay detrás de las montañas azules. Son muy valiosas porque sólo caen del cielo cada dos años. Las piedras del cielo traen suerte, decimos nosotros. ¿Tienes alguna?

Héloïse sacudió la cabeza con asombro. Nunca había visto piedras de color azul celeste. Y menos aún caídas del cielo.

—Y ¿de dónde vienes tú? —quiso saber.

—Del país azul.

—¿Está muy lejos de aquí?

—¡Oh, sí, muy lejos! Tan lejos que hay que ir volando.

—¿En avión? —Héloïse no había subido nunca a un avión.

El tigre puso los ojos en blanco.

—¡Por Dios, en avión, no! Hace demasiado ruido y es demasiado lento. Además, nosotros no tenemos aeropuertos.

No, no, al país azul sólo se llega con la añoranza.

—Ajá —dijo Héloïse desconcertada.

El sol ya se había puesto, y en el cielo, que cada vez estaba más oscuro, ya se veía ascender una luna grande y redonda.

—¿Qué? —preguntó el tigre azul—. ¿Damos una vuelta? —Inclinó un poco la cabeza y señaló su lomo de rayas azules y plateadas—. Sube, Héloïse.

A Héloïse no la sorprendió que el tigre azul conociera su nombre. Tampoco la sorprendió que pudiera volar. Al fin y al cabo, era un tigre de las nubes. Se subió a su espalda, se abrazó a su cuello y apretó la cara contra el suave pelaje, que brillaba a la luz plateada de la luna.

Y entonces echaron a volar.

Enseguida dejaron muy atrás la gruta de los Cuatro Vientos, el pabellón blanco, el pequeño palacio de color rosa y los perfumados rosales. Cruzaron los bosques oscuros del bois de Boulogne y vieron a lo lejos la ciudad con sus miles y miles de luces, el arco de Triunfo, que se destacaba mayestático en el centro de la estrella que

formaban las calles, y la torre Eiffel, que se alzaba esbelta y brillante en el cielo nocturno y custodiaba la ciudad.

Héloïse no había visto nunca París desde arriba. Ni siquiera sabía que su ciudad fuera tan bonita.



—¡Es maravilloso! —exclamó—. Todo es tan diferente cuando se ve desde arriba; ¿no te parece, tigre?

—Está bien contemplar de vez en cuando las cosas en su conjunto —dijo el tigre azul—. Y la mejor forma de hacerlo es desde lo alto. O de lejos. Sólo cuando se ve el conjunto se aprecia lo bien que encaja todo.

Héloïse se apretó contra la suave piel del tigre cuando hicieron un amplio giro para volar de vuelta al bois de Boulogne. El aire era veraniego y cálido, y su pelo dorado ondeaba al viento. Abajo, en el Sena, que serpenteaba por la ciudad como una oscura cinta de terciopelo, se deslizaban los barcos de recreo con sus lucecitas de colores, y si alguien hubiera mirado hacia arriba, habría visto una nube azul índigo alargada, con el borde dorado y que tenía la forma

de un tigre, y tal vez se habría sorprendido un poco. Quizá ese alguien habría pensado también que era una estrella fugaz lo que brillaba en el cielo nocturno y habría pedido un deseo.

—¡Estoy tan contenta de que existas! —le dijo Héloïse al tigre al oído cuando volaban ya cerca del parc de Bagatelle y el olor de las rosas llegó hasta su pecosa nariz—. En el colegio, todos se han reído de mí.

—Y yo me alegro de que tú existas, Héloïse —repuso el tigre azul—. Porque eres una niña muy muy especial.

—No me va a creer nadie —dijo Héloïse después de que el tigre azul aterrizara con suavidad con las cuatro patas en su jardín.

—Bueno, ¿y qué? —replicó él—. ¿No ha sido bonito a pesar de todo?

—Increíblemente bonito —dijo Héloïse, y sacudió la cabeza con tristeza—. Pero no me van a creer. Nadie se va a creer que he estado con un tigre azul.

—No importa —repuso el animal—. Lo importante es que tú creas en ello. Eso es siempre lo más importante.

Dio un ágil salto y se detuvo debajo de la ventana abierta por la que había saltado Héloïse para ir a buscar sus cosas de pintura y su dibujo del tigre.

Le pareció que hacía una eternidad de eso, pero no podía haber pasado mucho tiempo porque, a través de la ventana iluminada del cuarto de estar, vio a sus padres, que seguían delante del televisor. Nadie había notado que había salido. Excepto tal vez *Babu,* que estaba tras la ventana grande del salón moviendo el rabo y ladrando muy excitado.

—Puedes ponerte de pie en mi espalda, así alcanzarás mejor tu ventana —dijo el tigre azul.

Héloïse vaciló.

—¿Volveré a verte?

—Me temo que no —dijo el tigre azul—. Sólo se ve un tigre de las nubes una vez en la vida.

—Oh —dijo Héloïse.

—Pero no debes estar triste por eso. Si me añoras, túmbate en la hierba y espera a que pase una nube en forma de tigre. Seré yo. Y ahora, vete.

Héloïse abrazó por última vez al tigre.

—No me olvides —dijo.

El tigre levantó su pata vendada.

—¿Cómo voy a olvidarte? ¡Tengo tu trapo con manchas de colores!

Un poco más tarde estaba Héloïse en la ventana viendo cómo el tigre azul cruzaba el jardín a grandes pasos. Saltó por encima del seto, voló más allá de las copas de los árboles, cuyas hojas sonaron levemente, para aparecer por un instante delante del disco brillante de la luna antes de desaparecer por fin en el cielo oscuro de la noche.

—Yo tampoco te olvidaré a ti, tigre —dijo en voz baja—. ¡Nunca!

Cuando Héloïse se despertó a la mañana siguiente, el sol entraba iluminando la habitación, la ventana estaba abierta de par en par y en el suelo se encontraban su ropa y su bolsa de dibujo roja.

—Buenos días, Héloïse —dijo su madre, que a punto estuvo de caer al tropezar con la bolsa—. No tienes por qué tirarlo todo siempre al suelo.

—Sí, *maman*, pero esta vez es diferente —repuso Héloïse, sentándose en la cama muy excitada—. Anoche fui otra vez al parque porque me había dejado las cosas de dibujo, y la bolsa seguía allí, pero mi dibujo había desaparecido, y luego me encontré en la gruta de los Cuatro Vientos a un tigre azul que era exactamente igual que el de mi dibujo, azul con rayas plateadas, y hasta podía hablar, *maman*, era un tigre de las nubes, pero se había hecho daño con los rosales, y yo le vendé la pata, y luego me dejó

subirme encima de él, y volamos juntos por encima de París, y... —En ese momento, Héloïse tuvo que coger aire.

—¡Dios mío! —dijo su madre sonriendo, y le acarició el pelo a su hija—. Vaya aventuras has soñado esta noche. Seguro que es por toda la tarta de chocolate que comiste ayer.



—Pero no, *maman*, no ha sido un sueño —dijo Héloïse saltando de la cama—. El tigre azul *estaba* en nuestro jardín..., aquí, delante de mi ventana, antes de marcharse volando otra vez. Se acercó a la ventana y se asomó para ver el jardín, que estaba tranquilo y en silencio, como todas las mañanas.

—Era un tigre de las nubes —insistió.

—Un tigre de las nubes..., vaya, vaya —repitió su madre divertida—. Bueno, entonces me alegro de que no te haya comido. Y ahora, vístete; papá va a llevarte hoy al colegio.

Héloïse quiso explicarle que los tigres de las nubes no son peligrosos para los niños, pero su madre ya había salido de la habitación.

—Esa niña tiene una gran fantasía, Bernard —oyó Héloïse que decía mientras bajaba por la escalera.

Ella arrugó la frente y se puso a reflexionar. ¿Era posible que hubiera sido todo un sueño? Pensativa, se puso el vestido y se

quedó mirando la bolsa roja, que seguía junto a su cama. La cogió y miró dentro.

Allí estaban la caja de acuarelas, un par de pinceles, un cuaderno de dibujo con las hojas en blanco. Un paquete de galletas medio roto. Faltaba el trapo blanco con manchas de colores. Y entonces Héloïse descubrió algo que brillaba en el fondo de la bolsa.

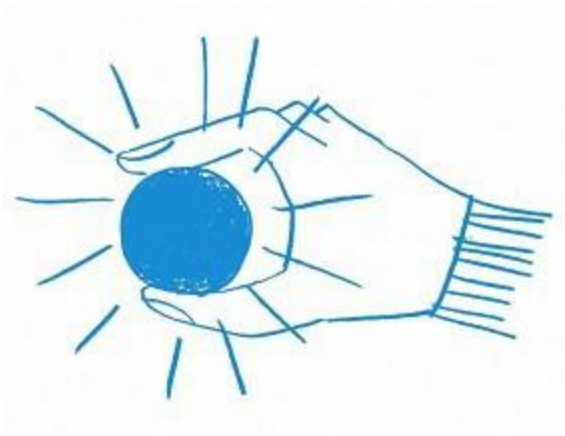
¡Era una piedra plana, redonda, de color azul celeste!

—Héloïse, ¿vienes? —oyó gritar a su madre.

—¡Ya voy, *maman*!

Héloïse cerró los dedos alrededor de la brillante piedra azul y sonrió. ¡Qué sabían los adultos!

Después de clase iría a ver a su amigo Maurice para contarle la historia del tigre azul. ¡Estaba completamente segura de que él sí la creería!





Mucho tiempo después de haber leído la última frase, Rosalie seguía sentada en la cama, empapándose de la magia del relato. Mientras leía lo había visto todo tan claro ante sí que miró a su alrededor en su habitación casi con asombro. La pequeña Héloïse con su pelo dorado. Una manzana entregada por encima de una valla. El parque con los viejos árboles y el palacio en el parc de Bagatelle, que tenía el rosa más delicado que se pueda imaginar. El tigre de las nubes en la gruta de los Cuatro Vientos. El país azul, al que sólo se llegaba con la añoranza. El vuelo nocturno sobre París. El pelo al viento de la pequeña niña. La promesa de no olvidar. La piedra azul. La tela con las manchas de pintura de colores.

Las imágenes empezaron a tomar forma en su cabeza, los colores se mezclaban entre sí, oro y azul índigo, plata y rosa. Le habría gustado coger inmediatamente lápices y pinceles y empezar a pintar.

Tras la ventana que daba a la calle, el cielo había adquirido ya un tono azul noche. Rosalie siguió un buen rato allí sentada, mirando la oscuridad, y sintió la profunda verdad que encerraba aquella historia, y, a pesar de lo curiosa que resultaba, también sintió la callada melancolía, sí, la tristeza que de un modo inexplicable le provocaba. De pronto tuvo que pensar en su padre y en todo lo que él le había dado por el camino.

—Sí —dijo en voz baja—, lo más importante son las manchas de pintura. La nostalgia que no hay que perder nunca. Y creer en los propios deseos.

6

París lo había recibido con un aguacero.

Casi como la primera vez que había estado allí. Acababa de cumplir doce años, un adolescente larguirucho, con el pelo rubio y largo, que había crecido de golpe y cuyas largas piernas estaban enfundadas en unos inevitables vaqueros. El viaje era un regalo de su madre por su cumpleaños. «¿Qué te parece, Robert..., una semana en París, sólo tú y yo?, ¿no es estupendo? París es una ciudad maravillosa. ¡Verás como te gusta!»

Había pasado medio año desde la muerte de su padre, el abogado Paul Sherman, del famoso bufete de Nueva York Sherman & Sons, y en realidad nada era ya «estupendo». A pesar de todo, Robert sintió una extraña emoción al llegar a París. Toda su familia vivía entonces en la aletargada ciudad de Mount Kisco, que estaba a una hora al norte de Nueva York. Pero su madre, cuya madre a su vez procedía de Francia, le había hablado a menudo de París, donde de joven (por deseo de sus padres) había pasado una vez un verano. Por ese motivo hablaba muy bien francés, y había insistido en que su hijo también aprendiera el idioma.

Mientras cruzaban París de noche en un taxi, con las gotas de lluvia impactando contra el techo del coche, se había dejado contagiar del entusiasmo de su madre y había estirado el cuello para ver, a través de los cristales mojados, la torre Eiffel iluminada, el Louvre, las lámparas en forma de globo de un magnífico puente cuyo nombre olvidó enseguida, y los amplios *boulevards* ribeteados de árboles oscuros. De las nudosas ramas sin hojas colgaban pequeñas lamparitas.

Las calles mojadas reflejaban las luces de la ciudad y difuminaban los contornos de los altos edificios de piedra con sus

balcones de hierro forjado y los innumerables cafés y restaurantes, cuyas ventanas estaban iluminadas, y por un breve instante Robert tuvo la sensación de avanzar por una ciudad de oro.

Luego las calles se hicieron cada vez más sinuosas y estrechas, hasta que el taxi se detuvo por fin delante de un hotel y él, al bajarse, pisó un charco en el que se hundieron sus zapatillas de deporte, que quedaron empapadas de agua.

Es curioso qué tipo de detalles se recuerdan a veces. Cosas que en realidad no tienen ninguna importancia. A pesar de todo, se quedan en un rincón de la cabeza para volver a aparecer años o incluso décadas después.

Debía de ser comienzos de noviembre cuando llegaron aquella vez a París, un viento frío barría las calles y los parques, y él recordaba sobre todo que llovía mucho. Se mojaron más de una vez y tuvieron que refugiarse en varias ocasiones en uno de los muchos cafés con alegres toldos para tomarse un café con leche caliente.

Era la primera vez que Robert bebía un auténtico café, y de pronto se sintió mayor, casi un hombre.

Todavía se acordaba muy bien de la mujer de piel oscura con la amplia sonrisa y el colorido pañuelo de cabeza lleno de papagayos que les llevaba el desayuno a la habitación todas las mañanas porque en los hoteles franceses era normal desayunar en la cama. Y de la *assiette de fromage* que pidió en el café de Flore (el «café de los poetas», le explicó su madre). Era un plato con tipos de queso totalmente desconocidos para él, en que los distintos trozos de queso estaban ordenados en círculo de más suave a más fuerte, lo que lo impresionó mucho. Por la tarde fueron a un viejo club de jazz en Saint-Germain, donde cenaron y él probó la primera *crème brûlée* de su vida. Tenía una costra de azúcar que se le rompió en la boca con un apagado crujido. Se acordaba de la *Mona Lisa*, ante la que se agolpaba mucha gente con abrigos que olían a lluvia, de un paseo en barco por el Sena hasta Notre-Dame, donde también llovía, y del encendedor Zippo con la inscripción «Paris» que se había comprado en lo alto de la torre Eiffel, a la que subieron juntos. «Deberíamos volver con mejor tiempo —había dicho su madre cuando estaban arriba, en la plataforma, y el viento les soplaba en la cara—. Cuando

acabes la universidad, vendremos aquí y brindaremos con una copa de champán. —Se rio—. Entonces yo ya no podré llegar hasta aquí a pie, me temo. Pero, por suerte, hay un ascensor.»

Por algún motivo, más tarde perdieron de vista el proyecto de la torre Eiffel, igual que con el tiempo se pierden de vista muchos proyectos que nacen en un momento especial y luego, un día, ya es demasiado tarde.

Por la tarde pasearon por uno de los grandes parques de la ciudad, ya no sabía si habían sido los jardines de Luxemburgo o las Tullerías, aunque todavía recordaba perfectamente el gran monumento blanco al que había trepado. «*À Paul Cézanne*», ponía en letras doradas. Aquello le recordó de pronto a su padre y la inscripción de su lápida en el cementerio de Mount Kisco, y fue un poco como si *dad* estuviera con ellos. La foto que su madre hizo entonces y en la que se veía a un chico rubio sonriendo, con gorro y bufanda y un Zippo, encima de una enorme piedra blanca estuvo colgada en la cocina hasta su muerte. Cuando tuvo que vender la casa, la arrancó de la pared y lloró.

Todavía podía recordar también cómo se habían comprado en una *boulangerie* esos gigantescos dulces rosa llamados *meringues*, que sabían a azúcar, aire y almendra, cómo al final sus abrigos acabaron cubiertos de polvo rosa, y la risa alegre de su madre. Sus ojos tuvieron ese brillo hasta mucho tiempo después. Pero luego, él no sabía muy bien por qué, la alegre emoción se transformó en una repentina tristeza que ella trataba de disimular, pero que él notaba.

El último día habían ido a la Orangerie y estuvieron, cogidos de la mano, delante de los grandes cuadros de nenúfares de Monet, y cuando él le preguntó intranquilo si se encontraba bien, ella simplemente asintió y sonrió, pero sin querer le apretó la mano un poco más fuerte.

En todo esto tuvo que pensar Robert cuando llegó aquella mañana a París. Habían pasado veintiséis años desde aquella visita a la ciudad.

Todavía conservaba el encendedor Zippo. Pero esta vez había llegado solo. Y porque buscaba una respuesta.

Su madre había muerto unos meses antes, y su novia le había dado un ultimátum. Él tenía que cambiar el rumbo de su vida, y no estaba muy seguro de qué camino seguir. Debía tomar una decisión. Y de pronto tuvo la sensación de que sería bueno poner el mayor número posible de kilómetros entre él y Nueva York y viajar a París para poder pensar con tranquilidad.

Rachel se había puesto hecha una fiera. Sacudió sus rizos pelirrojos, cruzó los brazos delante del pecho, y todo su cuerpo en tensión era un único reproche. «No te entiendo, Robert —dijo, y su pequeña nariz afilada se afiló todavía un poco más—. De verdad que no te entiendo. Tienes la increíble oportunidad de ser alguien grande en Sherman & Sons y, en vez de eso, quieres aceptar ese trabajo birrioso y mal pagado en la universidad... ¡¿en *literatura*?!» Escupió la palabra como si fuera una cucaracha.

Bueno..., el «trabajo birrioso» era un puesto de profesor invitado, pero a pesar de todo él podía entender un poco su decepción.

Como hijo de Paul Sherman, un hombre que había sido abogado en cuerpo y alma (como su padre y su abuelo), la carrera jurídica parecía estar hecha para él. Pero, si era sincero, ya durante sus estudios había tenido la desagradable sensación de ser el hombre equivocado en el lugar equivocado cuando se dirigía por las mañanas a Manhattan. Y así había decidido (para asombro de toda la familia) empezar una nueva carrera y hacer su *Bachelor of Arts*.

«Si sirve para tu salud espiritual...», había dicho su madre, que no compartía en gran medida la pasión de su hijo por los libros, pero tenía la suficiente fantasía para ver lo que ocurre cuando uno se apasiona por algo. Cuando Robert era pequeño, su madre acudía a los museos con la misma naturalidad con que la gente salía de paseo..., y por los mismos motivos. Si estaba de buen humor le decía a su hijo: «Hace un día magnífico, ¡¿nos vamos a un museo?!». Y si estaba triste o necesitaba pensar o había pasado algo malo, lo cogía de la mano, tomaban un tren a Nueva York y

recorría con su hijo el Guggenheim, el Metropolitan Museum of Modern Art o la Frick Collection.

Tras la muerte de su padre, según recordaba Robert, la pena había llevado a su madre a pasar innumerables horas en el MoMA, el Museum of Modern Art.

Cuando era joven, Robert había tenido a menudo la sensación de que su pecho albergaba en efecto las dos temidas almas. Por un lado, no quería defraudar a su padre, quien, si siguiera vivo, seguro que habría querido que su único hijo continuara la tradición de Sherman & Sons y llegara a ser un gran abogado. Por otro lado, cada vez tenía más claro que su corazón latía en otra dirección.

Cuando por fin decidió abandonar Sherman & Sons y trabajar en la universidad como profesor de literatura inglesa todos pensaron que sería algo pasajero.

Su tío Jonathan (¡abogado, naturalmente!) había seguido dirigiendo el bufete tras la muerte de su hermano y, con gesto de decepción, le dio a Robert unos golpecitos en el hombro: «¡Una verdadera lástima, hijo, una verdadera lástima! Llevas la jurisprudencia en la sangre. Todos los Sherman han sido abogados. Bueno, espero que, tras tu viaje al mundo de los soñadores, vuelvas de nuevo al negocio familiar».

Pero los deseos del tío no se hicieron realidad. Robert enseguida echó raíces en la universidad y allí se sintió muy bien, aunque no ganara mucho. Se especializó en el teatro de la época isabelina, publicó ensayos sobre *El sueño de una noche de verano* y artículos sobre los sonetos de Shakespeare y dio conferencias que tuvieron algún éxito también fuera de Nueva York.

En un banco de Central Park, junto al monumento de bronce a Hans Christian Andersen, conoció un día a Rachel, una ambiciosa economista de provocadores ojos verdes que se mostró muy impresionada cuando oyó que el simpático joven que recitaba poemas tan bien era un Sherman de Sherman & Sons. Enseguida fueron pareja y se instalaron en un diminuto y carísimo apartamento en el SoHo. «Habría sido mejor que te quedaras en el bufete», dijo Rachel. Entonces era una broma.

Y luego, un par de años después (un soleado día de comienzos de marzo en que el mundo mostraba su engañosa mejor cara), cayó la catástrofe sobre el profesor de literatura de los ojos azul cielo. Había estado rebuscando en la librería McNally (una de sus ocupaciones favoritas los sábados por la mañana) y ya iba a sentarse con los libros recién adquiridos y un capuchino (el capuchino de McNally era tan excelente como su selección de libros) a una de las pequeñas mesas del café de la librería, cuando sonó su móvil.

Era su madre. Su voz sonaba nerviosa.

—Querido, estoy en el MoMA —dijo con voz temblorosa, y Robert no se temió nada bueno.

—¿Qué ha pasado, mamá?

Ella cogió aire y respiró fuerte por el auricular antes de responder:

—Tengo que decirte una cosa, tesoro, pero prométeme que no te vas a alterar.

—Me voy a morir. Pronto. —Ella había resumido toda la cruel realidad en cinco palabras, y cada palabra había caído sobre él como un mazazo.

Era un cáncer de páncreas en estado avanzado. Así, de pronto. No se podía hacer nada. Tal vez fuera mejor así, opinó su madre. Sin operaciones, sin quimio. Sin toda esa absurda tortura que no libraba del inevitable final, sino sólo lo retrasaba.

La morfina bien dosificada y un médico muy comprensivo lo hicieron más fácil. Todo fue muy rápido. Increíblemente rápido.

Tres meses más tarde había muerto su madre. Ella, que siempre había tenido mucho miedo a la muerte, al final había estado muy tranquila, con una serenidad que casi había abochornado a Robert.

—Mi querido hijo —le había dicho. Le había cogido la mano y otra vez se la había apretado con fuerza—. Todo está bien. No debes ser tan infeliz. Me voy a un sitio que está tan lejos que ni siquiera puedes llegar a él en avión. —Le hizo un guiño, y él tuvo que tragar

saliva—. Pero tú sabes... que siempre estaré a tu lado. Te quiero mucho, hijo mío.

—Yo a ti también, mamá —dijo él en voz baja, como antes, cuando después del cuento de buenas noches ella se inclinaba sobre su cama y se despedía con un beso, y las lágrimas corrieron por su rostro.

—Lo que no hemos hecho es lo de la torre Eiffel —murmuró ella de pronto, y su sonrisa acarició a Robert como el aleteo de una paloma—. ¿No te acuerdas?... Los dos teníamos una cita en París.

—¡Ay, mamá! —dijo él, y sonrió a pesar de que el nudo que tenía en la garganta era cada vez mayor—. ¡Olvídate de París!

Ella sacudió la cabeza de forma imperceptible.

—No, no, cariño, créeme: París es siempre una buena idea.

El día del entierro lucía el sol. Acudió mucha gente. Su madre había sido una persona muy apreciada y querida, aunque su mejor cualidad había sido que había mantenido siempre la alegría y el entusiasmo de la infancia. Eso lo dijo él también en su oración fúnebre. Y en realidad..., Robert no conocía a nadie que pudiera alegrarse tanto como su madre.

Tenía sesenta y tres años cuando murió. Demasiado pronto, dijeron los asistentes al funeral en el momento en que le dieron la mano y le pasaron el brazo por el hombro. Aunque cuando se ama a alguien la muerte siempre llega demasiado pronto, pensó Robert.

Después de que el notario le entregara un grueso sobre en el que estaban el testamento, documentos, algunas cartas personales y todas las cosas que su madre consideraba que eran importantes, Robert recorrió otra vez las habitaciones vacías de la casa de madera blanca con el gran porche que había sido toda su infancia.

Estuvo mucho tiempo delante de la acuarela de los girasoles que a su madre tanto le gustaba. Paseó por el jardín y puso la mano en la áspera corteza del viejo arce en el que todavía colgaba la

casita para pájaros que su padre había hecho con sus propias manos mucho tiempo atrás. También ese otoño adquirirían sus hojas el maravilloso color de todos los años. Era un hecho extraño y un consuelo a la vez. Algo seguiría igual que siempre.

Robert observó la copa del árbol, a través de la cual brillaba un cielo claro y azul de primavera. Levantó la mirada y pensó en sus padres.

Y entonces se despidió definitivamente. De Mount Kisco. Y de su infancia.

La inesperada muerte de su madre había hecho reflexionar al tío Jonathan sobre el futuro de Sherman & Sons. Él mismo, con setenta y tres años, no era ya el más joven, parecía mentira lo deprisa que iba todo, era un hielo muy fino el que pisaban.

Dejó pasar un par de semanas, concedió a Robert cierto tiempo para que soportara el duelo, arreglara algunos asuntos y volviera otra vez a la normalidad, pero luego (entretanto ya era agosto) convocó a su sobrino a una reunión para apelar a su conciencia. Por desgracia, Rachel estaba también en aquella comida.

—Deberías volver al bufete, Robert —había dicho el tío Jonathan —. Eres un buen abogado, y tienes que pensar con cierto criterio dinástico. No sé cuánto tiempo voy a poder dirigir el bufete, y me gustaría dejarlo luego en tus manos. Te necesitamos en Sherman & Sons. Más que nunca.

Rachel había asentido con un gesto de aprobación. Era evidente que le parecía obvio lo que decía el tío Jonathan.

Robert se revolvió incómodo en su silla, luego sacó dubitativo un sobre del bolsillo de su chaqueta.

—¿Sabéis qué es esto? —preguntó.

Como en la vida siempre pasa todo a la vez, Robert había encontrado la carta esa mañana en su buzón. Y contenía una propuesta de la Sorbona de París.

—Es sólo un puesto de profesor invitado y por un año, pero es lo que siempre he querido hacer. Podría empezar con las clases en

enero. —Sonrió apurado porque nadie dijo nada y se hizo un incómodo silencio en la habitación—. Yo no llevo la jurisprudencia en la sangre como *dad*, tío Jonathan, aunque eso sea lo que a ti te gustaría. Yo soy un hombre de libros...

—Pero nadie quiere arrebatarte tus queridos libros, hijo. Seguro que ése es un buen *hobby*, pero siempre se puede leer un buen libro por la noche. Tu padre también lo hacía. *Después* del trabajo —dijo el tío Jonathan, y sacudió la cabeza con incredulidad cuando Robert le pidió un poco de tiempo para pensarlo.

Eso no fue nada comparado con los duros reproches que Rachel le hizo luego en casa.

—¡Sólo piensas en ti! —le gritó furiosa—. Y ¿qué pasa conmigo? ¿Con nosotros? ¿Cuándo vas a madurar de una vez, Robert? ¿Por qué tienes que echarlo todo a perder por un par de poesías? ¡Por favor!

—Pero... es mi profesión —replicó él.

—¡Bah, tu profesión! ¿Qué profesión es ésa? Cualquiera sabe que como profesor de universidad no se llega a ninguna parte. ¡Lo próximo será escribir una novela!

Y siguió gritando atropelladamente mientras Robert pensaba que en realidad escribir un libro no era tan mala idea. Todo el que tenía relación con la literatura o se movía en su órbita pensaba alguna vez en ello. Aunque no todos sucumbían a la tentación, lo que tal vez fuera mejor. Volvería a pensar en ello en un momento algo más tranquilo.

—De verdad, Robert, a veces dudo de tu salud mental. No dirás en serio lo de París, ¿no? ¿Qué vas a hacer en un país donde todavía hoy la gente se come las patas de las *ranas*? —Hizo un gesto como si se hubiera cruzado en ese instante con un caníbal.

—Son *ancas de rana*, Rachel, no *patas*.

—Eso no mejora las cosas. Supongo que en ese país tan políticamente incorrecto no han oído hablar nunca de la defensa de los animales.

—Rachel, se trata sólo de un año —dijo él ignorando el ridículo argumento de ella.

—No. —Rachel sacudió la cabeza—. Se trata de algo más, y tú lo sabes muy bien. —Se acercó a la ventana y contempló la calle—. Robert —probó otra vez, ahora más tranquila—, mira ahí afuera. Mira esta ciudad. Estás en *Nueva York*, querido, y *éste* es el ombligo del mundo. ¿Qué vas a hacer en París? Si ni siquiera lo conoces.

Él pensó en la semana que había pasado en París con su madre.

—Y tú lo conoces aún menos —protestó.

—Con lo que he oído ya tengo suficiente.

—Y ¿qué significa eso?

Rachel hizo una pequeña mueca.

—Bueno, todo el mundo lo sabe. Los hombres franceses se creen los mayores seductores de todos los tiempos. Y las mujeres son unas pavas que se alimentan de hojas de lechuga y son muy complicadas. Usan bolsas de plástico para todo y torturan a los gansos y a los pájaros cantores. Y todos se quedan en la cama hasta el mediodía y a eso lo llaman *savoir vivre*.

Él tuvo que reír.

—¿No tienes demasiados prejuicios, *darling*?

—¡No me llames *darling*! —bufó ella—. Cometerás un gran error si rechazas la oferta de tu tío. Hoy te ha presentado tu futuro en bandeja de plata. Quiere que te hagas cargo del bufete. ¿Sabes lo que eso significa? Serías un hombre poderoso. No tendríamos que pensar nunca más en el dinero.

—Así que se trata del dinero —intervino él. Tal vez no fuera un comentario muy justo, pero Rachel mordió el anzuelo como un pez hambriento.

—Sí, se trata *también* del dinero. ¡El dinero es importante en la vida, idiota! ¡No todo el mundo ha crecido sin problemas económicos, como tú!

Rachel, que había tenido que financiarse ella misma sus estudios, iba furiosa de un lado al otro del apartamento y empezó a sollozar, mientras él seguía sentado en el sofá y escondía la cabeza entre las manos con un suspiro.

Finalmente, ella se plantó delante del sofá.

—Ahora escúchame —dijo—. Si te vas a París, lo nuestro se ha acabado. —Sus ojos verdes lo miraron con decisión.

Él levantó la cabeza y la observó desconcertado.

—Está bien, Rachel —dijo luego—. Tengo que pensarlo con calma. Cuatro semanas. Dame cuatro semanas.

Unos días más tarde estaba sentado en el avión a París. En su equipaje de mano, una guía turística de la ciudad y el viejo Zippo. La despedida había sido sumamente fría. Rachel había aceptado que él necesitaba un tiempo muerto. Después, ya se vería.

Cuando el taxi se detuvo delante del pequeño hotel de la rue Jacob llovía como entonces, cuando había llegado con su madre a París. Aunque esta vez estaban a comienzos de septiembre y era por la mañana temprano.

El chaparrón hizo que el agua empezara a correr por las calles en cuestión de segundos. Cuando Robert se bajó del taxi, pisó un charco. Maldiciendo y con los zapatos mojados (esta vez eran mocasines de ante y no zapatillas de deporte), arrastró la maleta por el ruidoso adoquinado y entró en el pequeño hotel que había encontrado en internet como «pequeño, pero elegante». Se llamaba Hôtel des Marronniers, lo que hasta donde él sabía significaba «castaña». Le había parecido un nombre curioso para un hotel, pero las fotos y la descripción lo habían atraído enseguida:

> *Situado en el corazón de Saint-Germain, un tranquilo y elegante oasis con un jardín de rosas en su patio interior y habitaciones muy confortables. Muebles antiguos*.
> *Sugerencia: Reservar una habitación que dé al patio interior*.

7

«París es siempre una buena idea —había dicho su madre—. Da igual que seas feliz o infeliz, que estés enamorado o no. Si no eres feliz ni estás enamorado, París también puede seguir siendo una buena idea.»

En eso mismo tuvo que pensar Robert Sherman cuando, pocas horas más tarde, se limpiaba suspirando los restos de una caca de perro del zapato con un periódico enrollado.

Se encontraba en la rue du Dragon, a pocos pasos de una pequeña tienda de postales, renegando del impulso sentimental que lo había llevado hasta París.

La habitación que daba al patio interior había sido una decepción. Cuando había abierto ansioso las contraventanas de la claustrofóbica estancia del cuarto piso del hotel, su vista se había topado directamente con un muro gris. Si se dislocaba el cuello girando la cabeza hacia la izquierda y sacaba el cuerpo por la ventana hasta poner en riesgo su vida, entonces tenía la posibilidad de disfrutar de una mínima vista del fascinante patio, en el que entre estatuas y rosales un par de anticuadas sillas y mesas de hierro forjado pintadas de blanco invitaban a desayunar.

Cuando bajó a quejarse, el diminuto ascensor hizo unos ruidos alarmantes. La joven criatura morena de recepción lo miró con ojos de asombro en cuanto él le entregó su llave y exigió otra habitación.

—Pero, monsieur, no lo entiendo, esta habitación *da* al patio —dijo con gran amabilidad.

—Es posible, pero yo no lo *veo* —contestó Robert sin tanta amabilidad.

La chica hojeó un gran libro durante unos segundos, probablemente para tranquilizarlo.

—*Je suis desolée* —dijo en tono lastimero—. Estamos completos.

Tras una discusión tan breve como estéril, Robert agarró indignado su maleta, que había dejado en recepción con la esperanza de que un alma caritativa se la llevaría a la habitación (lo que no había ocurrido). Pulsó el botón impaciente, pero entretanto el diminuto ascensor había sucumbido definitivamente, y la chica de recepción se encogió de hombros con un nuevo gesto de lástima y colgó un cartel en la puerta. «Hors service», decía. «Fuera de servicio.»

Así que Robert cargó la maleta hasta el cuarto piso por la estrecha escalera, que enseguida demostró ser poco adecuada para el transporte de bultos grandes. Luego se sentó algo apático en la cama cubierta con una colcha pasada de moda, miró por la ventana para ver otra vez el muro y decidió darse un baño.

El lavabo era un sueño en mármol, y los algo anticuados azulejos azul agua de las paredes le daban un aire encantador..., pero sus dimensiones estaban concebidas más bien para enanos. Robert se sentó en la media bañera con las piernas encogidas, dejó correr el agua por su cabeza y se preguntó si realmente había sido una buena idea ir a París.

Tal vez había sido una idea demasiado romántica, y los recuerdos de su primer viaje estaban distorsionados por la dorada luz de la nostalgia.

Era un extraño en una ciudad desconocida, un americano en París, aunque hasta el momento nada había resultado tan maravilloso y divertido como en las viejas películas de Gene Kelly y Audrey Hepburn que a su madre tanto le gustaba ver.

La lluvia había cesado cuando se dispuso a dar un pequeño paseo de reconocimiento por Saint-Germain. Un malhumorado camarero de un café próximo al hotel lo había ignorado adrede durante un rato antes de servirle, por fin, un café y una *baguette* de jamón. Robert Sherman pensó con nostalgia en los amables camareros de los

coffee shops neoyorquinos. Echaba de menos esos naturales «*Hi, how are you today?*» o «*I like your sweater, looks really neat!*».

Cuando a continuación recorrió la rue Bonaparte sumido en sus pensamientos, un ciclista estuvo a punto de atropellarlo y ni siquiera se disculpó. Luego se compró un periódico en el boulevard Saint-Germain, y algo más tarde en la rue du Dragon, a pocos pasos de una pequeña tienda de postales, pisó una caca de perro. No era previsible que el día pudiera ofrecerle todavía algo bueno.

Pero Robert Sherman se equivocaba. Sólo unos pasos lo separaban de la mayor aventura de su vida. Y como las mayores aventuras de la vida siempre son las del corazón, podría decirse también que el profesor de literatura norteamericano estaba a unos pasos de encontrar el amor.

Naturalmente, Robert Sherman no sabía nada de esto cuando, al pasar por delante de la pequeña papelería, miró con agrado el bonito escaparate...

... y se detuvo perplejo ante él.

8

Rosalie llevaba dos semanas en una nube.

Cuando aquella mañana colocó las nuevas tarjetas en el expositor mientras tarareaba una canción, no pudo evitar mirar maravillada el gran cartel que colgaba en la pared detrás de la caja.

Mostraba un gran tigre azul (la ilustración de la cubierta del libro del mismo título, que había salido a la venta dos semanas antes), y debajo se veían dos caras con dos nombres: Max Marchais y Rosalie Laurent.

Sonrió con orgullo y pensó en la presentación del libro que había tenido lugar tres días antes en Luna Luna. La pequeña papelería estaba llena a rebosar cuando Max Marchais presentó su nuevo libro.

Y, como al autor de libros infantiles no le gustaba hablar en público y a Rosalie se le daba bien leer en voz alta, había delegado en ella esa parte, y al final había sido ella también la que había firmado ejemplares y contestado preguntas.

La gente estaba entusiasmada. ¡Hasta su madre estaba encantada entre el público y luego se había acercado para abrazarla con un suspiro de felicidad! «Estoy tan orgullosa de ti, mi niña —había dicho—. ¡Si tu padre pudiera verlo!»

La presentación en la tienda había sido una ocurrencia del alegre y grueso editor. Montsignac opinaba que, después de la espléndida presentación en la editorial y algunas promociones en las grandes librerías, sería una bonita idea presentar el libro también allí donde habían surgido las ilustraciones.

Naturalmente, en su divertido discurso no había olvidado mencionar que había sido él, Jean-Paul Montsignac, con su infalible olfato para las personas y los talentos («¡Un buen editor reconoce el

talento al instante!»), quien había reunido a esas dos simpáticas *almas solitarias* (así los llamó, y Rosalie y Max se miraron sorprendidos y sonrieron con complicidad).

El gran jefe de Opale Jeunesse tenía muchos motivos para estar de buen humor. Desde que *El tigre azul* había salido a la luz a finales de agosto, puntual para su cita con el setenta cumpleaños de Max Marchais, se habían vendido ya cuarenta mil ejemplares del libro de fantásticas ilustraciones. Quien pensara que los lectores se habían olvidado del autor de literatura infantil que vivía apartado del mundo desde hacía algunos años se equivocaba de medio a medio. Alabado por la crítica, adorado por lectores grandes y pequeños, el libro había entrado incluso en la lista de candidatos al Prix Littérature de Jeunesse.

«Bueno, si esto no es un buen regalo de cumpleaños, *mon vieil ami*... —había dicho Montsignac con gesto radiante mientras daba unos golpecitos amistosos en la espalda de su viejo compañero de viaje—. A algunas personas hay que empujarlas hacia su felicidad, ¿verdad?» Luego soltó una sonora carcajada. El *vieil ami* ignoró la indirecta y sonrió, pero Rosalie, que apenas podía creerse su propia felicidad, estaba exultante. Desde la publicación del libro, otras editoriales se habían interesado también por la joven ilustradora, y ya había un proyecto para hacer un libro de postales con diez motivos diferentes. Asimismo habían aumentado los encargos de tarjetas especiales, mucha gente acudía a Luna Luna porque lo había visto en los periódicos. Si todo seguía así, no tendría que preocuparse más por las subidas del alquiler, pensó con satisfacción. Más bien por cómo iba a hacer frente a tanto trabajo.

«Deberías plantearte contratar a alguien que te ayude en la tienda —le había dicho René unos días antes, cuando la había visto a altas horas de la noche todavía en su mesa de trabajo—. Ahora trabajas las veinticuatro horas del día. Todo el mundo sabe que lo más saludable es irse a dormir antes de las doce.» Y luego le dio, con gesto de reproche y preocupación, una de sus charlas sobre el cuerpo humano y lo que es bueno y malo para él.

¡El bueno de René! En las últimas semanas no había sabido mucho de ella, que se había centrado con pasión en las ilustraciones

del libro. Por suerte, los primeros apuntes y bocetos gustaron mucho en la editorial, y también al autor. Rosalie había viajado tres veces a Le Vésinet para visitar a Max Marchais y comentar con él la selección de dibujos. El viejo escritor, que en un principio le había parecido tan quejoso, le llegó de algún modo al corazón. Valoraba su estilo directo y su humor, aunque no siempre estaban de acuerdo en la selección de las escenas que había que ilustrar. Pero siempre acababan sentados en el maravilloso jardín con hortensias azules, en la gran terraza, bajo la gran sombrilla blanca, disfrutando de una exquisita *charlotte aux framboises* preparada por madame Bonnier, la asistenta. Poco a poco, habían empezado a contarse cosas que no tenían nada que ver con el cuento y las ilustraciones. Como una pareja de novios, no podían dejar de recordar su primer encuentro, y al final Rosalie le había confesado a Max que en su momento había pensado que el grosero cliente que había irrumpido en su tienda en su día libre era un viejo loco que no decía nada más que tonterías y se había extraviado.

Después, Max le confesó que al principio no lo había entusiasmado demasiado la idea de trabajar con una «aficionada», y que en realidad sólo había ido a la rue du Dragon para luego poder decirle a Montsignac sin remordimientos que los garabatos de la propietaria de la papelería le parecían horribles.

Los dos se rieron mucho, y Rosalie le contó a Max que el azul había sido siempre su color favorito, que (por decirlo con las palabras de su madre) tenía manía por el azul. A continuación, lo miró directamente a sus ojos claros.

—¿Cree usted en las casualidades, monsieur Marchais? —preguntó. A pesar de la creciente confianza, seguían usando el «usted».

Max Marchais se reclinó sonriendo en su silla de mimbre y pinchó una frambuesa del plato con el tenedor.

—Las casualidades no existen —dijo, y añadió con un guiño—: No son palabras mías. —Se metió la frambuesa en la boca y se la tragó—. Lo dijo un hombre más importante que yo. En cualquier caso, fue la primera vez en mi vida que tuve que tirar al suelo un expositor de postales para conocer a una mujer guapa.

—¡Monsieur Max! —exclamó Rosalie divertida—. ¿Coquetea conmigo?

—Es posible —contestó él—. Aunque me temo que llego algunos años tarde. ¡Una pena! —Sacudió la cabeza y soltó un hondo suspiro —. Además, usted ya tiene novio, ¿verdad? Ese... René Joubert. Sí, un tipo agradable...

La forma en que lo dijo irritó a Rosalie.

—¿Y eso? —preguntó.

—Bueno, mi querida Rosalie. Es un tipo agradable, pero no le pega nada.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—¿Conocimiento de la naturaleza humana? ¿Experiencia? —propuso él, y se rio—. Aunque tal vez sólo esté celoso. Soy un hombre mayor con bastón, mademoiselle Rosalie, eso me hace ser gruñón a veces. Pero debe saber que yo no vine así a este mundo. Si fuera más joven, haría todo lo posible por quitarle su guapa novia a ese tal René. ¡Y me apuesto una botella de Bollinger a que lo conseguiría!

—Qué pena que no pueda perder esa apuesta —replicó Rosalie con descaro—. Me encantaría probar un Bollinger.

—Es una exquisitez, mademoiselle Rosalie, no se toma así como así. Se dice que quien no ha disfrutado de un trago de ese champán ha vivido en vano.

—Me hace sentir curiosidad.

—Bueno, tal vez surja alguna vez la ocasión —respondió Marchais.

Luego —fue semanas más tarde, un caluroso día de agosto, cuando Rosalie había olvidado hacía tiempo el asunto del Bollinger—, Max Marchais la había llamado una mañana para preguntarle si tenía tiempo por la noche: la ocasión había surgido.

—¿Qué ocasión? —preguntó ella perpleja.

—Bollinger —respondió él con sequedad—. ¡Hay algo que celebrar!

—¡Pero si no es su cumpleaños! —dijo Rosalie atónita, y para asegurarse lanzó una rápida mirada al calendario. El cumpleaños de Marchais era el último día de agosto, y para eso faltaban todavía casi dos semanas.

—¡Bah..., el cumpleaños! —exclamó él con el tono malhumorado que Rosalie ya conocía bien—. ¡Tonterías infantiles! Bueno..., ¿tiene usted tiempo?

—Pero ¿cómo...?

—Simplemente déjese sorprender —dijo él con una voz que no admitía contradicción—. Y póngase algo bonito. Vamos a cenar a un sitio elegante. La recogeré con un taxi.

La había invitado al Jules Verne. ¡El Jules Verne, nada más y nada menos! Rosalie estaba demasiado desconcertada como para reaccionar.

—Espero que no le resulte desesperantemente anticuado —dijo Max Marchais en tono de disculpa cuando entraron en el restaurante cogidos del brazo. Rosalie llevaba un vestido de seda salvaje color azul ciruela—. No sé qué es lo que está ahora de moda en París.

—¡¿Anticuado?! ¿Se ha vuelto usted loco? ¿No sabe que siempre he deseado cenar aquí arriba?

Rosalie se acercó con ojos brillantes a la mesa de mantel blanco junto a la ventana que tenían reservada y contempló la ciudad iluminada. La vista era espectacular. No sabía que era tan hermosa.

A su espalda sonó un suave tintineo. Un camarero de negro llevó a su mesa una cubitera plateada en la que una botella verde oscuro de Bollinger con etiqueta dorada reposaba sobre miles de hielos. El camarero manipuló con hábiles movimientos y el corcho se desprendió del cuello de la botella con un ligero plop. Una vez se hubieron sentado y el camarero les sirvió el champán en las copas talladas, Max sacó de su bolsillo algo que estaba envuelto en papel y se parecía sospechosamente a un libro.

Dejó el paquete en la mesa, y Rosalie sintió que el corazón empezaba a latirle como loco.

—¡No! —exclamó—. ¿No será... no será...?

Max asintió.

—El libro —dijo—. Ayer mismo recibí un ejemplar, y pensé que era la ocasión perfecta para brindar con usted, mi querida Rosalie. Con un Bollinger, según su deseo. Disculpe mi secretismo, pero consideré oportuno compartir este momento sólo con usted.

Alzaron sus copas y brindaron. El claro campanilleo acalló por un instante el murmullo de los clientes de las demás mesas. Max Marchais sonrió.

—¡Por *El tigre azul*! ¡Por el responsable de que nos hayamos conocido de un modo tan maravilloso!

Luego Rosalie desenvolvió el libro con cuidado, pasó la mano por la tapa brillante, en la que se veía a un tigre azul índigo con rayas plateadas y una amable sonrisa felina, y lo hojeó página a página con profundo respeto. Era una preciosidad, pensó. ¡Su primer libro! Ya sabía cómo se sentía uno. Rosalie habría cantado de alegría.

—¿Está usted satisfecha?

—Sí, mucho —respondió ella feliz—. Muy muy satisfecha.

Volvió a las primeras páginas.

—Me gustaría que escribiera usted algo —dijo, y entonces vio la dedicatoria: «*Para R.*»—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó poniéndose roja de alegría—. Es increíblemente amable por su parte. O sea..., no sé qué decir...

—Pues simplemente no diga nada.

Rosalie estaba tan contenta por ese inesperado signo de aprecio que apenas notó el apuro del hombre mayor que la miraba con una extraña sonrisa.

Fue una larga velada con platos selectos, y cuando la botella de Bollinger ya estaba vacía, para su propio asombro, Rosalie se oyó decir:

—¿Sabe que en realidad yo vengo aquí todos los años por mi cumpleaños?

Max levantó las cejas.

—¿Cómo? ¿Aquí? ¿Al Jules Verne?

—No, naturalmente, no *aquí aquí*. Me refiero a la torre Eiffel. Justo acababa de decidir dejar de hacerlo cuando usted entró en mi vida... o, mejor dicho, *cayó* en mi vida. —Sonrió, ya un poco achispada, se retiró de la frente el pelo, que aquella noche llevaba suelto, y bajó la voz—. Me gustaría confesarle un secreto, Max, pero debe prometerme que no se lo va a contar a nadie. Y tampoco debe reírse de mí, aunque lo que voy a contarle le resulte un tanto infantil.

—Estaré callado como un muerto —aseguró él—. Y yo nunca me río de usted, sólo *con* usted. Escribo libros infantiles, ya lo sabe.

Y así fue como Max Marchais, el creador de un tigre de las nubes azul que podía volar por el cielo nocturno y creía en la magia de los deseos, se convirtió en la primera persona con la que Rosalie compartía su secreto de la torre Eiffel. Y, naturalmente, todos los deseos secretos que habían volado por el cielo en sus tarjetas y de los que, de pronto y de forma inesperada, tres se habían hecho realidad en los últimos meses: una editorial la había descubierto como ilustradora; su madre estaba satisfecha por primera vez en su vida, y la habían invitado al Jules Verne..., aunque no lo hubiera hecho el hombre de su vida.

—Bueno, pues... —concluyó divertida—. Espero que no me malinterprete, querido Max. En realidad yo debería estar sentada aquí con mi novio, pero así es también maravilloso, naturalmente.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo Max Marchais con una sonrisa satisfecha.

Y, cuando más tarde se despidieron en la avenue Gustave Eiffel, añadió:

—Bueno, si no he contado mal, todavía faltan la casa junto al mar y un hombre al que le guste la poesía que le regale un pequeño y absurdo candado para la barandilla de un puente, ¿verdad? —Le hizo un guiño—. Me temo que es un auténtico desafío. Pero no pierda la esperanza.

Rosalie miró hacia el escaparate, en el que había algunos ejemplares de *El tigre azul*, y sonrió sin querer al recordar la velada con Max Marchais, desde la que habían pasado ya más de tres semanas. Estaba segura de que nunca recibiría como regalo un pequeño y absurdo candado, pero eso no importaba. Ése era uno de esos días en los que el mundo entero parecía estar en orden.

Vio en la calle a un hombre que entre maldiciones se limpiaba algo del zapato, y que seguro que en ese momento tenía una visión más crítica del mundo. Era alto, tenía el pelo rubio oscuro y llevaba un jersey informal de verano azul claro debajo de una chaqueta de ante color arena. Siguió avanzando por la calle y pasó frente a la tienda. Lanzó una rápida mirada al escaparate y entonces se detuvo, retrocedió y estuvo un rato observándolo totalmente fascinado.

Tenía los ojos azules más bonitos que Rosalie había visto nunca —brillaban en el más puro azur—, y la chica observó al extraño con al menos tanta fascinación como él mostraba por los libros que decoraban el escaparate.

«No está mal», se le pasó por la cabeza, y tuvo una sensación sumamente positiva a la que siguió una idea muy agradable.

El hombre de la calle frunció el ceño y en su frente se formó una gruesa arruga. Observaba el escaparate indignado, sí, casi conmocionado, y Rosalie se preguntó por un instante si habría en él algo que no correspondiera al aparador de una papelería... como, por ejemplo, una enorme tarántula o incluso un ratón muerto.

Entonces *William Morris* soltó un pequeño ronquido y Rosalie miró un instante hacia la cesta en la que dormía el pequeño perro.

Cuando volvió a levantar la mirada, el atractivo desconocido se había esfumado. Rosalie contempló la calle vacía y sintió la punzada de una decepción que le resultó totalmente inoportuna.

Si alguien le hubiera dicho que un cuarto de hora más tarde iba a tener una agria discusión con aquel hombre de aspecto tan simpático, no lo habría creído.

9

La pequeña campanilla plateada que colgaba sobre la puerta de Luna Luna había cumplido su función durante todo el año. ¿Fue casualidad que se cayera justo en el momento en que entraba en la tienda el hombre de los ojos azules que Rosalie había visto poco antes frente al escaparate?

La puerta se abrió, la pequeña campana emitió un tono claro y luego cayó de golpe al suelo, no sin antes hacer una pequeña escala en la cabeza del desconocido, que, asustado, se estremeció, levantó la mano de forma instintiva y se echó a un lado. Al hacerlo, pisó la cesta del perro, que estaba junto a la puerta. *William Morris* se asustó, soltó un aullido, el desconocido dio un grito de sorpresa y se cayó hacia atrás, justo encima del expositor de tarjetas.

Impotente, Rosalie observó cómo éste empezaba a tambalearse y tuvo la sensación de vivir un *déjà-vu*, aunque esta vez más rápido. De dos zancadas, se acercó al expositor y lo sujetó, mientras el hombre recuperaba el equilibrio remando en el aire con los brazos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Rosalie.

—*For heaven's sake*, ¡¿qué ha sido eso?! —dijo él frotándose la cabeza. Tenía un inconfundible acento estadounidense, y la miró con gesto de reproche—. Algo me ha atacado.

Rosalie se mordió el labio inferior para no echarse a reír. Resultaba tan cómico allí plantado, como si acabara de sobrevivir a duras penas al ataque de un extraterrestre. Carraspeó y guardó la compostura.

—Ha sido la campanilla de la puerta, monsieur. Lo siento mucho, debe de haberse desprendido. —Se agachó y recogió del suelo la pesada campanilla plateada, que se había metido debajo de

la mesa—. Mire, ¿ve? Ésta ha sido el arma homicida. Se ha roto el cordón.

—Ajá —dijo él. No se le había escapado la risa contenida de Rosalie—. Y ¿qué es lo que le hace tanta gracia?

—Eh..., nada —contestó ella—. Disculpe, por favor. Espero que no se haya hecho daño.

—Estoy bien. —Se estiró y le lanzó a Rosalie una mirada desconfiada—. Y ¿qué ha sido ese aullido infernal?

—Era mi perro —dijo ella, y sintió que otra vez le daban ganas de reír. Se volvió y señaló la cesta del perro. *William Morris* parecía ahora la Bella Durmiente en su cesta—. Normalmente es muy tranquilo. Usted lo ha asustado.

—Bueno, yo diría más bien que él me ha asustado a mí —replicó el norteamericano. Se dignó mostrar una breve sonrisa antes de fruncir el ceño—. ¿Está permitido tener un perro en una tienda? Quiero decir..., ¿no es peligroso?

Aquella mañana Rosalie había decidido que aquél era un día especialmente bonito en el que ella se sentía especialmente guapa. Se había puesto su vestido preferido, un traje *mille-fleurs* claro con diminutas flores azules que tenía el escote redondo y una tira de pequeños botones forrados. En los pies llevaba unas bailarinas azul celeste y, como único complemento, unos pendientes azul turquesa que oscilaban alegres con cada movimiento. No pensaba dejar que ningún turista con fobia a los perros le robara el buen humor. Se plantó delante del hombre de la chaqueta de ante, cruzó los brazos detrás de la espalda y lo obsequió con una adorable sonrisa que había que disfrutar con cautela. Sus ojos chispearon cuando preguntó:

—Usted no es de aquí, ¿verdad, monsieur?

—No, soy de Nueva York —explicó él.

—Aaaah —repuso ella, levantando las cejas—. ¡Norteamericano! Bueno, monsieur, ¿sabe usted?..., en París es muy normal tener el perro en la tienda. *C'est tout à fait normal*. Aquí nos lo tomamos de un modo más relajado. Si lo pienso, sólo se me ocurren tiendas en las que hay un perro en su cesta —mintió.

—Ah, ¿de verdad? —dijo el neoyorquino—. Eso explica el lamentable estado de las calles. Espero que no haya sido su dulce y pequeño perrito el que ha dejado la dulce y pequeña caquita que yo acabo de pisar.

Rosalie miró sus zapatos de ante marrón y sonrió un poco más.

—Puedo asegurarle que mi perro no tiene nada que ver con eso. Ya ha hecho sus necesidades en el parque.

—Bueno, me tranquiliza saberlo. Entonces será mejor que hoy no dé ningún paseo por el parque.

—Como usted quiera. Aunque nosotros decimos que da buena suerte pisar una caca de perro.

—Nadie necesita tanta suerte —replicó él, y las comisuras de sus labios mostraron un gesto irónico—. *Anyway*... —Echó un vistazo a la tienda y Rosalie decidió cambiar de tema.

—¿En qué puedo ayudarlo, monsieur?

—Tiene usted un libro en el escaparate —dijo a la vez que cogía un pisapapeles y lo sujetaba en la mano—. *El tigre azul*. Me gustaría verlo.

—Muy bien, monsieur —repuso Rosalie con voz meliflua. Se acercó a la mesa de la caja registradora y cogió uno de los libros del montón—. ¡Aquí tiene! —Se lo entregó y señaló el único sillón que había en un rincón junto a la caja—. Puede sentarse si lo desea.

Él cogió el libro, se dejó caer en el sillón y cruzó las piernas. Rosalie observó que se quedaba mirando un momento el gran cartel que había colgado detrás de la caja.

Alzó la mirada hacia ella y levantó las cejas sorprendido.

—¿Este libro es *suyo*?

Ella asintió con orgullo.

—Puede decirse que sí. Lo he hecho junto con Max Marchais. Es un autor de literatura infantil muy conocido en Francia; yo soy la ilustradora. —De pronto, le pareció apropiado presentarse—. Rosalie Laurent —dijo.

Él inclinó la cabeza y se sintió obligado a decir su nombre.

—Robert Sherman —reveló, y abrió el libro.

—Hace dos días tuvimos la presentación aquí, en la tienda. ¿Conoce a Max Marchais? —preguntó Rosalie con interés.

El norteamericano sacudió la cabeza y se concentró en las páginas del libro.

Rosalie se apoyó en la mesa de la caja y lo observó con disimulo. Robert Sherman parecía absorto y nervioso a la vez cuando se pasó la mano por el rizado pelo rubio oscuro. Tenía unas manos bonitas, nervudas, con dedos largos. Rosalie vio cómo su mirada iba de un lado a otro, observó la gruesa arruga entre las cejas, la nariz recta, algo ancha, la boca que se fruncía concentrada durante la lectura y el pequeño hoyuelo en la barbilla. El modo en que leía y pasaba las páginas dejaba ver que sostenía a menudo un libro en sus manos. Quizá trabajaba en la universidad. O en una editorial, pensó Rosalie de pronto. ¿Sería un editor, como ese Montsignac, que estaba buscando un buen libro infantil? Reflexionó un momento y luego desechó la idea. Muy poco probable. Posiblemente fuera sólo un turista norteamericano que aprovechaba sus vacaciones de verano para visitar París y buscaba un regalo para su hijo.

—¿Está buscando un regalo para su hijo? —se le escapó, y se apresuró a añadir—: Este libro es muy apropiado para niños a partir de cinco años. Y también se conoce un poquito de París... —intentó verlo con la perspectiva de un turista—, la torre Eiffel..., el bois de Boulogne...

—No, no, no tengo hijos —la interrumpió él nervioso. Volvió a sacudir la cabeza, y ella vio que su gesto se oscurecía por momentos.

¿No le gustaba la historia? Pero entonces... ¿por qué leía página a página casi de forma compulsiva? Curioso. Eso le decía su intuición. Curioso. Ese monsieur de Nueva York era un poco raro, decidió finalmente, cuando se abrió de nuevo la puerta y entró una nueva clienta. Era madame de Rougemont, una señora mayor del séptimo *arrondissement* que nunca salía de casa sin guantes y siempre llevaba el pelo teñido de rubio ceniza y con cuidadas ondas en una melena hasta la altura de la barbilla. Si Grace Kelly no hubiera muerto tan joven, seguro que de mayor habría sido como madame de Rougemont. La vieja dama iba casi todas las semanas a la rue du Dragon y compraba algo en Luna Luna. Rosalie la saludó muy amable.

—Oh —dijo madame de Rougemont—. Ya no suena la campanilla de la puerta. —Miró con interés hacia arriba, donde colgaban los restos del cordón roto.

—Sí. —Rosalie observó algo apurada al hombre sentado en el sillón—. La campanilla..., sí, por desgracia esta mañana la campanilla ha sonado por última vez y se ha independizado. Por así decirlo. —No hubo ninguna reacción en el sillón—. ¿Qué puedo hacer por usted, madame de Rougemont?

La vieja dama sonrió y extendió sus delicadas manos envueltas en guantes de piel calados de color crema.

—Ay, querida, sólo quiero mirar un poco. Necesito un regalo para mi amiga y algunas tarjetas bonitas. Usted siempre tiene cosas bonitas, cuesta decidirse.

Rodeó la mesa con los artículos de escritorio, las cajas de postales y otros accesorios y lanzó una mirada curiosa al hombre que, con su chaqueta de ante, seguía muy concentrado en *El tigre azul* y ni siquiera se había percatado de su entrada en la tienda.

—La presentación del miércoles fue realmente una maravilla —dijo la mujer en un tono más alto de lo necesario—. Un libro precioso. Tan... *mágico*, ¿verdad? Ya se lo he regalado a mi sobrina pequeña. Tiene tanta fantasía como la pequeña Héloïse de su historia.

Mientras madame de Rougemont se dirigía hacia los expositores y cogía algunas tarjetas pensando en sus cosas, Rosalie se sentó en la silla giratoria de la caja y observó expectante a su otro cliente, que continuaba leyendo. De pronto, el hombre del sillón cerró el libro con un golpe y se puso de pie de un salto.

—Y... ¿le gusta la historia? —preguntó Rosalie.

En cierto modo le habría gustado que el callado norteamericano hubiera quedado fascinado por el cuento, y también por las ilustraciones, naturalmente.

Robert Sherman dirigió los ojos hacia ella y Rosalie casi se asustó al ver el enfado contenido que brillaba en ellos.

—Bueno, mademoiselle... Laurent —contestó muy despacio—. La historia me gusta mucho. Me gusta incluso de forma extraordinaria. ¿Sabe?, *adoro* la historia del tigre azul. Es, por

motivos que no voy a detallar ahora, una historia muy importante para mí. Lo estúpido es que ya la conocía.

—¿Qué... qué quiere decir? —preguntó Rosalie, que no entendía adónde quería llegar.

—Lo que le digo. Conozco este cuento desde hace muchos años. Desde que tenía cinco años, para ser más exacto. Es, si prefiere que lo diga así, *mi* cuento. —Dejó de golpe el libro sobre la mesa, tras la que la sorprendida Rosalie se estremeció—. ¡Y me pregunto cómo puede tener alguien el descaro de copiar una historia al pie de la letra y publicarla luego como *suya*!

—¡Pero... monsieur Sherman! ¡No puede ser! ¿Qué está diciendo? —replicó ella incrédula—. Este cuento lo ha escrito Max Marchais, y el libro acaba de salir. Es imposible que usted lo conozca. Estoy segura de que se confunde.

—¡¿Que yo me confundo?! —repitió el norteamericano enfadado, palideciendo de rabia—. No me venga con ésas. ¿Sabe cómo se llama esto? ¡Robo de la propiedad intelectual, mademoiselle Laurent!

Rosalie se deslizó de su silla giratoria y se apoyó con las dos manos en la mesa.

—*Attendez!* ¡Ya está bien, monsieur! ¿Entra usted aquí y afirma que Max Marchais es un ladrón? ¿Quién es usted en realidad? No estará diciendo que uno de los más famosos autores de literatura infantil de Francia necesita robar sus ideas a alguien, ¿verdad? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Bueno, no sería la primera vez que ocurre algo así. Tal vez el buen monsieur Marchais se quedara sin ideas.

Rosalie notó que se ponía roja como un tomate. No iba a permitir que aquel arrogante norteamericano insultara al escritor al que ella tanto admiraba.

—¡Monsieur Sherman, ya basta! Conozco personalmente a Max Marchais y puedo asegurarle que es una persona absolutamente íntegra y respetable. Sus acusaciones son infundadas.

—¿Ah, sí? ¿Eso le parece? Bueno, es probable que estén los dos en el mismo barco.

—¡No me lo puedo creer! —Rosalie cogió aire—. ¿Sabe una cosa, monsieur Sherman? Es probable que sufra usted manía persecutoria —soltó enojada—. Ya se sabe que los estadounidenses tienen tendencia a las más absurdas teorías conspiratorias.

—¡No me venga con prejuicios, mademoiselle! Pregúntele al honorable monsieur Marchais de dónde ha sacado ese cuento —contestó él enfadado.

Rosalie miró a Robert Sherman como si hubiera pasado de golpe de ser el doctor Jekyll para convertirse en míster Hyde. ¡¿Cómo podía haberle parecido tan simpático ese tipo tan descarado durante un solo segundo?!

—Lo haré, monsieur, no se preocupe. Aunque ya conozco la respuesta. —Irritada, Rosalie se lanzó la larga coleta por encima del hombro.

—Bueno, si no se lleva una desagradable sorpresa. Yo puedo *demostrar* que la historia me pertenece.

Rosalie puso los ojos en blanco y se llevó la mano a la frente. Se trataba —estaba claro— de uno de esos horribles sabelotodo.

—Muy bien. Todo aclarado —dijo con ironía—. Está bien. Usted puede demostrarlo. ¿Puedo hacer alguna otra cosa por usted o eso ha sido todo?

—No, me temo que no ha sido todo. No voy a conformarme con esto. Los denunciaré. ¡Soy del bufete Sherman & Sons, pronto tendrá noticias mías!

—¡Estoy impaciente!

¡Dios santo, era un maldito *abogado*! ¡Tendría que haberse dado cuenta antes! Rosalie observó con una fría sonrisa cómo el norteamericano sacaba una cartera de su chaqueta, cogía un billete de cincuenta euros, lo lanzaba sobre la mesa y agarraba el libro.

—¡Está bien así! —balbuceó él.

—¡¿Perdón?! ¿Qué se ha creído? ¿En su casa no le han enseñado modales? No está usted en una hamburguesería, monsieur. Quédese con su maldito dinero y deje de una vez esa afectación imperialista. ¡Le *regalo* el libro! —gritó Rosalie, y le lanzó de vuelta el billete, que aterrizó en el suelo de piedra.

En ese momento sonó un golpe. Del susto, a madame de Rougemont se le había escurrido una caja de postales de las manos.

—No es nada —dijo la vieja dama, que estaba rígida como una estatua de sal cuando dos pares de ojos furiosos se volvieron hacia ella—. Nada. Por favor, sigan con lo suyo, no quiero molestarlos.

Robert Sherman se volvió de nuevo hacia la caja.

—¿Imperialista? Vaya, vaya. No sé cómo hace usted las cosas, mademoiselle; yo al menos pago por aquello que no me pertenece —replicó con mordacidad, lanzándole a Rosalie una mirada demoledora—. ¿Ha oído hablar de los derechos de autor? ¿O es que en Francia también se ve esto de un modo más *relajado*?

—¡Está usted loco! ¡Fuera de aquí ahora mismo! —gritó Rosalie, empezando ya a soltar gallos.

William Morris ya no estaba a gusto en su cesta. Allí había demasiado ruido. Cuando oyó la voz aguda de su dueña, dio un salto y comenzó a ladrar.

Puede ser que Robert Sherman se tomara el «ahora mismo» de manera demasiado literal. Puede ser que se le cruzara en su camino el pequeño perro que lo rodeaba ladrando histérico como en su tiempo cercaban los indios a los carros de los *cowboys*. El caso fue que, en su intento de salir de la tienda cuanto antes y a la vez esquivar a la escandalosa bestia, el norteamericano tropezó con uno de los dos expositores de tarjetas, que cayó al suelo con estrépito.

—¡Maldito chucho! —gritó Sherman mientras, sin ni siquiera volverse, abría la puerta y salía a la calle.

—¡Genial! —dijo Rosalie—. ¡Muy bonito! —Se plantó en la puerta con un par de saltos—. ¡Idiota! —le gritó al hombre de la chaqueta de ante que se alejaba a grandes pasos.

10

Robert Sherman no recordaba cuándo había sido la última vez que se había alterado tanto. La cantidad de adrenalina acumulada en su cuerpo era fenomenal.

Recorrió la rue du Dragon a grandes pasos en dirección al boulevard Saint-Germain, la mirada fija en el suelo, y no sólo por las posibles cacas de perro. Tal vez Rachel no estuviera tan equivocada en su opinión sobre las mujeres francesas. ¡Qué impertinente y descarada había sido aquella pequeña vendedora! «¿En su casa no le han enseñado modales? No está usted en una hamburguesería, monsieur.» ¡Como si él fuera un palurdo del Medio Oeste!

Sacudió la cabeza. Lo había mirado con sus grandes ojos oscuros y se había burlado de él. «¡"Aquí nos lo tomamos de un modo más relajado, monsieur"!», murmuró indignado. Aquella pequeña francesa lo había tocado en su orgullo. ¡Qué arrogancia! ¡Como si él fuera un *petit-bourgeois* reprimido y ella la francesa liberal! *Liberté toujours*, ¿no? Cacas de perro y plagios... ¡Bah, no le importaba renunciar a un espíritu liberal así!

—¡Loca francesa, imbécil! —soltó furioso, y estuvo a punto de chocar con una mujer que iba de frente por la estrecha acera con sus compras y un pequeño niño de la mano.

Ella lo miró con gesto de reproche, y Robert oyó cómo el niño le preguntaba a su madre: «¿Qué le pasa a ese hombre, *maman*?».

«Sí, ¿qué le pasa a ese hombre?» Robert apretó el libro contra su cuerpo y siguió avanzando a grandes pasos. Esa Rosalie Laurent ni siquiera había creído necesario disculparse. Ni cuando se le cayó la campanilla en la cabeza, ni cuando esa pequeña bestia lo atacó. *Dos veces*. ¡Era increíble! Podía estar contento de que no le hubiera mordido, como cuando, de niño, el foxterrier de los vecinos, los

Miller, saltó sobre él, lo mordió en el labio y perdió el conocimiento por primera vez en su vida. Desde entonces desconfiaba de esas pequeñas bestias. Eran muy traicioneras. ¡Menos mal que había sido lo bastante rápido, de lo contrario, tendría que ponerse la vacuna contra el tétanos! Ya podía ver a la enfermera, que se parecía de una forma llamativa a la propietaria de la tienda de tarjetas, dando golpecitos a una jeringuilla de dudosa calidad con las cejas levantadas con gesto burlón. «¡"Aquí nos lo tomamos de un modo más relajado, monsieur"!»

¿Por qué le molestaba tanto esa frase? Tal vez porque demostraba un desenfado que se reía de la razón y la responsabilidad. ¡Lo del libro era realmente increíble!

Lo había visto en el escaparate casi por casualidad, y una extraña mezcla de curiosidad y rabia le había acelerado el corazón. Cuando entró en la pequeña tienda estuvo a punto de caerse por los motivos ya conocidos. Y cuando la abandonó a toda prisa, también. Podría haberse lesionado de gravedad. Aparte de todo lo demás.

Pero eso no le preocupaba a la propietaria de la papelería, que no tenía ningún problema para adornarse con plumas ajenas, ningún tipo de problema. En cambio, lo había llamado «idiota», lo había oído perfectamente.

Las normas de seguridad dejaban mucho que desear en aquella ciudad, pensó Robert. Y la cortesía también.

Giró por el boulevard Saint-Germain y avanzó de forma automática en dirección a la Sorbona. En realidad, aquel día tenía previsto echar un vistazo a la universidad. En los próximos días iba a concertar una visita con el decano. Pero de algún modo la Sorbona había dejado de interesarle de momento. El inesperado descubrimiento del libro lo había alterado tanto como lo había enojado la reacción de la propietaria de la tienda.

El movimiento le sentó bien. Poco a poco, sus pasos se ralentizaron y su pulso se calmó. Dejó el bullicioso *boulevard* y se sumergió en el caos de callejas del Quartier Latin.

Al viajar a París había contado con cualquier cosa. Debía tratarse de un tiempo muerto. Quería reflexionar sobre su vida con calma y sin influencias externas. Quería dar una vuelta por aquella

ciudad que ya no era más que un recuerdo de la infancia. Quería subir a la torre Eiffel en recuerdo de su madre. Quería ir (¡naturalmente!) a Shakespeare and Company para husmear un poco entre los libros y aspirar el olor de aquellos tiempos casi olvidados en que la literatura todavía movía mundos.

Tras la difícil despedida de Mount Kisco y la discusión en casa, había confiado en poder pasar unos días de relajo estival lejos de todo, quizá también en tener un pequeño flirteo inocente, ¡sí, también eso! Había esperado volver a encontrar en la ciudad del Sena la despreocupación que en algún momento había desaparecido de su vida. Deseaba hallar respuestas a sus preguntas, claridad, una buena decisión. Y, por encima de todo, aparecía como una promesa la frase de su madre de que París es siempre una buena idea.

Cuando por la mañana temprano iba en el taxi del aeropuerto de Orly a París contaba casi con todo, pensó Robert Sherman cuando al cabo de un rato se sentó en un pequeño café de sillas de madera desvencijadas que seguro que nunca aparecería en ninguna guía de viajes.

Excepto con encontrar *El tigre azul* en el escaparate de una papelería de Saint-Germain.

Desde los días de su niñez, estaba tan familiarizado con el cuento del tigre azul como con su viejo osito Willie. Cuando era pequeño, su madre se lo contaba todos los días antes de dormir. Él adoraba esa historia y no se cansaba de oírla a pesar de que ya sabía lo que iba a decir cada uno de los personajes. Si alguna vez su madre intentaba abreviar un poco el cuento porque *dad* y ella estaban invitados a una cena, Robert se daba cuenta enseguida. «Mamá, se te ha olvidado contar que se encontraron en la gruta de los Cuatro Vientos», decía. O: «Pero, mamá, la bolsa de las pinturas era roja, no verde». No podía faltar ningún detalle, él insistía en cada minucia. Durante muchos años, el tigre azul fue un elemento fijo de su ritual de sueño y, aunque había muchos libros en su estantería, siempre fue su cuento favorito. En cuanto llegaba el momento en

que Héloïse sobrevuela París subida en el tigre y su pelo dorado brilla como una estrella fugaz, su madre siempre hacía una pequeña pausa y le lanzaba una significativa mirada. «Cuando se ve una estrella fugaz se puede pedir un deseo —decía—. ¡Venga, vamos a pedir algo!» Y, entonces, se cogían de la mano y cada uno pedía un deseo en silencio.

Es curioso cómo las cosas que se viven en la infancia siguen influyendo sobre uno muchos años más tarde, pensó Robert. Todavía hoy, cuando era un hombre al final de la treintena, seguía buscando inconscientemente estrellas fugaces en las noches claras de verano. En Manhattan eran difíciles de encontrar; mejor dicho, no se podían ver porque las luces de la ciudad y la contaminación ocultaban el cielo de tal forma que apenas había noches estrelladas.

Robert dio un trago de la gruesa taza blanca que la encantadora muchacha con coleta que servía allí le dejó en la mesita redonda con una amable sonrisa y un vaso de agua del grifo, y le devolvió la sonrisa de forma automática.

No todas las francesas estaban locas, corrigió mientras se reclinaba en la silla y levantaba la cara hacia el sol.

Observó el libro y de pronto recordó que cuando era pequeño una noche preguntó si el cuento del tigre azul existía también en libro. Pero su madre sacudió la cabeza y le dijo que esa historia sólo les pertenecería a ellos dos, y que ella se la regalaría a él. Y eso fue lo que hizo muchos años después.

Robert tuvo que tragar saliva al pensar cómo en el grueso sobre marrón que el notario le entregó tras la muerte de su madre encontró, entre papeles, documentos y fotos antiguas, el manuscrito encuadernado con unas tapas azules.

«*El tigre azul*», decía en la cubierta. Y debajo: «*Para R.*». Su madre había añadido al manuscrito una hoja en la que, con su típica caligrafía redonda, con enormes letras con trazo alto y letras con trazo bajo, había escrito: *«Para mi querido Robert, en recuerdo de todas las noches que hemos pasado juntos con nuestro amigo, el tigre. Han sido inmensamente valiosas para mí»*.

Ya no era un niño cuando encontró el cuento en el sobre, pero al ver el manuscrito, que era como una última despedida de su

madre, las lágrimas inundaron sus ojos.

En algún momento se había hecho demasiado mayor para los cuentos de buenas noches. Entonces ella lo había escrito para él, entero, con cada detalle. Tras su muerte, él hojeó emocionado las páginas que habían sido escritas con una anticuada máquina de escribir, y volvió a leer la historia después de mucho tiempo. Fue muy bonito y también triste, como siempre resulta bonito y triste cuando se regresa a un lugar que alguna vez se ha amado mucho y se descubre que ya no queda nada de lo que era.

Tuvo que pensar en que su madre había hecho una observación en su último segundo de vida: «Me voy a un sitio que está tan lejos que ni siquiera puedes llegar a él en avión», había dicho. Pero hasta que Robert tuvo el manuscrito en sus manos no estuvo seguro de que sus palabras hacían referencia a una parte del cuento.

Y ahora, unos minutos antes, se encontraba delante del escaparate de una papelería, en una ciudad extraña, en un continente desconocido, y de pronto había visto el libro. Ese libro que en realidad no podía existir porque sólo dos personas conocían la historia y el único manuscrito existente se encontraba a casi seis mil kilómetros de distancia en un sobre marrón.

Se había quedado sin palabras.

Perplejo, había avanzado unos pasos más, y luego había retrocedido para aclarar el asunto.

Cuando vio el libro del escritor de literatura infantil (un hombre mayor con barba y el pelo canoso peinado hacia atrás que aparecía en el gran cartel de la papelería), pensó que se trataba de una historia del todo diferente que casualmente tenía el mismo título. Pero luego empezó a leer y, tras unas pocas frases, supo que era el cuento que le había dejado su madre.

Sintió que le habían robado, ¡sí, *robado* era la palabra exacta! Se sintió como quien llega a casa y comprueba que han entrado unos ladrones. Impotente y furioso a la vez.

Alguien se había apoderado de sus preciosos recuerdos y los había lanzado al mercado para obtener un beneficio. Robert no tenía ninguna explicación para lo que había ocurrido, pero la iba a encontrar. Defendería sus derechos. No había que ser un experto en

temas de propiedad intelectual para apreciar que el asunto apestaba.

Cogió otra vez el libro y lo hojeó. Le gustaron las coloridas ilustraciones de la joven de la coleta que lo había insultado de una forma tan agria, pero eso no mejoraba las cosas. Daba igual cómo hubiera llegado ese supuestamente respetable autor a la historia del tigre azul, la había copiado sin ningún pudor. Por desgracia, los tiempos eran así. La gente no sentía respeto alguno por la propiedad intelectual. En la universidad, al menos, se aprendía que hay que citar siempre la fuente. El resto era «copiar y pegar», y a la mayoría le parecía lo más normal. Pero eso era demasiado. «No hay que conformarse con todo», solía decirle su padre. Y tenía razón.

Por primera vez en su vida, Robert Sherman se alegró de proceder de una familia de juristas. Entendía del tema. Estuvo un rato sentado al sol notando cómo su cuerpo se rendía al cansancio y era cada vez más pesado. De pronto se sintió tan cansado que estuvo a punto de dormirse en la silla de madera. El *jet lag* y todas las emociones del día le pasaban factura.

Se bebió su *café crème*, que ya se había quedado frío, sacó unas monedas del bolsillo del pantalón, las dejó sobre la mesa y decidió regresar al hotel. Por el camino, cenaría algo en algún sitio.

Eran las cinco y media cuando se puso en marcha, muy pronto para cenar en París, pero la tensión lo había hecho sentirse hambriento. Lo que necesitaba en ese momento era un buen filete y una copa de vino. Luego se iría pronto a dormir y haría una breve llamada a Rachel para decirle que había llegado bien. Y al día siguiente indagaría más sobre ese tal Marchais. Seguro que no podía esperar una gran ayuda al respecto por parte de mademoiselle Laurent.

El Relais de l'Entrecôte era un clásico restaurante de *steakfrites*. Para ser más exactos, allí sólo había *steak-frites*, pero eran excelentes. Al principio le pareció que había que acostumbrarse a la salsa de limón que acompañaba a la carne, pero luego la encontró deliciosa; las

pommes frites estaban doradas y crujientes, la carne tierna y jugosa. La primera parte de la noche podía considerarse —al margen del hecho de que un camarero demasiado atareado le había quitado el plato delante de las narices en cuanto Robert le había dado a entender que no quería postre— un éxito. Había bebido dos copas de vino tinto, que rodó fuerte y aterciopelado por su lengua, había comido bien y soñaba ya con meterse en la cama. Pero entonces empezó la segunda parte de la noche. Con una cuenta que era asequible, pero no podía pagar. Porque su cartera había desaparecido.

Robert se palpó con creciente nerviosismo todos los bolsillos de la chaqueta y los pantalones mientras el camarero lo miraba con una exquisita mezcla de impaciencia y arrogancia y los siguientes clientes esperaban una mesa libre.

—¡No puede ser! —Robert empezó a sudar al pensar que en la cartera no sólo llevaba el dinero, sino también todas sus tarjetas.

Tras el enfado por la habitación, al que había seguido la rabia por el ascensor (¡¿había sido esa misma mañana?!), había olvidado por completo dejar parte del dinero y sus cosas de valor en la caja de seguridad del hotel, como hacía siempre. ¡¿Dónde estaba la maldita cartera?!

Normalmente, la guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta, ¡pero allí no había nada! De pronto se sintió despierto como una campana. Aquél era el día de las subidas de adrenalina, estaba claro. Intentó explicarle al enojado camarero que él no era ningún gorrón que intentaba comer gratis, sino un turista norteamericano que había tenido bastante mala suerte en su primer día en París.

—¡Me ha desaparecido la cartera! —exclamó con cara de pánico.

El camarero no mostró mucha compasión.

—*Alors, monsieur!* —se limitó a decir. Se encogió de hombros y pareció seguir esperando a que monsieur sacara por fin su cartera de la chistera por arte de magia.

Con gran esfuerzo, Robert consiguió reunir un billete de diez euros y algunas monedas que llevaba por los bolsillos. Juntó diecinueve euros y cincuenta céntimos.

—*C'est tout!* —aseguró—. No tengo más.

El camarero frunció el ceño. Robert estaba a punto de ofrecerle su reloj —el viejo TAG Heuer de su padre—, cuando de pronto recordó dónde había perdido la cartera.

Se levantó de un salto, agarró la chaqueta, que colgaba en el respaldo de la silla, y le gritó al desconcertado camarero:

—¡Espere! ¡Enseguida vuelvo! *Je reviens!*

Eran las siete y cuarto cuando, casi sin aliento, llegó a la pequeña tienda de tarjetas de la rue du Dragon. El cierre metálico que protegía el escaparate y la puerta estaba bajado, pero en el interior había luz.

Robert vio una esbelta figura con un vestido de flores y una larga coleta que estaba inclinada sobre la caja registradora y, aliviado, apoyó un instante la frente en el cierre metálico. ¡Gracias a Dios, todavía estaba allí! Empezó a dar golpes en la puerta como un loco.

—¡Mademoiselle Laurent! ¡Mademoiselle Laurent! ¡Abra! ¡He olvidado algo!

Ella levantó la mirada, se sorprendió y se acercó a la puerta. Él sintió algo parecido a la felicidad cuando ella se aproximó y lo miró con sus grandes ojos a través del cristal.

En cuanto lo reconoció, entornó la mirada como un gato y sacudió la cabeza con energía.

—¡Eh, mademoiselle, tiene que dejarme entrar, es importante!

Ella levantó las cejas. Luego, con una gran sonrisa de triunfo, le dio la vuelta al cartel que colgaba en la puerta por dentro.

«Fermé», ponía en él. «Cerrado.» Encogió los hombros como una pantomima y señaló el cartel con la mano.

¡Subida de adrenalina!

—¡Maldita sea, ya veo que está cerrado, no soy tonto! —gritó Robert, y sacudió la persiana metálica.

Esa gansa estúpida iba a dejarlo plantado en la puerta con una fría sonrisa. Vio cómo ella regresaba con toda tranquilidad a la mesa

de la caja.

—¡Eh! ¡Abra! ¡Maldita sea, mi cartera está ahí dentro! ¡¿Quiero mi cartera ahora mismo, me oye?!

Era evidente que Rosalie no tenía ganas de escucharlo. La chica se volvió entonces brevemente y le enseñó el dedo corazón con una sonrisa maliciosa antes de apagar la luz y desaparecer por la pequeña escalera de caracol que llevaba al piso de arriba.

Aquella noche Robert Sherman durmió como un tronco. Después de volver al Hôtel des Marronniers con las manos vacías y subir con paso pesado la escalera hasta su diminuta habitación en el cuarto piso (el ascensor seguía estropeado; a cambio, le habían ofrecido un desayuno gratis al día siguiente), sólo tuvo fuerzas para mandarle un SMS a Rachel.

> Hola, Rachel, he llegado bien. París está lleno de sorpresas, enigmas y gente arrogante. He perdido la cartera y he conocido a una auténtica bruja francesa. Mañana más. Agotado, Robert.

En la habitación hacía un calor sofocante. Robert abrió la ventana y apagó la luz. En la oscuridad, el muro gris pálido que se alzaba a metro y medio de su ventana parecía una gran pantalla de cine.

11

Aquella noche Rosalie estuvo un buen rato bajo su ventana del tejado, con las piernas encogidas y una copa de vino tinto, pensando en aquel día tan extraño. La noche era templada y una pálida luna se ocultaba tras una suave nube gris oscuro.

René ya se había ido a la cama. «No le des más vueltas —le había dicho—, ya se le pasará a ese norteamericano loco. Está completamente chiflado. Pero si no te quedas tranquila, llama a Marchais y pregúntaselo. —Le revolvió el cabello con la mano—. Ven pronto a la cama, *chérie*, ¿vale?»

Rosalie había asentido, se había deslizado un poco más abajo por la pared y había apoyado la cabeza. Habría sido el momento perfecto para un cigarrillo, pero la buena influencia de René la había hecho dejar de fumar. O al menos intentarlo, lo que significaba que casi nunca tenía tabaco en casa.

Suspiró y miró el cielo nocturno. Era sorprendente cómo se había desarrollado el día, un día que había empezado tan bien. El buen humor de la mañana había dado paso a una gran confusión.

Aquel horrible norteamericano había vuelto poco después de las siete y había empezado a gritar y a armar alboroto delante de su tienda. Ella no le había entendido una sola palabra, sólo que quería entrar en la tienda a toda costa. Y seguro que no para disculparse. Lo mismo llevaba ya un escrito de denuncia.

Sonrió satisfecha al recordar la cara de tonto que se le había quedado a Robert Sherman cuando comprendió que Rosalie no pensaba abrir la tienda otra vez para él.

Después de que Sherman siguiera golpeando la puerta y al final se marchara entre fuertes insultos, que afortunadamente llegaron amortiguados arriba, a su pequeña vivienda, tuvo claro que el tipo

era un colérico que no podía controlarse. Bueno, ése no era su problema.

«Lástima que yo no estuviera aquí —había dicho René cuando, en la cena, Rosalie le había hablado del malhumorado estadounidense, ese psicópata que la había molestado por segunda vez en un mismo día después de haberla acusado de plagio y haber tirado con rabia un expositor al suelo—. Le habría enseñado a comportarse. Habría sido toda una fiesta para mí.»

«Sí, lástima...», pensó Rosalie, y dio un trago de vino. Una pelea entre el fuerte y bien entrenado René y el alto y más bien flacucho Sherman, que no parecía precisamente un jugador de los legendarios Red Sox, habría zanjado el asunto. A pesar de todo, resultaba extraño. O el tipo no estaba muy bien de la cabeza, o... Ese «o» la hacía sentirse intranquila. Al fin y al cabo, por muy improbable que pareciera, podría haber sido una profunda indignación, la ira de los justos, por así decirlo, lo que lo había hecho alterarse tanto. Rosalie tuvo que admitir que a primera vista no le había parecido un loco. Más bien parecía asombrado.

En cualquier caso, la acusación era desmedida. Y el tono también.

Por más que quisiera, Rosalie no podía imaginar que Max Marchais pudiera plagiar un cuento. Todavía se acordaba muy bien de la velada en el Jules Verne, cuando le había entregado el primer ejemplar de *El tigre azul*, y de lo orgullosa y emocionada que se había sentido por el «*Para R.*». Del apuro de él cuando ella le había dado las gracias por la dedicatoria.

Sacudió la cabeza. Nadie podía fingir de ese modo. Vio los ojos del viejo escritor, en los que de pronto había brillado una luz. No eran los de una persona que miente.

Entonces se incorporó porque se dio cuenta de algo. ¿No había dicho ese tal Sherman que conocía el cuento desde hacía muchos años, «desde que tenía cinco años, para ser más exacto»? Rosalie calculó que ahora debía de estar al final de la treintena. Pero Max Marchais le había enviado un escrito en ordenador muy actual, lo que sólo podía significar que la historia no podía conocerla nadie desde que tenía cinco años. Y ¿qué era eso de que era *su* cuento?

¿Acaso ese arrogante abogado lo había escrito cuando tenía cinco años? Nada de todo aquello tenía sentido.

Se echó hacia adelante y se abrazó las rodillas. A no ser que... A no ser que existiera una fuente común a la que habían tenido acceso los dos. Era posible que existiera un cuento antiguo sobre un tigre azul. Asintió pensativa y arrugó de nuevo la frente. Aunque en ese caso era imposible que el relato fuera, como afirmaba el exaltado neoyorquino, idéntico palabra por palabra.

Rosalie notó que sus ideas empezaban a enredarse. Probablemente se estaba rompiendo la cabeza sin necesidad. René tenía razón. A la mañana siguiente llamaría a Max Marchais para aclarar el asunto. Pero debía tratar el tema con mucho tacto...; no quería que el viejo escritor se enojara.

No era probable que el loco volviera a aparecer por allí. Aunque nunca se sabía. Rosalie apuró su copa de vino y entró en casa por la ventana.

Cuando cerró los ojos, había la siguiente anotación en su cuaderno azul:

El peor momento del día:

El número de desconocidos que entran en mi tienda y tiran los expositores de tarjetas al suelo aumenta de forma alarmante. Hoy ha sido un horrible norteamericano que me ha insultado y quiere denunciarme porque, al parecer, la historia del tigre azul es un plagio.

El mejor momento del día:

Ha llamado monsieur Montsignac para preguntarme si quiero ilustrar un libro de cuentos para la editorial. ¡Un gran encargo! He aceptado.

12

Marie-Hélène llevaba en casa toda la mañana y no paraba de hacer ruido. Su exagerada actividad se debía a cierto nerviosismo que a su vez estaba motivado por el hecho de que tenía previsto ausentarse durante dos semanas. Quería viajar con su marido a Plan-d'Orgon, su pueblo natal, en las proximidades de Les Beaux-de-Provence, donde vivía el resto de su familia, pero sobre todo su hija mayor, que acababa de tener una niña.

—Imagínese..., ¡soy abuela, monsieur Marchais!

Max no sabía cuántas veces había oído esa frase en los últimos meses, unida siempre a las noticias más recientes sobre el estado de la madre y el bebé. Su hija había dado a luz tres días antes y había traído al mundo a una pequeña Claire («¡Pesa tres kilos y medio, monsieur, y ya sonríe!»), y Marie-Hélène Bonnier estaba fuera de sí de entusiasmo y le había anunciado que el fin de semana se marcharía a Plan-d'Orgon y él tendría que apañarse solo durante quince días.

—¿Sabrá arreglárselas solo, monsieur Marchais? —añadió preocupada, limpiándose las manos en el delantal.

A lo largo de los años, madame Bonnier había desarrollado la absurda idea de que él estaría completamente perdido si ella no acudía a su casa tres veces por semana para hacer la compra, limpiar y cocinar.

—Por supuesto que me las arreglaré solo, Marie-Hélène —repuso Max—. Hemos quedado en que no soy un viejo anciano y gruñón, ¿no?

—Es posible, pero es usted un *hombre*, monsieur Marchais, y no es bueno que un hombre esté solo en casa, ya sabe. No come bien,

los periódicos se amontonan por todas partes, los platos se quedan en el fregadero y todo está patas arriba.

—Exagera usted, como siempre, Marie-Hélène —había dicho Max, volviéndose a concentrar en el periódico—. Le aseguro que dentro de dos semanas la casa seguirá en pie.

A pesar de todo, la mujer había insistido en ir el viernes previo a su viaje a dar un repaso a todas las habitaciones, hacer la colada y preparar algo de comida congelada que él luego sólo tendría que descongelar y calentar. En la encimera de la cocina había por lo menos quince recipientes llenos para que no pereciera de inanición en esas dos semanas.

Max asintió sumiso. Era del todo inútil discutir con la asistenta y explicarle que él era capaz de prepararse un huevo frito en una sartén o de ir al Bar du Marché a tomar algo. Eso sería incluso muy práctico, pues de ese modo podía pasar por la *pharmacie*, que estaba justo al lado, a comprar un tubo de gel antiinflamatorio.

Aquella mañana se había despertado temprano y había notado una desagradable punzada en el hombro. Probablemente había dormido en una mala postura. Sí, eso era. Cada día se despertaba más pronto y con algún dolor nuevo.

Max Marchais se estiró dentro de la bañera, oyendo de fondo la furia de Marie-Hélène, que en ese momento aspiraba las alfombras con gran ímpetu. Al menos, en el cuarto de baño estaba seguro.

Minutos más tarde madame Bonnier ya estaba rondando ruidosamente por delante de la puerta del baño.

—¡¿Le falta a usted mucho, monsieur Marchais?! —gritó al final.

Suspirando, él salió del agua con brillos verdosos en la que cada mañana disolvía dos cucharaditas de sus sales de baño favoritas, Aramis, y se vistió.

Poco después ya lo había echado también de la cocina, y luego de la biblioteca. Se oían ruidos y golpes, bayetas que se deslizaban por el suelo de madera; en la cocina algo se cayó al suelo con un gran estruendo. El olor a limpiador de naranja se mezclaba con el de bizcocho recién horneado llenando toda la casa. Marie-Hélène parecía dominar el arte de la bilocación: daba igual dónde se pusiera

Max, en unos minutos ella aparecía allí, armada con aspiradora, cubo y plumero.

Cuando finalmente empezó a limpiar los cristales del despacho, Max huyó al jardín y se sentó a la sombra con el libro que unos días antes había cogido de uno de los estantes más altos con la ayuda de la vieja escalera de la biblioteca. Lucía el sol y el aire era templado cuando se concentró en los *Pensées* de Blaise Pascal, cuyas frases y reflexiones siempre había disfrutado leyendo a lo largo de su vida. Blaise Pascal era también quien había dicho que todas las desgracias del mundo provenían del hecho de que el hombre no puede estar solo consigo mismo en una habitación.

Una sabia reflexión que resultaba aún más acertada cuando a uno le *impiden* estar solo en una habitación, estaba pensando Max cuando el rugido de la aspiradora cesó de golpe. Segundos después apareció el ama de llaves en la terraza, buscándolo con la mirada por el jardín.

—¡¿Monsieur Marchais?! —gritó.

Él levantó la cabeza con desgana y vio que llevaba algo en la mano.

—¡Teléfono!

Era Rosalie Laurent y su voz sonaba algo extraña, le pareció. Como suena la voz de alguien que quiere que su voz suene lo más normal posible.

—*Bonjour, Max!* ¿Qué tal está? Espero no molestarlo.

—En absoluto —dijo él—. Mi asistenta lleva desde las siete dando golpes por toda la casa. Ya no estaba seguro en ningún sitio y me he refugiado en el jardín. —Oyó que ella se reía—. ¿Cómo está usted, mademoiselle Rosalie? ¿Todo bien?

—¡Oh, sí, estoy muy bien! —Dudó un instante antes de seguir hablando—. Montsignac me llamó ayer. Quiere que haga las ilustraciones de un gran libro de cuentos de la editorial.

—¡Enhorabuena! ¡Eso es estupendo! —«Tal vez quiera preguntarme algo», pensó Max.

—Todo se lo debo sólo a usted. Y al tigre azul, naturalmente.

—Nada de falsas modestias, mademoiselle Rosalie. Sus dibujos son sencillamente maravillosos. —Dejó el Pascal a un lado y se reclinó en la silla de mimbre mientras ella le hablaba del nuevo proyecto y él pensaba un poco en sus cosas.

Siempre que hablaba con Rosalie Laurent y ella, con su alegre vivacidad, le permitía participar en las pequeñas cosas de su vida diaria, le preguntaba algo o le pedía consejo, Max se sentía vivo. Desde su proyecto común, se reunían con regularidad; unas veces iba ella a Le Vésinet, otras cogía él el RER a París y tomaban un café o daban un paseo con el pequeño perro.

Tras la muerte de Marguerite, su vida había sido muy solitaria; durante mucho tiempo él ni siquiera lo notó, y cuando se dio cuenta no le importó demasiado. Se había atrincherado tras un muro de libros y pensamientos que no era muy diferente del viejo muro de piedra que rodeaba su jardín. Pero desde su amistad con aquella joven sentía que algo nuevo estaba empezando, algo que relegaba el pasado poco a poco a su lugar y lo convertía realmente en pasado. El viejo muro se había agrietado, y a través de sus grietas entraba la luz. Era como en esa vieja canción de Leonard Cohen: «*There is a crack in everything, that's how the light gets in*». Rosalie había entrado en su vida como una luz, y Max había comprobado, para su sorpresa, que empezaba otra vez a mirar hacia adelante y a hacer planes.

En la casa se oía el rugido de la aspiradora que se alejaba despacio, y Max paseó la mirada por los rosales de su jardín, que seguían en flor.

—Me encanta ver el libro en el escaparate todas las mañanas —oyó que decía Rosalie, que no sabía muy bien cómo había vuelto otra vez al tigre azul—. ¿Cómo se le ocurrió en realidad esa historia? —Se corrigió a toda prisa—. Quiero decir..., ¿cómo se le ocurre a uno una idea así?

Max regresó de su divagación mental y reflexionó un instante.

—Bueno, del modo en que siempre se llega a esas historias. Se ve algo o se oye algo, una idea está en el aire, uno se pasea por el bois de Boulogne y de pronto empieza a hilarla. Siempre hay un

determinado momento que desencadena una historia y la hace rodar. —Pensó un instante—. Puede ser una frase, o una conversación... —Hizo una pausa.

—Y ¿qué hizo rodar *su* historia?

—Bueno... —Max sopesó por un breve instante si debía decirle la verdad, pero enseguida desechó la idea—. Fue el bueno de Montsignac, diría yo —contestó un poco a la ligera—. Sin su insistencia, seguro que ahora no existiría el libro.

Ella se rio algo apurada, le pareció a él.

—No, no, no me refiero a eso. Lo que me pregunto es..., ¿existe tal vez un cuento en el que está basada la historia del tigre azul?

Max estaba en cierto modo desconcertado.

—No, que yo sepa —repuso—. Y, si existe, yo no lo conozco.

—Vaya.

Se hizo una breve pausa.

Max se sentía cada vez más inquieto. ¿Cuál era el verdadero motivo de aquella extraña llamada? Carraspeó.

—Bueno, vayamos al grano, Rosalie. ¿Qué mosca le ha picado? —dijo rompiendo por fin el silencio—. No me hace esas preguntas sin ningún motivo.

Y entonces ella fue realmente al grano y le contó, con sutileza y algo afectada, el desagradable incidente con el extranjero que había entrado en su tienda diciendo que le habían robado la historia del tigre azul.

—¡Qué idea tan descabellada! —exclamó Max Marchais—. No creerá usted a ese chiflado, ¿verdad? —Se echó a reír y sacudió la cabeza con incredulidad, todo aquello le parecía absurdo—. Mi querida Rosalie, por favor, olvide esa tontería ahora mismo. Puedo asegurarle que yo soy el autor de ese cuento, puede usted decírselo a ese tipo de Nueva York si vuelve por ahí. Me la he inventado, palabra por palabra.

Oyó que ella suspiraba con alivio.

—No tengo la menor duda, Max. Pero ese hombre asegura que puede demostrar que la historia es suya. Estaba totalmente fuera de sí, y me amenazó con denunciarnos.

Max resopló furioso.

—¡Increíble!

—Se llama Robert Sherman. ¿Lo conoce usted?

—No conozco a ningún Sherman —respondió Max Marchais tajante—. Y no tengo intención de conocer a un tipo que está claro que es un desequilibrado.

Y con eso dio el tema por zanjado.

O, al menos, eso pensaba él.

13

El sol entraba en la habitación como una diagonal de luz. Una brisa veraniega infló las ligeras cortinas de la ventana. Robert Sherman parpadeó y escuchó el ruido apagado de platos que parecía provenir de lejos y que no alteraba la agradable tranquilidad que lo rodeaba. El sosiego de la mañana lo hizo pensar en los indolentes domingos de su infancia en Mount Kisco.

Se estiró y recordó el sueño que iba desvaneciéndose poco a poco. Había sido un sueño muy bonito que lo había hecho despertarse con una buena sensación. En él aparecía una mujer con la que estaba sentado en un banco en una pequeña plaza.

Intentó recordarlo mejor, pero las imágenes eran demasiado fugaces como para retenerlas. No importaba. Se dio la vuelta en la cama, se tapó con la colcha y siguió dormitando un poco. Durante unos breves instantes de felicidad el mundo de Robert Sherman estaba en orden.

Entonces, el ruido agudo de un taladro rompió el silencio. Robert se sentó en la cama, bostezó y dio un trago de agua. Lanzó una mirada a su móvil y vio un mensaje.

> Muy bien, querido, todo eso suena bastante excitante. Espero que te haga reflexionar. Ya te dije que ese viaje a París me parecía una locura. ¿Quieres que te mande dinero? Besos, Rachel.

Y entonces se acordó de todo. Esa bruja de la papelería, el libro, el restaurante, su cartera. Se despertó de golpe y la sensación de bienestar se desvaneció. Miró el reloj. ¡Las diez y media! Había dormido casi doce horas.

Era viernes, había perdido la cartera y la maldita tienda de tarjetas abría a las once.

Cuando, después de un precipitado desayuno (consistente en un café fuerte y un *croissant* muy crujiente deglutido a toda prisa), pasó volando por delante de los dos operarios que estaban discutiendo con su caja de herramientas en el pequeño *hall* del hotel delante del ascensor y subió por la soleada rue Bonaparte, pensó en el tono aleccionador del mensaje de Rachel. Aunque quizá viajar a París no hubiera sido la mejor de todas las ideas, no había que cebarse con él.

Faltaba poco para las once cuando empujó hacia abajo la manija de la puerta de Luna Luna y entró en la tienda con sumo cuidado. Esta vez no le cayó ninguna campanilla encima, y el perro, que estaba de nuevo en su cesta, soltó un gruñido adormilado. Por si acaso, Robert dio un paso a un lado.

No había todavía ningún cliente. Rosalie Laurent, que se encontraba delante de una estantería colocando algo, se volvió.

—¡Oh, no! ¡Usted otra vez! —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Sí, yo otra vez —replicó él con mordacidad—. Por desgracia, no me dejó usted entrar anoche. —Al recordar cómo lo había dejado plantado delante de la puerta cerrada la noche anterior, gritando como un loco por toda la calle, sintió que empezaba a ponerse furioso—. Creo que tenemos todavía una pequeña cuenta pendiente.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de la joven era toda una provocación—. ¿Qué lo trae hoy hasta aquí, monsieur Sherman? ¿Ha presentado ya su denuncia o simplemente quiere volver a tirar el expositor al suelo? —Levantó sus oscuras y bonitas cejas.

Él respiró hondo. No tenía sentido discutir con aquella pequeña bruja. Tenía que mantener la calma. Era profesor de literatura y conocía a Shakespeare. *First things first*.

—Ni lo uno ni lo otro —dijo lo más calmado posible—. Sólo me gustaría recuperar mi cartera.

Ella inclinó la cabeza.

—Ajá. Interesante. Y ¿qué tengo yo que ver con eso?

Quería pelea, estaba claro.

—Bueno... —Robert miró hacia la mesa en la que estaba la caja registradora y donde había un par de folletos—. Supongo que me la dejé aquí.

—¿Por eso estuvo a punto de destrozarme el cristal anoche? —dijo ella sonriendo con arrogancia.

—¿Le extraña? Quiero decir, me cierra la puerta en las narices y me hace una peineta. Si ésas son las delicadas maneras francesas...

—La tienda estaba cerrada, monsieur. —Rosalie dio un paso hacia él y lo observó con sus ojos oscuros—. ¿Sabe cuál es su problema? Tiene usted grandes dificultades para aceptar un «no».

—No, no las tengo —replicó él con decisión—. Bueno..., generalmente no. Pero ayer... era una emergencia. Puedo asegurarle que no es nada agradable comprobar en un restaurante que has perdido el dinero y todas las tarjetas.

—Oh, y ¿acaso también tengo yo ahora la culpa de eso?

Otra vez las cejas levantadas. Lo hacía realmente bien.

—Bueno, en cualquier caso, no es extraño que me dejara ayer la cartera en todo este caos.

—Caos. Usted lo ha dicho. Tardé casi una hora en limpiar las huellas del desastre que usted provocó. —Le lanzó una mirada de reproche—. Y a usted ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de ayudarme a poner orden en todo ese caos.

—¿Qué culpa tengo yo de que usted cobije en su tienda a una pequeña bestia que se lanza sobre los clientes?

—Eso es ridículo, tendría que oírse. O sea, que ahora la culpa es de mi querido y dulce *William Morris*... —Rosalie soltó una ronca carcajada.

El perro oyó su nombre, levantó la cabeza con un suave gemido y movió el rabo contento.

—Véalo usted mismo. Es un perrito muy alegre y simpático. Me parece que sufre usted manía persecutoria, monsieur..., ¿cuál era su nombre?... Sherman, de... Nueva York. Y no sólo en relación con la peligrosidad de los perros...

Ella cruzó sus delgados brazos desnudos delante de su blusa de seda azul claro con pequeños lunares blancos y le lanzó una significativa mirada.

Robert Sherman se llevó la mano a la frente. ¿Por qué había vuelto otra vez allí? Cierto. Por la cartera. No debía dejarse enredar. Aquella mujer era una discutidora innata. Ahora lo más importante era la cartera.

—Devuélvame mi cartera y me marcharé enseguida —dijo con aspereza.

—No imagino nada mejor —respondió ella con ironía—. Pero, por desgracia, su cartera no está aquí.

Él la miró con desconfianza. Pensó por un instante si esa horrible criatura de grandes ojos oscuros sería capaz de esconder su cartera..., por pura maldad o para ponerlo a él en dificultades.

Ella sacudió la cabeza como si le hubiera leído el pensamiento.

—Y no, no lo digo sólo para molestarlo, aunque debo admitir que la idea resulta muy tentadora.

—Me creo cualquier cosa de usted —dijo él de mal humor. Tal vez la joven estuviera mintiendo. Estaba cien por cien seguro de que había perdido la cartera en esa tienda.

—¡Monsieur! —Apoyó las manos en las caderas—. Deje ya de acusarme. Ayer recogí toda la tienda... después de que usted saliera corriendo y tirara el expositor al suelo..., pero no encontré ninguna cartera. Debió de perderla en otro sitio. O tal vez se la hayan robado.

—No, no, es imposible... *Tiene* que estar aquí —insistió él—. La última vez que la saqué del bolsillo de la chaqueta estaba aquí, en la tienda..., cuando... cuando pagué el libro.

—¡Ah, sí..., el cuento del tigre! ¿También se lo han robado? Tiene usted muy mala suerte, monsieur. Puede que París no sea precisamente su ciudad. Tal vez debería regresar a Nueva York cuanto antes. —Rosalie retrocedió unos pasos y se situó detrás de la caja—. Pero..., por favor, puede echar un vistazo usted mismo si lo desea. —A continuación centró toda la atención en un cuaderno de cuadros en el que fingió escribir con gesto ofendido.

Robert miró a su alrededor e intentó recordar qué camino había seguido en su precipitada salida de la tienda. ¿Había dejado la cartera de piel marrón en la mesa de la caja registradora? Pero allí no estaba. ¿O la tenía en la mano cuando esa pequeña bestia lo había rodeado ladrando y él, del susto, había volcado el expositor de tarjetas? ¿Se le había caído la cartera de las manos y, con la agitación, no se había dado cuenta?

Buscó en cada rincón de la pequeña tienda, miró debajo de la gran mesa de madera oscura que estaba en el centro, inspeccionó la zona de la entrada y lanzó una mirada indagadora al escaparate. Pero la cartera seguía desaparecida.

Rosalie lo observaba aburrida. Recogió su largo pelo en un moño y se lo sujetó en la nuca con una sola horquilla.

—¿Y bien? —preguntó, y bostezó.

—Nada —respondió él, encogiendo los hombros.

—Puedo devolverle los treinta euros de más que pagó usted ayer —dijo ella, y él casi habría aceptado el ofrecimiento si no hubiera añadido—: No es mucho, pero bastan para un refresco y un par de *big macs*.

—Valoro su generosa propuesta, pero no —gruñó—. Prefiero morirme de hambre que aceptar dinero suyo.

—Bueno, como quiera. Entonces me temo que ya no puedo ayudarlo, monsieur Sherman.

—Bah, sería de gran ayuda que cerrara la boca un rato —replicó él—. Intento concentrarme.

—Encantador, encantador —siguió diciendo ella impasible—. Le haré ese favor con mucho gusto, monsieur. ¿Sabe?, tengo cosas mejores que hacer que hablar con usted. —Sonrió con aire triunfante—. Pero no va a encontrar aquí su cartera, *mal-heu-reuse-ment*.

Robert reflexionó. Al parecer, iba a tener que aceptar el ofrecimiento de su novia. No tenía un solo céntimo en el bolsillo. Y no era sólo en sentido figurado. Tenía que pensar un plan de emergencia. Rachel debía bloquear enseguida sus tarjetas y él tenía que ir al consulado a solicitar un pasaporte provisional. Estaba

viviendo la peor pesadilla de un turista. Sólo que a él no le habían robado.

—Curioso..., estoy absolutamente seguro... —murmuró para sí, y se mordisqueó los nudillos pensativo. Con la absurda esperanza de que se produjera un milagro, se quedó mirando el suelo negro y blanco.

Y el milagro ocurrió.

En la calle, alguien se bajó con energía de una bicicleta de carreras. Un tipo alto y deportista, vestido con pantalón corto y camiseta, se quitó el casco y abrió la puerta de la tienda.

Hasta entonces, Robert Sherman sólo había vivido un encadenamiento de circunstancias desafortunadas. Pero allí, en una tienda de postales de París en la que no estaba del todo por casualidad y tampoco del todo de forma voluntaria, vivió por primera vez en su vida un encadenamiento de hechos afortunado.

Afortunado fue, por ejemplo, que una clienta de un tal René Joubert, de profesión entrenador personal, tuviera que anular ese viernes su cita a causa de una migraña, gracias a lo cual el joven aparcaba su bicicleta delante de Luna Luna justo en el momento en que Robert se esforzaba en aprenderse el dibujo del suelo de memoria. Afortunado fue que el ciclista saludara a su novia con un cariñoso «*Alors, ça boume?* ¡Me han anulado una cita y he decidido pasarme por aquí! ¡Tengo algunas novedades!». Y más afortunado aún fue que (mientras Rosalie salía de detrás de la caja registradora para saludar a René) el pequeño perrito se viera en la obligación de levantarse de su cesta moviendo la cola y de subirse a las musculosas piernas del hombre de los *shorts* verdes.

Mientras René se agachaba a acariciar a *William Morris*, Robert y Rosalie miraron casi al mismo tiempo la cesta vacía del perrito, que, como se veía de forma muy clara, no estaba *del todo* vacía.

Se miraron desconcertados, se sonrieron con desgana, uno con una sensación de alivio infinito, la otra con gesto de culpabilidad, y luego curiosamente pronunciaron los dos la misma frase a la vez:

—¡Creo que le debo una disculpa!

14

Para su sorpresa, aquella misma tarde Rosalie Laurent paseaba en gran armonía con Robert Sherman por las Tullerías. Tras el descubrimiento de la cartera, que de forma inexplicable había aterrizado en la cesta del perrito, se había disculpado abochornada. Pero el norteamericano también había hecho lo mismo. Por su intolerable conducta. A continuación, se había hecho un incómodo silencio.

René, confuso, los miraba a los dos alternativamente. Entonces descubrió la relación entre la cartera y el desconocido de acento estadounidense.

—*Non!* —había gritado—. *C'est pas vrai!* ¿Es éste el psicópata?

Rosalie se puso roja como un tomate.

—Eh..., sí..., en cierto modo —tartamudeó—. Éste es Robert Sherman. —Le lanzó una rápida mirada al norteamericano, que parecía divertido con el apuro de ella—. Teníamos.... Teníamos que aclarar un asunto. Haré las presentaciones. Robert Sherman..., René Joubert.

—Me alegro de conocerlo —dijo Sherman muy amable.

René se estiró todo lo largo que era.

—Pues yo no comparto su alegría, *connard* —bramó. Dio un paso amenazante hacia el sorprendido Sherman, que era evidente que no conocía el significado de la palabra *connard*, y lo miró fijamente a los ojos—. Escúcheme bien porque sólo se lo voy a decir una vez: ¡si vuelve a molestar a mi novia, le rompo todos los huesos!

Sherman reaccionó sorprendentemente rápido. Una suave sonrisa adornó la comisura de sus labios.

—Ah, ¿éste es su novio? —le preguntó a Rosalie, quien durante un momento sólo deseaba que se la tragara la tierra—. ¿Qué es? ¿Vigilante de discoteca?

Y se escondió con habilidad detrás de uno de los expositores de tarjetas cuando René levantó el brazo. El golpe dio en el vacío, y el furioso René giró sobre sí mismo y le gritó al sonriente Sherman:

—¡Ven aquí, rata cobarde!

—¡René..., para! —Rosalie se interpuso entre ellos antes de que en su tienda empezara una pelea que podía acabar con más cosas por el suelo que un par de tarjetas.

Le costó mucho convencer a su exaltado novio de que ya no necesitaba que la defendieran y de que monsieur Sherman sólo había regresado para recuperar la cartera que había dejado olvidada en la tienda y que —de hecho, y sin duda alguna— estaba en la cesta del perro.

—Imagínate, *William Morris* estaba encima de ella; por eso no la encontrábamos —dijo riéndose para quitarle hierro al asunto.

René frunció el ceño y le lanzó una mirada desconfiada al norteamericano.

—¿Y eso? ¿Se trata de su cartera? Pensaba que se trataba de un libro. Me dijiste que ayer este loco te insultó y te amenazó sin parar. Que destrozó tu tienda y que por la noche montó tal escándalo en la calle que estuviste a punto de llamar a la policía, eso fue lo que dijiste.

Sherman levantó las cejas de forma expresiva. Rosalie se sintió incómoda bajo las miradas irritadas de los dos hombres. Tal vez hubiera exagerado un poco delante de René.

—Bueno..., o sea..., a lo mejor «amenazar» es un poco exagerado —dijo al final—. En cualquier caso, ayer tampoco me daba precisamente la impresión de que usted estuviera aquí en misión de paz, monsieur Sherman.

—Es posible que me excediera un poco —admitió Sherman—. Ayer todo me salía mal..., el día fue más que horrible. Aunque, en lo que respecta a la autoría del libro infantil, tengo toda la razón, y cuando conozca toda la historia entenderá por qué.

Rosalie carraspeó.

—Bueno, estoy impaciente. —Pensó en su llamada telefónica a Max Marchais—. Yo también tengo algo que decirle al respecto. Deberíamos hablar de este asunto con calma. Tal vez no aquí, en la tienda, donde puede entrar un cliente en cualquier momento.

Por último, acordaron encontrarse por la tarde en el café Marly.

—Ahora que he recuperado mi cartera —añadió Sherman, a quien el alivio por el inesperado hallazgo había puesto de buen humor—, podremos continuar nuestra conversación durante una cena civilizada. Su novio también está cordialmente invitado, por supuesto, así podrá convencerse personalmente de que no voy a tocarle un solo pelo.

Hacia las nueve estaban sentados bajo los arcos de Le Café Marly pidiendo su consumición... sin René, que esa tarde había quedado con un amigo. «En mi opinión, parece bastante normal», había dicho René después de que Sherman abandonara la tienda.

Eso le parecía también a Rosalie cuando ahora observaba con disimulo al norteamericano mientras disfrutaba de la vista del Louvre y la pirámide de cristal iluminada.

—No existía cuando vine por primera vez a París —dijo él—. Pero de eso hace mucho tiempo. Yo entonces era un niño, y todo lo que recuerdo del Louvre es la *Mona Lisa* con su curiosa sonrisa. ¿Sabía usted que su mirada te sigue por todos lados? Eso me impresionó mucho. —Cortó un trozo de su *club sandwich*, y Rosalie intentó imaginarse a Robert Sherman como un niño pequeño.

—¿Cómo es que habla usted tan bien francés? —le preguntó—. Pensaba que los norteamericanos no suelen aprender otros idiomas porque piensan que con su inglés pueden valerse en todo el mundo.

—Curioso, lo mismo he oído yo de los franceses —replicó él, y la ironía de su voz no podía pasar inadvertida—. Se niegan a hablar otra cosa que no sea su lengua materna, he oído decir. Aunque por pura estrechez de miras..., no porque su idioma sea una lengua universal. —Sonrió.

—No vamos a empezar a discutir otra vez, monsieur Sherman, ¿verdad? —Rosalie pinchó un trozo de pollo en salsa de vino tinto—. Bueno, ¿cuál es el motivo? ¿O es un secreto?

Él se rio.

—No, no, en mi vida no hay ningún secreto. Tiene un trasfondo bastante aburrido, me temo. Mi madre quería que yo aprendiera el idioma a toda costa porque su familia procedía de Francia. Hablaba en francés conmigo cuando yo era pequeño. Admito que a mí no se me habría ocurrido semejante idea: entonces el idioma me resultaba..., bueno..., cómo lo diría..., de algún modo, poco masculino..., quiero decir, para un auténtico estadounidense.

—¡Me lo temía! —Rosalie se enderezó en su silla—. Ya veo que sus prejuicios vienen de muy lejos. Pero puedo asegurarle que la lengua francesa no es poco masculina, como tampoco los hombres franceses.

—Me alegro mucho por usted, mademoiselle Laurent. Supongo que habla por propia experiencia. —Sus ojos centellearon.

—No sea descarado, monsieur Sherman. Mi vida privada no le importa a usted en absoluto. Por lo demás, yo también me alegro mucho por usted.

—¿De qué? ¿De que los hombres franceses sean tan masculinos?

—No, de que su madre lograra imponerse. Parece una mujer muy inteligente.

—Bueno... —Robert cogió la copa de vino y la observó pensativo durante un rato—. Inteligente..., sí, seguro que lo era, mi madre. —Bajó la mirada—. Por desgracia, ya no está aquí. Murió hace unos meses.

—¡Oh! —exclamó Rosalie afectada—. Lo siento mucho.

—Está bien... —Él asintió un par de veces y dejó la copa de golpe. Se veía que la herida no estaba todavía cerrada—. Bueno, en cualquier caso, hoy me alegro de que ella insistiera tanto. Y no sólo porque eso me facilite la estancia en su bonita ciudad.

Cuando mencionó la plaza como profesor invitado que le habían ofrecido, Rosalie apenas pudo disimular su sorpresa.

—¿Especialista en Shakespeare? Bueno, me parece que la profesión de abogado es perfecta para usted —dijo.

—¿Por qué? ¿Porque he defendido mis derechos?

—No, porque es usted muy peleón —contestó ella, y masticó satisfecha el pollo.

—Y usted es al menos tan respondona como la Catalina de Shakespeare.

Rosalie tragó el bocado. La Catalina de Shakespeare no le decía nada.

—Ajá. Y ¿eso es bueno o malo? —preguntó.

—¿No ha oído hablar de *The Taming of the Shrew*? *La fierecilla domada* —añadió él, y sonrió.

—Claro que he oído hablar de ella —replicó Rosalie—. Pero no conozco los detalles.

—Alguna vez le dejaré el libro para que lo lea, así podrá decidir por sí misma —dijo él—. Apuesto lo que sea a que Catalina le gustará.

Sonrió como si hubiera hecho un buen chiste, luego la miró y se puso serio.

—Bien, mademoiselle Laurent, tenemos algo que aclarar. ¿Quién empieza?

Rosalie dejó los cubiertos a un lado y se limpió la boca con la servilleta.

—*Bon*. En ese caso, empezaré yo —dijo—. Su extraña acusación me dejó intranquila, y esta mañana he llamado a Max Marchais...

—¿Y? —Sherman se inclinó hacia adelante.

El color de su camisa combinaba a la perfección con sus ojos azules, pensó Rosalie. Apartó la idea y sacudió la cabeza.

—Es lo que yo pensaba —prosiguió—. Marchais me ha asegurado que se ha inventado la historia. Es más, le cito: «palabra por palabra». Para confirmarlo, le he preguntado incluso si no existe tal vez un cuento, alguna fuente en la que esté basada su historia, pero no es el caso. Se ha irritado mucho cuando le he contado lo de la demanda por plagio. Y el apellido Sherman no le dice nada en absoluto. Es la historia de Marchais, y yo lo creo, diga usted lo que diga.

—Pero, mademoiselle Laurent, no puede ser.

—¡¿Por qué?! No irá a decirme en serio que usted escribió ese cuento... ¿Con cinco años?

—No he dicho que yo sea el autor —respondió Sherman sorprendido—. Sólo he dicho que es imposible que sea de ese tal Marchais.

—¿Qué lo hace estar tan seguro? —Rosalie puso los codos en el mantel blanco, cruzó las manos, apoyó encima la barbilla y lo miró con gesto interrogante—. No será porque es usted un gran experto en Shakespeare...

—Está bien. —Sherman apartó su plato a un lado—. Entonces le contaré mi versión de la historia.

Robert Sherman estuvo mucho tiempo hablando. No omitió ningún detalle. Ni el hecho de que el cuento del tigre azul fuera su favorito cuando era un niño, ni que su madre le había dicho que no existía en forma de libro. Cuando habló de su fallecimiento y de que, en su último segundo de vida, había mencionado una escena de *El tigre azul* sin que él entonces fuera consciente de ello, los ojos de Rosalie se pusieron negros como la tinta. Y cuando le contó con voz quebrada cómo había descubierto el manuscrito entre las cosas de su madre (con la dedicatoria y esa última despedida escrita a mano), ella no pudo evitar que las lágrimas inundaran sus ojos.

Escuchó sus palabras muy afectada. ¡Qué historia tan triste! Pero cuánto amor encerraba. Cuando Sherman mencionó la dedicatoria, ella cayó en la cuenta de que el nombre de él también empezaba por «R». Rosalie... Robert... Curioso.

—Bueno, yo pensaba que la «R» se refería a mí —dijo cohibida —. Pero tal como usted lo cuenta, eso es casi imposible...

Sherman la observó sorprendido antes de seguir hablando.

—No, no puede ser, la «R» es de Robert. Mi madre adjuntó esa hoja al manuscrito, en el que queda todo muy claro.

Rosalie lo escuchaba en silencio mientras intentaba controlar su confusión. Ella había partido de la base de que el «*Para R.*» del libro

estaba dedicado a ella, y Max Marchais no lo había negado. Aun así, ya no estaba segura del todo.

Intentó recordar el momento en que le había dado las gracias a Marchais por la dedicatoria. ¿Qué había dicho él entonces exactamente? Pensó, y entonces se acordó: «Simplemente no diga nada».

Ella había interpretado que él no quería darle demasiada importancia, pero tal vez se sintió incómodo cuando Rosalie descubrió la «R» y pensó que se refería a ella. La evidente turbación del hombre mayor la había emocionado porque pensó que su viejo corazón latía un poco más fuerte por ella y tal vez él se avergonzaba, aunque no había ningún motivo para ello. Nunca hay que avergonzarse del amor. Pero ahora se preguntaba si no podía haber otro motivo para la extraña reacción del escritor. ¿Que ella lo había pillado mintiendo, por ejemplo?

Rosalie jugueteó pensativa con su copa de vino. Si el norteamericano decía la verdad —y no veía motivo alguno para ponerlo en duda—, existía un viejo manuscrito que su madre le había dejado tras su muerte. Con un cuento que ella había inventado para su hijo.

¡Pobre Sherman! Por eso se había quedado tan confundido cuando había descubierto el libro en su escaparate. Tan dolido y furioso cuando encontró *su* cuento entre las demás cubiertas de libros.

Cuando Sherman terminó de hablar, el Marly estaba ya bastante vacío. Sólo quedaban algunos clientes, en mesas aisladas, conversando en voz baja. Rosalie guardó silencio un instante y dejó que las últimas palabras del profesor de literatura resonaran en su interior. Lo que acababa de oír hacía que se sintiera avergonzada. Creía al hombre que estaba sentado frente a ella y que de pronto le resultó simpático. Pero también creía a Max Marchais, cuya indignación había sido sincera. Todo aquello era muy extraño.

¿Y si los dos tenían razón? ¿Y si existían dos verdades?, pensó de pronto.

—¿Qué ocurre? No me diga que se ha quedado sin habla. —Sherman la miró con atención.

Rosalie sonrió pensativa y levantó la mirada.

—Sí —dijo—. Imagine: eso es justo lo que me ha pasado.

—¿Me ayudará, a pesar de todo, a descubrir la verdad? —Le cogió la mano de forma instintiva.

Ella asintió.

—Creo que la clave de todo este asunto está en el manuscrito. ¿Cree que podría traerlo?

Cuando salieron de Le Café Marly, ya había oscurecido. La pirámide del Louvre brillaba en la noche como una misteriosa nave espacial que hubiera aterrizado en París.

Poco después de las doce, Rosalie se metió en la cama. René murmuró un soñoliento «*Bonne nuit*» cuando ella se acurrucó a su lado y siguió durmiendo.

Y en el cuaderno azul había la siguiente anotación:

El peor momento del día:

René llama cabrón al norteamericano y casi inicia una pelea. ¡Suerte que no había ningún cliente en la tienda! Ha sido un día de momentos desagradables: primero, ese Sherman encuentra su cartera en la cesta de mi perro, aunque yo le había asegurado que no estaba allí, y luego René pregunta a voz en grito si él era el «psicópata».

El mejor momento del día:

René está invitado a un curso en San Diego con Zack Whiteman, que ha trabajado con el famoso gurú del *fitness* Jack LaLanne. Ni idea de quién es, pero parece algo muy especial, René está entusiasmado. El curso dura cuatro semanas y René me ha cogido en brazos y me ha preguntado si cogeremos una casa juntos cuando vuelva. ¡Nunca me lo había preguntado!

P. D. Otro momento extrañamente bonito en Le Café Marly:

Sherman me pregunta si quiero ayudarlo a descubrir la verdad sobre el manuscrito del tigre y me coge la mano. La pirámide de cristal brilla y todo resulta muy irreal. Naturalmente, he aceptado, y de pronto he tenido la sensación de que es una buena persona. En realidad no está tan loco ese norteamericano. Aunque su idea de los franceses es descabellada. Me ha emocionado la historia de su madre.

15

En medio de la noche sonó el teléfono móvil. Adormilado, Robert Sherman palpó en la mesilla y se acercó el aparato a la oreja. Curiosamente había contado con que sería Rosalie Laurent, y por eso se sorprendió al oír una voz que al principio le resultó por completo desconocida.

—Soy yo —dijo la voz.

—¿Quién es, por favor?

—¿Es que ya no reconoces a tu novia? —preguntó Rachel con tono mordaz.

—¡Rachel! —Se llevó la mano a la frente y suspiró—. *Sorry*. Estaba durmiendo. Aquí son... —lanzó una mirada a su pequeño despertador de viaje Braun—, aquí es la una y cuarto. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamas a estas horas?

—Llevo todo el día intentando hablar contigo, querido, pero no contestas al teléfono. —Robert oyó un ruido en la línea. Ella parecía esperar una explicación.

—Disculpa, me he quedado sin batería. Con todo el jaleo, no me he dado cuenta. Pero ahora ya está cargada.

—Bueno, gracias a Dios. —Sonaba un poco más amable—. Estaba preocupada, Robert. ¿Qué ha pasado con tu cartera? ¿Recibiste mi SMS? ¿Te mando dinero? Ya he hablado con el banco. —Así era Rachel. Eficiente, como siempre.

—Ah, bueno..., sí..., esto... —Se volvió en la cama—. Sí, sí, recibí el mensaje, gracias. Pero he recuperado la cartera esta mañana. Imagínate, me la dejé en una tienda, estuve ayer por la tarde, pero la propietaria no quería dejarme entrar. —Curiosamente, ahora le daban ganas de reír.

—Y ¿no me lo has dicho? —Oyó cómo Rachel soltaba un pequeño gruñido de enfado.

—Lo siento, *darling*, con todo este lío se me ha olvidado por completo —dijo con voz apocada.

—¿Lío? ¿Qué lío? Creía que ya habías encontrado la cartera. En cualquier caso, desde entonces ha pasado ya un día entero, según mi punto de vista.

—Ah, no se trata sólo de la cartera. No sabes lo que está pasando aquí, Rachel.

—¿Qué está pasando? A decir verdad, no entendí la mitad de tu mensaje de ayer. ¿Por qué está París lleno de enigmas? Y ¿qué pasa con esa bruja francesa?

Robert se sentó en la cama suspirando. Le debía una explicación a Rachel. Al resumir los acontecimientos del día anterior, le sorprendió darse cuenta de que sólo llevaba dos días en París.

—¿Puedes imaginarte el *shock* que me dio al ver el cuento del tigre azul en esa papelería de la rue du Dragon? —concluyó.

—¿Un *shock*? —repitió ella dubitativa—. Creo que exageras un poco, Robert. No se trata de un asunto de vida o muerte.

—Será para ti. Tengo que descubrir como sea qué se esconde detrás, y Rosalie Laurent me ha prometido que me ayudará. Lo curioso..., ella está totalmente convencida de que el autor del cuento se lo dedicó *a ella*. Por haber hecho las ilustraciones. Y luego está el «Para R.». En el libro sólo pone «Para R.». Pero, naturalmente, esa «R» es de Robert. ¿Entiendes? —dijo con insistencia.

—¿Quién sabe?, también podría ser la «R» de Rachel —opinó Rachel, que no parecía compartir la emoción de él.

—No te burles de todo este asunto. Si ese Marchais me ha robado la historia, lo denunciaré.

Rachel suspiró.

—¡Dios mío, Robert! ¡No te pongas así! Pensaba que podía haberte pasado quién sabe qué. No debes alterarte tanto por una vieja historia. —Rio aliviada y también con cierto gesto de reproche —. Creía que habías ido a París para tomar decisiones importantes.

A él le molestó un poco la indiferencia con que ella trataba todo el asunto. Como si él fuera un niño pequeño al que le hubieran

arrebatado su pala.

—No, para mí todo esto es importante —replicó un tanto dolido —. Bastante importante, incluso. Aunque tú no lo entiendas, como es evidente.

—*Come on*, no te mosquees, Robert —oyó que decía ella—. No era ésa mi intención. Seguro que enseguida se aclara todo. Y si no... ¡Dios mío! Normalmente no sale nada bueno cuando se hurga en viejas historias. —Se echó a reír.

Justo eso era lo que iba a hacer, decidió Robert para sus adentros. Hurgar en viejas historias.

—¿Puedes hacerme un favor, Rachel? —preguntó.

—Claro —respondió ella.

—Envíame el manuscrito de mi madre. Está todavía en el sobre del notario. Lo encontrarás en mi escritorio, en el cajón de abajo. ¿Lo harías por mí? Mejor mañana temprano y por vía urgente.

Le indicó la dirección exacta del hotel y le dio las gracias por adelantado.

—Ningún problema —dijo Rachel—. El manuscrito saldrá mañana.

Luego le deseó buenas noches, pero antes de dar la conversación por finalizada, le preguntó de golpe:

—Y ¿qué pasa con esa bruja francesa que has conocido?

—Ah, Rosalie Laurent, ya te he hablado de ella. Es la propietaria de la papelería donde encontré el libro y volqué el expositor de postales. Pero en realidad —reflexionó en voz alta—, no es tan horrible.

«En realidad es muy simpática —pensó antes de que se le volvieran a cerrar los ojos y se sumergiera en un profundo sueño—. Aunque no sepa nada de Shakespeare.»

16

La mujer que no sabía nada de Shakespeare, en contra de su costumbre, había madrugado aquel día. Era lunes, su día libre, y Rosalie tenía la sensación de que debía dar un largo paseo con *William Morris* para ordenar un poco sus ideas. Caminó en dirección a la place Saint-Sulpice, dejó a la izquierda la iglesia con sus torres cuadradas blancas y avanzó por la rue Bonaparte, cuyas tiendas estaban todavía cerradas, hasta que llegó por fin a los jardines de Luxemburgo.

La asaltó el olor de un jardín de verano. Las flores y el verde de los árboles difundían un suave olor en el que se mezclaban también el polvo de los senderos y la humedad de la mañana. Dos corredores solitarios pasaron de largo por los caminos exteriores, llevaban pequeños auriculares cuyos delgados cables blancos desaparecían en sus camisetas. Rosalie tomó uno de los muchos caminos sin pensarlo demasiado. El amplio paseo por el que avanzó estaba todavía desierto. Los rayos del sol atravesaban las hojas brillantes de los árboles, iluminando el camino de tierra que crujía agradablemente bajo sus pies y pasaba por delante de los bancos de hierro de color verde oscuro que se alineaban a ambos lados bajo los árboles e invitaban a descansar.

Se cercioró de estar en la parte del parque donde está permitido llevar a los perros sin correa, y luego soltó a *William Morris*, que salió corriendo antes de detenerse a olisquear el tronco de un árbol.

René se había marchado a su casa por la mañana temprano. Cuando, unos días antes, le había hablado de su invitación al curso de Zack Whiteman con los ojos brillantes, ella no había caído en la cuenta de que él volaría a San Diego tan pronto. Pero René había conseguido esa ansiada plaza sólo porque un amigo del club de

fitness había tenido que renunciar al curso y había dejado un hueco libre. Había que aceptar o dejar pasar la oportunidad. René se marcharía al cabo de pocos días, y antes tenía cosas que arreglar. «¡Ha sido un golpe de suerte! —había dicho—. Whiteman es el gurú del *fitness*.» Rosalie había asentido algo distraída. Para ser sincera, desde la noche con Robert Sherman no estaba muy centrada.

—¿No es todo muy extraño? Me pregunto qué se esconde detrás —le dijo a René cuando, a la mañana siguiente, le habló de su conversación con el norteamericano.

—¿Por qué te rompes la cabeza con los asuntos de los demás? —le había preguntado él. Estaban sentados en la pequeña terraza del tejado desayunando juntos—. No me malinterpretes, Rosalie, pero en realidad tú sólo has hecho las ilustraciones. Aunque resulte que Marchais ha plagiado la historia, tú no tienes la culpa. ¿Qué más te da? Deja que ese profesor de literatura chiflado lo descubra por sí solo.

—En primer lugar, no está tan chiflado como yo pensaba..., su historia suena bastante creíble..., y en segundo lugar, también es un poco *mi* libro —replicó Rosalie—. Además, no quiero que Max Marchais se vea en apuros.

—Bueno, si todo está en orden, tu admirado escritor no va a tener ningún tipo de problema. ¿Por qué no le has dado a ese Sherman el número de teléfono de Marchais? Quiero decir, eso habría sido lo más sencillo. Ambos son hombres adultos, que aclaren entre ellos quién denuncia a quién.

René dio un gran trago de su zumo de zanahorias, manzana y jengibre y se limpió luego la boca. Para él no representaba ningún problema todo ese asunto.

—Ya, escucha, no puedo dar el número de teléfono de un autor así como así —contestó Rosalie sonriendo apurada—. Además..., conociendo a Max, seguro que cuelga en cuanto oiga quién está al otro lado. La última vez que hablé con él por teléfono estaba tan alterado que dijo que esperaba no tener que ver nunca a ese sinvergüenza. —Bebió un poco de su café con leche y sacudió pensativa la cabeza—. No, no. No me parece buena idea que los dos

hablen directamente. Podría ser la hecatombe. Además, el asunto empieza a interesarme. Aunque lo encuentro un poco inquietante.

Vio ante sí dos ojos color azur que la miraban interrogantes y no quiso pensar en qué era lo realmente inquietante en toda esa misteriosa historia.

—Le he prometido a Sherman que lo ayudaría a descubrir la verdad —dijo, y pensó en la mano del norteamericano, que se había posado en la suya durante un segundo—. Lo mejor será que vuelva a llamar a Max. No puedo imaginar que mienta, aunque tengo la sensación de que me oculta algo. Pero ¿qué?

Sumida en sus pensamientos, Rosalie llegó al gran estanque que, en el centro del parque, brillaba al sol delante del palacio. Se sentó en una de las sillas metálicas y observó un velero que un niño manejaba por el agua con su mando. Estaba al otro lado del estanque, con su padre, y gritó de alegría cuando el barquito de velas blancas describió una gran curva a la derecha.

¡Qué fácil era la vida cuando se era niño! Y ¿cómo podía convertirse luego una vida tan sencilla en algo tan complicado? ¿Eran las medias verdades, esas frases no pronunciadas, todos los sentimientos ocultos y todas las cosas que uno se reservaba para sí los que enturbiaban la maravillosa claridad de la infancia porque en algún momento se descubría que en la vida no existe sólo una única verdad?

Cuando Rosalie observó el rostro ingenuo del niño, en cuyos gestos despreocupados podía leerse cada una de sus emociones, casi sintió un poco de envidia.

William Morris se había acercado a la silla y ella lo sujetó de nuevo con la correa. El perrito se sentó delante de ella y la contempló con la lengua colgando y una mirada sumisa. Rosalie acarició su suave pelo pensando en sus cosas, sin perder de vista el pequeño velero.

¿Le había dicho a René toda la verdad? ¿Era el hecho de que ella era la ilustradora del libro y le preocupaba la reputación de Max

Marchais realmente el único motivo de su gran interés por toda aquella historia, que parecía atraerla como un imán? ¿Decía Robert Sherman la verdad? ¿Encontrarían alguna pista en el misterioso manuscrito, que debía ser la prueba de la veracidad de sus palabras? ¿Se podía ser sincero y, a pesar de todo, no decir la verdad?

Y ¿qué pasaba con Max, que defendía su autoría de forma tan vehemente? ¿Era él quien mentía?

Durante la cena en el Marly, Sherman había señalado, no sin razón, que hacía algunos años que el autor no escribía un libro. ¿Tal vez porque se le habían acabado las ideas? ¿Podía ser que Marchais hubiera recurrido a un viejo relato que posiblemente ni siquiera era suyo?

Y ¿a quién hacía referencia la dedicatoria del libro?

Durante todo el fin de semana, Rosalie había intentado localizar a Max para hacerle esa importante pregunta. Pero él no había contestado al teléfono. Ni al fijo, ni al móvil. Le había dejado en este último un mensaje pidiéndole que la llamara, diciendo incluso que era urgente, pero él no le había devuelto la llamada.

Esa misma mañana del lunes había probado temprano en Le Vésinet. Esperó varias veces hasta que la señal se convirtió en un insistente tono de línea ocupada. Marchais ni siquiera había activado el contestador automático, como hacía siempre que salía de casa.

Al escritor parecía habérselo tragado la tierra, y a Rosalie la asaltó una extraña sensación. Le habría gustado poder ir a Le Vésinet en persona a ver si todo estaba en orden. Pero precisamente ese día iban a ir a mediodía a la tienda tres aspirantes al puesto de ayudante que ella había anunciado en un cartel.

Hacía años que Max Marchais no salía de viaje, y si hubiera tenido previsto marcharse, seguro que lo habría mencionado. Rosalie recordó su conversación telefónica de unos días antes, cuando ella le hizo las incómodas preguntas, y lo tajante y enojado que se había mostrado el viejo escritor al final.

¿Se habría enfadado con ella? ¿Por eso no contestaba al teléfono? ¿O tenían las acusaciones del norteamericano, de las que ella le había hablado, algo que ver con su desaparición?

Rosalie se echó hacia adelante, cogió una piedrecita del suelo y la lanzó al agua. La piedra se hundió en la plateada superficie, que reflejaba la luz como un espejo impenetrable, y marcó un punto central a partir del cual surgieron pequeñas olas en círculos concéntricos que al final chocaban contra el borde del estanque. «Causa y efecto», pensó Rosalie de pronto.

Toda mentira tenía sus consecuencias, creaba sus círculos, provocaba olas. Y en algún momento llegaban sus efectos a la orilla. Aunque la mentira fuera tan pequeña como una piedrecita.

La intranquilidad que invadió a Rosalie y que transmitió incluso a *William Morris*, que en la tienda no paraba de cruzarse en su camino hasta que finalmente lo desterró arriba, no la abandonó ya en todo el día.

Hizo sus compras distraída, ordenó algún material de oficina y entrevistó a las tres aspirantes: la guapa y eterna mascadora de chicle mademoiselle Giry, la misántropa madame Favrier, que no sonrió una sola vez durante toda la conversación y se quejó de la horrible gente que había en el metro, y la encantadora madame Morel, que fue la última en presentarse. A Rosalie no le resultó difícil decidirse. Eligió a Claudine Morel, que le resultó simpática desde el primer momento. Una mujer algo corpulenta, a comienzos de los cincuenta, con el pelo castaño a la altura de los hombros, bonitas manos grandes y pecas doradas en los brazos. Tenía dos hijos casi adultos y antes había trabajado en una pequeña librería que hacía tiempo que había cerrado. Claudine Morel buscaba trabajo para tres tardes a la semana, y acordaron que empezaría en Luna Luna a la semana siguiente.

Una vez se hubo marchado, Rosalie probó varias veces a hablar con Max en vano. Pensó incluso en llamar a JeanPaul Montsignac. Tal vez él supiera algo sobre el paradero de su autor. Ya tenía la tarjeta de visita del editor en la mano cuando se dio cuenta de que su búsqueda de Marchais podía llevar quizá a incómodas preguntas cuya respuesta veraz podía arrojar una luz negativa sobre el autor.

No, no era buena idea involucrar a nadie más. Debía hablar antes con Max. Era su amigo y se lo debía. Vacilante, volvió a guardar la tarjeta de visita.

Aquella tarde sonó tres veces el teléfono. Y las tres veces Rosalie se abalanzó sobre él con la esperanza de oír la voz de Max Marchais. Pero el escritor se había refugiado en el silencio.

La primera vez era Robert Sherman, que quería contarle que el manuscrito ya estaba en camino y que llegaría a París en los próximos días. La segunda vez era René, quien, con voz lastimera, le comunicó que aquella noche por desgracia no podría ir a su casa porque tenía que organizar su plan de sustituciones en el club y se le iba a hacer tarde.

—¡Entonces nos vemos mañana, *chérie*! Por la mañana tengo una cita en la place Saint-Sulpice y después puedo pasarme a verte.

Cuando sonó el teléfono por tercera vez, Rosalie ya se había puesto su camisón blanco de algodón y sin mangas. Era poco antes de las diez, y arriba, en la pequeña vivienda, se acumulaba el calor del día.

Rosalie había abierto todas las ventanas y había salido al tejado para sentarse con un cigarrillo en su sitio favorito.

—Como sea *maman*... —murmuró con un suspiro mientras se ponía en pie de un salto, apagaba el cigarrillo y entraba de nuevo en la vivienda.

Las diez de la noche era la hora preferida para llamar por teléfono de su madre, que durante el día estaba demasiado ocupada para hacerlo.

—¿Sí? —Rosalie cogió el auricular y esperó.

Pero no era su madre. Era Max Marchais, quien, con una voz extrañamente opaca, se disculpaba por molestarla tan tarde.

Lo que le contó a continuación era tan increíble que Rosalie tuvo que sentarse en la cama.

—¡Vaya, Dios mío! —tartamudeó—. Eso es terrible. Sí..., sí..., claro que iré. Iré mañana temprano.

Tras la llamada telefónica, que en pocos minutos había finalizado, Rosalie estuvo un rato sentada en la cama con el corazón acelerado antes de sacar su cuaderno de notas azul.

El peor momento del día:

Max acaba de llamar. Ha tenido un accidente y lleva tres días en el hospital.

Fractura del cuello del fémur, operación. Al parecer se cayó de una escalera y pasaron varias horas antes de que el jardinero se lo encontrara tirado en el suelo. ¿Tiene que seguir a su edad subiéndose a los árboles para recoger las cerezas? Ha tenido mucha suerte, le han dicho los médicos.

El mejor momento del día:

Por la mañana, un niño me ha sonreído en los jardines de Luxemburgo.

17

En el fondo, la culpa de todo la tenía Blaise Pascal.

Si el viernes Max Marchais no hubiera cogido el libro de la estantería y luego (huyendo de madame Bonnier) no se hubiera sentado a leerlo en el jardín bajo los árboles (importunado sólo por el lejano sonido de la aspiradora y una llamada telefónica de mademoiselle Rosalie bastante extraña), entonces, después del agradable rato que había pasado leyendo, no habría tenido que volver a ponerlo en el estante más alto de la biblioteca. Y si los *Pensées* no hubieran ocupado un sitio tan elevado en la estantería, Max no habría tenido que subirse a la escalera.

Una inocente escalera de madera que, apoyada contra la estantería que llegaba hasta el techo, podía desplazarse hacia los lados mediante unas ruedecitas y permitía alcanzar casi sin esfuerzo cualquier libro por muy alto que estuviera.

Por desgracia, el libro de Blaise Pascal estaba muy arriba. O, mejor dicho, *antes* estaba muy arriba.

El sábado, Max había leído las últimas páginas mientras desayunaba tranquilamente en la terraza y, poco después, ordenado como era (madame Bonnier tenía una imagen equivocada de él), se encontraba delante de la estantería, con sus pantuflas de piel, subido al tercer peldaño de la escalera. Su pelo plateado casi rozaba el techo. Cuando se inclinó un poco a la derecha para colocar el libro en el hueco que le correspondía entre los filósofos, el maldito Blaise Pascal se le escurrió de las manos. Al intentar impedir la inevitable caída de su magnífico ejemplar de edición original (para él, las páginas con las esquinas dobladas eran una atrocidad, por eso no le gustaba prestar sus libros), Max se apoyó en el vacío. Debido al golpe imprevisto, la escalera sin fijar rodó hacia un lado y el enorme

hombre con chaqueta de punto azul y pantalón de fina lona perdió el equilibrio, el pie se le escurrió de la pantufla izquierda, intentó agarrarse (en vano) al borde la escalera, su mano volvió a encontrar el vacío y él aterrizó en el suelo de parquet pocos segundos después que Blaise Pascal.

Cayó sobre la espalda, y en un primer momento se quedó sin respiración debido al golpe. Si el suelo hubiera sido de piedra, tal vez se habría quedado sin respiración para siempre. Pero se quedó mirando hacia arriba, intentó inspirar y le entró el pánico cuando comprobó que sus costillas no querían abrirse y sus pulmones rechazaban el oxígeno.

Un horrible dolor se extendió desde la cadera por toda su pierna derecha, y la cabeza empezó a zumbarle como si en su cráneo las campanas de Notre-Dame tocaran al último rezo.

«Al menos, moriré rodeado de libros», pensó Max antes de caer en un clemente desmayo.

Cuando volvió en sí, la luz parecía entrar por otra parte de la habitación, pero no estaba seguro del todo. Podían haber pasado tres horas o sólo un cuarto de hora, no podría haberlo dicho. Por desgracia, su reloj estaba en el cuarto de baño. Y él seguía tumbado de espaldas como un indefenso escarabajo, y cualquier movimiento, por suave que fuera, le provocaba dolor.

El teléfono sonó varias veces, pero le resultaba imposible cubrir la distancia de pocos metros que lo separaba de su escritorio. El dolor era tan fuerte que se le nublaba la vista en cuanto intentaba levantarse. Algo más tarde oyó también el agudo timbre de su móvil, que siempre lo hacía pensar en la película *Crimen perfecto* de Hitchcock. Ahora le habría venido bien el maldito cacharro, pero justo en ese momento estaba en el bolsillo de su abrigo de verano, que se hallaba colgado en la entrada.

Soltó un gemido. Con un poco de suerte, el abrigo podría haber estado en el sitio donde lo había dejado el día anterior cuando se lo quitó, en el respaldo del sofá, a un palmo de él. Pero, por desgracia,

la ordenada Marie-Hélène se lo había llevado por la tarde (antes de despedirse para irse de vacaciones) y lo había colgado en el armario. ¡Era desesperante!

Cuando el teléfono fijo sonó por enésima vez, Max intentó rodar sobre su cuerpo y avanzar un poco por el parquet en dirección al escritorio. Volvió a sentir el dolor punzante y respiró hondo. Seguro que se había roto algo, la pierna le colgaba extrañamente girada desde la cadera.

Una vieja mansión en Le Vésinet era el sueño de muchas personas. Pero cuando se vivía solo y pasaba algo, una casa así podía convertirse en una trampa mortal. Los jardines eran grandes y las casas estaban aisladas. Las posibilidades de oír a un vecino eran escasas, a no ser que éste tocara la trompeta o el saxofón, lo que Max no hacía y en ese preciso momento tampoco podría haber hecho, aunque hubiera dominado uno de esos instrumentos.

Marie-Hélène regresaría dentro de diez días, le extrañaría que la comida preparada estuviera sin tocar, y finalmente encontraría su cuerpo descompuesto delante de la estantería.

Probablemente, lo primero que diría sería que no es bueno que un hombre se quede solo en casa.

Cuando algo más tarde sonó el timbre de la puerta, Max Marchais pensó, contra toda razón, que la asistenta había vuelto para salvar a su «monsieur Proust». La necesitaba allí más que nunca en su vida.

Pero no giró ninguna llave en la cerradura, ninguna voz profunda gritó: «¿Monsieur Marchais? ¿Está usted ahí?».

Max se incorporó y chilló con todas sus fuerzas pidiendo ayuda, pero era evidente que nadie lo oía. Entonces se percató de que, cuando alguien llamaba al timbre, no lo hacía directamente en la puerta de casa, sino en la valla del jardín delantero, que no era lo que se decía pequeño. La puerta de hierro forjado de altura media podía abrirse con relativa facilidad si se metía la mano entre los barrotes y se movía la manija desde dentro, pero ¿quién lo sabía?

«Vaya —pensó Max con cierto fatalismo—. Ahora sólo puede salvarme un intruso.»

El sol estaba ya muy bajo y los mosquitos danzaban delante de la gran ventana del salón, que se encontraba un poco abierta, cuando de pronto Max oyó el ruido de un cortacésped. Giró la cabeza en dirección a la ventana y miró hacia el jardín.

Un hombre con un mono de trabajo verde lo recorría de un lado a otro empujando la máquina. Max no se había alegrado nunca tanto de ver a su jardinero. Sebastián (un costarricense que hacía todos los honores a un estudio que aseguraba que las personas de Costa Rica son las más felices del mundo) tenía su propia llave de la puerta trasera del jardín y del cobertizo del fondo, donde guardaba sus utensilios. Entre otros, también el cortacésped.

Max se había negado durante años a comprar un cortacésped eléctrico. No era por racanería, Marchais siempre había sido un tipo muy generoso, incluso en los tiempos en que apenas tenía dinero y salía adelante como periodista *freelance*. Era porque le gustaba el olor y el fuerte traqueteo del motor de gasolina. Le recordaba a su infancia en el campo, cerca de Montpellier, donde cada sábado el encendido del motor del cortacésped por parte de su padre, entre maldiciones, y el bullicio general marcaban el comienzo del fin de semana.

Ahí se podía ver que la nostalgia no llevaba a ninguna parte; al contrario, en algunos casos podía ser incluso una amenaza para la propia vida. Ahora él estaba tirado en el parquet, gritando contra el fuerte alboroto que se acercaba y se alejaba de forma rítmica, mientras el aire de la tarde empezaba a llenarse del olor de la hierba recién cortada.

Y entonces, de golpe, se hizo el silencio.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó Max lo más fuerte que pudo en dirección a la ventana—. ¡Estoy aquí..., aquí, en la biblioteca!

Se dislocó el cuello y vio cómo Sebastián miraba desconcertado hacia la casa. El jardinero se aproximó vacilante y lanzó una mirada de asombro a la mesa de la terraza, donde todavía estaban las cosas del desayuno.

—¿Hola? ¿Señor Marchais? ¿Hola? ¿Hola?

Pocas horas más tarde, Max Marchais se encontraba en una mesa de operaciones verde oscuro en la cercana clínica privada de Marly y caía en la dulce e indolora narcosis de la anestesia general. Aparte de una ligera conmoción cerebral y una brecha en la cabeza que enseguida le cosieron, tenía contusiones en la cadera y en una pierna, y una complicada fractura de la cabeza del fémur.

—Ha tenido usted mucha suerte, monsieur Marchais. El incidente podría haber acabado de otra manera. ¿Qué edad tiene? Será mejor que le pongamos una cadera nueva —había dicho el cirujano de traumatología—. De lo contrario, deberá pasar demasiado tiempo en reposo. Y entonces..., ¡zas!..., neumonía. —Abrió los ojos de forma bastante significativa—. Antes la gente mayor se moría por una fractura de la cabeza del fémur. De neumonía. Pero hoy ya no es gran cosa. Una cadera nueva y, ¡zas!, enseguida podrá volver a pasear, monsieur Marchais. ¿Quiere que avisemos a alguien? El hombre que lo encontró dice que vive usted solo. ¿Tiene algún pariente?

—Mi hermana. Pero vive en Montpellier —gimió Max, que todavía estaba como aturdido por el dolor—. ¿Tan mal estoy?

La idea de que pudieran aparecer en el hospital su amargada hermana Thérèse con su marido sabelotodo y su hijo malcriado lo hizo palidecer un poco más.

Monsieur Zas, que en realidad respondía al nombre de *professeur* Pasquale, sonrió.

—¡No, por supuesto! No se preocupe, monsieur Marchais. Es una operación rutinaria. No peligra su vida. Dentro de un par de horas estará usted como nuevo, se lo prometo.

Bueno, no podía decirse que Max se sintiera como nuevo. Lo habían operado tres días antes, pero la cabeza le dolía de manera infernal, y la cadera y la pierna también. No obstante, gracias al líquido que goteaba paciente por un tubito encima de su cama y acababa en una cánula en el dorso de su mano, se sentía cada vez mejor.

La vida diaria en el hospital no estaba hecha precisamente para la recuperación de un enfermo. Había menos tranquilidad que en su casa los días en que Marie-Hélène lo revolucionaba todo. Incluso por la noche se abría la puerta cada dos horas y entraba alguien a tomarle la tensión, cambiarle la bolsa del gotero, hurgar en su brazo, sacarle sangre (esto con más frecuencia y entusiasmo) y, si después de eso no estaba suficientemente despierto, alguien iluminaba su cara con la estridente luz de una linterna para ver si seguía vivo.

Bien, Max Marchais seguía vivo, pero no dormía.

A las seis de la mañana, un escuadrón de limpieza tomaba la habitación. Las gráciles mujeres de Costa de Marfil reían y charlaban mientras limpiaban el suelo y daban golpes contra su cama.

—¡Oh, por favor, disculpe, por favor! —decían, y seguían riendo y hablando con frases onomatopéyicas que él no entendía.

Las gráciles mujeres africanas habían dormido toda la noche, y así era fácil estar de buen humor, pensó Max furioso, preguntándose cuándo tendría él esa suerte.

Tras el escuadrón de limpieza entró en la habitación Julie, la enfermera en prácticas, con una sonrisa, un desayuno frugal y el café más aguado que él había tomado en su vida. Al marcharse siempre señalaba la bandejita con las pastillas.

—¡Que no se le olviden, monsieur Marchais!

Luego llegó la enfermera de servicio.

—Bien, monsieur Marchais, ¿cómo estamos hoy? ¿Hemos dormido bien?

—No sé cómo habrá dormido *usted*, enfermera Yvonne —gruñó Max—. Yo, por mi parte, *no* he dormido; ¿cómo iba a poder hacerlo si no me dejan?

—Muy bien, entonces hoy daremos un paseíto, monsieur Marchais, así nos encontraremos mejor —dijo la enfermera Yvonne con una amplia sonrisa—. *On y va?* —Su buen humor parecía inquebrantable.

¿Acaso no lo había oído? ¿Estaba sorda? ¿O es que allí se recurría a robots que parecían mujeres, pero ejecutaban siempre el mismo programa?

Max lanzó una mirada desconfiada a la enfermera de pelo corto rubio que en ese momento le embutía el brazo en el tensiómetro y lo hinchaba de aire como una loca. Entornó los ojos, miró el aparato y lo hinchó un poco más.

—Bueno, la tensión me parece un poco alta..., pero conseguiremos bajarla.

Asintió y le lanzó una de sus resueltas sonrisas, y Max estuvo completamente seguro de que su tensión arterial no se atrevería a desobedecer las indicaciones de la enfermera Yvonne. «Conseguiremos bajarla.» Sonaba tranquilizador.

Cuando, diez minutos después, una fisioterapeuta bajita y musculosa lo recogió para «dar un paseo», Max no se lo podía creer.

—Debe de haber un malentendido —dijo—. Me operaron anteayer.

Frunció el ceño y una gruesa arruga surgió entre sus cejas. A veces se oye por ahí que en algún hospital se han equivocado de paciente. En ese sentido, Max podía estar contento de que le hubieran puesto una cadera nueva y no una nueva válvula cardíaca.

—No, monsieur Marchais, está bien así. —La mujer lo miró con descaro bajo su peinado estilo Jean Seberg y sonrió—. Hoy en día echamos a los pacientes de la cama justo después de la operación. Usted ha podido descansar un poquito más debido a su traumatismo craneoencefálico. —¿Se lo imaginaba él o en la sonrisa de ella había un toque de sadismo?—. Vamos, monsieur Marchais, lo conseguiremos.

En resumen: después de tres días en el hospital, no había nada que Max Marchais ansiara más que dormir en su propia cama y tratar con gente que no fuera el personal del hospital. Antes de llevarlo a urgencias, Sebastián había tenido la serenidad de coger el abrigo de su jefe, en cuyo bolsillo reposaba, gracias a Dios, su teléfono móvil, y el lunes por la tarde, con los últimos restos de batería, Max había llamado a Rosalie Laurent, que le prometió que iría a verlo.

En cualquier caso, monsieur Zas, alias *professeur* Pasquale, había dejado entrever que a finales de la semana siguiente Max podría irse a casa si hacía bien sus deberes y las pruebas médicas estaban bien.

—Todavía tenemos la tensión un poco alta, monsieur Marchais —le dijo aquella mañana durante la visita, mirando con preocupación los papeles por encima de sus pequeñas gafas.

—No me extraña —replicó Max Marchais—, si de noche no podemos ni dormir, *hein?*

Notó que empezaba a sentir alergia... al frecuente uso de la palabra *nosotros*, a las puertas que se abrían cada dos minutos, a los interruptores de la luz que siempre se encendían pero nunca se apagaban, y sobre todo al traicionero y omnipresente chirrido de las suelas de goma que parecían rondar por todas partes y adherirse a cada paso al pegajoso suelo de linóleo (¿con qué se limpiaba allí?) como las manos de Spiderman, para desvanecerse luego con un desagradable chasquido.

Napf, napf, napf. Napf, napf, napf.

Napf, napf, napf. Napf, napf, napf.

Julie, la enfermera en prácticas, se movía solícita por la habitación. Recogió la comida asegurándose de que nos había gustado y nos habíamos tomado las pastillas. Luego cerró la ventana, corrió un poco las cortinas para que pudiéramos echarnos una siestecita, monsieur Marchais, y salió de la habitación. La puerta se cerró a su espalda con un golpe apagado.

Cuando Max, cansado, dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos confiando en poder echar una cabezadita, las fugaces imágenes de sus sueños se mezclaron con el nervioso golpeteo de unos tacones de mujer que se acercaban por el pasillo y se detenían justo delante de su puerta.

18

—¿Qué ha hecho usted, querido Max? ¿Qué tal está? ¿Qué demonios hacía subido a una escalera? Y ¿cómo está su cabeza?

Rosalie dejó el ramo de rosas de té encima de la mesilla y se inclinó sobre Max Marchais con gesto de preocupación. Su viejo amigo parecía bastante débil, pensó, con el vendaje en la cabeza y las oscuras sombras bajo los ojos.

Una sonrisa de alegría se deslizó rápidamente por su rostro arrugado.

—¿Qué pregunta debo responder primero, mademoiselle Rosalie? —preguntó—. Soy un hombre mayor, no me exija demasiado. —Intentó parecer alegre, aunque su voz sonó afónica.

—¡Ay, Max! —Ella le cogió la mano huesuda, que reposaba sobre la colcha—. Tiene usted un aspecto horrible. ¿Aún siente dolores?

Él negó con la cabeza.

—Los dolores son soportables. Hoy hasta he dado unos pasos, gracias a un sargento que se hace llamar *enfermera*. Pero aquí es imposible dormir. Continuamente se abre la puerta y entra una de esas batas blancas que quieren algo. Y todas dicen siempre lo mismo. Me pregunto si hablarán realmente entre sí.

Dio un hondo suspiro, alisó la colcha y señaló con el dedo una silla que había en un rincón.

—Siéntese, Rosalie. Me alegro mucho de que haya podido venir. Es usted la primera persona normal que veo desde hace varios días.

Ella se echó a reír.

—No sea tan impaciente, Max. Lleva pocos días aquí, y los médicos y las enfermeras sólo hacen su trabajo. —Acercó la silla a la cama, se sentó y cruzó las piernas.

—Sí, me temo que soy un paciente muy impaciente. —Su mirada seguía los movimientos de Rosalie, y se clavó en las delicadas sandalias azul claro con un poco de tacón en las que asomaban sus uñas pintadas—. Bonitas sandalias —dijo de pronto.

Rosalie levantó las cejas sorprendida.

—¡Oh, gracias! Son unas sandalias de verano muy normales.

—Ay..., ¿sabe?, se aprende a valorar lo normal cuando se está un par de días al otro lado del río —replicó él poniéndose filosófico —. Espero poder salir pronto de aquí.

—Yo también lo espero. Me ha dado usted un buen susto. Llevaba todo el fin de semana intentando localizarlo sin éxito, pero no imaginaba que volvería a verlo en un hospital.

—Sí, oí el timbre de los dos teléfonos. Pero por desgracia no estaba en condiciones de contestar —bromeó él—. ¿Qué era eso tan urgente?

«¡Mierda!» Rosalie se mordió el labio inferior. No era el momento adecuado para empezar a hablar del libro y preguntarle por la enigmática dedicatoria. Eso tendría que esperar a que Max se hubiera recuperado un poco.

—Bueno..., sólo quería proponerle que viniera a París la semana que viene y comiéramos juntos —mintió—. Ahora tengo ayuda en la tienda tres tardes y a finales de semana René se marcha a un curso de formación en San Diego. Pensé que podríamos pasar un rato juntos.

Al menos, las dos últimas afirmaciones eran verdad. Por desgracia, madame Morel no había podido empezar aquel mismo día. Rosalie había colgado un cartel en la puerta de la tienda. «HOY, CERRADO POR ASUNTO FAMILIAR URGENTE», decía.

Sonrió. No sabía si se trataba de un asunto familiar en sentido estricto, pero lo sentía así. Observó al gran hombre de cejas pobladas que de pronto parecía tan indefenso y débil. Bajo la fina superficie estaban siempre al acecho los signos de la fragilidad. «¡Qué deprisa se desmorona la fachada de una persona mayor cuando se la saca de su órbita habitual y ya no está en condiciones de cuidar de sí misma!», pensó Rosalie. Observó el fino camisón, su rostro gris, vio que estaba sin afeitar y descubrió al contraluz un par

de pelos grises de la barba que se tocaban. Curioso, aquel hombre mayor le resultaba tan familiar como su abuelo. Se alegró de que siguiera vivo, sintió alivio de que no le hubiera pasado nada grave, y en ningún caso iba a importunarlo ahora con la historia de Sherman. Era evidente que no estaba en condiciones.

—Bueno, me temo que la comida en París va a tener que esperar, querida mademoiselle Rosalie, por mucho que me atraiga la idea —dijo Max como si le hubiera leído el pensamiento—. Ya ve cómo estoy. Y, si no existiera esta cadera artificial, tendría que estar varias semanas en cama. —Señaló la colcha, bajo la que se marcaban sus piernas. Por abajo asomaba su pie derecho.

—Dios mío, ¿se ha roto también el dedo? —preguntó Rosalie, y señaló su dedo oscuro.

—¿Qué? ¡No! —Max movió los dedos de los pies—. Tengo varias partes en obras, pero mi dedo está bien. Siempre ha sido así de marrón, es una mancha de la piel. —Sonrió—. Mi punto negro, si así lo desea.

—Está usted lleno de sorpresas, Max —dijo Rosalie, y se reclinó en la silla—. Y ahora cuénteme, por favor, qué hacía usted subido a una escalera. ¿Quería recoger cerezas?

—¿Recoger cerezas? —Levantó las cejas sorprendido—. ¿Cómo se le ocurren esas ideas? No, no, estaba en la escalera de la biblioteca y quería dejar un libro... ¿Conoce usted a Blaise Pascal, mademoiselle Rosalie?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero me parece una lectura bastante peligrosa.

Una vez Max Marchais hubo contado su historia, a la que las ideas de un filósofo, una vieja escalera de madera, un jardinero costarricense y un cortacésped de gasolina aportaron el dramatismo necesario, le entregó a Rosalie la llave de su casa de Le Vésinet con el ruego de que recogiera para él algunas cosas que necesitaba.

—Siento tener que molestarla, Rosalie, pero Marie-Hélène está de viaje, como ya sabe. Sebastián ya ha hablado con ella y creo que

regresará antes de lo previsto (aunque sólo sea porque le encanta tener siempre la razón), pero no sé exactamente cuándo. —Encogió los hombros suspirando—. Sebastián me ha salvado la vida, algo por lo que le estaré siempre agradecido, pero no se le da bien preparar maletas. Además, no conoce la casa. —Sonrió—. No quiero parecer desagradecido. Pensó en mi abrigo y en el móvil, de lo contrario, ni siquiera podría haberla llamado a usted..., sobre todo por el hecho de que hoy ya no se anotan los números de teléfono. Por suerte, su número estaba guardado. Bueno, espero que no le importe traerme un par de cosillas.

Rosalie negó con la cabeza.

—No hay ningún problema —dijo—. Tengo el coche aquí. Dígame lo que necesita y dónde está cada cosa. Luego se las traeré. Ya me imagino que la salida en la ambulancia fue bastante precipitada.

—Lo fue. En realidad, nunca he salido de casa tan deprisa, creo. Ni siquiera tengo aquí un pijama o un batín..., ya ve usted qué ridículo camisón llevo puesto.

Hizo una curiosa mueca cuando se abrió la puerta y entró una enfermera con el pelo rubio corto y unos zapatos que chirriaban levemente que llevaba una bandejita en la mano.

—Hora de su inyección contra los trombos, monsieur Marchais —trompeteó—. ¡Oh! ¿Tenemos visita? —Lanzó una inquisidora mirada a Rosalie mientras cogía la jeringuilla—. Lo siento, pero debe salir un momento. ¿Es su nieta?

—No, una amiga —respondió Max, y le hizo un guiño a Rosalie, que se había puesto de pie—. Y, enfermera Yvonne..., ¿podría poner las flores en agua?

La enfermera Yvonne respiró sonoramente mientras Rosalie abandonaba la habitación conteniendo la risa.

A primera hora de la tarde, Rosalie estaba delante de la mansión de Max Marchais y bajó la manija de la puerta del jardín. El sol

calentaba el estrecho camino de grava que se deslizaba entre hortensias, lavandas y fragantes heliotropos.

La casa blanca y cuadrada con el tejado rojo y las contraventanas verde oscuro estaba tranquila, como pintada por una mano infantil, y cuando Rosalie abrió la puerta de la mansión no estaba en modo alguno preparada para lo que iba a encontrar allí.

19

Siempre resultaba extraño entrar en una casa vacía. Todo estaba en silencio, como en un museo, y las sandalias de Rosalie resonaban solitarias en el parquet mientras recorría las habitaciones y echaba un vistazo a la casa. Aunque había visitado a Max varias veces, en realidad sólo conocía la biblioteca, con la gran chimenea y los dos gigantescos sofás, y la terraza de suelo rojizo que estaba justo delante y daba al jardín. Las huellas de la precipitada salida podían apreciarse por todas partes.

En la cocina de suelo de tono lechoso estaban las cosas del desayuno sin recoger, en una bandeja junto al fregadero blanco. El jardinero debió de meterla antes de cerrar el gran ventanal del cuarto de estar. Rosalie encontró el lavaplatos y recogió la vajilla. En la biblioteca todavía seguía en el suelo, junto a la alta escalera, el libro que había provocado la caída. Lo cogió y lo dejó en la mesa baja rectangular que había entre los dos sofás.

El sol de la tarde se filtraba a través de las cortinas. Una ardilla mordisqueaba algo en la terraza, pero el movimiento tras el cristal la asustó y corrió por el césped antes de trepar a toda velocidad a un árbol.

Junto a uno de los amplios sofás claros que estaban enfrentados y flanqueados por unas lámparas antiguas de pantalla amarillo azafrán y zócalo de mármol había una pantufla de cuero de caballero. La otra la había descubierto Rosalie en el vestíbulo, cuando había estado a punto de tropezar con ella.

Pasó por delante de la pared forrada de libros y se dirigió a la derecha, donde la biblioteca se abría a un despacho. Delante de la ventana, que también ofrecía una vista del jardín, había una mesa forrada de cuero verde oscuro. Junto a la lámpara de escritorio

estaba la foto enmarcada de una sonriente mujer de ojos amables. Debía de ser la mujer fallecida de Marchais. Rosalie echó un vistazo a la mesa y enseguida encontró el pequeño libro que Max le había pedido. Raymond Radiguet, *Le diable au corps*. Luego abrió el cajón derecho, donde estaba el cargador del móvil.

Rosalie lanzó una rápida mirada a la pequeña lista que Max y ella habían elaborado juntos en el hospital. Neceser y loción para después del afeitado, arriba en el baño, armario pequeño de la derecha. Cerró el cajón y se dispuso a marcharse. Pero antes de abandonar la biblioteca le llamó la atención una vieja máquina de escribir Remington negra que estaba sobre una cómoda junto a un candelabro de plata de cinco brazos y una bandeja redonda también de plata con una jarra y unas copas a juego. Encima, entre dos anticuadas lámparas de pie color burdeos, colgaba un enorme óleo que mostraba un paisaje del sur de Francia en tonos azules y ocres que podría haber sido pintado por Bonnard.

Rosalie se inclinó hacia adelante con interés, pero no pudo descifrar la firma del pintor. Retrocedió y estuvo un rato ensimismada delante del cuadro, que reflejaba los arbustos y las suaves rocas de una luminosa bahía al sol del verano, de tal forma que casi podía oírse el canto de los grillos.

Cuando sonó su teléfono móvil, se sobresaltó como un ladrón.

—*Oui?* ¿Sí? —preguntó apartándose del cuadro.

Era Robert Sherman, que llamaba desde un café. Había llegado el manuscrito y quería verla para enseñárselo.

—¿Dónde se mete usted, mademoiselle Laurent? He estado en su tienda, pero estaba cerrada. Por asuntos familiares urgentes. ¿Ha ocurrido algo? —Parecía preocupado.

—Puede decirse que sí. Estoy en casa de Max Marchais. Ha tenido un accidente.

Enseguida informó a Sherman de la desafortunada caída del escritor de la escalera de su biblioteca, y concluyó diciendo:

—Tenía previsto preguntar otra vez a Max acerca del cuento del tigre y su dedicatoria, pero me temo que tendremos que esperar a que se encuentre mejor. No me gustaría agobiarlo y hacer que se excite; lo entiende, ¿verdad?

—Sí..., naturalmente —dijo él en tono desilusionado.

—Serán sólo un par de días, Robert. Luego sabremos algo más. Escuche, debo recoger aquí algunas cosas y no tengo mucho tiempo. Lo llamaré más tarde, cuando esté en París. Podemos vernos luego y así me enseña su manuscrito, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —convino él.

Sólo cuando Rosalie volvió a guardar el móvil en el bolso se dio cuenta de que era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila.

Media hora más tarde, había reunido todas las cosas que figuraban en la lista. El neceser, la loción para después del afeitado de Aramis (al final, la había encontrado en la mesilla del dormitorio), un pijama de rayas azules y blancas, un fino batín azul oscuro con estampado de cachemira, ropa interior, calcetines, un par de suaves mocasines de ante, pantuflas, ropa y libros. Lo que todavía no había encontrado era la bolsa de viaje verde oscuro que, según Max, estaba en el fondo del armario. Volvió a sumergirse en el ropero de tres puertas de madera oscura pulida y rebuscó entre bolsas y cajas de zapatos.

Finalmente, desistió y dejó vagar la mirada por la habitación. ¿Dónde podía estar la bolsa de viaje? Buscó en los demás cajones del armario, debajo de la ancha cama cubierta por una colcha clara con un diseño floral, en el pequeño cuarto que había junto al baño y donde se guardaban los utensilios de limpieza. ¡Esperaba no tener que revolver todo el sótano!

Miró el reloj e intentó llamar a Max, pero tenía el móvil desconectado. Seguro que estaba tratando de dormir una pequeña siesta. Suspirando, volvió al dormitorio. Pensó dónde pondría ella una bolsa de viaje y miró de forma inconsciente encima del armario.

¡Bingo! Detrás de unas cajas de zapatos, descubrió dos asas de piel marrón que, sin duda, pertenecían a una bolsa de viaje.

Cogió una silla que estaba junto a la cómoda, sobre la que colgaba un gran espejo, y la colocó delante del armario. Se puso de

puntillas, alcanzó las asas y, al intentar tirar de la bolsa, una caja grande se movió y cayó al suelo. El contenido se desparramó por el parquet.

—*Zut alors*..., ¡vaya mierda! —gruñó Rosalie mientras se bajaba de la silla y empezaba a recoger papeles, cartas, fotografías y tarjetas que estaban esparcidos por todo el suelo.

Echó una rápida mirada a una vieja foto en blanco y negro que mostraba a un Max Marchais joven y sonrió. Estaba endemoniadamente atractivo, con sus chinos claros y una camisa blanca, sentado en un café de París con un cigarrillo entre el pulgar y el índice. Estaba reclinado en la silla trenzada y sonreía mirando a la cámara.

Algo de la foto la desconcertó. ¿Era la ausencia de barba o el hecho de ver a Max con un cigarrillo? Ni siquiera sabía que el hombre mayor antes fumaba.

Guardó con cuidado la instantánea en la caja con las demás y ordenó las cartas. La mayoría parecían ser de Marguerite, la mujer de Marchais, y en uno de los sobres descubrió también el nombre de su hermana Thérèse. Max sólo había mencionado una vez de pasada que tenía una hermana en Montpellier, y Rosalie había deducido que los hermanos no tenían una relación muy estrecha. Fotografías de la infancia de Max en pantalón corto, un par de fotos amarillentas de sus padres, Max como joven periodista delante de una máquina de escribir en la redacción de un periódico...

Mientras recogía a toda prisa los recuerdos de un tiempo pasado, fragmentos de una vida vivida, su mirada se detuvo de nuevo en la pálida foto en color de una mujer joven. Llevaba un vestido de verano rojo con lunares blancos y estaba en medio de un parque, debajo de un gran árbol. Era evidente que la había sorprendido un chaparrón, ya que su melena rubia, en la que se veía una diadema, estaba mojada y ella cruzaba los brazos sobre su vestido de escote redondo tiritando, mientras se inclinaba un poco hacia adelante y sonreía. Su boca era grande y roja, y por un momento Rosalie creyó reconocerse en la joven que reía tan abiertamente. La imagen derrochaba una contagiosa alegría de vivir. ¿Sería Thérèse? Era muy guapa. Rosalie dio la vuelta a la foto y

descubrió una fecha que alguien había escrito a lápiz en la parte posterior: «Bois de Boulogne, 22 de julio de 1974».

Sonrió pensativa cuando dejó la foto de la hermosa mujer en la caja. ¿Sería una novia de juventud de Max Marchais? «Yo no he sido siempre un hombre mayor, Rosalie», le había dicho él en cierta ocasión.

Se tiende a olvidar que también las personas mayores han sido jóvenes alguna vez. Eso resulta tan inimaginable como la certeza de que uno mismo también va a hacerse mayor en algún momento, pronto..., en cualquier caso, más deprisa de lo que uno piensa. Sólo en el caso de las personas a las que se conoce de antes se está en condiciones de ver a través de las capas de todos los años que con el tiempo se han acumulado en cuerpo y espíritu y han hecho palidecer en los ojos el brillo de la esperanza..., o de reconocer esa maravillosa sonrisa que pertenece por completo a un determinado momento.

Rosalie examinó otra vez el parquet, donde ya no había nada. Miró debajo de la cama, por si acaso, y descubrió unos papeles sueltos sujetos con una goma. Se tumbó boca abajo y tiró de las hojas con cuidado.

Era un viejo manuscrito o, mejor dicho, la copia de un viejo manuscrito en que las letras azul pálido de una máquina de escribir mecánica habían dejado leves huellas en el papel.

Se incorporó y sujetó en las manos el montón de papeles como si fueran pergaminos. Alisó las hojas con cuidado y luego apartó la goma elástica algo porosa evitando romperla.

Al ver la cubierta, notó que el pulso se le aceleraba. Y entonces su cabeza empezó a dar vueltas de tal forma que al final ya ni siquiera podía pensar.

Estuvo un rato allí sentada, en el suelo de madera del dormitorio que el sol de la tarde inundaba con una cálida luz, observando las letras azul pálido que destacaban en el papel amarillento.

«*El tigre azul*», decía en la fina hoja algo amarilla. Y debajo: «*Para R.*».

20

París empezaba a gustarle. Tenía algo muy estimulante caminar por las pequeñas calles de Saint-Germain que, a diferencia de las de Manhattan, serpenteaban a derecha e izquierda y estaban llenas de comercios y tiendecitas, cafés y bistrós. Todo era tan colorido y variado, por no decir de una estimulante alegría, que era un canto a la vida. Sí, Robert Sherman se sentía especialmente vivo aquel martes soleado.

Tal vez se debiera a la inspiradora conversación que había mantenido el día anterior con el decano de la Facultad de Inglés. El pequeño hombre, cuyas manos parecían estar en continuo movimiento, le había dado a entender que no podía imaginar nada mejor que el hecho de que Sherman impartiera sus clases sobre Shakespeare como profesor invitado el próximo semestre. «Desde sus publicaciones sobre *El sueño de una noche de verano* me tiene usted atrapado, míster Sherman —había dicho el *professeur* Lepage en su cómico inglés—. *Non, non*, no sea tan modesto, monsieur. Estamos impacientes por escucharlo. Espero que acepte. —Y al ver el gesto dubitativo de Sherman, había añadido—: No se preocupe, lo ayudaremos con la vivienda, naturalmente.»

Tal vez hubiera sido ésa la causa de la repentina energía que había invadido a Robert como una brisa fresca, pero también podía deberse simple y llanamente al hecho de que había dormido como un tronco por primera vez desde su llegada a París. Y quizá al final se debiera sólo al encanto de la ciudad del Sena, de la que su madre había dicho que siempre era una buena idea. Sí, París lo había «atrapado».

Robert sonrió satisfecho mientras desayunaba tranquilo y sin prisa en el acogedor patio interior del hotel, sentado a la sombra y

leyendo *Le Figaro*.

El *café crème*..., estimulante. La crujiente *baguette* que cubrió con una gruesa capa de confitura de fresa..., estimulante. El delicado olor a rosas que llenaba el patio interior del Hôtel des Marronniers..., estimulante. La encantadora sonrisa de la recepcionista..., estimulante.

Cuando se puso en camino a la papelería Luna Luna con el manuscrito que aquella mañana había llegado al hotel, se sorprendió a sí mismo pensando que la perspectiva de volver a ver a la atractiva y algo arisca propietaria de la tienda, con su larga coleta marrón, era también de algún modo... estimulante.

Curiosamente, la tienda estaba cerrada (por asuntos familiares urgentes), y cuando localizó a mademoiselle Laurent en su teléfono móvil, se enteró de que aquel dudoso escritor ahora encima se había caído de una escalera y estaba en el hospital. Ella se encontraba en ese momento en su casa recogiendo algunas cosas y parecía bastante inquieta.

Una fractura de la cabeza del fémur no era algo *tan* terrible. ¿Qué veía ella en aquel hombre mayor que ni siquiera era pariente suyo y probablemente era un impostor? Robert sintió una punzada de celos. El hecho de que la investigación (¿había pensado realmente la palabra *investigación*?) quedara interrumpida lo irritaba. No habría tenido ningún problema en ponerle a ese tal Marchais el manuscrito de su madre delante de las narices, y luego ya se vería.

Robert siguió caminando, sin rumbo fijo, entró en la sinuosa rue de Buci, donde los bistrós se alineaban uno junto a otro y la gente estaba sentada al sol comiendo y charlando. Pasó por delante de *boulangeries*, fruterías y puestos con ostras y pollo asado y notó que empezaba a tener hambre otra vez. Al final se compró en un *traîteur* una *baguette* con atún, ensalada y patata cocida. Una combinación extraña, pero exquisita.

Luego miró el reloj. Mademoiselle Laurent había prometido llamarlo cuando regresara de Le Vésinet, pero podía tardar un rato todavía.

Sacó un plano de la ciudad y decidió ir dando un paseo hasta Shakespeare and Company, la legendaria librería estadounidense en la orilla izquierda del Sena en la que en su día Sylvia Beach acogió a los escritores de la Lost Generation y que existía todavía hoy, si bien había cambiado de dueño (¡en cualquier caso, también un estadounidense!) y se había trasladado de la rue de l'Odéon a la rue de la Bûcherie. Según había leído Robert, los jóvenes literatos o aspirantes a escritores seguían encontrando allí un colchón donde dormir si estaban dispuestos a ayudar unas cuantas horas en la librería.

Resultaba sorprendente y totalmente anacrónico que el espíritu de Shakespeare and Company se hubiera mantenido durante décadas, si bien ya no se podía contar con encontrar allí a grandes escritores como entonces, en sus años dorados, cuando T. S. Eliot, Ezra Pound y Ernest Hemingway se cruzaban en la puerta. Algunas cosas no se repiten, pero estaba bien que algo así se hubiera producido.

Cuando Robert avanzó por la rue Saint-André-desArts, tuvo que pensar en las palabras de Hemingway, quien en cierta ocasión había dicho que quien tuviera la gran suerte de vivir de joven en París siempre llevaría un trocito de esa ciudad en su corazón. Robert no había vivido nunca en París (y pensándolo bien: ¿qué era París frente a Nueva York?), pero de pequeño había visitado una vez la ciudad, lo que no era tan normal para un norteamericano. Así que tal vez él llevara también un trocito de París en el bolsillo del pantalón.

Robert avanzó animado por un tramo del boulevard Saint-Michel y torció a la derecha en la rue de la Bûcherie. Unos pasos más allá estaba ya ante la pequeña librería, delante de la cual había un viejo banco de madera y unas pequeñas mesas y sillas de hierro a la sombra de un árbol, y miró a través del escaparate con marco de madera verde oscuro.

La increíble cantidad de libros que se podía ver era impresionante, y le provocó una agradable y familiar sensación. Entró por la puerta abierta y se alegró con la perspectiva de poder rebuscar un poco en la librería.

Sin embargo, fue más fácil decirlo que hacerlo.

La pequeña tienda de estrechos pasillos que se abrían entre estantes de libros que llegaban hasta el techo estaba llena hasta los topes, como si regalaran algo. Y en realidad era así.

La magia de esa librería tan especial que había reunido libros antiguos y nuevos, que había promovido y acogido a grandes escritores, seguía ahí si se tenía la fantasía suficiente para sentirla. Que la tuviera toda la gente que allí se agolpaba era algo bastante dudoso, pero al menos daba la sensación de que todos querían llevarse a casa algo del esplendor de aquellos días..., aunque sólo fuera una bolsa de tela con la inscripción «Shakespeare and Company» o un libro de bolsillo con el sello de la librería.

Robert pasó apretujado por delante de tres chicas japonesas muy sonrientes. Tenían libros ingleses en la mano y fingían leer mientras un japonés algo mayor y con gruesas gafas de concha las fotografiaba... ignorando el cartel que indicaba que no se podían hacer fotos en la tienda. Pero nadie censuró su mala acción, y tampoco el amable y trasnochador estudiante que estaba sentado tras la caja y tenía un inconfundible acento británico (evidentemente, uno de los ayudantes que encontraban allí su alojamiento nocturno) se mostró muy preocupado.

Robert se abrió paso hasta la parte posterior de la tienda y descubrió una estrecha escalera de madera que llevaba arriba. De una de las habitaciones del primer piso salía música de piano. Distintos tonos se fundían entre sí para componer finalmente *L'après-midi d'un faune*, de Claude Debussy. Robert dejó pasar a los visitantes de la tienda que bajaban. Luego subió lleno de curiosidad y se dirigió a la habitación de la derecha, de la que provenía la música algo traqueteante del piano. Una mujer de cierta edad, con el pelo rubio ceniza y los hombros estrechos, estaba sentada a un viejo piano, de espaldas a la puerta, sin que la molestaran lo más mínimo las personas que entraban, echaban un vistazo a la habitación, daban unos pasos en esta dirección, luego en la otra, y desaparecían sin más. Tenía algo de la audaz indolencia de Djuna Barnes, pensó Robert mientras abandonaba en silencio la habitación de la insistente pianista.

Justo enfrente de la escalera había dos habitaciones juntas con libros antiguos, viejas mesas con viejas máquinas de escribir y, entremedio, sofás raídos. En las paredes colgaban fotografías pálidas de los anteriores propietarios con su pequeña hija rubia. En los huecos de la pared había colchones sobre los que se habían lanzado colchas descoloridas que alguna vez habían sido rojas.

Nadie tenía allí la ambición de ir con los tiempos. La agradable tranquilidad que reinaba en las habitaciones parecía contagiarse a las personas que, como Robert comprobó con una sonrisa, avanzaban y se movían con más cuidado que en otros sitios.

Cuando volvió hacia la escalera y echó un último vistazo a su alrededor, descubrió la frase en inglés que estaba escrita en grandes letras negras encima de la puerta. «DE NOT INHOSPITABLE TO STRANGERS LEST THEY BE ANGELS IN DISGUISE», ponía. «Sé amable con los extraños. Podrían ser ángeles disfrazados.»

De pronto Robert se sintió sumamente bienvenido. En la librería. En París.

Pensativo, descendió otra vez por la escalera y se dirigió a una estantería en la parte trasera de la tienda donde se encontraban las obras de teatro.

Estaba mirando una edición de *La fierecilla domada* de Shakespeare cuando sonó su móvil.

Era Rosalie Laurent. Parecía muy alterada. Y tenía grandes novedades.

21

París pasó volando a su lado. Tras el oscuro túnel que no parecía tener fin aparecieron en Nanterre un par de bloques verdaderamente horribles, entremedio, muros grises de hormigón llenos de grafitis..., el emotivo intento de afrontar la desolación de los suburbios de París. Sólo en la última parte del viaje se hizo el paisaje cada vez más verde y se veían cautivadores jardines con casas antiguas a lo largo de las vías del tren que llevaban a Saint-Germain-en-Laye.

Robert Sherman iba en un vagón del RER con destino al centro de Le Vésinet y miraba por la ventanilla. Sobre las rodillas llevaba su bandolera de cuero con el manuscrito y cada poco se aseguraba, siguiendo un impulso reflejo, de que el sobre que contenía todas las hojas estuviera allí. No quería ni imaginar que perdía el manuscrito, ahora que Rosalie Laurent había encontrado la pareja. O, mejor dicho, la copia hecha con papel carbón.

«No lo entiendo —había repetido ella una y otra vez cuando, con voz agitada y claramente confundida, le había hablado del hallazgo—. Entonces Max me ha mentido. Pero antes de hablar con él me gustaría que comparáramos los manuscritos. Tal vez todo este asunto tenga en realidad otro trasfondo.» Era realmente conmovedor cómo seguía defendiendo al viejo bribón. Después de pensar un poco habían llegado a la conclusión de que lo mejor sería que Robert cogiera el tren a Le Vésinet (el viaje duraba apenas treinta minutos), mientras Rosalie iba al hospital a llevarle sus cosas a Marchais y luego regresaba allí.

La llave de la casa era un problema. No podía quedarse con ella sin un buen motivo. Y se negaba con todas sus fuerzas a pedirle ya explicaciones al viejo. «¿Sabe qué? Dejaré la puerta de la terraza un

poco abierta —dijo finalmente—. Se puede correr a un lado con facilidad, y desde el jardín podemos entrar en la casa sin que nadie nos vea.»

Aunque Robert no había dudado ni un momento que él tenía razón, cuando poco después se bajó del tren en Le Vésinet y vio a Rosalie Laurent con su vestido claro en el andén sintió que la emoción trepaba por su estómago como un caracol. Estaba más pálida que otras veces, y sus ojos azul oscuro tenían una expresión difícil de interpretar. Le tendió la mano dubitativa.

—Tengo el coche ahí enfrente —dijo.

Recorrieron en silencio las tranquilas calles de la pequeña ciudad. Tras la inquietante llamada de aquella tarde, de pronto había una extraña tensión en el aire. Rosalie miraba fríamente hacia adelante y se mordisqueaba el labio inferior. El interior del coche no ofrecía mucho espacio a un hombre alto con las piernas largas, y Robert sintió el nerviosismo de la callada conductora como pequeños alfilerazos. Al cambiar de marcha, Rosalie le rozó la rodilla y enseguida se disculpó. Él negó con la cabeza.

—No pasa nada —dijo, y sonrió para romper el hielo.

El sol estaba ya bajo cuando se deslizaron entre los arbustos del jardín de la vieja mansión de tejado rojo para acceder a la puerta de la terraza trasera. Rosalie miró a su alrededor para asegurarse de que no había observadores indeseados, luego se apoyó con fuerza contra el marco de la puerta corredera y el enorme cristal se desplazó hacia un lado en silencio.

—No podemos hacer ruido —dijo de forma totalmente innecesaria.

—No se preocupe, no tengo previsto hacer un solo de trompeta —respondió Robert en voz baja.

De pronto se sobresaltaron cuando la melodía de *Fly me to the moon* rompió el silencio de la tarde.

Rosalie volvió la cabeza.

—¿Qué es *eso*? —siseó.

—*Fly me to the moon* —contestó Robert de forma automática.

—*Comment?!* —Lo miró como si se hubiera vuelto loco, mientras la melodía seguía sonando imparable—. ¡Apague su móvil

de una vez! ¡Va a alarmar a todo el vecindario!

—Sí, seguro. Enseguida. —Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y apretó a toda prisa la tecla de responder.

—¿Robert? —La voz clara de Rachel sonó metálica por el teléfono, que él sujetaba a la altura de la cadera—. Hola..., Robert..., ¿me oyes?

Él levantó el teléfono y se lo apretó contra los labios.

—Ahora no puedo hablar, Rachel, es un mal momento —murmuró—. Luego te llamo.

—¿Qué te pasa, Robert? Parece que estás en un confesonario. ¿Por qué susurras de ese modo?

—Estamos entrando en una casa por la ventana —jadeó con fuerza en el auricular—. Se trata del manuscrito. Tengo que colgar, Rachel, lo siento.

—¡¿Qué?! —Rachel parecía descompuesta—. ¿Estáis entrando a escondidas en una casa? Dime, ¿estás completamente loco? Y ¿quiénes *estáis*? ¿Robert? ¡¿Robert?!

Ignorando el grito desde el otro lado del Atlántico, Robert cortó la comunicación mientras Rosalie lo conducía a la biblioteca.

—Conseguido —dijo ella con alivio, y enseguida cerró la puerta —. *Mon Dieu*, ¿quién era esa histérica?

—Ah..., era sólo... Rachel. ¡Una conocida! —se apresuró a contestar él, y en ese momento se preguntó avergonzado por qué renegaba de su novia.

Por otro lado..., ¿no había sido Rachel la que lo había amenazado con dejarlo si aceptaba el puesto de París? Su relación estaba en suspenso, por así decirlo, y podía considerar a su novia, tal vez pronto su exnovia, como una conocida, pensó con cierta perspicacia.

—¿Robert?

Estaba claro que Rosalie le había preguntado algo.

—Eh..., ¿sí?

—¡El manuscrito!

Él abrió su bandolera a toda prisa y sacó el sobre marrón.

—Tome. —Le tendió los papeles—. Me lo ha mandado Rachel..., o sea, la mujer que acaba de llamar.

Ella lo miró, hojeó un poco las páginas y luego sacudió la cabeza.

—¡No puede ser! —dijo—. Espere aquí abajo, enseguida vuelvo.

Robert se dejó caer en uno de los dos sofás y oyó cómo Rosalie subía la escalera corriendo.

Poco después volvió con un montón de papeles en la mano. Casi sin aliento, se sentó a su lado en el sofá.

—Aquí está —dijo, inspiró hondo y dejó el manuscrito junto al de él en la mesita baja—. Al parecer, los dos son completamente idénticos.

Robert se echó hacia adelante y estudió con interés las distintas páginas.

—Sin duda —dijo luego, y tomó dos hojas en la mano para compararlas—. La misma justificación de márgenes, hasta el mismo tipo de letra. Y mire esto. —Señaló algunos puntos del texto—. La «o» minúscula tiene siempre la misma mancha arriba a la izquierda. —La miró—. ¿Dónde exactamente dice que ha encontrado usted el manuscrito?

—Arriba, en el dormitorio —contestó Rosalie con las mejillas sonrojadas—. Se me cayó una caja del armario, con fotos y cartas viejas, y entre todas esas cosas estaba el manuscrito. —Cruzó las manos y se las puso delante de la boca—. Sigo sin entenderlo —dijo luego—. ¿Cómo es que su madre tenía un manuscrito de Max Marchais?

Robert se encogió de hombros y la miró con gesto didáctico.

—Bueno, la cuestión es más bien: ¿cómo es que Max Marchais tiene un manuscrito de mi madre? —Observó que Rosalie jugueteaba incómoda con su coleta—. No quiero ofenderla, mademoiselle Laurent, pero se ve claramente cuál es el original y cuál la copia.

Ella asintió y carraspeó.

—Me temo que tiene usted razón. —Luego lo miró de reojo y sus ojos brillaron—. Estará contento, ¿verdad?

Él hizo una mueca con la boca.

—Claro que estoy contento. Soy el hijo de un gran abogado, ¿lo había olvidado? —Vio que ella intentaba contener una sonrisa y se

alegró de haberla hecho reír. Luego su gesto se tornó grave otra vez —. No, en serio..., no se trata de tener razón o no. En cualquier caso, no sólo eso. De todos modos, es deplorable que el viejo Marchais haya publicado como suyo el cuento de mi madre. Le guste a usted o no —añadió cuando Rosalie sacudió la cabeza con energía —. Aunque ya empiezo a preguntarme qué se esconde detrás de toda esta historia. ¿Cómo llegó esta copia a manos de Marchais? ¿Conocía a mi madre? Nueva York no está precisamente a la vuelta de la esquina.

—¿No me dijo usted que su madre tenía parientes franceses? ¿Y que había estado en París?

—Es posible, pero eso fue mucho antes de que yo naciera. Entonces no existía todavía el cuento del tigre azul. Mi madre se lo inventó para mí.

Guardaron silencio un rato, cada uno sumido en sus propios pensamientos, sin darse cuenta de que tras el gran ventanal del salón el cielo comenzaba a adquirir tonos lavanda.

De pronto Rosalie rompió el silencio.

—¿No le parece raro que su madre escribiera todo el cuento en francés?

Él la miró sorprendido.

—No, claro que no. Hablaba un francés muy fluido. Al contrario. Cuando encontré el manuscrito en su legado, tuve la sensación de que ella quería que me recordara a París. Por algo se había ocupado de que yo pudiera leer el cuento en francés, ¿no? —Mostró una sonrisa un poco torcida y se pasó la mano por el pelo con un gesto áspero.

Rosalie se había puesto de pie y se había acercado a la cómoda que estaba junto a la puerta, sobre la que había dos lámparas de pantalla roja. Encendió la luz.

—¿Y si dejamos correr todo este asunto? —preguntó, y tocó dubitativa el teclado de la vieja máquina de escribir que había sobre la cómoda—. Para ser sincera, Robert, tengo una sensación muy extraña. Tal vez revolvamos viejas historias. Quizá despertemos fantasmas...

—¡Qué tontería! —la interrumpió él, incorporándose en el sofá —. No puede pedírmelo en serio, Rosalie. No, tengo que averiguar la verdad, se lo debo a mi madre. Lo siento por usted, pero si no habla usted con Marchais, lo haré yo.

Ella dejó caer los hombros.

—¿Por qué no ha mencionado él nunca que es un cuento antiguo? —dijo apenada—. Siempre ha sonado como que se le acabara de ocurrir la idea.

Robert se levantó apoyándose con las dos manos en el sofá y se acercó a ella.

—No es culpa suya, Rosalie. Pero por mucha simpatía que sienta por su viejo amigo y autor, debe entenderme también a mí.

Ella asintió enérgicamente y se sumió en sus pensamientos mientras sus dedos seguían rozando la vieja Remington como si, igual que en la lámpara de Aladino, fuera a salir de pronto un genio que le concedía a uno todos sus deseos. Luego se volvió y se dirigió con paso decidido al escritorio que estaba junto a la biblioteca, delante de una ventana. Cogió una hoja en blanco de un montón de papeles y regresó.

—Espere —dijo, e introdujo el papel en la vieja máquina de escribir. Robert observó sorprendido cómo tecleaba a dos dedos un breve texto en la máquina. Luego echó un rápido vistazo a lo escrito y extrajo el papel de la máquina con un pequeño grito de triunfo.

—¡Lo sabía! —dijo aliviada, asintió un par de veces y señaló la hoja de papel en la que él reconoció las primeras frases del cuento del tigre.

—Sí... y ¿qué significa esto ahora? —preguntó asombrado—. ¿Va a hacer usted una tercera versión del tigre azul?

—Mírelo bien —insistió ella emocionada—. ¿Qué ve? —Sus ojos brillaron.

¡La pequeña estaba un poco exaltada, pero bueno! Robert suspiró sumiso, cogió la hoja y le lanzó una segunda mirada. Una ronda de adivinanzas, ¿por qué no? Ya era todo bastante complicado.

«Muy bien, Robert —pensó para sí—, ¿qué ves? ¡Concentración, por favor!» Sintió el impulso de reír.

Un instante después frunció la frente. Su mirada pasaba y pasaba por las pocas líneas que destacaban en azul pálido sobre el papel blanco.

—Ahora lo ve usted también, ¿no? —Rosalie se había puesto a su lado.

Robert asintió.

—Sí, ahora lo veo —repitió absorto.

Lo vio todo: los viejos tipos, la cinta azul y la letra «o» con una mancha arriba a la izquierda.

El texto que tenía en las manos era exactamente igual que el manuscrito de su madre. O, por decirlo de otro modo, la historia del tigre azul había sido escrita en la vieja Remington que tenía delante. Sacudió despacio la cabeza cuando se dio cuenta de lo que eso significaba.

Rosalie levantó las cejas y frunció los labios.

—Eso desbarata toda su teoría, ¿no, Robert? —preguntó finalmente.

—Pero... el original... estaba en Mount Kisco —objetó él.

—¡Por favor! —Los ojos de Rosalie centellearon irritados—. No querrá decir en serio que Max Marchais no sólo le robó a su madre el cuento, sino también la máquina de escribir... *C'est ridicule!*

Robert guardó silencio. Había perdido la perspectiva por completo.

—Ésta es la vieja Remington de Max Marchais, de eso no cabe la menor duda. Hasta la he visto en una de las fotos antiguas. Fuera quien fuese quien escribió el cuento, hay una cosa clara: lo hizo en *esta* máquina de escribir. Y eso sólo puede significar...

Rosalie guardó silencio un poco indefensa.

Robert intentó finalizar su frase. Sí, ¿qué podía significar? ¿Que su madre había escrito ese cuento para él cuando era pequeño... en una máquina de escribir que en ese momento estaba en París y pertenecía a un francés? ¡Ridículo! Siguió pensando. ¿Y si el cuento no era de su madre, sino de Marchais, que al fin y al cabo era el autor de numerosos libros infantiles? No obstante..., ese cuento parecía escrito para él, Robert, y su madre siempre le había dicho

que les pertenecía sólo a ellos dos. Ella amaba el cuento del tigre azul tanto como él. ¿Por qué iba a mentirle?

Por otro lado..., ¿había dicho su madre alguna vez de forma explícita que el cuento era suyo? ¿Que ella se lo había inventado? Reflexionó y no pudo recordarlo, pero sí recordó las palabras de ella cuando se lo regaló. Y, aparte de la cuestión de la autoría, que cada vez estaba más en un segundo plano, la pregunta fundamental y más interesante era cómo podía ser que ese tal Marchais y su madre tuvieran el mismo manuscrito si no se habían visto nunca. ¿No se habían visto nunca?

Sintió la mirada de Rosalie encima de él y levantó la vista.

—Sigo pensando qué significa la «R» —dijo ella pensativa.

Él no la entendió.

—¿Cómo?

—¡Sí, la dedicatoria! Yo pensaba que la «R» era de Rosalie. Usted pensaba que era de Robert. Tal como están las cosas, podría no ser ninguno de esos dos nombres, ¿no?

Él apretó los labios y asintió. Ella tenía razón, tenía toda la razón. La dedicatoria no estaba dirigida a él, aunque llenara su corazón de nostalgia.

Entonces sintió una leve emoción. Rosalie había puesto la mano en su brazo y sus ojos le parecieron más grandes que nunca.

—Robert —dijo ella—. ¿Cómo se llamaba su madre?

Él tardó un instante en comprender el sentido de la pregunta. Luego se dio un golpe con la mano en la frente.

—Ruth —dijo—. Mi madre se llamaba Ruth.

22

Siempre resultaba sorprendente con qué confianza ciega se pasaba por alto lo más próximo, pensó Rosalie cuando vio a Robert palidecer a su lado. Aunque habían hablado a menudo sobre la dedicatoria y habían intentado adjudicar la enigmática «R» a una persona, era evidente que a él ni se le había pasado por la cabeza que también el nombre de su madre empezaba por dicha letra.

Robert estaba tan perplejo que por un momento no dijo nada. Y, cuando, finalmente, quiso decir algo, ambos oyeron el ruido.

Era como una llave girando en una cerradura. Segundos más tarde se abrió la puerta de entrada y volvió a cerrarse con un callado clac.

Unos pasos pesados cruzaron el vestíbulo. Roce de ropa. Se abrió un armario, las perchas chocaron entre sí.

Se quedaron helados, mirándose, delante de la cómoda. Los pasos se aproximaron a la biblioteca y Rosalie sintió que el corazón se le desbocaba. ¿Quién estaba allí? Por un absurdo instante pensó que podría ser Max, que había vuelto para pillarla in fraganti. Luego oyó un jadeo y un murmullo de una voz femenina. Los pasos avanzaron por delante de la puerta del salón y llegaron a la cocina, donde se oyó que alguien dejaba algo en el suelo.

Rosalie buscó la mano de Robert con pánico.

—¡Venga! —susurró—. ¡Vayamos arriba!

Mientras en la cocina sonaban golpes, agarraron a toda prisa los dos manuscritos y se deslizaron fuera de la biblioteca y por la escalera que desde el vestíbulo llevaba hasta arriba.

—¡Por aquí!

Rosalie arrastró a Robert al dormitorio, donde todavía seguía la caja con las fotos y las cartas en el suelo. Escucharon en silencio los

ruidos que llegaban desde abajo.

¿Quién podía ir por la tarde a casa de Max Marchais?, pensó Rosalie. ¿Una vecina? ¿El jardinero? Por lo que ella sabía, sólo tenía llave la asistenta, y ahora estaba muy lejos, en la Provenza, con su hija.

—Esperemos un momento. Sea quien sea, se irá enseguida —le susurró a Robert.

Él asintió y abrazó los manuscritos.

—No entiendo cómo no se me ocurrió a mí esa idea —dijo en voz baja—. La «R» es de Ruth. Ruth Sherman. ¿Cómo he podido ser tan tonto?

—Los árboles no lo han dejado ver el bosque —susurró ella—. Esas cosas pasan. Además, seguro que usted no llamaba a su madre Ruth.

Él asintió y se llevó el dedo índice a los labios.

—¡Maldita sea, está subiendo la escalera!

Con mirada concentrada escucharon los crujidos de la madera que cedía bajo las pisadas de una persona corpulenta. Rosalie miró a su alrededor. En el diáfano dormitorio no había muchas posibilidades de esconderse, y no podrían llegar hasta el pequeño cuarto que había junto al baño sin ser vistos.

—¡Debajo de la cama! —siseó ella, y tiró del desconcertado Sherman hacia el suelo.

Cuando la puerta del dormitorio se abrió y madame Bonnier (era la asistenta, como descubrió Rosalie enseguida) entró resoplando, ellos habían desaparecido... debajo de una enorme cama antigua de madera, como si una boca oscura y polvorienta los hubiera devorado. Conteniendo la respiración y tan pegados el uno al otro que sólo habría cabido una hoja del manuscrito entre ellos, se miraron a los ojos como dos conspiradores y escucharon los latidos del otro que creyeron oír en ese aparentemente eterno momento lleno de agitación, peligro e intimidad. Escucharon los pasos de la asistenta y vieron sus sandalias y sus fuertes pantorrillas moverse de un lado a otro de la cama mientras Marie-Hélène Bonnier, sin dejar de maldecir, alisaba las sábanas y la colcha, sacudía los cojines y los colocaba en la cabecera.

Rosalie observó los ojos azules de Robert Sherman, que se movían de un modo inquietante cerca de ella, tan cerca como su boca, y se asombró una vez más (aunque no fuera la mejor situación para ello) del excepcional color de ojos de aquel hombre, que ya le había llamado la atención la primera vez que él había aparecido en su tienda. Tragó saliva y sintió un cosquilleo como de mil hormigas.

Seguro que se habría sorprendido si hubiera sabido que el hombre de Nueva York que se apretaba contra ella en el más oculto rincón de su escondrijo sin decir una sola palabra estaba pensando algo muy parecido..., que nunca había visto unos ojos tan azul medianoche como los de Rosalie Laurent.

Por eso no resultó sorprendente que ninguno de los dos supiera clasificar el zumbido que de pronto se oyó entre ambos.

También lo oyó madame Bonnier, pues las sandalias, que ya se habían alejado de la cama, se detuvieron de golpe, lo que permitió que Rosalie viera directamente las rosadas corvas de la asistenta.

Madame Bonnier escuchó atentamente, hasta sus corvas parecían escuchar, mientras el repetitivo tono se colaba en el silencio como el zumbido de un moscardón.

Rosalie inspiró hondo sin hacer ruido y miró a Robert con reproche. Su boca formó la palabra *idiota* mientras él le pedía perdón con gesto de culpa porque lo que sonaba era su móvil, que estúpidamente se encontraba en modo vibración, en vez de estar apagado. Rosalie comprendió que era imposible que se sacara el móvil del bolsillo sin hacer más ruido del necesario.

Por fortuna, la posibilidad de que hubiera dos personas debajo de la cama Grange de monsieur Marchais quedaba fuera de la imaginación de Marie-Hélène Bonnier.

La asistenta se acercó a la lámpara de la mesilla, la observó con detenimiento, le dio unos golpecitos y encendió y apagó el interruptor un par de veces.

—¡Malditos chismes eléctricos! Menos mal que he venido hoy a echar un vistazo —murmuró cuando el zumbido por fin se calló—. Las luces de toda la casa encendidas, las cajas por el suelo, todo hecho un desastre. —Sacudió la cabeza con desaprobación y apagó

la lámpara—. ¡Ese jardinero podría haber apagado las luces al menos!

Se agachó para coger la caja con las cartas y las fotos, y por un terrible momento Rosalie estuvo absolutamente segura de que los descubriría bajo la cama.

Contuvo la respiración.

Pero madame Bonnier tenía cosas mejores que hacer. Tenía que poner orden. La asistenta sacó una escalerilla del cuarto de limpieza, cogió la caja y, jadeando, la puso donde correspondía. Encima del armario.

Cuando desapareció en el baño y empezó a echar polvo limpiador en la bañera, Rosalie y Robert abandonaron su escondrijo y corrieron escaleras abajo con los zapatos en la mano.

—Un momento..., mi bandolera está todavía en la biblioteca —susurró Robert cuando Rosalie ya se dirigía a la puerta de la casa.

—*Bon*. Saldremos por el jardín. —Se deslizaron en la biblioteca, pasando por delante de la librería y los dos sofás, movieron la pesada puerta de cristal a un lado y luego volvieron a cerrarla desde fuera.

Cuando segundos más tarde corrían por el jardín como Bonnie y Clyde después de un golpe afortunado y desaparecieron entre las hortensias, Rosalie sintió una desmesurada necesidad de reír.

—«¡Malditos chismes eléctricos!» —soltó muerta de risa, y casi sin aire apoyó la mano en el tronco de un cerezo que crecía delante del muro que rodeaba el jardín.

Robert se dejó caer hacia adelante, las manos en los muslos, mientras se unía a sus risas contenidas.

Y entonces, Rosalie no habría sabido decir muy bien cómo sucedió, él la besó.

Aquella noche escribió en su cuaderno de notas azul:

El peor momento del día:

El maldito móvil de Robert empezó a vibrar cuando madame Bonnier estaba delante de la cama bajo la que nos habíamos escondido. Casi me hago pis de los nervios. ¡No quiero ni pensar lo que habría pasado si nos hubiera descubierto!

El mejor momento del día:

Un beso bajo un cerezo que nos ha dejado a los dos algo confusos.

«Perdón, no he podido evitarlo», dice Robert. Y yo digo, mientras mi corazón da un salto atrás: «Está bien, seguro que ha sido por la tensión». Y me río como si ese beso no hubiera sido nada.

Durante el viaje de vuelta en coche hablamos de nuestro descubrimiento y pensamos qué podría significar. Yo hablo y hablo para que él no oiga latir mi corazón. Entonces Robert hace una observación tonta y los dos nos callamos. El silencio es penoso, casi incómodo. Rápida despedida delante del hotel. Ningún beso más. Siento alivio. Curiosamente, estoy un poco desconcertada.

René estaba despierto todavía cuando llegué a casa. No ha notado nada, y tampoco ha pasado nada. Un desliz. *C'est tout!*

23

Algo había pasado.

Y Robert Sherman no se refería con eso a todas las cosas sorprendentes que le habían ocurrido desde que una semana antes hizo un curioso descubrimiento en un escaparate de la rue du Dragon. Un descubrimiento bastante desconcertante, como ya se había visto, que había trastocado su vida y había dejado el verdadero objetivo de su viaje (decidir su futuro personal y profesional) en un segundo plano.

Se refería a otra cosa: no podía quitarse de la cabeza el beso precipitado, inesperado, totalmente alocado, en un precioso jardín en Le Vésinet.

Cuando por la mañana temprano enfiló la rue de l'Université para llegar hasta el Musée d'Orsay, donde quería disfrutar de los impresionistas, las imágenes de la tarde anterior acudían a su mente como las olas de un cuadro de Sorolla. Veía una y otra vez a Rosalie con su entallado vestido azul, cómo reía, sin aliento y con las mejillas acaloradas, debajo del cerezo que extendía sus ramas como un tejado. El aire olía a lavanda y la penumbra se había expandido sobre el jardín, cuyos setos y arbustos se desdibujaban en el cielo cada vez más oscuro. Tenía el pelo suelto y su risa también tenía algo deliciosamente suelto, y por un embriagador momento que no conocía días ni horas, la mujer de la hermosa risa fue para Robert la criatura más adorable sobre la Tierra.

Ella estaba demasiado sorprendida como para defenderse. Él la había pillado por sorpresa y ella había permitido ese impetuoso beso que disparó miles de partículas luminosas por su cuerpo y fue dulce como las fresas.

De forma instintiva, se pasó la lengua por la boca y apretó un poco los labios como si eso pudiera devolverle el sabor de aquel beso que entretanto le resultaba ya tan irreal como si sólo lo hubiera soñado. Pero no había sido un sueño. Había ocurrido, y después todo se había frustrado de pronto.

Robert hundió las manos en los bolsillos del pantalón y siguió avanzando por la estrecha calle con las cejas levantadas.

Para Rosalie había resultado más bien incómodo, no tenía por qué engañarse. Cuando pasó el momento notó cómo ella se apartaba de él confundida. «Seguro que ha sido por la tensión», dijo, y luego se rio como si no hubiera ocurrido nada.

Era evidente que su beso no había sido precisamente arrebatador, y ella había sorteado con amabilidad la penosa situación para no hacerlo quedar como un idiota.

Soltó un hondo suspiro. Por otro lado..., cuando estaban callados e inmóviles debajo de la cama como en el capullo de un gusano de seda..., ¿no había algo en sus ojos? ¿No había visto él algo especial en su fija mirada? ¿No había surgido una inesperada cercanía que lo había hecho olvidar de pronto el duro suelo de parquet y el miedo a ser descubiertos?

¿Sería todo sólo producto de su imaginación? ¿Se debió todo a lo especial del momento? Ya no sabía nada.

Sólo sabía que podría haber seguido debajo de la cama eternamente. Pero entonces había sonado su teléfono móvil, y la suave vibración resonó en sus oídos como las trompetas de Jericó. Estuvieron a punto de ser descubiertos.

Robert sonrió satisfecho al pensar en los pesados pasos de la asustada asistenta y en cómo había sacudido una y otra vez la lámpara de la mesilla con desconfianza.

El regreso a París había sido extraño. Apenas se sentaron los dos en el pequeño coche, Rosalie empezó a hablar por los codos, a bombardearlo con preguntas («Y ¿está usted seguro de que su madre nunca mencionó el nombre de Max Marchais? ¿Y si él estuvo alguna vez en Mount Kisco y visitó a su madre? ¡Debían de conocerse si él le dedicó la historia a ella!»), y siguió llamándolo de usted a pesar del beso y planteando con decisión nuevos escenarios

que iban desde Max Marchais como hermano desconocido de su madre hasta Max Marchais como su amante secreto.

Robert empezó de pronto a sentirse incómodo y estaba cada vez más callado. Todos los descubrimientos y todas las preguntas que iban surgiendo comenzaban a ser demasiado para él. Habría sido más sencillo demandar por plagio a un escritor francés mayor y algo arrogante. Pero entonces Rosalie había descubierto el manuscrito y la máquina de escribir en casa de Marchais, y de pronto ya nada resultaba sencillo. Desde que estaba claro (o parecía estar claro) que su madre no había inventado el cuento del tigre azul para él, sino que el relato (según se podía suponer) se lo había dedicado a ella un francés (¡precisamente un francés!) al que ella jamás mencionó (al menos, no a él), ya no estaba tranquilo. Pero Robert no había hecho una reflexión concreta o, para ser sincero, tal vez no había querido hacerla.

Al fin y al cabo, se trataba de *su* madre y de *sus* sentimientos, y fuera cual fuese el trasfondo de esa extraña historia, le afectaría más que la mujer que hablaba y hablaba al volante, que lo irritaba y lo desconcertaba al mismo tiempo.

Al final, se había sentido desbordado.

—Sus especulaciones están todas muy bien, Rosalie, pero no nos permiten avanzar un solo paso más. Debemos hablar de una vez con Max Marchais —la interrumpió con brusquedad—. No se va a morir porque le hagamos un par de preguntas.

—Oh, bien. Muy bien. Disculpe que haya intentado ayudarlo —replicó ella—. Bueno, entonces será mejor que no diga nada más.

Ofendida, se quedó callada a pesar de que él le aseguró que no había sido su intención ofenderla, y, finalmente, se hizo un agobiante silencio en el estrecho habitáculo.

Cuando lo dejó delante de su hotel, él no se atrevió a tocarla. Se despidieron con una rápida inclinación de cabeza y Rosalie le prometió que lo llamaría en cuanto Max Marchais estuviera en condiciones de que se le hicieran ciertas preguntas.

—Habrá que esperar al menos hasta que vuelva a casa —dijo ella, y Robert suspiró para sus adentros—. Tal vez podamos ir

entonces a visitarlo juntos, seguro que eso facilitaría mucho las cosas; ¿qué le parece? —Lo miró y sonrió dubitativa.

—Mientras no tengamos que volver a meternos debajo de una cama llena de polvo, me parece muy bien —contestó él en un vano intento de resultar gracioso. Podría haberse dado de bofetadas en ese momento por un comentario tan estúpido.

Rosalie se había cerrado como una ostra. Normal. Contrariado, Robert contempló el rostro pálido de la chica, que no mostraba emoción alguna.

—Bueno, entonces..., tengo que irme —había dicho ella, finalmente, con una pequeña sonrisa, poniéndose bien el cinturón de seguridad—. Seguro que René me está esperando.

¡René! El golpe había dolido.

Robert apartó con desgana una pequeña piedra que rodaba en el agua siempre en movimiento de las cunetas de París. No había vuelto a pensar en que Rosalie tenía novio, ese guardaespaldas que siempre estaba dispuesto a defenderla con sus grandes puños. Sonrió y se acordó de su primer y ojalá que último encuentro con el hércules francés, que ya había querido partirle la cara una vez porque, al parecer, había molestado a su novia. Un entrenador de *fitness*, vaya. («Es deportista diplomado y profesor de yoga —le había dicho Rosalie muy seria en el Marly—. Hasta ha trabajado como entrenador personal de una famosa actriz francesa.») Pues muy bien. De acuerdo, ese tipo era, gracias a su estatura y a sus claros ojos azules, un hombre que las mujeres no podían pasar por alto. Vale, no tenía mal aspecto. Pero ¿qué más podía ofrecer?, pensó Robert con cierta arrogancia. No podía imaginar qué unía a Rosalie con el pragmático René, y tampoco *quería* imaginarlo... No los veía como almas gemelas. En cualquier caso, estaba más claro que el agua que no pegaban, pensó.

Y entonces, curiosamente, también pensó en Rachel.

La sensata, eficiente, decidida, siempre arreglada y maravillosa Rachel. Había sido ella la que había vuelto a llamar cuando él estaba con Rosalie debajo de la cama. Realmente un mal momento. No había dejado ningún mensaje, y eso evidenciaba que estaba

bastante enfadada. La llamaría por la tarde, decidió. Entonces sería por la mañana en Nueva York.

Si le hablaba de los manuscritos y le contaba que por eso había entrado en una casa a escondidas siguiendo el rastro de un misterio que lo afectaba también a él, seguro que ella lo perdonaría por haberle cortado la llamada. Pero mejor no le contaría que la segunda vez que Rachel había probado a llamarlo él estaba con Rosalie Laurent debajo de una cama. Y tampoco mencionaría el beso. El asunto ya era bastante complejo.

Aceleró el paso y llegó al Quai d'Orsay. Mientras hacía cola delante del museo y avanzaba poco a poco con paciencia, apareció otra vez ante él la sonriente Rosalie debajo de un árbol como la Titania de Shakespeare. Robert intentó ahuyentar la imagen y pensar en otra cosa, pero no pudo evitar preguntarse si había visto alguna vez a Rachel reír con tanta alegría como a aquella mujer caprichosa y obstinada que siempre le llevaba la contraria y que era (sí, tenía que admitirlo) la persona más encantadora que conocía, aunque por desgracia sólo los uniera la historia del tigre azul.

¿Era aquello mucho o poco? ¿O tal vez todo? «Cómo puede la felicidad gobernar el destino», cruzó por su cabeza. ¿Era aquél su sueño de una noche de verano?

El hecho de que fuera aquella joven artista francesa la que había ilustrado su libro favorito y a través de él se hubieran conocido le pareció de pronto un guiño del destino.

Y, mientras los dos intentaban desvelar el misterio de una vieja historia, ¿no había comenzado también una nueva historia que resultaba mucho más excitante?

Sumido en sus pensamientos, llegó a la taquilla del museo y compró una entrada.

Al guardar de nuevo la cartera vio el libro encuadernado en tela de rayas rojas y blancas que había adquirido el día anterior en Shakespeare and Company y que había olvidado por completo. *La fierecilla domada*. El libro seguía en su bandolera.

Quería habérselo entregado a Rosalie en el momento adecuado con una observación graciosa. Pero de algún modo la ocasión no

parecía querer presentarse. Robert suspiró. Al parecer, de momento los signos no eran muy favorables para Petruchio.

24

Después de más de dos semanas en el hospital, Max Marchais estaba feliz de estar de nuevo en casa. Estaba tan agradecido que incluso aguantó con una sonrisa las recriminaciones de Marie-Hélène Bonnier.

—¡Subido con pantuflas a una escalera, de verdad, monsieur Marchais! ¡Qué imprudente! ¡Podría haberse desnucado!

—Tiene usted toda la razón, como siempre, Marie-Hélène —contestó Max, y cortó satisfecho un trozo del crujiente *confit de canard* asado que madame Bonnier le había preparado sobre una cama de lechuga—. Realmente delicioso el pato, nadie lo prepara mejor que usted. —Pensó en la insípida comida de dieta que le habían dado en el hospital y masticó con gusto la sabrosa y tierna carne de pato que, como sabía, su asistenta había comprado fresca en el mercado de Le Vésinet—. ¡Sencillamente divino! —Tragó la carne y dio un largo sorbo de vino de Saint-Émilion.

Madame Bonnier se sonrojó de orgullo. No era frecuente escuchar tales himnos de alabanza de boca de su jefe.

—Bueno, ya sé que éste es su plato favorito, monsieur Marchais. Y, naturalmente, todos nos alegramos mucho de que esté usted de nuevo aquí.

Madame Bonnier se retiró a la cocina algo cohibida, mientras Max se preguntaba divertido quiénes eran *todos*. Tampoco era que conociera a cientos de personas que lo hubieran echado dolorosamente de menos, a él, un viejo gruñón.

Valoraba que Marie-Hélène no hubiera dudado en volver mucho antes de su visita a su hija y su nieta para ocuparse de las cosas de la casa y supervisar un par de reformas que habían tenido que hacer con urgencia. Ahora que él la necesitaba, no lo dejaría en la

estacada, le dijo. Y del jardinero no se podía fiar: se había dejado todas las luces de la casa encendidas, e incluso la puerta de la terraza no estaba bien cerrada. ¡Podría haber entrado alguien fácilmente!

Era extraño, pues Sebastián juraba y perjuraba que había cerrado bien todas las puertas y, por supuesto, también la puerta grande de la terraza. Bueno, era posible que con todo el lío se le hubiera olvidado; en cualquier caso, Max le estaría eternamente agradecido, y no sólo por tener el jardín impecable. Había sido también Sebastián quien lo había recogido en la clínica y lo había llevado a casa.

—Podría haberlo hecho también Clément —había dicho madame Bonnier algo ofendida.

Clément era su marido, y de este modo Max se enteró, con sorpresa y una sonrisa, de la pequeña rivalidad entre la asistenta y el jardinero.

Cuando llegó a casa se encontró un ramo de flores que Rosalie Laurent le había enviado. ¡Qué atenta! Le gustaría mucho poder visitarlo pronto en Le Vésinet, ponía en la delicada tarjeta pintada a mano con la que le deseaba una pronta recuperación.

Rosalie había ido otras dos veces a verlo al hospital, y en las dos ocasiones había esperado pacientemente a que la enérgica fisioterapeuta que lo visitaba todos los días (no se sabía muy bien cuándo) terminara con sus ejercicios.

Le había llevado una caja color lavanda con una pequeña tarta de la pastelería Ladurée, y le había contado que avanzaba a buen paso con las ilustraciones del libro de cuentos y que la ayuda en la tienda había sido una suerte. También le habló de su novio, René, que se encontraba muy a gusto en la soleada California y estaba entusiasmado con el curso y con la mentalidad de la gente (todos muy deportistas, todos muy interesados en llevar una vida saludable).

Sin embargo, a Max no se le escaparon las miradas inquisitivas que Rosalie le lanzaba cuando creía que él no la veía.

—¿Pasa algo? ¿O es que tengo un aspecto realmente espantoso? —preguntó por fin, y ella sacudió la cabeza y se rio

apurada.

—No, no, ¿qué va a pasar? Sólo me alegro de que esté usted tan bien.

Sin embargo, Max había notado que algo no iba bien. Rosalie parecía más pensativa que otras veces, más ensimismada. Como si estuviera esperando algo.

Bueno, tal vez echara de menos a su novio, se dijo. Él sabía lo que era vivir solo, y valoraba las ventajas que conllevaba no tener que estar pendiente de nadie. Pero las últimas semanas había comprobado con creciente irritación que echaba de menos algo en su vida.

En la habitación del hospital había tenido tiempo de sobra para pensar. Algunos años antes, su tranquilidad era sagrada para él, enseguida lo molestaba o lo aburría la gente, y pensaba que jamás podría sentirse solo porque siempre habría libros que le interesaban y podía leer.

Pero cuando faltaron las personas que significaban algo para él, curiosamente también perdieron importancia los libros. En lo más profundo de su ser, y a pesar de la arrogancia que podía mostrar, Max lamentaba no tener familia. Y con ello no se refería a su hermana siempre quejumbrosa de Montpellier, que en efecto lo había llamado al hospital porque madame Bonnier la había informado de su accidente sin él saberlo («¡Al fin y al cabo, es su hermana, monsieur!»). Como era de esperar, no había sido una conversación muy agradable. Al principio Thérèse se interesó (por compromiso) por su estado, y luego no se le ocurrió nada mejor que contarle que un vecino, un viejo achacoso y gruñón al que él ni siquiera conocía, había muerto después de sufrir una fractura del cuello del fémur.

Típico de su hermana, quien, le ocurriera a uno lo que le ocurriese, siempre tenía historias peores que contar. Tras el espeluznante relato del vecino, se quejó de que él no iba nunca a verla a Montpellier. Y el resto del tiempo lo aprovechó para hablarle con todo detalle de la *terrible* rotura de una tubería que se había producido en primavera: «No puedes ni imaginar lo que costó al final, y los imbéciles del seguro no han pagado nada porque, al

parecer, las tuberías estaban en un estado lamentable». ¿Quién sabía?, quizá en Montpellier ya estaban especulando con su herencia. ¡Pero ahí se equivocaban!

No, la familia no era algo necesariamente positivo, se dijo Max cuando después de otro cuarto de hora colgó el teléfono indignado. Y sí, a veces se pillaba a sí mismo pensando que seguro que la vejez resultaba más fácil de sobrellevar cuando se tenía a alguien con quien mirar esperanzado hacia adelante..., con la certeza de que todo continúa y queda algo todavía.

Una y otra vez pensaba que había sido una gran suerte ceder a la insistencia de su editor.

Sin *El tigre azul*, seguro que no habría conocido a Rosalie Laurent, que ahora ocupaba un poco el lugar de una hija. Aparte de que él jamás habría ido a la pequeña tienda de postales de la rue du Dragon si Montsignac no le hubiera insistido tanto.

¡El bueno de Montsignac! Siempre había estado ahí en los momentos importantes de su vida, buenos o malos. Y también esa vez había ido a verlo al hospital.

Sin avisar, como era su estilo, una tarde se presentó de pronto en la habitación con una camisa blanca que, como siempre, se tensaba de forma peligrosa sobre su barriga.

—Vaya, siempre se le ocurre algo nuevo para no tener que contestar al teléfono, ¿no? —dijo al entrar.

Luego se sentó a su lado, saludó con un gesto altivo a la enfermera Yvonne y, cuando ésta abandonó la habitación con mirada desconfiada y las suelas rechinando, sacó imperturbable una botellita de *pastis* de su cartera.

—¡No vuelva a hacerlo, Marchais, viejo amigo! ¿Cómo puede usted darme estos sustos? En usted están depositadas las esperanzas de toda la editorial. —Sirvió el *pastis* en dos vasos de agua y brindaron—. *Santé!*

—Ya pensaba que sólo venía a verme cuando quería algo de mí —bromeó Max intentando ocultar su emoción—. ¡Si está otra vez tramando algo, Montsignac, olvídelo inmediatamente! No escribiré una sola línea más para la editorial, antes me dejo caer de nuevo de la escalera.

—Bueno, eso ya lo veremos. Todo a su debido tiempo, diría yo. De momento tiene usted que hacer sus ejercicios con esa... *atractiva* enfermera —Montsignac señaló la puerta y sonrió con satisfacción—, para que pueda ponerse de pie enseguida, *n'est-ce pas?* —Sus ojos brillaron divertidos—. Pero un pequeño cuento de Navidad, ilustrado por su amiga Rosalie Laurent..., eso lo escribe usted en un momento antes de la cena.

—No si la cena es tan mala como en este hospital.

—Está usted muy mal acostumbrado, mi querido Marchais... Ya me gustaría a mí que mi mujer cocinara tan bien como su madame Bonnier. Curiosamente, ella prefiere leer.

Los dos se rieron, y ahora, unos días después, Max estaba ya en casa degustando la suculenta *crème brûlée* que Marie-Hélène acababa de servirle en el comedor. Con un suspiro de satisfacción, se limpió la boca con la servilleta de tela y se dirigió a la biblioteca apoyándose en las dos muletas con pasos cortos y prudentes. Era un milagro que después de la operación pudiera andar tan bien. La palabra *progreso* cobraba de pronto una nueva dimensión. Hasta el *professeur* Pasquale se había sorprendido de lo bien que iba «la cadera de la habitación 28», y al final había tenido que ceder al insistente deseo de Max de continuar de forma ambulatoria la fase de rehabilitación necesaria tras la hospitalización.

Así, Max iba todos los días a una clínica próxima al hospital, donde un fisioterapeuta hacía los ejercicios con él. Era algo molesto, pero infinitamente mejor que ingresar en un centro de rehabilitación y coger una depresión. Además, el *professeur* Pasquale le había aconsejado retirar todo lo que pudiera hacerlo tropezar en la casa, poner asideros y una silla de ducha en el baño y alejarse de las escaleras por un tiempo.

Max dejó las muletas a un lado, se dejó caer en la silla del escritorio con un gemido y miró el jardín bañado por el suave sol del mediodía. Luego cogió el teléfono y marcó el número de Rosalie Laurent.

Estaba en la tienda y tenía clientes, aunque la alegría que sintió por la llamada resultaba evidente. Fue una conversación breve, pero

duró lo suficiente para hacer lo más importante: invitar a Rosalie a tomar un café en Le Vésinet el sábado.

—Qué bien que esté usted otra vez en casa, Max, estaré encantada de ir —dijo—. ¿Quiere que lleve algo?

—No es necesario, Marie-Hélène nos preparará una *tarte tatin*. Tráigase simplemente a sí misma.

Max colgó el teléfono con una sonrisa y se quedó un rato pensativo en su escritorio. Al final de la conversación telefónica, Rosalie había dicho que quería comentar algo con él cuando fuera a Le Vésinet. ¿Qué sería?

Max reflexionó un poco y notó cómo se apoderaba de él un agradable cansancio. Desde su estancia en el hospital, se había acostumbrado a dormir una pequeña siesta. Y allí, en la silenciosa tranquilidad de la vieja mansión, por suerte no lo molestaba nadie. Agarró las muletas y se levantó con pesadez de la silla. Probablemente Montsignac hubiera tentado a Rosalie con ese cuento de Navidad y ahora ella quería convencerlo. ¡Ese viejo zorro!

Sacudiendo la cabeza, se dirigió hacia la puerta. Cuando pasó por delante de la cómoda antigua y lanzó una mirada satisfecha a su cuadro favorito, que mostraba un sereno paisaje del sur de Francia junto al mar, de pronto observó algo que lo dejó perplejo.

En la vieja Remington, que hacía décadas que no usaba y que conservaba más bien por nostalgia, había una hoja de papel.

Atónito, Max hizo girar el rodillo y extrajo el papel. Lo que vio lo hizo sentirse extrañamente intranquilo. Las líneas azul pálido eran como un mensaje del pasado. ¿Cómo era posible?

Su corazón se aceleró y se sintió como un viajero en el tiempo que caía en el vacío a toda velocidad.

En la hoja que tenía en la mano estaban las primeras frases de la historia del tigre azul. Escrita casi cuarenta años antes. En esa vieja Remington.

25

«A veces ocurren cosas en la vida con las que uno no había contado —le había dicho él cuando hablaron por Skype, como todos los viernes, y su voz había sonado firme y culpable a la vez, igual que las imágenes que llegaban con retraso de su rostro, que bajo el sol californiano había adquirido un tono dorado—. Pensé que sería mejor decírtelo cuanto antes —añadió con franqueza, y sonrió desde la pantalla—. Espero que podamos seguir siendo amigos.»

En realidad, Rosalie había contado con muchas cosas, pero no con que René pondría fin a su relación por Skype. Nunca le había pasado algo así. Sin embargo, debería haberlo visto venir, y si no hubiera estado tan absorta en los acontecimientos y las confusiones sentimentales de su propia vida, seguro que habría detectado las señales antes.

Habían pasado casi tres semanas desde que había llevado a su novio al aeropuerto de París. Desde el principio había tenido la sensación de que René estaba en el curso de San Diego como pez en el agua... (siempre que hablaba con él le venía esa vieja expresión a la cabeza). En todas las llamadas, su novio casi se quedaba sin voz de la emoción. Zack Whiteman..., un dios. Los asistentes al curso..., comunicativos, abiertos y con el espíritu adecuado. Las largas playas de arena dorada..., increíbles. El clima..., fantástico. Todo era perfecto, lo había captado.

—La última tendencia ahora es el *roga* —le había contado René —. Lo mejor que puedes hacer por tu cuerpo.

—*¿Roga?* —había repetido ella con desconfianza mientras estaba en la cama con una taza de café y confiaba en no tener que practicar nunca un deporte en el que había que esforzarse sólo para nombrarlo—. ¿Qué es eso?

—Una mezcla de *running* y yoga —le había explicado él—. Te lo enseñaré cuando esté de vuelta.

Ella se rio pensando: «¡Oh, no, por favor!». Cuando luego le habló de la rubia corredora de fondo con la que daba muy temprano su «carrera en ayunas» para después compartir una papaya con zumo de lima, ella lo consideró «entusiasmo deportivo» y no le dio importancia.

En las siguientes llamadas telefónicas había surgido un par de veces el nombre de Anabel Miller, y luego la corredora de fondo desapareció de sus conversaciones. Aunque, al parecer, no de la vida de su novio practicante de *roga*.

Rosalie había estado unos días sin volver a saber de él, y cuando días después habían vuelto a hablar y René había aparecido visiblemente cortado en la pantalla de su ordenador, Rosalie notó que él tenía que confesarle algo. Su entusiasmo permanente había dado paso a cierta incomodidad, y sus ojos marrones miraban inseguros a la cámara.

—¿Podemos hablar? —preguntó él.

—Claro. Estamos hablando —contestó ella sin entender nada.

—*Alors*..., bueno..., no sé muy bien cómo decírtelo... ¡Puf! —Se rascó la nuca—. No es nada fácil. Tú... eres una mujer maravillosa, Rosalie..., aunque comas demasiados *croissants*. —Sonrió cohibido —. Pero, bueno, te lo puedes permitir, lo quemas todo...

—Eh..., ¿sí? —Rosalie, confundida, se echó hacia adelante e intentó verle un sentido al balbuceo de su novio.

—Sí..., quiero decir que no tiene nada que ver contigo, y que en ningún caso me gustaría que te ofendieras, eres muy importante para mí... Y aunque nosotros tal vez..., eh..., ¿cómo lo diría?..., no tengamos intereses comunes... —tragó saliva—, lo nuestro siempre me ha parecido muy bonito...

Entonces lo entendió todo.

—La corredora de fondo —dijo, y él asintió aliviado porque por fin estaba claro.

Y entonces dijo esa frase sobre las cosas que a uno le ocurren a veces en la vida aunque no haya contado con ellas.

Curiosamente, no le había dolido. En cualquier caso, no demasiado. Claro que sintió algo especial cuando los años con René pasaron como una película por delante de sus ojos interiores. Había cosas que no quería olvidar, como la única carrera que habían dado juntos a primera hora de la mañana por los jardines de Luxemburgo, o la primera noche en el tejado de su pequeña vivienda.

Rosalie sonrió al pensar en ello. No estaba ni hundida ni furiosa por la confesión de René de que se había enamorado locamente de una rubia deportista de nombre Anabel Miller que tomaba papaya para desayunar y con la que estaba a sus anchas haciendo *roga* o lo que fuera que hiciera con ella.

La sinceridad de René la había desarmado, como siempre, y no podía enfadarse con él. Sorprendida por lo rápido que se había enamorado, sí, sí lo estaba. Pero cuando, después de su conversación por Skype, se vistió y se pintó los labios delante del espejo del cuarto de baño, comprobó con sorpresa que casi sentía cierto alivio. Puede que fuera porque también en su vida habían pasado cosas con las que ella no había contado.

Robert había aparecido el martes anterior en la tienda por sorpresa para informarse sobre el «estado del asunto». Era la primera vez que volvían a verse después de la memorable aventura en Le Vésinet y la precipitada despedida delante del hotel. Cuando vio aparecer la larguirucha figura de pelo rubio a mediodía por la puerta de la tienda, Rosalie sintió algo así como un sobresalto de alegría por todo el cuerpo.

—¿Molesto? —preguntó Robert, lanzándole una esperanzada sonrisa a la que era difícil resistirse.

—No..., no, claro que no. Sólo tengo que... —tartamudeó ella apartándose apurada el pelo de la cara— cobrar. —Con las mejillas sonrojadas, se volvió hacia su clienta—. Bien..., ¿qué tenemos aquí? Tres pliegos de papel de regalo, cinco tarjetas, un sello de rosas...

—Ah, ¿sabe qué? Creo que me llevaré también uno de esos preciosos pisapapeles que tiene usted en el escaparate —dijo la clienta, una mujer pelirroja con un elegante vestido camisero amarillo (por supuesto, una italiana), y se dirigió hacia el escaparate taconeando sobre sus zapatos impresionantemente altos—. Ése de

ahí..., el de la inscripción. —Señaló un pisapapeles con el dedo índice.

—Sí, por supuesto. —Rosalie siguió a su clienta y pasó por delante de Robert, que estaba apoyado en la puerta de la tienda—. ¿Qué pisapapeles le parece más bonito..., *Paris* o *Amour?*

—Hum... —La italiana pensó un poco—. *Molto bene*..., los dos son muy bonitos... —Frunció indecisa los labios, mientras Rosalie cogía del escaparate los dos pisapapeles de cristal ovalados y se los mostraba.

—¿Por qué no se lleva los dos? —se oyó de pronto desde la puerta, y ambas mujeres se volvieron sorprendidas. Robert Sherman las miraba sonriente, con los brazos cruzados sobre su polo azul agua—. Disculpe mi intromisión..., pero «París» y «amor»... encajan perfectamente, ¿no le parece?

La italiana, halagada, le devolvió la sonrisa; no era difícil apreciar que le había gustado la «intromisión» de aquel atractivo desconocido. Su mirada se perdió por un momento en los ojos de él, descendió luego por los brazos bronceados que salían del polo, por los pantalones claros algo anchos y los mocasines de ante marrón.

Pareció gustarle lo que vio.

—*Si, signore*, es una buena idea —dijo en un arrullo—. París es la ciudad del amor, ¿no?

La italiana se rio, echó el cuello un poco hacia atrás y aleteó con sus tupidas pestañas negras. Era evidente que consideraba la intromisión de Robert como una invitación a flirtear. Le hizo una breve seña a Rosalie.

—¡Envuélvame los dos, por favor! —Luego volvió a centrar toda la atención en Robert—. Usted tampoco es de aquí, ¿verdad? ¿De dónde es?... No, déjeme adivinarlo. —Otra vez esa risa gutural—. ¡Es usted... norteamericano!

Robert levantó las cejas y asintió divertido, mientras en la caja Rosalie envolvía en silencio los pisapapeles con papel de seda y seguía la conversación con el ceño fruncido. ¿Qué era ese tonteo? Luna Luna no era un café de citas.

—Un americano en París..., ¡qué romántico! —exclamó la italiana embelesada. Luego bajó la voz—: Así que los dos somos

extraños en esta preciosa ciudad. —Le tendió su fina mano, y a Rosalie no la habría sorprendido que Robert se la hubiera besado—. Gabriella Spinelli, de Milán.

Robert estrechó su mano sonriendo satisfecho.

—Robert Sherman, Nueva York.

Gabriella Spinelli retrocedió un paso.

—¡No! —dijo en un susurro, y abrió un poco más sus enormes ojos—. ¡¿No será del bufete Sherman & Sons?! Mi tío, Angelo Salvatore, que vive en Nueva York, fue representado hace años por Paul Sherman en un caso muy complicado. Se trataba de mucho mucho dinero. El mejor abogado que había tenido jamás, tío Angelo sigue diciéndolo todavía hoy. Quedó muy satisfecho. —Se colocó bien las gafas de sol oscuras sobre el pelo.

Robert asintió desconcertado.

—Era mi padre.

—¡Vaya, qué cosas! *Madre mia!* ¡Dios mío, ¿será posible?! —Gabriella rio extasiada, y Rosalie sintió de pronto el fuerte impulso de apretar el fino cuello de la mujer pelirroja de Milán cuyo tío Angelo Soprano..., no..., Salvatore... estaba claro que era un capo de la mafia de Nueva York.

—*It's a smalle worlde* —dijo ella con su horrible acento italiano —. ¿Cree usted en las casualidades, míster Sherman? —Ladeó coqueta la cara, y Robert no pudo evitar sacudir la cabeza riendo.

Rosalie consideró entonces que había llegado el momento de actuar.

—*Et voilà*... Son setenta y tres euros con ochenta céntimos — dijo, y le puso a la sorprendida Gabriella un bonito paquete azul celeste con un lazo blanco delante de las narices.

La italiana sacó de forma apresurada una gigantesca cartera de su bolso de Prada amarillo canario sin perder de vista al norteamericano, que no se movió de su sitio junto a la puerta.

Cuando ya había pagado y se plantó a toda prisa delante de Robert para retomar la conversación, Rosalie la siguió.

—*Au revoir*, madame, lo siento, pero cerramos a mediodía — dijo abriendo la puerta y empujando a la italiana pelirroja suavemente pero con energía hacia la calle.

—¡Oh, un momento! —Gabriella hizo un elegante giro a la derecha y se plantó otra vez delante de Robert—. ¡Qué suerte habernos conocido, míster Sherman! —gorjeó—. ¿Tendría usted tiempo para tomar un café? Me encantaría.

—Por desgracia, míster Sherman tiene ya una cita —dijo Rosalie, y sonrió irritada. Cruzó los brazos y le cortó el paso a la hermosa Gabriella para que no pudiera volver—. *Bonne journée, madame!*

—¡Oh, qué lástima! ¡Qué lástima! —La italiana se marchó muy afligida con su paquete, no sin antes entregarle una tarjeta de visita y lanzarle una mirada lujuriosa a Robert—. Llámeme, *signor* Sherman, estoy segura de que tenemos muchas cosas que contarnos.

—¿*Tengo* una cita? —preguntó Robert divertido después de que Rosalie cerrara la puerta de golpe detrás de Gabriella Spinelli.

—Sí —replicó ella al tiempo que le lanzaba una mirada desafiante—. Conmigo.

—¡Oh! —Robert levantó las cejas y sonrió satisfecho—. Naturalmente, eso es... *mucho* mejor.

—Muy gracioso. Si ha venido a ligar con desconocidas en mi tienda, ya puede irse —se le escapó. ¡Qué tonta! Se mordió los labios.

—¿Oigo hablar a los celos?

Rosalie puso los ojos en blanco con un gesto teatral.

—Se sobrevalora usted, querido amigo. Sólo quería protegerlo de un petirrojo italiano que no paraba de gorjear.

—Un petirrojo italiano sumamente atractivo. —Él sonrió—. Bonitas piernas.

—Vaya, no sabía que le gustaban los petirrojos italianos —bromeó ella.

Robert sacudió la cabeza.

—No tema, querida. Pensándolo bien, me gustan más los tordos franceses. —La miró, y las comisuras de sus labios se tensaron—.

Bueno, entonces ¿tengo ahora una cita o no?

—Si se porta bien..., tal vez. —Rosalie le lanzó una mirada significativa. Todavía no le había perdonado la observación de la cama llena de polvo—. Quizá más tarde, cuando venga madame Morel..., mi ayudante —añadió—. Antes no puedo marcharme.

—¿No acaba de decir que iba a cerrar?

—Si no tiene intención de dejar de hacerme preguntas estúpidas, ya puede ir largándose —repuso Rosalie—. ¿Por qué está aquí realmente?

—Bueno, pasaba por aquí cerca y quería preguntarle si había sabido algo de Max Marchais. No me ha llamado usted desde... desde que volvimos de Le Vésinet, y no estaba seguro... —Guardó silencio un momento y se preguntó qué estaba pensando de verdad —. Quiero decir, estaba usted algo enfadada... en el coche...

—Está bien. —Rosalie notó cómo se sonrojaba y miró hacia un lado—. Max Marchais abandonó la clínica hace un par de días, pero todavía no me ha llamado. En cuanto dé señales de vida, lo llamaré e iremos juntos a Le Vésinet. Como acordamos. —Estaba claro que él la tomaba por una sensible mimosa que no cumplía su palabra cuando se sentía ofendida.

—No quería enojarla, Rosalie. La otra tarde estaba bastante confuso. Todo este asunto tiene una gran importancia personal para mí, no es sólo una especie de... búsqueda del tesoro, seguro que lo entiende.

Rosalie asintió. Claro que lo entendía.

Robert le lanzó una mirada escrutadora.

—Y mi observación de que no querría estar con usted debajo de una cama era sólo...

—Una tontería —dijeron los dos a la vez, y se echaron a reír.

—Entonces ¿cuándo viene esa madame Morchel?

—Morel. Y viene a las dos. Si quiere, puede recogerme entonces y damos un paseo con *William Morris*.

Cuando oyó su nombre y la palabra *paseo*, el perro levantó la cabeza y meneó alegre el rabo.

Robert se inclinó y acarició al pequeño animal en la cabeza.

—Bueno, ¿quién sabe? —dijo—, tal vez sea éste el comienzo de una buena amistad.

La tarde no transcurrió como estaba previsto. Salvo para *William Morris*, al que le daba igual cuánta gente lo sacara a pasear.

En vez de ser dos, fueron tres los que dieron el paseo a lo largo del Sena. Y la mayor parte de la conversación estuvo a cargo de su madre.

Rosalie se quedó muy sorprendida cuando, poco antes de las dos, entró en la tienda no sólo madame Morel, sino también un poco más tarde su madre, con la que había estado cenando no hacía mucho.

—*Bonjour, mon enfant* —dijo reclamando enseguida la mayor atención posible—. ¿No vas a saludar a tu madre?

Iba elegantemente vestida, como siempre (traje gris claro, blusa de seda blanca, collar de perlas), y parecía recién salida de la peluquería, pues llevaba el pelo rubio ceniza muy bien peinado y recogido en la nuca en un artístico *chignon*.

Rosalie, que en ese momento estaba conversando con madame de Rougemont, que tampoco ese caluroso día de verano había renunciado a sus guantes y casi superaba a madame Laurent en elegancia, sonrió e hizo una pausa para dar un breve saludo a su madre.

—¡Hola, *maman*! —Madre e hija intercambiaron los besos en la mejilla de rigor—. Enseguida estoy contigo. ¿Quieres sentarte? —Señaló el sillón de cuero del rincón.

—Ay, no, mejor me quedo de pie, he estado horas sentada en la peluquería. —Madame Laurent soltó un pequeño y elegante suspiro y, con un rápido movimiento de la mano, repasó su pelo perfectamente recogido—. No te preocupes por mí, *ma petite*, puedo esperar.

Paseó de un lado a otro de la tienda y su mirada recorrió los objetos expuestos, hasta que se clavó en madame Morel, que estaba colocando las tarjetas y los sobres de colores en un estante.

—Ah, usted debe de ser la nueva ayudante. Muy sensato que mi hija haya buscado por fin más personal, trabaja demasiado. —Hizo una majestuosa inclinación de cabeza a madame Morel y siguió dando vueltas por la tienda tarareando algo en voz baja, mientras sus tacones resonaban en el suelo de piedra.

Rosalie sintió que la invadía cierto nerviosismo. Con un oído estaba pendiente de su madre, y con el otro escuchaba a madame de Rougemont, que le contaba con todo detalle sus deseos para una tarjeta de cumpleaños pintada a mano para su amiga de más edad, Charlotte.

—Tiene que haber una góndola —reflexionó en voz alta—. Charlotte adora Venecia, y me gustaría regalarle un fin de semana en la ciudad italiana. ¿Qué le parece?

—¡Oh, me parece magnífico! —se apresuró a responder Rosalie, sin perder de vista a su madre, que seguía haciendo su ronda con las manos cruzadas en la espalda y los tacones sonando.

—Pero el texto de la tarjeta debe... ser original, me gustaría algo *original*. —Madame de Rougemont dibujó delicadas espirales en el aire con su mano enguantada y apretó pensativa los labios con un suave toque de pintalabios rosa.

—Seguro que se me ocurre algo, madame.

Rosalie se incorporó en un intento de dar por finalizada la conversación con la vieja señora.

—Bueno, entonces no quiero entretenerla más, querida. —Madame de Rougemont cogió su bolsito y miró con curiosidad a madame Laurent—. Veo que tiene usted visita. ¿Su madre? —preguntó.

Rosalie asintió, y la vieja dama lo consideró una señal para presentarse. Se dirigió hacia la sorprendida madame Laurent con pasitos cortos y dijo:

—*Adoro* la tienda de su hija. ¡Qué cosas tan bonitas!

—¿Puedo presentarlas? *Maman*..., ésta es madame de Rougemont, una clienta muy querida. Vive también en el séptimo —dijo Rosalie rápidamente—. Mi madre..., madame Laurent.

—*Enchantée*.

Cathérine Laurent inclinó levemente el cuerpo. Pero antes de que pudiera empezar con su discurso, que, sin duda, incluiría que ella era una De Vallois de nacimiento, volvió a abrirse la puerta de nuevo. Eran las dos en punto.

Entró Robert. En la mano llevaba un ramo de flores gigantesco.

—Oh... ¿Llego pronto? —preguntó al ver la reunión de mujeres de distintas edades que lo miraban con interés.

Un cuarto de hora más tarde (el ramo de flores, que todas en la tienda contemplaron con admiración, había ocupado ya su lugar en un gran jarrón), se disponían ya a dar un paseo: Robert, Rosalie y... *maman*.

Cathérine Laurent no pudo renunciar a acompañar a su hija y a ese interesante norteamericano de modales tan impecables que le llevaba flores a su hija.

—Ay, creo que os acompañaré un poco, hace un día espléndido, y hoy he estado *tanto* tiempo sentada... —exclamó después de que Rosalie le presentara con pocas palabras a Robert Sherman como un «conocido».

Seguro que a madame de Rougemont tampoco le habría importado dar un pequeño paseo si la hubieran invitado. No dejaba de mirar al hombre alto de acento estadounidense que en cierto modo le resultaba conocido... ¿Un actor quizá?

—¡Qué ramo de flores tan bonito! —dijo finalmente cuando se disponía dubitativa a marcharse, no sin antes dedicar a Robert Sherman una encantadora sonrisa. Pero de pronto se detuvo y abrió muchos los ojos—. ¡*Parbleu*, ya sé de qué lo conozco, monsieur! Usted ya ha estado aquí más veces, ¿verdad? Usted es..., ¿no es usted el abogado que tiró...?

—Oh, ¿monsieur Sherman es *abogado*? —dijo Cathérine Laurent encantada.

—¿...los expositores de tarjetas? —finalizó su frase madame de Rougemont sin inmutarse—. Bueno, veo que ya se ha arrepentido de la escenita, monsieur. —Su pequeña mano se agitó en el aire en

dirección al ramo de flores cuando abandonó la papelería—. Siempre está bien que un hombre pueda disculparse..., el mío no pudo hacerlo nunca.

—¿Qué escenita? —preguntó interesada la madre de Rosalie mientras Robert levantaba las cejas sorprendido y madame Morel permanecía esperando detrás de la mesa.

Rosalie decidió acabar con la confusión general y le puso la correa a *William Morris*.

—Vamos —dijo despidiéndose con una seña de madame Morel, que debía ocuparse de la tienda por la tarde.

Mientras paseaban en buena concordia por la orilla del Sena y Cathérine Laurent daba conversación a Robert, Rosalie pudo oír cómo traqueteaba la cabeza de su madre.

Un conocido del que no había oído hablar nunca, flores, una escenita, una disculpa, su hija visiblemente cortada y René muy lejos y fuera de juego.

Vio una sonrisa de satisfacción revoloteando en la comisura de los labios de su madre. Era evidente que *maman* estaba sacando conclusiones equivocadas. Que al final esas conclusiones no estarían *tan* equivocadas porque el destino había decidido por capricho mandar al lejano San Diego a una corredora de fondo que conquistara tempestuosamente el corazón de René era algo que, como era evidente, Rosalie no sabía todavía aquella tarde de martes.

—Y ¿cómo conoció a mi hija, monsieur Sherman? —oyó que preguntaba su madre. Madame Laurent había empleado un tono confiado que no resultaba en absoluto adecuado, y Rosalie se preguntó cuánto iba a tardar en colgarse del brazo de Robert. Dios santo, era penoso cómo estaba interrogando al pobre Robert. Como si fuera un yerno en potencia—. Habla usted un francés fabuloso, si me permite decirlo —añadió con un gesto de reconocimiento.

—Sí..., ya lo ha comprobado también su hija —respondió Robert y le hizo un guiño a Rosalie—. En principio se puede decir que nos conocimos a través de un libro que los dos..., eh..., valoramos mucho.

—Oh, sí, la literatura..., puede unir *tanto*. —Madame Laurent empezó a desvariar—. Yo adoro los libros, ¿sabe?

Rosalie miró a su madre sorprendida. ¿Qué significaba aquello?

—¿Va a quedarse mucho tiempo en París, monsieur Sherman? En ese caso, tiene que venir a mi casa con Rosalie a tomar el té.

—Bueno, yo...

—Monsieur Sherman y yo trabajamos en un proyecto común, *maman* —la interrumpió Rosalie, y se agachó para soltar a *William Morris*, que tiraba con fuerza de la correa—. Y eso es todo. —Intentó no oír la vocecilla en su interior que preguntaba con sarcasmo si realmente se creía lo que estaba diciendo.

Su madre, en cualquier caso, no pareció creérselo.

—Vaya, vaya —dijo sin dejarse distraer de su objetivo, y jugueteó con su collar de perlas—. ¿Así que es usted abogado, monsieur Sherman? —prosiguió con su interrogatorio—. Una profesión interesante. ¿Está aquí en viaje de trabajo?

Robert hundió las manos en los bolsillos y sonrió.

—Sí y no. Todavía estoy indeciso.

Y luego le contó a una impresionada madame Laurent que había estudiado Derecho, pero que luego se había decidido por una carrera más humanística en la universidad, y estaba en París porque le habían ofrecido un puesto como profesor invitado en la Sorbona el próximo semestre.

—¡Un profesor de Shakespeare, qué maravilla! —exclamó madame Laurent—. *¡Hamlet, La fierecilla domada, Romeo y Julieta!* «Y lo que el amor puede hacer, aquello el amor se atreve a intentar...» —declamó para desesperación de Rosalie antes de lanzarle a Robert una mirada cargada de significado—. Y ¿todavía lo está pensando?...

26

—Podemos empezar —dijo Rosalie—. Estamos invitados a casa de Marchais el sábado. Es decir... —hizo una pausa y rio en el auricular —, en realidad sólo estoy invitada *yo*. Tenemos que pensar algo para usted.

—¿Por qué no le ha dicho simplemente que iré con usted? ¿Qué significa este juego del escondite? Al fin y al cabo, tengo derecho a saber...

—Sí, está bien —soltó ella—. No resulta fácil contar todo eso por teléfono. Al oír que venía usted también, probablemente, habría suspendido la cita. Max Marchais sólo lleva unos días en casa, y puedo asegurarle que no tiene muchas ganas de conocerlo. Una vez dijo textualmente que esperaba no tener que encontrarse nunca con ese desequilibrado.

—Puedo imaginármelo. Si usted le ha contado las mismas historias de terror que a su novio, no me extraña lo más mínimo.

—Sí, sí, dejemos lo de mi novio —replicó ella con cierta brusquedad—. Lo que quiero decir es que se modere usted un poco, ¿de acuerdo? Ese hombre mayor no se deja impresionar tan fácilmente como mi madre.

Y colgó antes de que él pudiera replicar. Robert sonrió. En realidad, Cathérine Laurent también se dejaba impresionar bastante más que su hasta ahora algo arisca hija. El interés que la elegante madame Laurent había mostrado por él había sido casi inagotable, mientras que su hija jugueteaba aburrida con su coleta y no tomaba parte en la conversación. Era sorprendente lo distintas que eran madre e hija..., y no sólo por fuera. Estaba convencido de que Rosalie, con su pelo oscuro y los ojos azules, se parecía más a su padre.

A pesar de que Robert habría preferido dar el paseo vespertino por el Sena sólo con Rosalie, le estaba muy agradecido a madame Laurent y a su perspicacia maternal por dos cosas: porque para ella estaba muy claro que el «profesor de Shakespeare» debía aceptar el puesto en París, y (lo que le gustaba aún más) porque pensaba que él era el hombre adecuado para su hija, a pesar de que ella no se hubiera dado cuenta todavía y al final contara algo sobre René, con el que había quedado en hablar por Skype el viernes. «Insista, monsieur Sherman —le había susurrado a escondidas Cathérine a Robert al despedirse—. Mi hija es a veces un poco difícil, pero tiene un corazón de oro.»

La mujer con el corazón de oro estaba visiblemente nerviosa cuando el sábado aparcaron hacia las cuatro delante de la mansión blanca con las contraventanas verde oscuro. Y Robert sintió que esa cierta excitación lo invadía también a él. Tenía sobre las rodillas su bandolera de cuero con los dos manuscritos. ¿Qué lo esperaba en aquella casa? ¿Había algo que su madre no le hubiera contado?

Rosalie tiró del freno de mano con fuerza y respiró hondo.

—Bien. Empieza la emoción. *On y va!* —dijo, y asintió mirándolo —. Y, lo dicho, déjeme hablar a mí.

—Sí, claro. No tiene que repetírmelo cada dos minutos.

Bajaron del coche y cruzaron el jardín delantero. La gravilla crujía bajos sus zapatos, el aire era cálido y olía a hierba. A lo lejos se oía el rugido de un cortacésped. Un pájaro cantó. Una tarde de sábado muy normal en Le Vésinet en un cálido día de finales de septiembre.

Delante de la puerta de entrada verde oscuro se volvieron para mirar. Luego Rosalie alzó la mano y apretó el timbre de latón que estaba en la pared de la derecha.

Un claro ding-dong sonó en el interior de la casa. Poco después se oyeron unos pasos que se arrastraban y el ruido de las muletas.

Max Marchais abrió la puerta. Su pelo gris estaba peinado hacia atrás, la barba bien arreglada. Su cara le pareció a Robert más

delgada que en la foto del libro. Tenía los ojos hundidos en las órbitas, los esfuerzos de las últimas semanas habían dejado su huella.

—¡Rosalie..., qué bien que haya venido! —Estaba en la entrada, apoyado en las muletas, y le lanzó una radiante sonrisa. Luego sus ojos claros se dirigieron interrogantes, pero amables, hacia Robert—. Oh, ¿ha traído usted a alguien? —añadió retrocediendo un paso para dejarlos entrar.

—Sí. Disculpe, yo... no sabía cómo decírselo por teléfono —explicó Rosalie—. Éste es Robert, un... amigo..., bueno, sí. Entretanto..., quiero decir..., nosotros... nosotros queríamos..., tengo que...

Se atascó y Robert vio cómo una rápida sonrisa cruzaba el rostro del hombre mayor.

—Pero, por favor, querida Rosalie, no hay ningún problema. No tiene que explicarme nada. Tengo ojos en la cara, aunque por desgracia haya perdido algo de vista. —Observó a Robert con visible agrado—. Por supuesto, su novio también es bienvenido.

Robert vio que Rosalie se disponía a protestar, pero el viejo escritor ya se había vuelto y avanzaba con cautela hacia la biblioteca. La gran puerta de cristal del salón estaba entreabierta, y en la terraza se veía una mesa preparada para el café a la sombra de una enorme sombrilla blanca.

Marchais salió a la terraza y les hizo una seña.

—*Venez, venez*, hay tarta suficiente para todos. Disculpen, pero tengo que sentarme. Todavía me tiemblan las piernas. Seguro que Rosalie le ha contado el percance que tuve.

Marchais se dejó caer en la silla de mimbre con un suspiro de alivio y apoyó las muletas en la mesa.

Ellos lo siguieron vacilantes. Robert miró a Rosalie invitándola a sentarse, pero ella se encogió de hombros y silbó algo que bien podía significar «ya».

—Bien. Así que es usted Robert. ¿Es usted norteamericano? —preguntó Marchais con ingenuidad una vez que Rosalie y él se hubieron sentado.

Posó los ojos en Robert, que estaba sentado frente a él, y éste tuvo que admitir que el corpulento hombre con barba que en ese momento parecía un poco desvalido tenía a primera vista algo que inspiraba confianza.

Confuso, lanzó una rápida mirada a Rosalie, que estaba sentada entre los dos sin decir nada. Al parecer, era él quien debía empezar a hablar.

—Sí, así es —respondió con voz firme—. Soy Robert. Robert Sherman. —Dios mío, parecía un auténtico James Bond. Observó con atención al hombre de enfrente, cuyo rostro no mostró ninguna reacción apreciable—. Creo que Rosalie ya le ha hablado de mí. —Vio de reojo que Rosalie, que tenía en las manos la cafetera de plata para servirles a todos, se quedaba parada sin querer.

—¿Sherman? —El viejo sacudió la cabeza. Era evidente que no se acordaba. Cogió la taza y se la llevó a la boca. Y de pronto la dejó como si se hubiera atragantado—. ¿Sherman..., es *usted* Sherman? —repitió, y entre sus cejas plateadas se formó una gruesa arruga de rabia—. ¿Es usted el impertinente norteamericano que me acusa de plagio y me quiere demandar? —Se incorporó en la silla de mimbre y miró a Rosalie indignado—. No entiendo... ¿Qué significa esto, Rosalie? ¿Cómo trae usted a este loco a mi casa? ¿Quiere humillarme?

—¡Un momento! Aquí no hay ningún loco, monsieur Marchais, y menos yo —lo interrumpió Robert—. Tenemos un par de preguntas para usted. Al fin y al cabo, el manuscrito ori..., *aaay*... —Con un gesto de dolor, Robert se tocó la pantorrilla derecha, en la que acababa de recibir una fuerte patada por debajo de la mesa.

Marchais alternó la mirada entre los dos, mientras Robert se frotaba la pierna dolorida y Rosalie se ponía roja como un tomate.

—Puedo explicárselo todo —dijo ella.

Marchais la miró con incredulidad.

—¿No querrá decirme que se ha *liado* usted con este tipo? —Sacudió la cabeza anonadado.

—No..., sí. —La cara de Rosalie cambió increíblemente deprisa de color—. Todo esto no es como parece —dijo de forma críptica.

—Y ¿cómo es entonces? —inquirió Marchais.

Como para prepararse para la larga explicación que vendría a continuación, Rosalie dio a toda prisa un gran trago de su *café crème*. Luego dejó con decisión la elegante taza con un delicado diseño de flores en su plato.

—Monsieur Sherman puede parecer a veces algo impertinente en sus maneras..., pero no está loco en absoluto —comenzó—. Sólo busca la verdad porque el cuento del tigre azul le..., bueno, sí..., le afecta de una forma muy personal. —Carraspeó—. Y, en lo que a toda la historia se refiere, nosotros..., eh..., hemos encontrado algunas misteriosas coincidencias.

—*¿Nosotros?* ¿Se ha aliado usted ahora con este norteamericano ignorante para acusarme de algo? —Indignado, Max inspiró con fuerza y obsequió a Robert con una despectiva mirada.

Ese Marchais podía ser bastante arrogante, pensó Robert. Un típico francés. Se creían superiores. ¿Por qué?, nadie lo sabía.

Le costó no intervenir, pero Rosalie le lanzó una mirada tranquilizadora.

—No dudará usted también ahora que yo no escribí esa historia, ¿verdad, Rosalie? —Marchais se rio decepcionado.

Ella negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Estoy absolutamente segura de que la escribió usted. —Señaló con la cabeza en dirección a la biblioteca—. En la vieja Remington que está ahí, sobre la cómoda, ¿no es así?

Marchais guiñó los ojos y arrugó la frente. Se veía cómo pensaba. Finalmente, miró a Rosalie con expresión irritada.

—¡Fue *usted*! ¿Usted escribió ese texto en mi máquina? ¡No entiendo qué significa todo esto! ¿A qué estúpido juego están jugando conmigo? Exijo una explicación. ¡Ahora mismo! —Dio un golpe con la palma de la mano abierta sobre la mesa.

Cuando habían salido de forma atropellada de la casa huyendo de madame Bonnier habían pensado en todo..., menos en el papel, se dijo Robert. Seguro que Marchais se había llevado una buena sorpresa al descubrirlo.

—Tengo que confesarle una cosa, Max —dijo Rosalie—. El día que le llevé sus cosas al hospital volví luego aquí porque había

descubierto algo que tenía que enseñarle a Robert. Estuvimos aquí, en su casa, Max. Entramos por la puerta de la terraza.

Y entonces le contó cronológicamente todos los acontecimientos de las tres últimas semanas. Cómo después de su primera aparición Robert había vuelto otra vez a la tienda. Cómo le había hablado de su madre y de que, de niño, ella le contaba todas las noches el cuento del tigre azul. Del manuscrito escrito a máquina que estaba en su poder. De la caja de cartón que se había caído desde lo alto del armario y donde ella había encontrado la copia. Cómo comprendieron entonces que la dedicatoria no podía estar dirigida a ella, Rosalie (en ese momento, Marchais se sonrojó un poco), cómo había llamado a Robert y luego habían comparado juntos los dos manuscritos, que eran idénticos, y se le había ocurrido la idea de la máquina de escribir.

—Así comprobamos que la historia había sido escrita en esa vieja Remington.

Rosalie le hizo una seña a Robert y éste sacó los dos manuscritos de su bandolera y los dejó encima de la mesa. Luego alzó la mirada hacia Marchais, que estaba cada vez más callado.

—¿Por qué no dijo nunca que este cuento fue escrito hace muchos años? ¿Por qué me hizo creer que la dedicatoria iba dirigida a mí, Max? He tardado mucho, pero cuando Robert me dijo cómo se llamaba su madre, comprendí para quién estaba pensada la historia.

Marchais miró fijamente los dos manuscritos sin responder. Luego se dirigió a Robert.

—Y ¿cómo se llama su madre, si me permite preguntárselo? —dijo con voz quebrada.

—Ruth —respondió él—. Mi madre se llamaba Ruth. Ruth Sherman, de soltera Trudeau. Y encontré el manuscrito original en su legado.

—¿En su... *legado*? —El viejo hombre lo miró muy afectado—. ¿Quiere eso decir que ya no vive?

Robert asintió y notó ese nudo en la garganta que se le ponía siempre que hablaba de la muerte de su madre.

—Murió en la primavera. A principios de mayo. Pocos días después de que yo cumpliera treinta y ocho años. Tenía cáncer. Fue

todo muy rápido. —Tragó saliva y una triste sonrisa cubrió su rostro —. Así es la vida. Siempre quiso volver conmigo a París. A la torre Eiffel. ¿Sabe?, estuve allí una vez, de pequeño. Y de pronto fue ya demasiado tarde.

Marchais palideció. Guardó silencio un rato, mientras su mirada se perdía. Sus ojos, que a la luz del sol de pronto parecían casi vidriosos, se fijaron en un punto que parecía estar muy lejos en el fondo del jardín. Detrás de las hortensias, detrás del alto muro de piedra, detrás de la pequeña ciudad de Le Vésinet, y quizá aún mucho más lejos. Infinitamente lejos.

—Ruth —repitió luego—. Ruth Trudeau.

Se llevó el torcido dedo índice a la boca y asintió varias veces.

Robert notó que el corazón se le aceleraba.

—¿Así que se conocían? —preguntó Rosalie con cautela—. Todo este tiempo nos hemos preguntado cómo podía ser que la madre de Robert no lo mencionara nunca a usted y el relato del tigre azul fuera tan importante para ella. ¿Por qué tenía ella el relato? ¿Qué pasó entonces?

Marchais no respondió.

Estuvieron unos minutos sentados en silencio alrededor de la mesa redonda, en la que reposaba la dorada *tarte tatin* todavía sin tocar. Era como si alguien hubiera detenido el tiempo.

Cuando Max Marchais carraspeó, ambos levantaron la mirada.

—Se dice —empezó a contar— que en un episodio de nuestra vida, por pequeño que sea, está contenido todo... lo que hemos dejado atrás y lo que tenemos por delante. Si me preguntan qué pasó entonces, puedo decirles: todo... y nada.

Miró a los ojos a Robert, cuya mirada empezaba a centellear.

—Sí. Conocí a su madre. Y la amé. Cuánto, me di cuenta más tarde. —Max Marchais cogió la taza de café y su mano, cubierta de manchas en la piel, tembló claramente—. No tuve una sensación agradable cuando resucité al tigre azul. Pero créanme si les digo que ese relato también significa mucho para mí. Es posible que fuera un error rescatarlo de la caja de cartón. Aunque quizá fuera también la mejor idea de mi vida, pues de lo contrario ahora no estarían ustedes dos sentados aquí, ¿no?

Marchais parecía haberse calmado un poco. Su mirada se posó un instante con calidez sobre Rosalie y luego se quedó fija en Robert.

—El hijo de Ruth —dijo sacudiendo la cabeza—. Jamás pensé que volvería a oír hablar de Ruth Trudeau. Y ahora conozco a su hijo, que encuentra por casualidad el libro del tigre azul en París y reclama sus derechos. —Sonrió—. En una cosa tiene usted razón, Robert. En el fondo el relato no me pertenece a mí.

Robert y Rosalie se miraron sorprendidos.

—En realidad no tenía derecho a publicarlo. En aquel momento se lo regalé en París a una joven..., su madre. De eso hace ya tiempo, mucho tiempo, aunque a veces me parece que fue ayer.

27

Aquella tarde Max Marchais emprendió un viaje en el tiempo que lo llevó de vuelta al París de los años setenta. Hasta un joven que frecuentaba los cafés, fumaba demasiado y trabajaba como redactor *freelance* en un periódico. Y hasta una joven norteamericana de pelo rubio y brillantes ojos verdes cuyos padres la habían mandado de vacaciones de verano a París y que tenía un pésimo sentido de la orientación.

El propio Max se sorprendió de la cantidad de imágenes que de pronto inundaron su retina. Estaba tan atrapado en su propia historia que apenas percibía las miradas de los dos jóvenes que lo escuchaban alucinados.

—Conocí a Ruth porque se había perdido —dijo—. Yo estaba en un café cerca de la rue Augereau, donde vivía entonces en una casa de dos habitaciones en el cuarto piso. Era diminuta comparada con esta elegante mansión —alzó la mano y, sonriendo, señaló el edificio que se levantaba a su espalda—, pero ¡y todo lo que celebramos allí! Siempre había amigos, a veces también alguna chica, y cuando me levantaba por las mañanas y miraba por la ventana lo primero que veía era la torre Eiffel alzándose hacia el cielo unas calles más allá. Nunca he vuelto a tener... esa maravillosa vista.

Absorto en sus pensamientos, Max se reclinó hacia atrás.

—Disculpen, me estoy yendo por las ramas... Cuando se empieza a despertar el pasado salen a la luz tantos recuerdos...

—Iba a contarnos cómo conoció a mi madre, monsieur Marchais —intervino Robert.

—Cierto. —Volvió a ver ante sí a Ruth, que con paso elegante se acercaba por la calle con su vestido rojo—. Aquel caluroso día de verano vi por primera vez a su madre. Llevaba un vestido rojo con

pequeños lunares blancos. Sujetaba una guía turística en la mano, se paraba cada dos pasos, giraba el libro con el plano de la ciudad en todas las direcciones posibles y buscaba las placas con los nombres de las calles. Cuando ya había pasado tres veces por delante del café donde yo estaba sentado leyendo un libro, me levanté y le pregunté si podía ayudarla. Ella suspiró aliviada y me miró con sus ojos verdes, que estaban algo inclinados, como los de un gato, y le daban un toque muy especial a su delicada cara en forma de corazón. «Creo que estoy completamente perdida», dijo, y se rio. Su risa era... maravillosa, tan optimista y alegre, y yo caí rendido a sus pies. «Me gustaría ver la torre Eiffel, está en esa dirección, ¿verdad?» Volvió a mirar la guía y señaló con decisión en la dirección equivocada. «No, mademoiselle, tiene que ir justo en la dirección contraria, no está muy lejos de aquí», le dije yo. Y luego cerré mi libro. «¿Sabe qué? Le mostraré el camino..., si no, no la encontrará nunca.»

Max sonrió.

—Así empezó todo. Durante las cuatro semanas siguientes acompañé a Ruth por las calles de París siempre que me era posible. Le enseñé la ciudad... y todos los museos de arte. —Sacudió la cabeza sonriendo con satisfacción—. *Mon Dieu*, no recuerdo haber conocido a nadie que tuviera tantas ansias de ver museos. Al final, yo había visto museos que ni siquiera sabía que existían en mi ciudad. Ruth adoraba los cuadros. La atraían sobre todo los impresionistas: Monet, Manet, Bonnard, Cézanne. Estuvimos varias veces en el Jeu de Paume, donde entonces se encontraban todavía todas las pinturas. Podía estarse horas sentada delante de un cuadro, contemplándolo sin decir una sola palabra. En algún momento giraba la cabeza y me miraba sonriendo. «Increíble, ¿verdad?», decía. «¡Qué felicidad debe de sentirse al crear algo así!» Yo asentía y pensaba en la felicidad que se sentía al estar simplemente sentado a su lado, al rozar su brazo a veces sin querer o coger su mano y aspirar el olor que desprendía.

Se volvió hacia Robert y Rosalie.

—No sé si era algún perfume concreto, pero olía siempre a ciruelas. ¿Pueden imaginarlo? A mermelada de ciruelas. Era

indescriptible, de algún modo fascinante. Jamás he conocido a ninguna otra chica que oliera a ciruelas. —Suspiró—. *Tempi passati*. Algunas cosas son irrecuperables. Eso hace aún más valioso el recuerdo. —Notó que se le secaba la garganta y carraspeó—. Fue un tierno romance que se saldó con un par de besos, pero mucho más intenso que todo lo que viví con posterioridad. ¡Qué felicidad tan grande sentía cuando miraba su cara radiante o durante el fin de semana paseaba de la mano con ella por el parc de Bagatelle, su preferido por encima del resto de los parques de París!

Vio que Rosalie le lanzaba a Robert una significativa mirada, y por su cabeza cruzó la rápida pregunta de qué relación uniría a esos dos jóvenes en realidad.

—Hoy tal vez resulte difícil de imaginar, pero yo me sentía feliz incluso sentándome en un café a esperarla.

Su mirada cayó de pronto en los platos sin tocar que seguían ante ellos.

—Pero, por favor, tomen un trozo de tarta de manzana. Soy muy mal anfitrión.

Rosalie cortó unos trozos de *tarte tatin* y los repartió en los platos. Probaron la tarta, cuyos gajos de manzana caramelizada reposaban brillantes sobre el hojaldre, mientras Max cortaba un pedazo con su tenedor de plata y al final, distraído, lo dejaba a un lado sin probarlo.

—¿No es extraño que a veces se pueda sentir tal felicidad incluso sabiendo que el asunto no tiene ningún futuro? —sentenció pensativo. Observó a Robert, quien de la emoción se metía ya el último trozo de tarta en la boca y lo miraba con aire interrogante—. Sí, sin futuro. Pues el amor entre su madre y yo era un amor imposible. Se limitaba a unas pocas semanas, y los dos lo sabíamos. Desde el principio. El primer día, cuando acompañé a Ruth a la torre Eiffel y luego le pregunté si quería tomar una copa de vino conmigo, me contó que tenía un prometido que la esperaba en Estados Unidos. Un hombre muy agradable, simpático, de buena familia, un abogado de éxito que la tenía en palmitas. Y que se casarían al final del verano. «Lo siento, no estoy libre», me dijo riéndose. «No hay nada que hacer.» «Pero ahora estás aquí, en París», protesté

apartando de mí la idea de un novio al otro lado del Atlántico. Sabíamos que en algún momento tendría que acabarse. Y, a pesar de todo, una tarde que recorríamos el Sena en un *bateau mouche* y la torre Eiffel se elevaba ante nosotros tan cerca que casi podíamos abrazarla, sujeté su mano y le dije «¡Venga, un beso!». —Soltó un suspiro de felicidad—. Y, a pesar de todo, me besó, y los dos nos enamoramos y celebramos el instante como si no fuera a acabar nunca.

—Pero se acabó —dijo Robert.

Max guardó silencio y recordó cómo Ruth se marchó en taxi al aeropuerto bajo una intensa lluvia. No quiso que él la acompañara.

—Siempre te he dicho que tenía que volver —había dicho muy pálida aquella mañana ante él.

—Lo sé. —El corazón de Max se encogió como si lo hubieran metido en agua helada.

Ella se mordió el labio sin poder soportar el silencio de él.

—Podríamos escribirnos de vez en cuando —dijo mirándolo con ojos suplicantes. «No nos lo pongas tan difícil», parecía decir su mirada.

—Sí, claro, sí —contestó él, y los dos se esforzaron en sonreír, sabiendo que no iba a haber ninguna carta.

Fue un momento increíblemente triste. Al final, ella le acarició la mejilla con cariño y lo miró por última vez.

—Nunca te olvidaré, *mon petit tigre* —dijo—. Te lo prometo. —Y luego se marchó cerrando la puerta tras de sí con un silencio infinito.

Max sonrió con nostalgia y notó que Robert lo miraba porque no había contestado todavía.

—Sí, el momento se acabó —dijo—. Ruth desapareció de mi vida igual que había aparecido..., con una hechizante simplicidad, y yo me quedé con las dos palabras más tristes que conozco desde entonces: *nunca más*. La dejé marchar porque no era consciente del alcance de la pérdida. Porque creía que todo era irremediable. Era joven, entonces, y no sabía demasiado. Pensaba que era todo inútil. Tal vez debería haber luchado por ella. Seguro. Sólo cuando se pierde algo de forma irremediable se comprende lo mucho que significaba.

Vio cómo Robert asentía antes de decir:

—Luego se casó con Paul, mi padre. Y ¿nunca volvió a ponerse en contacto con usted?

Max negó con la cabeza.

—Nunca volví a saber nada de ella. Hasta el día de hoy —concluyó—. Pero si pienso ahora en aquel verano, sé que fueron las semanas más bonitas de mi vida. La sencillez de aquellos días era indescriptible. —Sonrió—. Fueron las manchas de color en mi vida. De eso sí fui consciente entonces.

Siguió un largo silencio. El sol asomaba como un balón rojo por encima de la vieja valla de piedra del fondo del jardín, que formaba una sombra oscura. Max notó que empezaba a dolerle la cadera, pero lo ignoró. No dejaba de observar al joven que había cruzado las manos delante de la cara y miraba más allá del triángulo que formaban sus dedos. Era evidente que trataba de asimilar todo lo oído.

—Mi madre no me contó nunca nada —dijo finalmente—. Yo siempre tuve la impresión de que mis padres eran felices juntos. Era un matrimonio perfecto, nunca les oí una mala palabra y se reían mucho.

Max asintió.

—Seguro que sí. En la vida se pueden sentir distintos tipos de amor, y estoy seguro de que el corazón de su madre era lo bastante grande para hacer felices a varias personas. Su padre fue un hombre digno de envidia, Robert.

—Pero ¿qué pasa con el relato? ¿Cuándo se lo regaló a Ruth? —preguntó Rosalie.

—¡Ah, sí, mi pequeña historia! En realidad, fue la primera que escribí. Se la di uno de los últimos días de pícnic en el parc de Bagatelle. Hacía un día espléndido, el aire olía a lluvia y nos habíamos mojado porque había caído una pequeña tormenta de verano. Pero el sol secó enseguida nuestra ropa.

Max recordaba todavía muy bien cómo habían extendido una manta de cuadros en la pradera. Bajo un viejo árbol que estaba en un alto, no lejos de la gruta de los Cuatro Vientos. Ruth había elegido el sitio diciendo que era perfecto para un pícnic.

—Ruth tenía una cámara instantánea, entonces estaban de moda, y yo le hice una foto que al final ella me regaló... Creo que todavía la conservo.

—Sí, la tiene, la vi en la caja de cartón —intervino Rosalie.

—Aquella tarde le regalé la historia del tigre azul —prosiguió Max—. Encuaderné el original y yo me quedé con la copia. En la primera hoja escribí: «*Para Ruth, a la que no olvidaré nunca*». Pero luego me di cuenta de que esa dedicatoria podía ponerla en apuros. Así que cambié la primera página y puse sólo «*Para R.*». —Max se frotó la barba mientras miraba a Rosalie—. Eso ha provocado algún malentendido.

Vio que ella sonreía y confió en que le perdonara la pequeña mentira que había sido fruto de su vanidad. No había querido reconocer que había recurrido a un viejo relato porque no se le ocurría nada nuevo. Además, se había sentido muy halagado al ver lo mucho que se alegraba ella por su supuesta dedicatoria.

—Pero si hubiera sido una historia nueva, habría estado encantado de dedicársela a usted, mi querida Rosalie. Y tengo que admitir algo más.

—¿Sí? —preguntó ella.

—Su forma de reír me recordó enseguida a Ruth.

—¿De verdad? —Se rio.

Robert se movió intranquilo en su silla, y era fácil ver que tenía alguna pregunta pendiente.

—Entonces ¿la historia que mi madre me contaba habla en realidad de usted y de ella?

Max asintió.

—Naturalmente, eso sólo lo aprecia quien lo sabe. Ruth era la pequeña Héloïse de pelo dorado que cree en su tigre azul..., el tigre de las nubes. —Sonrió—. Y el tigre era yo. Ella me llamaba así, *mon petit tigre*, y a mí me gustaba mucho.

—Y el país que está tan lejos que no se puede llegar a él ni siquiera en avión..., sino sólo con la añoranza... —empezó a decir Robert.

—Era nuestro país —finalizó Max la frase—. Espero que de esa forma Ruth no me olvidara nunca, y ahora veo que no lo hizo.

Asintió, y en sus ojos apareció un brillo especial. Que el vuelo nocturno sobre París tenía un sentido mucho más profundo, se lo calló.

Una noche volaron. Una noche mágica, feliz, fantástica, que tenía que bastar para toda una vida y en la que se separaron ebrios el uno del otro en un amanecer que tenía ya el sabor amargo de la despedida.

Ella había cumplido su promesa.

Una tímida sonrisa recorrió el rostro de Max.

—Espero, Robert, que no le moleste que me alegre de que Ruth no me olvidara nunca. Como me alegro de haber conocido a su hijo. Su madre significó mucho para mí.

—¿Puedo ver la foto? La de mi madre, quiero decir.

—Naturalmente. Si Rosalie es tan amable de bajar la caja de mi armario... Por desgracia, yo no estoy todavía preparado para las alturas.

Mientras Rosalie se ponía de pie y subía al dormitorio, la mirada de Max se posaba compasiva en el joven que cruzaba las manos y estiraba los dedos una y otra vez. No era fácil ser sorprendido de ese modo por el pasado. Sobre todo por un pasado en el que no se ha tenido ninguna influencia.

—¿Por qué ella no me contó nunca nada? —dijo Robert, finalmente—. Yo ya no era un niño, y eso fue hace mucho tiempo. Lo habría entendido.

—No le dé muchas vueltas, joven. Seguro que su madre hizo lo correcto, lo sé. Era una mujer maravillosa, ya entonces, y tuvo que quererlo mucho a usted. De lo contrario, no sería usted el que es hoy.

Vio que Robert asentía agradecido.

—Sí, puede que tenga usted razón —dijo, y su gesto se suavizó.

Unos segundos después, llegó Rosalie.

—¿Es ésta? —Dejó sobre la mesa la foto desvaída de una joven, y los dos hombres se inclinaron sobre ella.

—Sí —dijo Max—. Ésta es la foto del parc de Bagatelle.

Robert se acercó a la foto y asintió.

—Sí —dijo él también—. Es mamá, sin duda. —Su mirada se posó en la joven que estaba debajo de un árbol y sonreía a la cámara—. Dios mío, esa risa... —dijo, y se limpió los ojos—. Esa risa no la perdió nunca.

El sol se estaba poniendo ya cuando Max Marchais se despidió de sus invitados. Robert había manifestado su deseo de ver el sitio donde estaba hecha la foto de su madre, y habían quedado en ir al día siguiente juntos al bois de Boulogne.

—El problema no es encontrar el árbol —había dicho Max—. Espero poder llegar hasta allí con estos cacharros. —Señaló las muletas.

—¡Sí, seguro que lo consigue! Y si hace falta lo empujaremos, seguro que allí hay sillas de ruedas —opinó Rosalie, y la risa que siguió tuvo algo liberador.

Luego se marcharon en el pequeño coche de ella. Max se quedó un rato en la puerta viendo cómo se alejaban. La vida continuaba. Siempre continúa. Un fuego que se pasa de corredor a corredor en una interminable carrera de relevos hasta que alcanza su meta.

Volvió a la terraza cojeando y se sentó otra vez en su silla de mimbre. El frescor de la noche se iba posando en el jardín. Pensativo, Max contempló la foto de colores desvaídos que seguía sobre la mesa.

Se reclinó en la silla y cerró los ojos un momento. Vio dos jóvenes alegres un día soleado en el bois de Boulogne. Habían extendido una manta de lana de cuadros bajo un viejo castaño de Indias y bromeaban. La manta picaba, pero sólo un poco. Ruth llevaba su vestido rojo con lunares blancos que a él tanto le gustaba, y su boca sonriente era casi tan roja como su vestido. La luz caía a través de las hojas y dibujaba pequeños círculos brillantes sobre la manta y sobre sus piernas desnudas. Se había quitado las sandalias. Un pájaro cantaba. El cielo era más que azul. Una nube blanca se deslizaba majestuosa por él.

Era un espléndido día de verano y no parecía que pudiera acabar alguna vez. Casi se podía palpar con las manos la ligereza que lo invadía todo. Y de pronto Max también sintió su corazón más ligero. Tan ligero que podría haber volado.

Abrió los ojos y sintió que lo invadía un amor por la vida largamente olvidado. Sí, amaba esa vida que a veces era mucho y a veces menos que nada. Pero era todo lo que tenía.

Cogió la foto. La giró y vio la anotación escrita a lápiz en la parte posterior: «Bois de Boulogne, 22 de julio de 1974».

Estuvo mucho tiempo contemplando el anochecer. Y un recuerdo que por la tarde lo había acariciado como la delicada mano de una joven adquirió de pronto una gran fuerza.

28

—¿Tenías que darme esas patadas en la espinilla? —preguntó Robert mientras avanzaban por la pequeña calle que los alejaba de la vieja mansión—. ¿Es ése el tacto del que siempre hablas? —Se subió la pernera del pantalón y vio una mancha azulada de tamaño considerable.

—Yo creía que un norteamericano no conoce el dolor —replicó Rosalie.

—Un indio, un indio —la corrigió Robert—. Yo sólo soy un yanqui quejica.

—Además, es que no había manera de pararte. Quería evitar que empezarais a pegaros. — Rosalie sonrió. El «tú» le salió de pronto con naturalidad.

Mientras recogían los platos y los llevaban a la cocina habían pasado a tutearse sin previo aviso. Después de una tarde tan trascendental, después de todo lo que habían vivido juntos, habría sido raro seguir llamándose de usted.

Robert sonrió a su vez.

—Tu Max Marchais no está tan mal. En realidad resulta hasta agradable. En cualquier caso, es curioso estar de pronto frente a un hombre mayor que..., bueno..., que una vez estuvo enamorado de tu madre. —Se encogió de hombros desconcertado.

—Sobre todo cuando tu propia madre no ha dicho nunca una sola palabra de él —añadió Rosalie—. Por otra parte, entonces ella estaba prometida con Paul, quizá simplemente se sentía incómoda. O todo el asunto le pareció de pronto irreal cuando volvió a Estados Unidos, a su entorno habitual.

—¿Tan irreal que luego me contaba cada noche la historia que él le había escrito?

—Bueno, todo esto es de algún modo muy romántico. Quiero decir que al final cualquiera recordaría con cariño un relato tan extraordinario. Y quizá la magia especial radique precisamente en que su amor no llegó a hacerse realidad nunca —reflexionó Rosalie —. Además, *El tigre azul* es sencillamente una historia muy bonita. A mí me emocionó la primera vez que la leí. A pesar de que no conocía el secreto que encierra. —Siguió pensando—. Y, por muy triste que fuera todo el asunto para Max entonces..., en realidad empezó a escribir gracias a tu madre. A escribir historias *de verdad*, quiero decir. Ruth fue, por así decirlo, su musa. —Lanzó una rápida mirada a Robert—. Max ha escrito otros muchos libros magníficos. Deberías leerlos. Yo los devoraba cuando era pequeña.

—Hum —musitó Robert. Tenía los ojos entornados. O estaba demasiado cansado para contestar, o estaba sumido en sus propios pensamientos. En cualquier caso, de pronto parecía estar muy lejos, y Rosalie decidió no molestarlo.

Cuando entraron en el túnel de Nanterre, sintió que desaparecía el último resto de tensión. Se sentía contenta y aliviada. El no tan fácil encuentro entre los dos hombres había salido bien. Gracias a Dios, la situación se había resuelto de forma amistosa. Tras el primer intercambio de golpes, Max, que se había sentido afectado por los recuerdos y la trágica noticia de que Ruth había muerto, se mostró muy contento de conocer a su hijo. Al despedirse, los abrazó a los dos.

Rosalie tuvo que admitir que la habría entristecido que Max y Robert no hubieran podido soportarse. Al final, comprobó con asombro, les tenía cariño a los dos.

Puso el intermitente, entró en la vía rápida y pensó con horror en la actitud hostil que había reinado al principio. ¡Cómo ambos estaban sentados el uno frente al otro, reprochándose mutuamente con cara de rabia y ojos centelleantes la arrogancia de los franceses y la ignorancia de los norteamericanos! Por un momento pensó que el furioso dueño de la casa los echaría antes de que pudieran aclarar nada. Pero al final del día tenía claro que tanto Max como Robert mostraban un interés y una sinceridad fruto de la simpatía. De lo contrario, Robert no habría propuesto quedar para el día siguiente.

Estaba impaciente por ir al bois de Boulogne, donde podrían seguir las huellas de la señora Sherman o, mejor dicho, las huellas de la señorita Ruth Trudeau, que había unido a dos hombres tan distintos de forma irremediable.

Volvió a mirar a Robert, que seguía sentado en silencio a su lado. Esos viajes nocturnos con el «profesor de Shakespeare» se estaban convirtiendo en una agradable costumbre, pensó Rosalie. Pero esa vez no era un silencio incómodo el que los separaba, como en el último regreso de Le Vésinet, sino un silencio basado en la confianza... y un poco también en el cansancio.

Todos los equívocos y los malentendidos, todos los secretos y las especulaciones habían desembocado en aquella tarde en la casa de un viejo autor de libros infantiles que les había contado su historia. La historia de un amor vivido hacía mucho tiempo que había sido feliz e inmensamente triste a la vez.

Rosalie se apoyó en el reposacabezas y movió la cabeza de un lado a otro. El coche avanzaba con un rugido uniforme por la oscuridad. Mientras las frías luces del túnel pasaban a un ritmo regular y los deslumbraban a intervalos de fracciones de segundos, repasó de nuevo el relato del tigre azul e intentó descubrir nuevos indicios en las distintas frases. Aunque había ilustrado el libro y se lo sabía casi de memoria, jamás se le habría ocurrido pensar que los protagonistas de esa fábula maravillosa eran en realidad dos amantes que no podían estar juntos, y al final sólo les quedaba la añoranza... y el recuerdo.

Salió del túnel y poco después llegó a la gran rotonda que llevaba a los Campos Elíseos. Vio el obelisco de la place de la Concorde, que al final de la amplia avenida se alzaba hacia el cielo como un dedo acusador.

La búsqueda había terminado, el enigma estaba resuelto. Pero ¿qué iba a ocurrir ahora? ¿Podía ocurrir algo más? Rosalie se sorprendió a sí misma pensando que el día siguiente podía significar también el final de su historia.

En un semáforo rojo observó otra vez a Robert, que ya había abierto los ojos y miraba pensativo por la ventanilla, y estudió su cara con atención. ¿Qué estaba pensando? La verdad sobre su

madre debía de haberle afectado. Rosalie vio que arrugaba la frente y movía la mandíbula una y otra vez. Le habría gustado abrazarlo. Decirle algo acorde con la situación. Por desgracia, no se le ocurrió nada.

—Es sorprendente todo lo que puede pasarle a uno en la vida, ¿verdad? —dijo finalmente—. Todo esto te resultará extraño. —Sin pensarlo, le cogió la mano y se la apretó.

—Bueno, tampoco es tan malo —repuso él—. Da una nueva perspectiva a muchas cosas. —Sus dedos envolvieron los de ella como si sus manos hubieran encontrado un lenguaje propio—. Ahora casi me parece que mi madre quería darme alguna pista..., con el cuento del tigre azul y con todo lo que siempre me decía de París.

—¿Qué decía tu madre de París?

—¿Que es una buena idea? —Robert sonrió con desgana.

—Puedes quitar las interrogaciones con toda tranquilidad —replicó Rosalie sonriendo—. ¿Sabes?, es así: París *es* siempre una buena idea. —Apartó la mano para cambiar a segunda y torcer en el boulevard Saint-Germain en una pequeña calle mientras miraba atentamente por el parabrisas—. A no ser que busques un sitio donde aparcar.

Esta vez Rosalie no lo dejó delante del hotel. Una vez que, contra todo pronóstico, encontró un sitio minúsculo y logró aparcar sin que quedara un solo centímetro libre y, naturalmente, sin evitar golpear varias veces a los coches de delante y atrás («¿Para qué sirven si no los parachoques?», preguntó sorprendida), se bajaron y él la acompañó hasta la rue du Dragon. Tras la puerta de la tienda oyeron a *William Morris* ladrar de alegría.

—¿Quieres subir a tomar una copa de vino? —preguntó ella mientras abría la puerta—. ¿O te da miedo mi perrito?

Robert negó con la cabeza.

—No, no. *William Morris* y yo somos ya buenos amigos. —Arrugó la boca en una amarga sonrisa—. Pero ¿qué pasa con tu

guardaespaldas particular? A ver si va a querer otra vez que nos peguemos.

¡René! Rosalie notó que se sonrojaba y confió en que con la débil iluminación de la calle no se viera. ¡Con toda la excitación no había vuelto a pensar en su novio, que, por suerte y como enseguida recordó, ya no era su novio!

Sonrió como una esfinge.

—Mi guardaespaldas particular ha encontrado en San Diego a una corredora de fondo a la que quiere proteger a partir de ahora —contestó con concisión.

—Eh..., ¡¿qué?! —Robert levantó las cejas y sonrió como un gato ante un puchero de nata—. ¿Y eso?

Ella lo dejó sin respuesta y Robert la siguió por la escalera de caracol hasta la pequeña vivienda. Una vez arriba, miró alrededor con curiosidad y se detuvo un momento en la gran mesa para ver los dibujos que había sobre ella.

—Siéntate. —Rosalie encendió la lámpara de pie y señaló la butaca que había junto a su cama—. Traeré unas copas de vino de la cocina. —Se quitó las sandalias mientras él dejaba caer su bandolera sobre la butaca, daba unas vueltas por la habitación y se detenía por fin ante una foto enmarcada que estaba colgada en la pared junto al escritorio.

—¿Tu padre? —preguntó.

Ella asintió.

—Se ve enseguida. —Estudió la foto—. El pelo castaño, la frente con las cejas marcadas, la boca ancha. Tiene un aspecto simpático. —Se volvió hacia ella y se pasó la mano por el pelo—. Yo me parezco más a mi madre.

—Ah, sí... —Rosalie sonrió—. ¡El pelo *dorado*! —Tuvo que pensar de nuevo en la foto desvaída de Ruth. Luego se lanzó al ataque—: Y ¿de quién tienes esos increíbles ojos azules?

—¡Oh, muchas gracias! —Robert sonrió intentando disimular su bochorno con una broma—. Un momento histórico.

—¿Cómo?

—Creo que es el primer cumplido que recibo de una tal Rosalie Laurent.

—¿Tal vez se deba a que un tal Robert Sherman me ha dado hasta ahora pocos motivos para los cumplidos? —contraatacó ella—. Pero apuesto lo que sea a que no te faltan los piropos. Estoy segura de que no soy la primera mujer a la que le llaman la atención tus ojos azules.

Todavía se acordaba muy bien de la primera vez que lo vio ante el escaparate, y de que el color de sus ojos la había dejado sencillamente anonadada.

—Ah..., bueno..., o sea... —Hizo un gesto de rechazo con la mano fingiendo modestia—. No es para tanto. Deben de haber sido más de cien.

—¿Piropos... o mujeres?

Él sonrió divertido.

—Piropos, naturalmente. Tampoco soy ningún Casanova. Pero para responder a tu pregunta..., los ojos no se los debo ni a mi padre ni a mi madre, sino a mi abuelo materno, al que por desgracia no llegué a conocer. En cualquier caso, toda nuestra familia estaba como loca por este —levantó los dedos y dibujó unas comillas en el aire— «guapo Sherman rubio de ojos azules». —Se rio, y Rosalie intentó por un momento imaginar cómo había sido de pequeño ese grandullón con camisa de rayas azules y blancas.

»Creo que mi tía ya tenía pensada para mí una carrera como actor. Un Robert Redford para pobres. —Guiñó un ojo—. Pero no soy tan guapo.

—Bueno, ¿sabes?... —Rosalie ladeó la cabeza—. La belleza no lo es todo. Yo diría que para un profesor de literatura es suficiente.

Cuando unos minutos más tarde volvió con dos grandes copas de vino tinto llenas hasta arriba, Robert seguía en el centro de la habitación mirando a su alrededor.

Ella le dio una copa y levantó la suya para brindar.

—¿Por qué brindamos? —preguntó él, y el vino rojo bailó en su copa.

—¿Qué tal: por el final de nuestra búsqueda conjunta? —propuso Rosalie.

—Sí, brindemos por el final de nuestra búsqueda —repitió él, aunque tal como lo dijo no podía descartarse que se estuviera refiriendo a algo muy distinto—. Y porque después de un desafortunado comienzo nos hayamos convertido en buenos amigos —añadió.

Ambos dieron un buen trago. Rosalie notó enseguida el efecto del vino. No era de extrañar, aparte de un diminuto trozo de *tarte tatin*, no había comido nada desde el mediodía. ¿Qué había querido decir Robert... con lo de «buenos amigos»?

—¿Somos eso ahora..., buenos amigos? —preguntó ella. Se apresuró a dar otro gran trago y sintió el sedante calor que corrió por su cuerpo.

Él vació su copa a la mitad y miró más allá de su borde.

—Tal vez —dijo muy lentamente— seamos algo más que eso.

Rosalie sonrió nerviosa y notó que la invadía un leve mareo. Miró a Robert, que dejó su copa en la pequeña mesa redonda que había junto a la butaca.

—Así que aquí es donde desapareces cuando no estás abajo en la tienda. —Observó—. Muy acogedor. —Su mirada se fijó de forma inconsciente en la cama francesa sobre la que había un *granfoulard* de dibujos azules y blancos y cojines de todos los tamaños y tonos de azul posibles.

—Sí. Mi pequeño escondite del mundo. —Rosalie señaló la ventana por la que se accedía al tejado—. *Et voilà*..., detrás está mi segunda habitación.

Dejó la copa de vino en la estantería junto a la ventana y miró hacia afuera, donde ya era de noche. Una nube se desplazaba por delante de la luna, y con mucha imaginación se podría haber reconocido un tigre en ella. Se quedó en la ventana, inspiró con fuerza el aire fresco y de pronto tuvo la urgente necesidad de fumarse un cigarrillo.

Robert se había acercado a ella, y sintió un cosquilleo en la nuca. Ese día llevaba el pelo sujeto con un pasador de concha.

—Realmente una preciosidad —dijo él en voz baja, y Rosalie no supo muy bien si se refería a su pequeño jardín, en el que una magnífica combinación de macetas con flores y arbustos tapaba la vista a las casas de alrededor. Notó la respiración de él en su cuello y sintió que un pequeño escalofrío descendía por su espalda.

—Y huele tan bien..., como en un jardín encantado.

Le apartó algunos mechones del cuello y sus labios rozaron su piel con tanta delicadeza que ella casi creyó habérselo imaginado.

—Es... seguro... el heliotropo... de ahí enfrente —repuso. Con el corazón desbocado, señaló un gran arbusto con diminutas flores violeta oscuro cuyo delicado olor a vainilla llegaba hasta ellos.

—No —dijo él en voz baja.

—¿Cómo? —Rosalie se volvió vacilante.

Los ojos de Robert la miraban con ternura.

—Huele a fresas silvestres —murmuró, y hundió la cara en su pelo—. A fresas silvestres y a lluvia reciente. Reconocería este olor entre miles.

Y luego tomó la cara de ella entre sus manos y la besó.

Aquella noche Rosalie no anotó nada en su pequeño cuaderno azul.

Tenía cosas mejores que hacer.

29

En contra de su costumbre, aquel día Rosalie se despertó muy temprano. Era domingo, las cinco y media, y se le había dormido el brazo izquierdo. La causa era un profesor de literatura norteamericano que, plácidamente dormido, reposaba sobre él con todo su peso y no sabía lo que significaba «*Je te kiffe*». Estaba claro que su francés se había quedado un poco anticuado. Rosalie sonrió e intentó sacar el brazo de debajo de Robert sin despertarlo. Se estiró soñolienta y suspiró feliz.

Su plan original de invitar a Robert a su terraza para tomar una copa de vino, fumar un cigarrillo y contemplar la luna había fracasado estrepitosamente.

Alguien había asumido la dirección y le había demostrado que la vida a veces (en raras ocasiones, pero podía ocurrir) podía ser más romántica de lo que uno había imaginado.

Robert la había besado, y después ya no salieron al tejado.

Tras aquel beso que no acababa porque ni a Robert ni a Rosalie se les habría ocurrido la absurda idea de acabar con algo tan maravilloso, finalmente la necesidad los obligó a separarse y respirar hondo para que el oxígeno pudiera volver a inundar sus pulmones.

El pasador del pelo se había soltado y había caído al suelo..., como muchas otras cosas innecesarias que se desprendieron de ellos cuando, abrazados y extasiados, recorrieron tambaleándose los pocos pasos hasta la cama de Rosalie. Riendo y susurrando, acariciándose con dedos y palabras, se hundieron en los cojines azules como en un embravecido mar de felicidad donde sólo se oían los latidos de sus corazones.

—*Je te kiffe* —había dicho ella en algún momento, pasándole la mano por el pelo.

Estaban echados sobre el revuelto *granfoulard*, tan pegados el uno al otro como casi tres semanas antes debajo de la polvorienta cama de Le Vésinet.

—¿Quieres *kif*? —Él la miró sorprendido, y ahora Rosalie no podía evitar sonreír al recordar su cara de asombro—. *For heaven's sake*..., las mujeres francesas sois realmente especiales.

—Idiota —dijo ella—. Significa sólo que me gustas.

—Oh, le *gusto* —replicó él. Y luego la atrajo con un rápido movimiento y la besó—. ¿Te *gusto*? —Se puso encima de ella y volvió a besarla—. Y ¿qué más?

Ella se rio, luego sonrió, luego sólo lo miró.

—Te quiero —dijo, y él asintió satisfecho y recorrió con el dedo la línea de sus cejas, su nariz, su boca.

—Eso está bien, muy bien —murmuró—. Porque, mi pequeña, yo también te quiero.

Se dejó caer hacia atrás y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—Dios mío —dijo—. El día ya ha sido bastante excitante, pero comparado con la noche... —Dejó el final de la frase abierto y, pensativo, miró el techo mientras ella se acurrucaba a su lado.

—Muy bien —comentó satisfecha—. Nada de *kif*..., pero ¿qué tal un cigarrillo? —Le pidió permiso mentalmente a René, aunque no se iba a morir de repente por un cigarrillo.

—En realidad, quiero dejarlo —dijo Robert.

—Oh, muy bien. Yo también —repuso ella.

—En otras palabras: fumaremos un cigarrillo para desengancharnos.

—Exacto.

Se lanzaron una mirada de complicidad y Rosalie bajó a toda prisa de la cama.

—Antes de que uno de los dos cambie de opinión.

Cuando ella le ofreció fuego y él dio una profunda calada y se dejaron caer sobre los cojines sonriendo, el brazo derecho sobre la pierna doblada, el cigarrillo entre el índice y el pulgar, Rosalie se sintió confundida. Era como un *déjà-vu*.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada. Creo que te conozco de otra vida.

Rosalie sacudió la cabeza y sonrió algo sorprendida. No habría sabido decir qué era lo que la había afectado de pronto de un modo tan extraño.

Cuando volvió del baño descalza y en su corto camisón y observó con cariño al hombre que, dormido y con el pelo revuelto, estaba atravesado encima de la cama y se había enredado con las sábanas y el *granfoulard*, de los que sólo sobresalía su pierna derecha, de pronto lo supo.

—¡No puede ser! —susurró, sintiéndose de pronto muy despierta.

Con los ojos muy abiertos, se inclinó sobre el pie derecho de Robert, que reposaba sobre la cama con la parte externa hacia arriba. Frunció la frente.

Quien no supiera nada podría pensar que el durmiente, en el ardor amatorio, se había golpeado el dedo contra algo. Pero si se miraba de cerca se podía ver que no era una pequeña mancha azul o un hematoma.

En el dedo derecho de Robert Sherman se veía una gran mancha marrón oscuro que llamaba mucho la atención. Rosalie recordó que hacía poco tiempo había visto una mancha igual en el pie de un hombre.

Levantó la mirada y respiró hondo, y entonces pasaron ante ella una cascada de imágenes a un ritmo vertiginoso: los claros ojos azules, la afable sonrisa felina, la arruga de la frente, las manos fuertes con dedos largos, la forma de arquear las cejas con arrogancia.

La verdad había estado ahí todo el tiempo. ¿Por qué no la había visto antes?

De pronto Rosalie tuvo claro que lo que en su momento la había desconcertado de la vieja foto de Marchais no era el hecho de que Max estuviera fumando o no llevara barba. Era el innegable parecido con Robert, su hijo.

Tras el descubrimiento de la mancha delatora a una hora tan temprana, Rosalie preparó un *café crème*. Estuvo más de una hora sentada, con las piernas encogidas, en la silla de madera pintada de azul de su cocina, pensando. ¿Estaba bien decirle la verdad a Robert? Rosalie no tenía ninguna duda de que Max Marchais era su padre. Pero, naturalmente, no conocía los detalles. ¿Qué había pasado realmente entonces? Max no parecía saber que tenía un hijo, y Ruth, la única persona a la que Robert podría haber preguntado, estaba muerta, por desgracia.

Pero Paul Sherman, a quien Robert consideraba su padre, estaba tan muerto como Ruth. Si Paul siguiera vivo, tal vez habría sido mejor dejar todo el asunto en paz, pues la verdad podría haber tenido una fuerza destructora que habría provocado más daño que beneficio. Pero tal como estaban las cosas ahora, un joven que no tenía padres encontraba a su padre biológico. Y un hombre mayor que creía no tener hijos encontraba a su hijo.

Y, de este modo, Rosalie fue a llevarle a Robert con cautela la verdad... y un pequeño desayuno.

Él se quedó alucinado.

—¡Qué disparate, no *puede* ser! ¡Paul es mi padre! —Sacudió la cabeza con vehemencia. Pero cuanto más escuchaba a Rosalie, más pensativo se iba quedando.

—El parecido entre los dos es innegable —sentenció ella—. Si Max fuera más joven y no llevara barba, seguro que me habría dado cuenta mucho antes. —Recordó de qué forma había conocido a los dos hombres, y sonrió—. Diría incluso que tenéis la misma disposición para derribar expositores de postales.

—Pero Max dijo que no había pasado nada —protestó él desvalido.

Rosalie se sentó a su lado en la cama.

—No escuchaste atentamente, *mon amour*. Dijo que pasó *todo* y nada. Tal vez al final hubo algo más que un par de besos. Tal vez pasaron una noche juntos..., una noche mágica en la que volaron juntos sobre París. —Pensó en el cuento.

—¿Y luego?

Rosalie se pellizcó el labio y pensó.

—Bueno. ¿Qué pasa luego? Ruth regresa a Nueva York, donde su prometido Paul la espera ansioso y pasa la noche con ella. Se casan, Ruth está embarazada, todos están encantados, y quizá al principio ella está convencida de que el niño es de Paul, pero luego descubre ciertos parecidos.

—Por ejemplo, los ojos azules.

Rosalie asintió.

—Exacto. O esa mancha del pie. O muchas otras cosas. Los demás ven lo que quieren ver. Pero es demasiado tarde. El niño está ahí, y Paul está superfeliz de tener un hijo. Ruth no quiere poner en juego su matrimonio. Tiene una nueva vida. Y es una buena vida. Una vida plena. Así que guarda silencio. Hasta el final. No podía imaginar que Marchais publicaría la historia en algún momento y tú descubrirías las conexiones.

Robert pareció vacilar.

—Entonces... ¿tú crees que ella lo sabía todo el tiempo? —preguntó finalmente.

Rosalie asintió.

—Era un secreto que no podía compartir con nadie. Ni siquiera con Max. Ni contigo. Por respeto a tu padre. A todos vosotros.

Robert permaneció un rato sentado en silencio, con la cabeza hundida entre las manos.

—Tengo que hablar con Marchais —dijo por fin, y miró a Rosalie con seriedad—. Casi me temo que tienes razón con tus suposiciones.

Ella pasó el brazo por encima de él.

—Creo que esta tarde deberías ir solo al bois de Boulogne y hablar con franqueza con Max. Supongo que él tampoco conoce la verdad. Pero quizá juntos podáis acercaros un poco más.

Robert asintió. Entonces pareció ocurrírsele algo, y apretó los labios antes de decir atropelladamente:

—Hay algo más. Seis meses después de que mi padre muriera, viajamos juntos a París. Mamá y yo. Yo tenía doce años, y recuerdo muy bien la alegre excitación que mostraba ella de pronto. ¡Estaba tan emocionada! Como si en esta ciudad pudiera ocurrir algo muy especial. Pero no ocurrió nada. —Sacudió la cabeza absorto en sus

pensamientos—. Al menos, nada que yo supiera. Y al final de nuestro viaje parecía muy triste. Aquello me inquietó mucho.

Robert se encogió de hombros y miró por la ventana sin ver nada.

—¿Por qué viajó conmigo a París tras la muerte de mi padre? ¿Quería volver al escenario de su viejo amor? ¿Tenía previsto entrar en contacto con Max? ¿Fracasó todo por algún motivo? —Suspiró desconcertado—. ¡Cuántas preguntas! ¿Encontraré alguna vez una respuesta?

—Lo conseguirás. Saluda a Max de mi parte —dijo Rosalie cuando, ya por la tarde, se detuvieron en el boulevard Saint-Germain, delante de la famosa Brasserie Lipp.

Había acompañado a Robert, que no estaba de muy buen humor, hasta la parada de taxis. Desde allí tendría que recorrer el camino él solo. En el café con sombrillas blancas, a poca distancia de la alta puerta de hierro forjado tras la que comenzaba el parc de Bagatelle, se iba a producir una conversación entre dos hombres en la que a ella no se le había perdido nada.

Confiaba en que Robert mantuviera la calma y Max aceptara bien la verdad. Y estaba segura de que los dos hombres tenían mucho que contarse.

Delante de la Brasserie Lipp, con su toldo naranja, había un par de taxis. En la estrecha terraza cubierta no quedaba un sitio libre. Avanzaron hasta el primer coche cogidos de la mano.

—Cuando llegué a París, pensaba que mi mayor problema era si debía aceptar esa plaza en la universidad —comentó Robert mientras abría la puerta del taxi—. Y ahora mi vida ha cambiado por completo.

—No, no es cierto, Robert. —Rosalie lo abrazó una vez más y lo miró con fijeza a los ojos—. Lo que has vivido hasta ahora seguirá siendo tuyo siempre. Sólo tienes que añadir cosas nuevas. Paul fue un padre maravilloso para ti, y tú continuarás siendo su hijo. Pero el hecho de que ahora que tus padres han muerto encuentres a tu padre biológico es un regalo que la vida te hace.

Él arrugó la frente y la miró con un gesto de extraña desesperación.

—Me habrías bastado tú como regalo.

Ella sonrió.

—Es posible. A pesar de todo, creo que nada ocurre sin motivo. Y Max Marchais no es precisamente alguien de quien uno deba avergonzarse. Es un escritor famoso, es simpático, tiene buen gusto, adora la literatura, me aprecia a mí...

Vio que Robert fruncía los labios.

—Es francés —repuso, y se subió al coche.

—¡Eh! ¡¿Qué hay de malo en ser francés?! —gritó Rosalie mientras el coche se ponía en marcha y Robert se despedía con una sarcástica sonrisa. Apoyó las manos en las caderas—. ¡Tú eres medio francés, querido, no lo olvides!

Cuando aquella noche Rosalie sacó su cuaderno azul de debajo de la cama estaba muy muy cansada. Miró la cesta en la que dormía *William Morris* junto a su cama. Tenía medio cuerpo vendado.

—¡Mi pobre perrito! —dijo en voz baja, y le acarició la cabeza.

Antes de apagar la luz, escribió:

El peor momento del día:

Esta tarde, *William Morris* se ha tirado delante de un coche. Cuando he visto su pequeño cuerpo tan retorcido y sangrando en la calle he pensado que estaba muerto. Lo he llevado corriendo a la clínica veterinaria. Gracias a Dios, es sólo una lesión externa. Le han puesto dos inyecciones y mañana tenemos que volver para un control. ¡Vaya susto!

El mejor momento del día:

¡Padre e hijo se han encontrado!

Robert acaba de llamar. Todavía estaba muy emocionado por la conversación en el parc de Bagatelle. Max le ha mostrado el sitio debajo del viejo árbol, cerca de la gruta de los Cuatro Vientos, donde estuvo con Ruth.

Al parecer, Max ya lo sabía ayer cuando nos marchamos. El vínculo familiar. Y luego estaba la fecha de la foto... Mis suposiciones eran acertadas. Ruth pasó la última noche con él. Y justo nueve meses después nació Robert. No obstante,

durante todos estos años, Max no supo nunca que tenía un hijo. No volvió a ver a Ruth, ni siquiera cuando Robert viajó con ella a París.

Entonces Max ya estaba casado con Marguerite. ¿Viajó Ruth hasta París en busca de Max y lo vio junto a su mujer? ¿Tal vez en un café? ¿Descubrió de algún modo que estaba casado? Eso explicaría por qué estaba tan triste cuando se marchó.

¡Cómo pudo olvidar a Max si tenía a su hijo todos los días delante de sus ojos, un chico estupendo al que colmó de cariño, en el que esperaba y confiaba que se mezclaran las mejores cualidades de Paul, Max y ella misma!

Robert dice que han hablado mucho, Max y él. Sobre Ruth y todo lo demás.

Pasa la noche en Le Vésinet.

30

Con la melancolía propia de los enamorados, Rosalie pensó que jamás volvería a sentir una felicidad tan grande como la noche que había pasado por primera vez en los brazos del profesor de literatura de Nueva York. Nunca podría olvidarla, sobre todo porque la ausencia de anotaciones en su pequeño cuaderno azul se la recordaría siempre.

Robert le había susurrado al oído las palabras más tiernas, promesas de amor viejas y nuevas de un sueño de una noche de verano muy personal, y Rosalie ya casi estaba un poco celosa de ese momento delicioso, único, que no podría retener y prolongar más que otros momentos de su vida. Y, cuando los sentimientos volaban más alto que nunca, se le ocurrió la agridulce y algo sentimental idea de que en algún instante había que volver a poner los pies en la tierra..., pero para emprender un camino común.

Sin embargo, no se había preparado para esa caída. Había contado con todo... menos con que su relación con Robert podía tener un final tan rápido y repentino.

Sin sospechar nada en absoluto, aquella tarde volvía del veterinario con *William Morris* cuando observó a una pelirroja con una estrecha falda verde oscuro, una blusa blanca y unos elegantes zapatos de tacón que iba de un lado a otro de la acera delante de su tienda. De lejos pensó que era aquella italiana..., Gabriella Spinelli. Pero al acercarse vio que era una desconocida. Una mujer llamativamente guapa.

Dejó con cuidado en el suelo la bolsa donde iba *William Morris*, que lloriqueó muy bajito.

—*Bonjour, madame*, ¿puedo ayudarla? Lo siento, hoy la papelería está cerrada.

La esbelta mujer de rizos rojos sonrió.

—Ya lo he visto —repuso en un francés algo áspero que no encajaba demasiado con su aspecto perfecto—. Pero no quiero comprar nada. Me gustaría hablar con la propietaria de esta tienda de tarjetas.

—Ajá —dijo Rosalie sorprendida—. Entonces tiene suerte. Soy yo. Rosalie Laurent. ¿De qué se trata?

—No me gustaría hablar aquí, en la calle —contestó la desconocida con una extraña sonrisa, y miró de reojo a un transeúnte que la contemplaba fascinado—. ¿Puedo entrar un momento?

Tenía un inconfundible acento norteamericano, y Rosalie se preguntó si acudiría por un asunto profesional. ¿Sería tal vez la mujer de la melena rizada una editora en busca de una nueva ilustradora?

—Sí..., naturalmente..., entre. —A pesar de la sonrisa, su mirada tenía algo intimidatorio, le pareció a Rosalie, propio de un inspector fiscal.

Abrió la tienda y le pidió que entrara.

—Siéntese, por favor. —Abrió la bolsa y acomodó a *William Morris* en su cesta con cuidado—. ¿De qué se trata?

La norteamericana acarició a *William Morris* con una mirada irritada y echó un rápido vistazo a la tienda antes de volver a centrarse en Rosalie. ¿Se lo estaba imaginando o había cierta hostilidad en sus claros ojos verdes?

—Gracias, pero prefiero estar de pie. —Miró a Rosalie de pies a cabeza sin ningún disimulo—. Se trata de Robert Sherman —dijo por fin.

—¿De Robert? —repitió Rosalie, que no entendía nada—. ¿Qué pasa con Robert? —Tuvo una sensación desagradable—. Ayer mismo hablé con él por teléfono. ¿Ha ocurrido algo?

—Bueno, a mí también me gustaría saberlo —replicó la pelirroja con una fría sonrisa—. Yo hablé por teléfono con Robert el fin de semana. Y debo decir que fue una conversación muy rara. El bueno de Robert parecía bastante confuso.

¿«El bueno de Robert»? ¿Era esa mujer una conocida de Robert? Rosalie la miró desconcertada.

—Bueno, sí... —dijo luego—. Han pasado muchas cosas, debe saber...

—No me gustaría ser descortés, pero ¿puedo preguntarle qué relación tiene usted con Robert? —la interrumpió la mujer.

—¿Cómo? —Rosalie notó que se acaloraba—. ¿Qué significa esto? Robert Sherman es mi novio. Y ¿quién es usted, si puede saberse?

—¿Ve por qué quería hablar con usted? Hay un pequeño problema. —Sus ojos se clavaron en Rosalie—. Robert Sherman es *mi* novio... o, mejor dicho, mi prometido. —Sonrió con los labios estirados—. Por cierto, soy Rachel.

—¿Rachel? —El nombre no le decía nada. ¿Estaba aquella mujer loca? ¿O había una conspiración de mujeres pelirrojas que perseguían a Robert Sherman? Rosalie sacudió la cabeza con energía —. Debe de haber un malentendido... Robert no tiene ninguna novia que se llame Rachel.

—¿Ah..., no? —Rachel levantó las cejas y su voz adquirió un tono muy desagradable—. Bueno, me temo que el malentendido lo tiene usted, mademoiselle.

—No... —protestó Rosalie, y de pronto palideció.

Sí, había oído alguna vez el nombre de Rachel..., cuando estaba con Robert ante la puerta de la terraza de la casa de Max Marchais y su teléfono móvil empezó a sonar con insistencia.

«Ah..., era sólo... Rachel. ¡Una conocida!» Lo vio otra vez ante sí guardando el teléfono un tanto cortado.

—Pero... Robert dijo que era usted una conocida... Usted le envió ese manuscrito... Ahora lo recuerdo —dijo Rosalie confusa.

—¿Una *conocida*? —Rachel soltó una breve risa—. Bueno, me temo que no le ha dicho toda la verdad. —Le puso a Rosalie la mano derecha delante de la nariz—. ¿Sabe usted qué es esto? —preguntó

triunfante. En su dedo resplandecía un diamante—. Robert es mi prometido, vivimos juntos desde hace tres años en un pequeño apartamento en el SoHo. Pero cuando este otoño nos casemos y Robert se haga cargo de Sherman & Sons, buscaremos algo más grande.

Retiró la mano y se miró las uñas de perfecta manicura.

—Afortunadamente, ha entrado en razón. Profesor invitado en la Sorbona..., ¡por favor! Le dije que era una idea absurda, pero tras la muerte de su madre estaba un poco confuso. —Suspiró—. Y luego todo eso del manuscrito.

Rosalie creyó sentir que las viejas baldosas se movían bajo sus pies. Esa mujer sabía demasiado para ser sólo una conocida. ¿Era posible que Robert hubiera mentido de aquel modo? Lo vio recostado en la cama tras aquella increíble noche, sonriéndole como si fuera la única mujer en el mundo.

—No puede ser —dijo casi sin voz, y se apoyó en la mesa de la caja registradora para no caerse.

—Pues lo es —repuso Rachel con desenfado—. He venido a París a recoger a Robert. ¿No se lo ha contado? El jueves volamos juntos a Nueva York.

—Él dijo que me quería. —Rosalie sintió cómo el dolor le quitaba el suelo de debajo de los pies.

Rachel la observó con mirada compasiva.

—En realidad, yo debería estar enfadada con usted, pero veo que es verdad que no tenía usted ni idea. No se lo tome muy a pecho, usted no tiene la culpa. —Sacudió la cabeza, y un observador más atento que la destrozada Rosalie habría apreciado lo falso de su sonrisa cuando añadió—: Siempre pasa lo mismo con Robert, es como un niño, no puede resistirse a una cara bonita. Por eso me alegro de que deje la universidad. Todas esas jóvenes estudiantes...

Rachel soltó un pequeño chasquido y contempló con cara de satisfacción a la joven de la caja, que miraba el suelo cegada por las lágrimas.

—Bueno, no lo tome usted a mal —añadió sacudiendo sus rizos rojos y disponiéndose a marcharse—. Creo que nos hemos

entendido. Creo que no es necesario que le pida que aparte las manos de mi futuro marido.

Y, sin esperar una respuesta, dio media vuelta y abandonó la tienda.

31

Habían sido, sin duda, los tres días más excitantes de su vida, pensó Robert Sherman mientras caminaba con paso alegre por el Quartier Latin. Una hora antes había estado con el *professeur* Lepage firmando el contrato de profesor invitado. El día anterior había pasado varias horas sentado con Max en un banco en la rosaleda del parc de Bagatelle y había comprendido con sorpresa que, al parecer, tenía otra vez un padre. Y dos días antes... (cerró los ojos por un momento y sintió de nuevo esa increíble felicidad que lo invadía cada vez que pensaba en la noche con Rosalie), dos días antes había encontrado a la mujer de su vida.

El ridículo ultimátum que Rachel le había dado en Nueva York casi había transcurrido ya. Recordó la irritante conversación que mantuvieron cuando le devolvió la llamada tras la entrada a escondidas en casa de Marchais y le habló emocionado del manuscrito que Rosalie había encontrado casualmente en una caja encima de un armario.

—Dios mío, suena a novela de Lucinda Riley —dijo Rachel suspirando, y se rio con una risa que no sonó especialmente cordial —. Tal vez deberíais abrir los dos una oficina de detectives. Tal como lo cuentas, da la impresión de que te pasas día y noche con esa vendedora de postales.

—Qué tontería, Rosalie sólo me ayuda, eso es todo —contestó él, y en ese momento estaba diciendo la verdad—. Es muy agradable, te gustaría.

—No lo creo.

Rachel puso fin a la conversación con cierta arrogancia, pero cuando el viernes por la tarde volvió a llamarlo, se mostró muy amable y comprensiva. No paró de hacerle preguntas, y así fue

como Robert le habló de la visita prevista a Max Marchais y mencionó brevemente que había hablado con el decano de la universidad.

—¿Y? —preguntó ella.

—De eso tenemos que hablar con tranquilidad.

No quería discutir con ella, no en ese momento, no antes de que el otro asunto importante estuviera resuelto. Así que contestó con evasivas y puso fin a la conversación diciendo que el fin de semana volvería a llamarla.

—Te llamaré cuando haya regresado de Le Vésinet —dijo, y ahora se daba cuenta de que todavía le debía esa llamada a Rachel.

Sin embargo, precisamente ese fin de semana se precipitaron los acontecimientos, toda su vida dio un vuelco, pasó de una emoción a otra. Pero cuando por la mañana estaba desayunando con Max y dejó vagar la mirada por el jardín, se sintió de pronto muy tranquilo. La decisión estaba tomada: se quedaría en París, tal vez para siempre.

Se propuso que, en cuanto volviera al hotel, llamaría a Rachel y lo dejaría todo claro. Nada iba a interponerse en su nuevo camino.

—¡Oh, míster Sherman, ya verá, le va a gustar estar aquí con nosotros —le había dicho el elegante monsieur Lepage cuando lo acompañó a la puerta y le dio la mano—. Ya tiene usted aspecto de hombre feliz.

Sonriendo, Robert aceleró el paso al dejar el boulevard Saint-Germain y torcer en la rue du Dragon.

Era un hombre feliz.

Estaba ansioso por contárselo todo a Rosalie y apenas podía esperar a abrazarla.

Le extrañó que no abriera nadie. La papelería estaba cerrada, como cada lunes. Robert miró por el escaparate con la esperanza de encontrar a Rosalie en la tienda, pero no estaba. También llamó varias veces en vano a la puerta de su casa. Miró el reloj. Eran las

seis y media, y por la mañana la había llamado para decirle que a primera hora de la tarde se pasaría por allí.

¿Estaría todavía en el veterinario? ¿Habría empeorado su perrito?

Indeciso, Robert se quedó un rato en la calle contemplando los adornos de papel de regalo color turquesa que colgaban en el escaparate como una nube en el cielo. Luego llamó a Rosalie al móvil. Pero no contestó nadie. Dejó un breve mensaje diciendo que se iba al hotel, y dirigió sus pasos hacia la rue Jacob.

La recepcionista del Hôtel des Marronniers lo obsequió con una divertida mirada.

—Tiene visita, monsieur Sherman. Su novia ha dicho que lo esperaría en su habitación. Confío en que no le importe que la haya dejado subir. —Le sonrió con complicidad al entregarle una segunda llave por encima del mostrador de madera oscura.

Robert asintió, algo desconcertado, pero luego su corazón empezó a acelerarse de alegría. Era evidente que Rosalie había escuchado su mensaje y había ido corriendo al hotel. Impaciente, apretó el botón del ascensor, que tras un breve y funesto zumbido se puso en marcha.

«¡Mira que si ahora me quedo aquí encerrado!», pensó distraído. Pero el ascensor se detuvo sin incidentes en el cuarto piso.

Se pasó la mano por el pelo y abrió la estrecha puerta de su habitación con impaciencia. Vio a contraluz la silueta de una mujer delante de la ventana.

—¡Estás aquí! —exclamó con ternura—. ¡Dios mío, cuánto te he echado de menos!

—¡Hola, Robert! —La mujer de la ventana se volvió lentamente, y Robert notó que descarrilaban todos los trenes. ¡Un fantasma! ¡Tenía que ser un fantasma!—. ¿Me has echado de menos? Eso me alegra. La última vez que hablamos por teléfono no me dio la sensación de que me necesitaras tanto. —Sus ojos verdes brillaron cuando se acercó a él para abrazarlo.

—¡Rachel! —soltó él—. ¿Qué haces tú aquí? Esto es..., vaya, esto sí que es una sorpresa.

Las ideas cruzaron su cerebro en zigzag como conejos huyendo de un cazador.

Rachel le dio un beso que él, atónito, aguantó resignado, creyendo ver una sonrisa maliciosa en su rostro.

—Bueno, espero que haya sido una sorpresa agradable, Robert —ronroneó, y le pasó la mano por los rizos—. Tienes que ir a la peluquería, querido.

—Sí..., no..., quiero decir... —tartamudeó él—. Íbamos a hablar por teléfono para aclararlo... todo.

—Sí —dijo ella—. Pero no me llamaste, y pensé que estaría bien venir en persona para... *hablar*. —Su sonrisa era inequívocamente irónica—. Aunque esta habitación es horriblemente pequeña... ¿Cómo has aguantado aquí todo este tiempo?

—Bueno, ¿sabes?..., el tiempo se ha pasado volando —balbuceó él—. Bueno, la habitación no es muy grande, pero el... el patio interior es precioso. Y, bueno, tampoco se está tanto tiempo en la habitación.

—¿Y eso? —Rachel levantó las cejas—. Ah, sí..., cierto —se dio un pequeño golpe con la mano en la frente—, has estado *terriblemente ocupado*. —Se reclinó en la cama, se apoyó en la cabecera y cruzó las largas piernas con aire seductor.

El teléfono de la mesilla empezó a sonar, pero Robert no se movió del sitio.

—Bueno, *darling*, ¿no vas a contestar? No te preocupes por mí. Haz como si yo no estuviera. —Rachel sonrió como la serpiente al conejo.

Robert la miró atónito. Ella había cogido un avión y había volado hasta allí. ¡Así, sin más! Un rayo de sol entró entonces en la habitación y sus rizos rojos centellearon como el fuego. Ella sonreía sin decir una palabra, y Robert tuvo la clara sensación de que no tramaba nada bueno. Se preguntó qué le habría contado a la recepcionista para que la dejara subir a la habitación. El timbre del teléfono enmudeció.

—Rachel, ¿qué significa esto? ¿Qué haces aquí? —preguntó.

—He venido para llevarme a mi algo confuso profesor de literatura a casa —dijo ella con una sufrida sonrisa—. Me parece, Robert, que estás un poco desorientado.

—¿Cómo? —Robert no tenía palabras—. ¿Has venido a recogerme?

—No; tus cuatro semanas se acaban el jueves, *tesoro*, y pensé que podríamos pasar unos días juntos en París antes de coger el vuelo de regreso. Podrías enseñarme algunas cosas, y quiero ir de compras a la rue Rivoli sin falta. Hay unos bolsos preciosos. —Estiró sus delgados brazos.

Robert sacudió la cabeza dubitativo. También podía decírselo todo ahora.

—Me temo que no va a haber nada de eso, Rachel.

—¿Nada de qué? —replicó ella tan rápido como una pistola.

—De nada, Rachel. Voy a quedarme en París. Iba a llamarte hoy. Tenemos que hablar.

—¿Por lo de la universidad? —Le lanzó una mirada expectante.

—Rachel, no es sólo por el trabajo. Desde ayer sé que tengo un padre que vive aquí, en París.

—¡Aaaah! —exclamó ella—. Ahora hay también un padre en París..., ¡muy práctico!

—No tienes por qué ser sarcástica, Rachel. No lo sabía hasta ayer. —Respiró hondo—. Y también sé desde ayer que aquí, en París, he encontrado a la mujer de mi vida.

—¿Qué dices? ¡Pues sí que has ido deprisa! —Curiosamente, no parecía sorprendida.

—Cuando se trata de la mujer adecuada, todo va deprisa —dijo él muy despacio—. Lo siento, Rachel.

Rachel se incorporó y lo miró sin ocultar su rabia.

—Si te refieres a la pequeña de la tienda de postales, ya puedes ir olvidándote del asunto. —Soltó una risa burlona—. Con ella la has cagado. —Lo dijo con una elegancia indescriptible.

—¿Qué quieres decir, Rachel? —Robert notó que el corazón se le escurría hacia abajo.

—Lo que te estoy diciendo. —Su tono subió en un penetrante crescendo—. ¿Qué te crees, Robert? ¿Pensabas realmente que iba a

dejar que una vendedora de postales francesa arruinara mi futuro? ¿Qué haces con esa niña? Ni siquiera se peina, siempre con esa estúpida coleta. Te lo ruego, Robert, no puedes hablar en serio. ¿Has bebido demasiado vino tinto?

Él palideció de rabia.

—¿Qué has hecho, Rachel? No habrás ido..., oh, sí, has ido... —Dio un paso amenazante hacia ella y se plantó junto a la cama francesa.

—Claro que he ido a verla. —Rachel se dejó caer hacia atrás y soltó una risa apagada—. Bueno, ¿qué quieres que te diga?..., la pequeña no se ha puesto muy contenta cuando se ha enterado de que le habías mentido. He tenido que explicarle que no soy sólo una *conocida*...

—¡Sabes exactamente con qué condiciones vine a París, Rachel! Tú me diste ese estúpido ultimátum, tú eras la que quería dejarme...

Ella hizo un gesto de rechazo.

—Agua pasada. Entonces estaba muy enfadada. A veces se cambia de opinión. En cualquier caso —continuó como si nada—, he dejado las cosas claras y he fantaseado un poco con mi precioso anillo de compromiso ante su cara. La niñata de la coleta se ha quedado pálida, casi me ha dado un poco de lástima...

—¡Qué bestia! —Le habría retorcido el cuello—. Sabes perfectamente que no es un anillo de compromiso.

Robert se acordaba muy bien del día que había ido con Rachel a Tiffany porque quería a toda costa ese anillo de oro blanco como regalo de cumpleaños.

—Da igual. —Rachel observó con satisfacción el anillo en su dedo—. Se ha quedado bastante impresionada, todo hay que decirlo. Sobre todo cuando le he dicho que nos casamos en otoño.

—¿Que le has dicho *qué*?

32

Media hora más tarde, Robert estaba otra vez delante de la pequeña tienda de la rue du Dragon llamando como un loco. Vio que en el primer piso había luz, pero Rosalie no abrió. Se había encerrado en su concha, y Robert podía comprenderlo: el veneno de lady Macbeth había hecho efecto. Muy educadamente, había echado casi a patadas de su habitación a una asombrada Rachel.

—¡Te arrepentirás de esto, imbécil! —había gruñido ella—. Esa pequeña va a tardar en cansarse de ti menos que tú en recitar el monólogo de Hamlet, y entonces volverás a mí arrastrándote.

—Puedes esperar sentada —respondió él apretando los dientes —. Hasta el día del juicio final. ¡Y ahora, fuera!

Ella se apoyó en la puerta.

—Y ¿dónde crees que voy a dormir hoy?

—Por mí, debajo de uno de los puentes —dijo él—. Pero no asustes demasiado a los sintecho.

Luego Robert había cerrado la puerta de golpe y había corrido a la rue du Dragon.

—¡Rosalie, Rosalie! Sé que estás ahí. ¡Abre, Rosalie! —gritó una y otra vez.

En algún momento se abrió el portal y un hombre bajito y de cierta edad se asomó a la calle con ojos astutos.

—¿Qué hace, monsieur? Esto no es la feria. Si no deja de gritar ahora mismo, llamo a la policía. —Observó al titubeante Robert—. ¿Qué le pasa?, ¿ha bebido?

—¡Tengo que ver a Rosalie Laurent! —fue todo cuanto pudo decir él.

—¿Es usted norteamericano? —El viejo lo miró con desconfianza.

—¡Por favor! —suplicó Robert—. ¿Puede dejarme entrar? Sé que ella está en casa.

—¡Pero, monsieur...! —Se encogió de hombros—. ¡Tranquilícese! Mademoiselle no está en casa, si no, le habría abierto.

Estaba claro que el viejo era algo lento.

—¡Pero *ella* está ahí..., mírelo usted mismo! ¡Hay luz! —Nervioso, Robert señaló hacia arriba.

—¿Sí? ¿Qué le hace pensar eso? Yo no veo nada.

Robert miró hacia el primer piso. Tras la ventana que estaba encima de Luna Luna estaba oscuro.

Cuando comprendió que aquella noche no iba a poder hacer nada, regresó al hotel. Al día siguiente Rosalie tendría que abrir la tienda.

Pero cuando el martes se plantó ante la tienda a las once en punto, seguía colgado el cartel de «*Fermé*» en la puerta. Había intentado dejarle un mensaje, pero ni siquiera tenía el teléfono conectado. Arrancó una hoja de su libreta, escribió un breve mensaje desesperado y dejó el papel entre los hierros del cierre.

Cada hora pasaba patrullando por delante de Luna Luna, hasta que, finalmente, a las dos, tuvo suerte.

El cierre metálico estaba subido, la tienda había abierto, pero tan pronto como empujó la manija de la puerta dispuesto a pedirle perdón de rodillas a la furiosa Rosalie por su (realmente pequeñísima) mentira y a explicárselo todo, en vez de su preciosa adversaria había una mujer desconocida que lo miraba con indiferente amabilidad.

—¿No está mademoiselle Laurent? —preguntó Robert casi sin aliento.

La mujer negó con la cabeza, y él cayó en que era la ayudante que había visto una vez de pasada. Por desgracia, no recordaba su nombre.

—¿Cuándo volverá mademoiselle Laurent? —insistió.

—Ni idea —contestó ella con total indiferencia—. Hoy ya no.

—¿Sabe si ha recibido mi mensaje? —Señaló hacia la puerta de la tienda.

—¿Qué mensaje? —La mujer lo miró, sin entender nada, con sus serenos ojos redondos.

¡Era desesperante! Robert se volvió suspirando, antes de dejarle su número de teléfono a la dependienta.

—Escúcheme, es *importante* —dijo en tono implorante—. *Tengo* que hablar con mademoiselle Laurent, ¿entiende? Por favor, llámeme en cuanto aparezca por la tienda. ¡Al momento!

Ella asintió y le deseó que tuviera un buen día.

Dos horas y media y cuatro *petit noirs* después, seguía sentado en el pequeño café de la rue du Dragon vigilando la entrada de Luna Luna, que se encontraba a unos metros en la acera de enfrente. Eran ya las cuatro y media. El camarero salió de nuevo y le preguntó si quería algo más.

¡Oh, sí, claro que quería algo, pero al parecer no era fácil de conseguir! Decidió cambiar de droga y pidió una copa de vino tinto. Luego otra. Y entonces se le ocurrió llamar a Max Marchais. Afortunadamente, contestó enseguida, y Robert casi se echó a reír de alegría.

—Soy yo, Robert. ¿Sabes dónde se mete Rosalie? Tengo que hablar con ella con urgencia. —Cogió aire con fuerza—. Ha habido un horrible malentendido, una intriga de dimensiones realmente shakespearianas, y Rosalie parece haberse esfumado de la faz de la Tierra. —Max guardó silencio un instante, y Robert notó que vacilaba —. No estará en Le Vésinet... —preguntó ansioso—. ¿Está contigo?

Era posible que Rosalie, llevada por el dolor o por la rabia (Robert apostaba más bien por lo segundo), se hubiera refugiado en su viejo amigo escritor.

Oyó que Max suspiraba.

—Muchacho, ¡vaya historias te montas! —dijo su padre con prudencia—. Rosalie no está aquí, pero me llamó ayer. Estaba

totalmente fuera de sí. Tendrías que haberle contado lo de tu prometida.

—¡Pero no *es* mi prometida! —gritó Robert desesperado por el teléfono, y volcó su copa con un gesto incontrolado. Su pantalón claro absorbió agradecido el líquido rojo—. ¡Mierda, maldita sea! —gruñó—. Rachel ni siquiera era ya mi novia cuando llegué a París. —Se pasó la servilleta por la tela.

—Y ¿qué es entonces?

—¡Una bruja, maldita sea! Tenía previsto llamarla para contárselo todo y de pronto apareció en mi habitación riéndose como la serpiente *Kaa*.

Intentó poner a Max al corriente de todo en pocas palabras.

—Sé que fue un error decir que era sólo una conocida —admitió —. Lo reconozco. Pero entonces yo no sabía todavía..., quiero decir..., todo ha sido tan rápido..., no me ha dado tiempo...

—*Merde* —exclamó Max—. Sí que ha salido todo mal.

Robert asintió.

—¿Dónde puede estar? —pensó nervioso—. Espero que no haga ninguna tontería.

Max soltó una risa apagada.

—Puedes estar tranquilo, muchacho. Rosalie está en su casa. Acaba de llamarme para decirme que «ese cabrón mentiroso sigue abajo, en la tienda».

—¿Está en *casa*? —Aquella empleada de ojos de vaca lo había engañado con su inocente sonrisa. Le habría gustado entrar en la tienda al asalto, pero decidió permanecer calmado—. Bien. ¿Qué más ha dicho?

—Tranquilízate, Robert. No está todo perdido. Ha dicho que te odia.

—¿Que me *odia*? ¡Oh, Dios mío! —Se frotó la mancha del pantalón como un loco—. Pero no puede odiarme. ¡Yo no he hecho nada!

Aquello era peor de lo que imaginaba. Bueno, Robert sabía lo sensible que ella era. Lo rencorosa. Que medía cada palabra.

—Créeme, muchacho, es una buena señal. —Oyó que Max se reía por lo bajo—. Te odia porque te quiere.

—Ajá. Interesante teoría. Esperemos que sea cierta. En cualquier caso, yo quiero a Rosalie porque la quiero. —Suspiró con desesperación—. Y ¿qué debo hacer ahora, Max? ¿Qué puedo hacer para que vuelva a quererme sin odiarme?

—No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo —respondió Max—. Creo que tengo una idea...

33

Rosalie estaba en la cama peleándose con el mundo. Después de que aquel desagradable y malvado ser pelirrojo hubiera abandonado la tienda, ella se deslizó atontada hasta el suelo de piedra y permaneció un rato sentada como si estuviera anestesiada. Luego se puso de pie, bajó y cerró la tienda. Subió otra vez tambaleándose y, con su vestido de seda azul, se tiró sobre la cama sollozando. La caída había sido muy dura, el dolor le taladraba las entrañas. «¡Aparte las manos de mi futuro marido!» La humillación le dolía como un buen navajazo.

Vio ante sí la sonrisa triunfal de Rachel y golpeó la almohada sin dejar de gritar. Robert Sherman iba a volar de vuelta a Nueva York con su flamante casi mujer. ¡Y ese maldito cabrón no le había dicho una sola palabra!

Probablemente pensara aparecer el último día con cualquier excusa gastada y luego nunca volvería a saber nada más de él. La había engañado, había mentido en todo, y ella estaba furiosa por lo bien que disimulaba. Pero, al parecer, pensó con amargura, Robert disimulaba por naturaleza, por así decirlo. Rachel había insinuado con claridad que el erudito profesor de literatura siempre estaba abierto a una pequeña aventura. «¡Shakespeare, bah...! *Shakespeare in love*», pensó rabiosa. Imaginaba que por eso le resultaba tan fácil mentir.

Tuvo que pensar otra vez en las dulces palabras que Robert le había susurrado aquella noche de sábado, y se tapó los oídos sollozando.

—¡Ay, cierra la boca, Robert Sherman! ¡Fuera de mi cabeza! ¡No quiero volver a verte nunca más! —gritó.

Luego se dirigió dando traspiés hasta su escritorio y, en una desesperada explosión de sentimientos, volcó todos los tarros de cristal con los pinceles. Entonces se sintió algo mejor.

Se bebió tres copas de vino tinto, se fumó ocho cigarrillos, tuvo que volver a pensar en Robert, lloró de nuevo, soltó un par de tacos que habrían hecho palidecer a su madre y, finalmente, sacó a *William Morris* de su cestita.

Lo dejó con cuidado a su lado sobre la colcha. El animal levantó la cabeza con un callado gemido y sus ojos marrones la miraron con la inquebrantable lealtad que sólo un perro puede mostrar.

—¡Ay, *William Morris*! —dijo antes de quedarse dormida—. Al parecer, tú eres el único hombre en mi vida que no me va a abandonar jamás.

Cuando al día siguiente Robert Sherman fue por segunda vez a la papelería, Rosalie todavía seguía en la cama. Oyó voces en la tienda y se deslizó descalza hasta la puerta. Sin hacer ruido, puso un pie en la escalera de caracol y se inclinó para echar un arriesgado vistazo.

Robert estaba con cara furiosa en el centro de la tienda, discutiendo agriamente con madame Morel, que le cortaba el paso con los brazos cruzados.

—*Non, monsieur*. Se ha marchado de viaje —decía ella en ese momento.

Rosalie se agachó en el último escalón, asintió con satisfacción y adelantó un poco más la cabeza para no perderse nada.

—¿Qué significa eso de que se ha marchado? ¡Qué mierda es ésa! —oyó que gritaba Robert—. Sé que está arriba. Así que deje de marearme y déjeme pasar.

Madame Morel se mantuvo como un fortín delante del exaltado Robert y sacudió la cabeza con gesto de lástima. Estaba haciendo su trabajo muy bien.

—Lo siento muchísimo, monsieur Sherman, pero mademoiselle Laurent no está en casa...

Robert lanzó una airada mirada hacia lo alto de la escalera de caracol y Rosalie retrocedió asustada.

—¡Ahí! —gritó—. ¡Acabo de ver un pie!

Empujó a madame Morel a un lado y se apresuró a subir por la pequeña escalera.

Rosalie volvió a su cama en dos saltos. Apenas tuvo tiempo de taparse con la colcha y alisarse un poco el pelo desesperadamente revuelto, cuando él ya estuvo en la habitación. Comprobó con cierta satisfacción que él tampoco tenía muy buen aspecto, con la cara sin afeitar y una enorme mancha oscura en el pantalón. Con toda probabilidad la estricta Rachel lo había puesto en su sitio.

—¡¿Qué pretendes?! —le gritó furiosa—. ¡Lárgate!

Agarró un cojín y se lo lanzó a la cabeza.

—¡Rosalie! —exclamó él mientras se agachaba—. ¡Por favor! ¡Escúchame!

Ella negó con la cabeza.

—¡No tengo ganas! —Luego guiñó los ojos y lo miró con maldad —. ¿Y bien? ¿No estás en el avión con tu prometida?

—El avión sale mañana —replicó él—. Y sólo irá en él mi prometida..., quiero decir... —Abrió las manos en un gesto de disculpa—. Rachel no *es* mi prometida... —Probó una sonrisa—. Ni prometida..., ni novia...

—Sino una *conocida* —interrumpió Rosalie su balbuceo.

Él se llevó las manos a la cabeza y gimió.

—¡Está bien, está bien! Sé que no debería haber dicho eso. Sé que todo habla en mi contra pero, créeme, es todo un malentendido.

Ella soltó una risotada.

—¡No me lo creo! No has dicho esa maldita frase en serio, ¿verdad? —Se incorporó y lo señaló con el dedo—. Tu *es-todo-un-malentendido* estuvo ayer en mi tienda y me lo contó todo sobre vuestro *conocimiento*. ¿Me enseñó un anillo? —Se tocó la frente en un gesto de fingida desesperación—. ¡Sí, lo hizo! ¿Me dijo que mejor apartara las manos de su maravilloso futuro marido? ¡Sí, también lo hizo! ¿Estuvo tu *es-todo-un-malentendido* ayer contigo en tu hotel? —reflexionó un segundo, luego asintió—. ¡Pues claro que sí!

—¿Estuviste en el Hôtel des Marronniers?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero te llamé. Sí, ¿cómo se puede ser tan tonta? Por casualidad, estaba Carole Dubois en recepción, una buena amiga mía, y cuando le pregunté por Robert Sherman y me pasó y nadie contestó al teléfono, me explicó entre risitas que probablemente estuvieras *ocupado* porque tu novia de Estados Unidos estaba en la habitación.

Rosalie vio cómo Robert palidecía, y asintió convencida.

—i¿Y bien?, ¿qué dices ahora, mentiroso?!

En un gesto de desesperación, Robert se tapó la nariz y la boca con las manos y cerró los ojos un instante.

—Rosalie —dijo con énfasis—. Rachel es guapa y lista, y sabe cómo crear confusión. Cuando vine a París, nuestra relación estaba en tiempo muerto... por... diversos motivos. Luego apareció de pronto en el hotel...

—Y ¿pasó la noche contigo?

—¡No, claro que no! La eché. Puedes preguntárselo a Carole. —La miró suplicante—. Te quiero.

Rosalie pellizcó vacilante la colcha.

—¡Ja! Bonitas palabras —dijo finalmente—. ¿Cómo puedo estar segura de que lo dices en serio?

Él sonrió.

—Ven —repuso, y le tendió la mano—. Quiero enseñarte algo.

Robert había insistido en que salieran de inmediato. Rosalie se estiró el arrugado vestido de seda azul lo mejor que pudo y se puso unas bailarinas. Luego pasaron por delante de la estupefacta madame Morel y abandonaron Luna Luna a toda prisa.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Espera y verás —dijo él, y agarró su mano con fuerza mientras cruzaba a grandes pasos el boulevard Saint-Germain y avanzaba por la silenciosa rue du Pré-aux-Clercs para tirar de Rosalie por la rue de l'Université, la rue Jacob y la rue de Seine.

—Robert, ¿qué significa esto? —Rosalie se rio sorprendida y se preguntó dónde acabaría ese paseo.

Un momento después habían llegado al pont des Arts. Avanzaron por el viejo puente de barandillas de hierro negro y suelo de tablones de madera y, cuando llegaron a la mitad, Robert de pronto se detuvo.

—¿Qué lado? —preguntó, y hurgó en su bandolera.

—¿Qué... lado? —Rosalie no entendía qué quería decir.

—Sí, ¿prefieres el de la torre Eiffel o el de Notre-Dame? —dijo impaciente.

Rosalie se encogió de hombros.

—Bueno..., sí..., ¿el de la torre Eiffel? —preguntó ella abriendo mucho los ojos.

Él asintió brevemente, y juntos se acercaron a la barandilla.

—Toma —dijo Robert, y sacó un paquetito—. Es para ti. —Sonrió—. O, mejor dicho..., para nosotros.

Sorprendida, Rosalie cogió el regalo, que estaba envuelto de forma nada profesional con papel de seda y un par de celos.

Lo abrió y sintió una mezcla de alegría y expectación en la garganta.

En la mano tenía un pequeño candado dorado en el que alguien había escrito algo con un grueso rotulador negro.

Rosalie & Robert. Pour toujours.

—¿Para siempre? —Ella lo miró y sintió que su corazón daba un salto—. ¿Crees en eso de «para siempre»?

Robert asintió.

—Claro que creo. —Le apartó un mechón de pelo de la cara con cariño—. ¿No sería este mundo un sitio desolador si ni siquiera un hombre enamorado creyera en ello? ¿No desea cualquiera, por muy realista que sea, que se produzca un milagro?

—Claro —susurró Rosalie, que era una maestra en milagros.

Miró hacia la torre Eiffel, que se alzaba a lo lejos erguida y confiada en el cielo vespertino, y sonrió feliz y desconcertada.

—Pero... ¿cómo sabías..., quiero decir...?

Robert levantó las cejas.

—¿Almas gemelas? —contestó.

Rosalie estaba profundamente impresionada. Por suerte, jamás se enteraría de que su profesor de literatura estadounidense, que todavía llevaba siempre consigo un ejemplar de *La fierecilla domada* de Shakespeare, en ese momento no decía la verdad. Mintió, pero sólo un poquito. Y por amor.

Una vez que el candado dorado hubo encontrado su sitio entre los demás, Rosalie lanzó la pequeña llave muy lejos, al agua resplandeciente.

«Para siempre», pensó, y antes de que la llave hubiera llegado al fondo del Sena, donde permanecería junto al resto de las promesas de amor para toda la eternidad, Robert ya la había tomado en sus brazos.

Feliz, Rosalie cerró los ojos y lo último que vio fue ese increíble cielo sobre París que, con sus delicadas manchas de rosa, blanco y lavanda, tenía el color de un beso.



París es siempre una buena idea
Nicolas Barreau

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Paris ist immer eine gute Idee*

Diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Tom Merton - Getty Images
© Thiele Verlag, 2014
Publicado de acuerdo con SalmaiaLit.
Publicado originalmente en Alemania por Thiele Verlag

© por la traducción, Carmen Bas, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Canciones del interior, © *Odessa*, 2002 Joker Media Ltd., interpretada por Vladímir Visotski

Ilustraciones del interior, © Maria Guitart

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2016

ISBN: 978-84-670-4693-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com